

APIANO

HISTORIA  
ROMANA

I

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE  
ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS



HABENT SUA  
FATA LIBELLI



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 34

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por ALBERTO BERNABÉ PAJARES.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1980.

Depósito Legal: M. 27773-1980.

ISBN 84-249-3550-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1980.—5174

## INTRODUCCIÓN GENERAL

### 1. *Vida y obra de Apiano*

Apiano era natural de Alejandría, en Egipto, como él mismo nos dice en el capítulo 15 del *Prólogo* de su obra. Sobre su vida estamos muy mal informados, hecho que tal vez se deba, entre otras razones, a que, aunque había escrito una autobiografía en la que daba cuenta pormenorizada sobre su persona, este escrito, sin embargo, se perdió no sabemos cuándo, aunque debió de ser antes del siglo IX, pues Focio, patriarca de Constantinopla que parece que tuvo un ejemplar antiguo de la obra histórica de Apiano ante sus ojos, no lo menciona.

Los escasos datos biográficos que de él tenemos están tomados de su obra y de su epistolario con Frontón, el preceptor de Marco Aurelio. Se cree que su nacimiento debió de tener lugar en época de Trajano, alrededor quizás del 95 d. C. En el libro II de las *Guerras Civiles* (cap. 90) habla de un recinto sagrado dedicado a Némesis por César, que fue destruido por los judíos en su época cuando el emperador Trajano realizaba una campaña en Egipto contra este pueblo<sup>1</sup>. A esta guerra

---

<sup>1</sup> «(César) no pudo soportar ver la cabeza de Pompeyo al serle presentada y ordenó que se la enterrase acotando para ella, delante de la ciudad, un pequeño recinto sagrado que fue

contra los judíos parece que hace referencia también un fragmento perteneciente a su libro *Sobre Arabia*, no conservado, en el que nos cuenta el grave trance que sufrió en cierta ocasión cuando era perseguido por los judíos y del que salvó milagrosamente la vida<sup>2</sup>. La guerra en cuestión parece que fue la emprendida por Trajano entre los años 115-117 d. C. para sofocar la insurrección judía en aquel país.

En el *Prólogo* de su historia se refiere a que alcanzó una posición elevada en su país (es muy probable que desempeñara altos cargos administrativos en su ciudad natal de Alejandría) y a que, después, actuó como abogado en la corte de los emperadores. Tal vez su carrera como abogado la desempeñó en calidad de *aduocatus fisci*, cargo instituido por el emperador Adriano<sup>3</sup>. Sabemos, por último, que fue nombrado procurador del emperador o emperadores, *Procurator Augusti* o *Augus-*

---

llamado 'recinto de Némesis'; precisamente éste, en mi época, mientras el emperador Trajano se hallaba exterminando en Egipto a la raza judía, fue arrasado por éstos por necesidad de la guerra».

<sup>2</sup> Cf. P. VIERECK y A. G. ROOS, *Appiani Historia Romana*, 2.<sup>a</sup> ed., Leipzig, 1962, pág. 534, frag. 19 (en adelante lo citaremos: VIERECK, 1962). Este fragmento titulado *Sobre la ciencia adivinatoria de los árabes* lo editó por primera vez, sin indicar el códice (el fragmento corresponde al libro 24 de Apiano), E. MILLER, en la *Revue Archéol.* 19 (1869), 102 sigs., e *ibid.* (1873), 41 sigs.; después lo tomó C. MÜLLER, *Frag. hist. Graec.*, vol. V, 1, pág. LXV. Este mismo fragmento, con otro tomado del libro *Sobre la realeza*, titulado *Sobre Remo y Rómulo*, a partir del códice *Parisinus Suppl. gr. 607 A*, lo editó M. TREU en *Programm des Gymnasiums*, Ohlau, 1880.

<sup>3</sup> H. G. PFLAUM, *Les Procurateurs équestres sous le Haut-Empire romain*, París, 1950, págs. 204-205, afirma, por el contrario, que Apiano no fue *aduocatus fisci* en Roma, sino que obtuvo una procuraduría por la intercesión de Frontón. Véanse, en general, otros detalles sobre esta cuestión en E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, 2.<sup>a</sup> ed., Florencia, 1967, págs. VIII-IX de la Introd., con bibliografía.

*torum* que deben tratarse de Marco Aurelio y Lucio Vero (161-169 d. C.). Dado que los magistrados que desempeñaban este cargo solían ser elegidos entre los miembros del orden senatorial y que Adriano otorgó a muchos el derecho de ciudadanía, cabe pensar que Apiano lo obtuviese, así como algún título de nobleza en el orden ecuestre que le posibilitase el acceso a dicha magistratura ya que no era senador. En el epistolario de Frontón, amigo suyo, se conserva una carta de Apiano a Frontón y la contestación de éste, así como la carta de Frontón a Antonino Pío solicitando el cargo de procurador para su amigo. Cuando obtuvo este puesto, Apiano debía de ser un hombre de edad avanzada pues Frontón alude en su carta de solicitud al honor que dicho cargo comportaba y que Apiano merecía en razón de su edad. En dicha carta Frontón avalaba también el honor y la integridad de su amigo<sup>4</sup>.

El hecho de que Apiano escribiera una autobiografía y que remita a ella en el *Prólogo* de su obra, así como el que mencione expresamente como datos destacables la alta posición que ocupó en su país natal, su labor en las cortes del Imperio y su cargo de procurador, pueden tener una cierta intencionalidad desde su perspectiva de historiador. Fergus Millar, en su estudio sobre Dión Casio, pone de relieve que en la larga serie de historiadores que en latín o griego abordaron la historia de Roma, total o parcial, desde Q. Fabio Píctor a Dión Casio, hay un denominador común: su alta

---

<sup>4</sup> Para las cartas conservadas en el epistolario de Frontón, cf. la ed. de NABER: pág. 244, para la de Apiano a Frontón; pág. 246, para la de Frontón a Apiano, y pág. 170, para la de Frontón a Antonino Pío. Véase también el vol. I de la edición de HAINES, págs. 264, 268 y 262, respectivamente, para estas mismas cartas. VIERECK, 1962, págs. 537-538, reproduce la carta de Apiano a Frontón. Estas cartas fueron escritas alrededor de los años 157-161 d. C.

posición social y su experiencia en cargos públicos<sup>5</sup>. Para Millar<sup>6</sup>, ello tiene una justificación doble, se trata, por un lado, de un reflejo de lo que ocurría en la sociedad romana en la que los círculos de los que emanaba el poder eran a la vez centros de cultura y mecenazgo, y por otro, de la conciencia, más o menos tácita, de que la experiencia política era requisito indispensable para el buen historiador. Este sentimiento que había recibido su expresión formal y teórica de manos de Polibio, se remontaba en último término a Tucídides, que en mayor o menor grado continúa sirviendo de modelo o, al menos, ejerce su influencia en buena parte de la historiografía posterior. En el caso de Apiano, que no se ocupó de la historia de sucesos contemporáneos a él, lo que constituía el ideal polibiano, sino de aquellos otros para los que era necesario el uso de fuentes escritas, habría que entender su interés por presentarse como hombre avezado, en cierto modo, en tareas públicas como un aval de su capacidad para interpretar y enjuiciar los hechos de un pasado remoto.

Apiano escribió una historia de Roma que abarcaba desde sus orígenes hasta el año 35 a. C. El plan de la misma se encuentra expuesto en su *Prólogo* (cap. 14). No era cronológico sino etnográfico. Dividió su obra en partes perfectamente diferenciadas que se correspondían con las guerras habidas por Roma contra otras naciones y las que sostuvieron entre ellos los propios romanos. Este esquema, sin embargo, se rompe en los libros que relatan las Guerras Civiles, los cuales están dispuestos de acuerdo con los principales caudillos de estas luchas intestinas, según afirma el propio historiador en el lugar arriba citado.

---

<sup>5</sup> F. MILLAR, *A study of Cassius Dio*, Oxford, 1964, pág. 5, notas 2 y 3, indica una larga serie de historiadores pertenecientes al orden senatorial.

<sup>6</sup> Véase *ob. cit.*, pág. 8.



Parece como si Apiano encontrara en el marco geográfico o etnográfico mayor criterio de homogeneización, que en la narración de hechos sucedidos simultáneamente pero en lugares distintos. También se hace patente en la concepción del plan de su obra la influencia que tuvo el factor personal como criterio englobador, unificador y polarizador del acontecer histórico. Este hecho es perceptible en el enunciado de algunos de sus libros, así el libro *La guerra de Aníbal* que refiere los hechos de armas llevados a cabo por el general cartaginés en Italia y que toma el nombre del principal protagonista de la contienda, o el libro *Sobre Mitrídates*, rey del Ponto, con quien sostuvieron también los romanos una dura pugna. A ello podemos añadir lo dicho anteriormente respecto a la ruptura del esquema general en los libros de las Guerras Civiles en atención a la personalidad de sus líderes. Pero, además, cabe apreciar, en el interior de algunos de sus libros, unidades más pequeñas con entidad propia dentro del marco más amplio en el que tienen lugar los sucesos que dan nombre al libro. Tal sucede en el libro *Sobre Iberia* en el que encontramos la guerra lusitana, la guerra de Viriato y la numantina como tres unidades menores que se suceden, en el relato histórico, rompiendo el orden cronológico y mostrando una cierta independencia en el esquema general del libro. Aquí tenemos un pueblo, un caudillo y una ciudad, que polarizan en torno a ellos la acción histórica, y el historiador es plenamente consciente del fenómeno e intenta destacarlo a juzgar por sus palabras al comienzo del cap. 63: «Es mi intención insertar aquí la guerra de Viriato que causó con frecuencia turbaciones a los romanos y fue la más difícil para ellos, posponiendo el relato de cualquier otro suceso que tuviera lugar en Iberia por este tiempo».

Lo que resulta más problemático de establecer son los motivos que pudieron llevar a Apiano a construir una historia desde esta perspectiva. El más remoto e ilustre precedente del método etnográfico en el terreno de la historiografía lo hallamos en Heródoto, pero luego, en general, se impuso entre los grandes historiadores, tanto griegos como romanos, hasta llegar a los analistas el método cronológico.

Así pues, pueden aventurarse diferentes hipótesis acerca de su preferencia por una historia de tipo etnográfico. Tal vez pudiera ser su deseo de imitar algún modelo precedente, o bien un cierto condicionamiento emanante del propio material histórico. Se trataba, en efecto, de una historia de Roma, más aún, de la gestación de la grandeza a que había llegado Roma desde sus orígenes humildes, y era ella el centro de gravitación de todo el acontecer histórico, y así se iban narrando los diferentes y sucesivos pueblos que hubo de someter hasta llegar a convertirse en la dueña del mundo conocido. Cabe, no obstante, pensar si hemos de ver en esto una falta de visión sinóptica o incapacidad para la misma por parte de Apiano, o para estructurar sus fuentes, ya que no era un historiador nato sino un modesto y fiel funcionario entregado, en su vejez, a estos menesteres históricos. Es posible que su ejercicio en la práctica de la abogacía como funcionario imperial pudiera influir en su forma de concebir la historia de Roma por compartimentos estancos tomando un suceso o sucesos desde su principio hasta el final, como el abogado que defiende un caso o el notario que atestigua y certifica los datos diversos que sobre un hecho le van llegando a las manos.

La obra histórica de Apiano fue compuesta en su vejez. En el *Prólogo* dice, con referencia a su época, que habían transcurrido doscientos años desde el advenimiento de los emperadores (entiéndase César) (cap. 7)

y, aproximadamente, unos novecientos desde la fundación de Roma (cap. 9), lo cual sitúa la fecha de su composición en torno al año 160 d. C., es decir, bajo Antonino Pío, que murió en el 161 d. C.<sup>7</sup> Parece que la fecha tope para la composición de su historia y tal vez para su vida sea el año 165 pues, como afirma Schwartz «después de la guerra de Marco Aurelio contra los partos un funcionario imperial no hubiera mencionado como la frontera más oriental del imperio el río Éufrates»<sup>8</sup>.

El hecho histórico que pone el broche a la historia de Apiano es la muerte de Sexto Pompeyo en el año 35 a. C., ocurrida poco después de la división del Imperio entre Antonio y Octavio. Es evidente, pues, que, dado el desfase cronológico que existe entre los hechos históricos que narra y la época en que vivió, tuvo que servirse de diversas fuentes para componer su historia. Y estas fuentes fueron fuentes escritas, en lo que difiere radicalmente de un autor como Polibio, testigo presencial de muchos de los sucesos que narra, y con posibilidad de acceder a quienes también lo fueron, en aquellos otros a los que no pudo asistir. Apiano, por tanto, se alinea junto a quienes, como Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso y tantos otros, fueron compiladores de datos. De ahí que establecer cuáles fueron sus fuentes será una tarea necesaria e ineludible para todo aquel que quiera proceder a una valoración de su quehacer histórico y comprobar, a un tiempo, su objetivi-

---

<sup>7</sup> E. CHAMPLIN, «The chronology of Fronto», *Jour. Rom. Stud.* 64 (1974), 149, sitúa la carta de recomendación de Frontón a Antonino Pío en el año 140, a partir del 10 de julio. El *Prólogo* de Apiano la fecha en torno al 150 d. C., frente a Haine, que da como fecha probable 157/161 d. C.

<sup>8</sup> «Appianus», *RE*, 2.1., cols. 216 sigs., 1895 (= *Griechische Geschichtsschreiber*, 2.<sup>a</sup> ed., Leipzig, 1959, págs. 361-393). Véanse otros datos en E. GABBA, *ob. cit.*, págs. X-XI de la Introd.

dad y rigor como historiador. Por ello, no debe extrañarnos que una gran parte de los estudios sobre Apiano, y aquí su caso es parejo al de otros historiadores, tengan como objetivo primordial, si no único, el establecer sus fuentes<sup>9</sup>. Como ejemplo ilustrativo de esta afirmación baste citar el artículo, todavía hoy valioso en muchos aspectos, del profesor Schwartz en la *RE* de Pauly Wisowa, que prácticamente lo aborda únicamente desde esta perspectiva. Se trata, en último término, de analizar su obra allí donde Apiano se muestra como fuente exclusiva o primordial, y aquellos otros pasajes en los que su testimonio coexiste con el de otros historiadores como, por ejemplo, Polibio, Diodoro, Livio, etc., a fin de establecer puntos de discrepancia o coincidencia, bondad o no, de las fuentes utilizadas en uno u otro caso.

No es nuestro objetivo exponer, siquiera con mínimo detenimiento, un problema tan complejo que excedería los límites y propósitos de esta Introducción. Pretendemos tan sólo resaltar la importancia de este hecho dentro de la problemática general que el autor plantea y exponerlo de modo sintético.

En una lectura de su obra se puede apreciar que Apiano menciona una serie de autores que narraron sucesos históricos y que, por la forma en como aparecen citados —en algunos casos se les presenta como narradores de determinados hechos— se puede entender que los utilizó como fuente en mayor o menor grado.

---

<sup>9</sup> Sobre el problema de las fuentes de Apiano, cf. la puesta a punto hecha por G. T. GRIFFITH, *The Greek Historians*, en *Fifty Years of Classical Scholarship*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, 1968, págs. 206-207, y notas 118-120 en págs. 222-223; además, *Appendix*, pág. 239.

Éstos son Polibio<sup>10</sup>, Paulo Clodio<sup>11</sup>, Jerónimo de Cardia<sup>12</sup>, César<sup>13</sup>, Augusto<sup>14</sup> y Asinio Polión<sup>15</sup>.

En un segundo plano tendríamos aquellos otros autores que, si bien son mencionados por Apiano, no parece que pueda desprenderse de ello una necesaria utilización de su obra. A veces, como es el caso de Rutilio Rufo<sup>16</sup>, aunque aluda expresamente a su labor histórica, se les cita, sobre todo, por su participación activa en determinados acontecimientos. En este caso podríamos situar a Terencio Varrón<sup>17</sup> y Casio Hémina<sup>18</sup>.

Hay, sin embargo, muchos otros autores de los que no existe el menor rastro en su obra y que, sin duda, debieron constituir una fuente importante para partes muy diversas de la misma, como ulteriores estudios han demostrado. Entre ellos estarían Plutarco, Diodoro, Posidonio, Livio, Salustio, Celio Antípato, Valerio Antias, Sempronio Aselión, etc. Aunque, como ya dijimos, sea difícil y controvertido establecer las fuentes de cada pasaje, hay algo que sí podemos afirmar sin riesgo de equivocarnos, y es que Apiano utilizó fuentes literarias griegas y romanas en las que se reparten los autores citados arriba, destacando entre las últimas a una gran parte de la analística romana de valía muy diversa.

Aparte las fuentes literarias, cabe suponer también que pudo utilizar memorias de campaña de los partícipes directos en algunos de los hechos que él relata (algunas de las fuentes antes citadas no son otra cosa, pensemos en los escritos de César o Augusto) y que

<sup>10</sup> *Africa* 132.

<sup>11</sup> *Galia* I 3.

<sup>12</sup> *Mitrídates* 8.

<sup>13</sup> *Galia XVIII; Guerras Civiles* II 79.

<sup>14</sup> *Iliria* 14 sigs.; *Guerras Civiles* IV 10; V 45.

<sup>15</sup> *Guerras Civiles* II 82.

<sup>16</sup> *Guerras Civiles* IV 47.

<sup>17</sup> *Galia* VI.

<sup>18</sup> *Iberia* 88.

desgraciadamente se perdieron. Quisiera referirme expresamente al caso de Rutilio Rufo del que creo, en contra de la opinión que da como fuente única a Polibio, que pudo servirse para su relato de la guerra de Numancia en su libro sobre Iberia<sup>19</sup>. También es posible que pudiera manejar documentos oficiales en registros y archivos, a los que pudo tener acceso en su calidad de funcionario imperial.

Cuestión harto difícil, en cambio, resulta decir en qué medida utilizó de manera directa o no una fuente, pues en muchos casos la brevedad de su relato o la falta del pasaje correspondiente en otra fuente oscurecen el hecho. Hay, incluso, una parte de la crítica que piensa que, si bien las fuentes antes citadas son las últimas a las que se remonta en cada caso el texto de Apiano, éste habría tenido como fuente inmediata a un retórico e historiador de la época de Augusto llamado Timágenes de Alejandría<sup>20</sup>. Este autor, sin embargo, es poco más que un nombre para nosotros y ni siquiera se sabe con mucha certeza cuál era el contenido de su obra. En general, cabe apreciar en muchos casos una postura en exceso subjetiva y apriorística en la forma en que se ha abordado el problema de las fuentes, lo que ha llevado a adoptar tesis demasiado radicales que pienso se compadecen mal con la realidad de los hechos.

---

<sup>19</sup> Cf., para más detalles, mi artículo «En torno al 'Bellum Numantinum' de Apiano», *Habis* 4 (1973), 23-40. Y, en general, sobre las guerras celtibero-lusitanas, H. SIMON, *Roms Kriege in Spanien (154-133 v. C.)* (Frankfurter Wissenschaftliche Beiträge, Band II), Francfort, 1962.

<sup>20</sup> Sobre Timágenes, cf. R. LAQUEUR, s. u. *Timagenes*, en *RE*. Como fuente para ciertas partes de la obra de Apiano, véanse también A. KLOTZ, *Cäsarstudien*, Leipzig-Berlín, 1910, pág. 84, n. 4, y del mismo, *Appians Darstellung des zweiten punischen Krieges*, Paderborn, 1936, pág. 113, así como *Kommentar zum Bellum Hispaniense*, Leipzig, 1927, pág. 13.

En cuanto al problema de la bondad del texto de Apiano como fuente, el hecho resulta, de igual modo, bastante complejo, ya que, aparte de lo arriba expuesto, varía en las diferentes partes de su obra según la calidad de las fuentes utilizadas, como ocurre con la historia de Dión Casio, Diodoro, Livio y muchos otros. Sin embargo, existen pasajes numerosos en los que el texto de Apiano concurre con el de otros historiadores y en donde su versión se muestra, al menos, como la más acorde con la realidad histórica conocida, aunque existan siempre discrepancias entre las distintas opiniones. Así ocurre, por ejemplo, en los textos de Apiano que recogen el Tratado del Ebro, importante por ser el primero que se llevó a cabo en la Península Ibérica entre romanos y cartagineses, y porque repercutió en el hecho que dio origen a la segunda guerra púnica: la toma de Sagunto por Aníbal. A mi juicio, en este caso resulta bastante completo y digno de estima el texto de Apiano frente a los de Polibio y Livio<sup>21</sup>.

Apiano fue, en sustancia, un narrador de sucesos, mejor dicho, fue un recopilador de datos recogidos en una diversidad de fuentes. Esta labor de compilación y selección se refleja en su obra y así el relato presenta en conjunto unos altibajos notables en cuanto a la exposición, coherencia y estructura internas, según la documentación y naturaleza de las fuentes utilizadas en cada caso.

En ocasiones, Apiano procura mantener una fidelidad estrecha a los modelos que tuvo ante él, a veces incluso podríamos pensar en una traducción literal como, por ejemplo, en dos pasajes de las *Guerras Civiles* (IV 11 y V 45) en los que alude a su labor de traducción del latín al griego y la dificultad inherente

---

<sup>21</sup> Para más detalles, cf. mi artículo «En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrúbal», *Habis* 7 (1976), 75-110.

a ello<sup>22</sup>. El primero de estos pasajes lo constituye el decreto de proscripción de los triunviros, que lo transcribe literalmente y dice «tal era el texto de la proscripción de los triunviros en la medida en que es posible verterlo de la lengua latina a la griega», y en igual sentido se pronuncia en el segundo de los pasajes citados, en el que transcribe literalmente el diálogo entre Octavio y Lucio Antonio, el hermano de Marco Antonio después de la capitulación de Perusia. En otros casos, si no literalidad, la fidelidad hacia su modelo es muy estrecha, lo cual en el caso de las fuentes latinas conlleva una serie de irregularidades en su versión al griego manifestada, como apunta Gabba, en una «latinización de su prosa tanto en el campo léxico como en la conversión de palabras latinas en términos griegos que vienen a adoptar un significado distinto del normal, o bien en la formación de compuestos allí donde el griego usa palabras simples o compuestos de otro tipo; frases desconocidas en griego que reproducen otras correspondientes en latín o rasgos sintácticos propios de la sintaxis latina y no griega», etc.<sup>23</sup>. Todo ello no puede, por supuesto, interpretarse como mera influencia de la lengua latina en Apiano y como una utilización incorrecta de la misma por parte de este autor, pues Apiano la conocía bien y la hablaba normalmente como demuestra su labor en calidad de abogado en Roma. Hay que pensar, por tanto, en su deseo de mantenerse lo más fiel posible a su modelo, aun a riesgo de caer

---

<sup>22</sup> Cf. E. GABBA, *Appiano e la storia delle guerre civili*, Florencia, 1956, pág. 212, con bibliografía exhaustiva para todo lo relativo a este período histórico en la narración de Apiano.

<sup>23</sup> *Ob. cit.*, pág. 214. En general, sobre la influencia latina en la lengua de Apiano, cf. J. HERING, *Lateinisches bei Appian*, tesis doct., Leipzig, 1935. Un breve pero sustancioso resumen de esta obra se encuentra en E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XXXIV-XXXVII de la Introd.



en esas incorrecciones lingüísticas. En muchos otros casos, sin embargo, la realidad aparece gravemente distorsionada, ya sea por intención del autor, ya porque así estuviera en la fuente.

Hemos aludido anteriormente al gusto de Apiano por aislar en unidades cerradas los datos relativos a un determinado pueblo, extraídos de una o más fuentes históricas generales o particulares, lo que patentiza su objetivo, expuesto en el *Prólogo* (cap. 12), de narrar la historia de Roma «pueblo por pueblo». Ello es motivo de que aquellos libros que no tratan acontecimientos completos, como *La guerra de Aníbal* o *Sobre Mitridates*, muestren una narración entrecortada, a saltos e, incluso, con unidades aislables en su interior, como es el caso de la guerra de Numancia o de Viriato en el libro *Sobre Iberia*. Lo mismo ocurre en el libro *Sobre Iliria*<sup>24</sup>.

La labor de síntesis y de resumen que Apiano efectúa pudo haber contribuido también a dar ese tono entrecortado a su relato en ciertas partes de su obra, unido esto a la utilización de fuentes diversas; además, ello le hace caer, en ocasiones, en repeticiones o en insertar, a manera de recuerdo, referencias más o menos extensas de un mismo episodio en lugares diferentes de su obra (cf. *Ib.* 5 y *An.* 2, respecto al Tratado del Ebro, o *Ib.* 9-10 y *An.* 3, respecto a los móviles de Aníbal para atacar Sagunto). Sin embargo, el historiador trata de paliar esta aparente desunión mediante breves fórmulas de engarce (cf. *Ib.* 38; 44; 56; 63; 66; 76, etc.), que hilvanan y dan una cohesión externa a distintos episodios abreviados y con entidad propia, pero marcan, a un tiempo, su independencia en el interior del libro.

---

<sup>24</sup> Cf. J. DOBIÁŠ, *Studie k Appianove Illyrské* (con amplio resumen en francés *Etudes sur le Livre Illyrien d'Appien*), Praga, 1930, pág. 241. Este estudio del libro *Sobre Iliria* es fundamental para toda la problemática, en general, del mismo.

La utilización de una fuente o fuentes que proporcionasen un relato más continuado y preciso debió de facilitar esta tarea de conferir a su relato esa mayor apariencia de fluidez y cohesión. En cambio, cuando no ocurría así, bien sea porque tratara temas tangenciales o sobre los que no tenía intención de profundizar, o porque su fuente histórica no era explícita (cf. el cap. 2 de *Sobre Iberia*, de carácter etnográfico, o los caps. 101 y 102, donde, como broche de este libro, adelanta acontecimientos posteriores: guerra de Sertorio y las acciones de César y Augusto en el 61 a. C.), se muestra inseguro y vacilante. Así, en el primero de los pasajes citados aparecen hasta cuatro veces expresiones como *dokeî* o *dokoûsi* y acaba diciendo que deja estos asuntos para «los que tratan de épocas remotas», con un irónico desprecio que mal puede disimular la ignorancia, en tanto que en los otros dos la falta de rigor y exactitud, no justificadas, son notables.

Al margen de esta dependencia y, en ocasiones, casi servilismo de Apiano con relación a sus fuentes, que ilustran su modo de componer la historia, cabría hablar también de sus aportaciones personales. Éstas son de índole diversa y no resultan fáciles de delimitar. A veces se trata de alusiones al paso, que establecen una confrontación entre los hechos descritos y la época de Apiano (generalmente introducidas por «ahora» o «todavía ahora»), en otras son apreciaciones personales o juicios subjetivos del autor sobre un hecho concreto, con frecuencia manifestadas con *dokeî moi*, etc., o bien notas marginales, casi con carácter de glosa, que ofrecen al lector una explicación de noticias aisladas o aquellas otras en donde el autor expone claramente sus ideas<sup>25</sup>. Todos estos rasgos, por su carácter marginal y casi de interpolación, que se despegan un tanto

---

<sup>25</sup> Cf. GABBA, *ob. cit.*, págs. 219 y sigs.

del resto del relato, se pueden considerar como propios de Apiano.

Cabe juzgar como aportación del autor la original estructura de su obra, aunque en este caso, como ya dijimos, pudo contar con modelos precedentes en este sentido e, incluso, haber entremezclado fuentes de tipo geográfico y cronológico, así como también habría que atribuirle la selección de las fuentes y, sobre todo, su utilización en función de unos criterios y objetivos personales o de una cierta ideología política.

Desde esta última perspectiva los libros sobre las Guerras Civiles son más ilustrativos al respecto, que el resto de la obra, en la medida en que se trata de acontecimientos más próximos en el tiempo, debatidos entre los propios romanos y sobre los que la toma de postura resulta más significativa. Además, sobre estos hechos las fuentes se contraponen con una mayor nitidez, y la selección o modificación de las mismas ponen de relieve con más claridad el talante del autor. Para Gabba<sup>26</sup>, no hay que perder de vista cómo Apiano concebía la historia de las Guerras Civiles como una sarta de revoluciones que desembocan en la monarquía. No debemos olvidar, en efecto, el fin moralizador explícitamente propuesto por el historiador a sus lectores, esto es poner de relieve el contraste entre las trágicas condiciones de vida de la época de la república tardía y la felicidad de los tiempos en los que vivieron el historiador y sus lectores. Apiano, fiel admirador de la monarquía y el imperio, contrapone el último período de la época republicana como época de licencia, crueldad y barbarie con la época imperial iniciada con Augusto, el último eslabón de aquella etapa y el iniciador de esta otra nueva. Ello le lleva a modificar o adaptar aquellas fuentes que utilizó para los libros II al V de

---

<sup>26</sup> *Ob. cit.*, págs. 220 y sigs.

las Guerras Civiles y que mostraban un carácter claramente filorrepublicano.

En otros libros, tales como el *Sobre Iberia*, se puede apreciar el contraste entre fuentes tendenciosamente favorables a la causa romana y otras, tal vez griegas, más objetivas. Apiano sigue a éstas en ocasiones, sobre todo en lo concerniente al pugilato entre Roma y Cartago en Iberia e, incluso, no siente reparo en destacar el comportamiento deshonroso y cruel de muchos generales romanos en su lucha con los indígenas, frente a otras fuentes claramente favorables a Escipión y sus amigos que pretenden enmascarar o endulzar tales hechos.

De lo dicho hasta ahora se deduce con facilidad que Apiano no es un historiador que teorice sobre la historia en sí o haga una historia filosófica, sino un artesano más o menos hábil e instruido que recopila y compendia una extensa cantidad de datos con unos fines concretos y desde una perspectiva ética y política que aflora en algunos lugares de su obra. De ahí que, a nuestro juicio, términos tales como *aitía alēthēs*, *próphasis tò phanerón* y *arkhē*, que utiliza, por ejemplo, al analizar los móviles que indujeron a Aníbal a invadir Italia (véanse *Ib.* 10; *An.* 1 y 3), hay que entenderlos como una terminología al uso dentro de la tradición historiográfica y no como manifestación refleja del principio de causalidad.

Merecen destacarse entre el conjunto de libros que integran su obra histórica, aquellos relativos a las Guerras Civiles y, en especial, el libro I, en cuyos capítulos de introducción a las mismas afirma el autor cómo la *homónoia* y la *eutaxía* de la época imperial son consecuencia de todo el período de luchas civiles precedente, que arranca de la tragedia de los hermanos Gracos y va al unísono con la monarquía nacida del poder militar de esta etapa de revueltas. Interesante resulta

lo referente a la cuestión agraria y, en general, todo el contenido de este libro, por ser testimonio fundamental para esta etapa de la historia de Roma. No obstante, hay muchas otras partes importantes y estimables en su obra. Sobre todo, aquellos sucesos para los que Apiano es fuente principal o exclusiva, así, por ejemplo, en la narración de las guerras celtíbero-lusitanas y su episodio final de la toma de Numancia (*Ib.* 44-99). De indudable valor es la historia de la tercera guerra púnica descrita en su libro *Sobre Africa* y, en especial, lo referente al asedio y destrucción de Cartago, hecho para el que también Apiano es nuestra fuente principal. A estas partes de su obra que presentan un relato continuado y valioso por distintos motivos habría que añadir aquellos otros datos aislados, algunos de interés particular para nosotros, como la fundación de Itálica por Escipión (*Ib.* 38), etc.

Una característica a reseñar en su historia es el gusto por relatar multitud de estratagemas de las que se servían los generales o caudillos en sus operaciones militares, de ellas están llenos los libros *Sobre Iberia* o *La guerra de Aníbal* (la batalla de Cannas, por ejemplo, la reduce Apiano a la combinación, por parte de Aníbal, de cuatro estratagemas diferentes). Este aspecto de su historia ha sido también objeto de censura por parte de la crítica moderna, que ha querido ver en ello un tono novelesco y de invención. Sin embargo, es posible que en muchos casos esta crítica venga motivada por la ausencia de las mismas en otras fuentes tenidas por mucho más valiosas, como ocurre, por ejemplo, en el caso de Cannas, donde Polibio no las menciona, y no porque el relato de Apiano resulte de por sí increíble o inverosímil. Al contrario, creemos que con frecuencia son perfectamente posibles y, tal vez, acordes con la genialidad e idiosincrasia de sus autores, Viriato, Aníbal, etc.

Abundan también en su historia las hazañas y gestas individuales en las que se muestra a los distintos protagonistas como auténticos motores y artífices del acontecer histórico. En este hecho hemos de ver, sin duda, un reflejo del gusto por el factor individual en la historiografía helenística, a la que pertenecen algunas de sus fuentes, y de otros autores de la época imperial y de la analística romana.

La obra de Apiano está llena, por lo demás, de toda clase de defectos, tales como adulteraciones, falta de exactitud en los detalles, ausencia de rigor cronológico, geográfico, etc. Algunos de estos errores o defectos podrían explicarse por el carácter sintético de su historia, que redundaba en detrimento de una mayor abundancia de datos y una mejor ligazón y explicación de los mismos. En lo que hace a la datación de los sucesos históricos, él mismo, en el *Prólogo* (cap. 13), dice: «me pareció superfluo dar la fecha de todos los hechos y sólo mencionaré la de los más importantes», mostrando con ello un cierto desinterés por estas cuestiones. De otro lado, los errores cronológicos y geográficos, las cifras exageradas o distorsionadas, aunque a veces puedan ser intencionadas o imputables a él, en otras muchas habría que atribuírselas a sus fuentes. Y, en general, esto es una constante entre los historiadores del mundo antiguo, y ni siquiera los más grandes se han visto libres de ellos. Las condiciones de trabajo, el acceso a las fuentes, los criterios y el método seguido podrían explicarnos muchos otros defectos.

Por todo ello, creemos que, a veces, ha sido excesivo el rigor con el que se ha censurado a Apiano, rigor que ha llevado a imputarle y tener como suyos todos aquellos pasajes carentes de valor o donde se distorsiona la realidad de los hechos, y en cambio, a omitir su nombre, aunque sea su relato el único conservado, en otros de valía indudable, atribuyéndolos sin más al mérito

de su fuente, sea ésta Polibio, Livio o cualquier otro, como más de una vez se ha hecho. Diremos, para concluir este apartado, que una justa adecuación y conformidad con la realidad histórica era algo naturalmente necesario y exigible, pero, en general, lo que el historiador antiguo pretendía con su obra era, entre otros objetivos, el crear una escenografía adecuada en la que pudiera exponer los hechos a la luz de las ideas políticas y los principios éticos que él sustentaba. Y aunque ello no se vea, en ocasiones, con demasiada nitidez en el caso de Apiano, no es ajeno a esta perspectiva y puede resultar, desde ella, tan válido como muchos otros.

Otro aspecto de su obra al que debemos referirnos es el relativo a los discursos que se contienen en ella. Este hecho, por lo demás, es una constante en la historiografía greco-latina. Los historiadores griegos y romanos de las épocas más dispares han gustado de insertar discursos que jalonan el desarrollo de los acontecimientos. La variedad y calidad de los mismos varía, como se sabe, de un autor a otro y, en especial, es diferente también la función que desempeñan en el plan general de la obra. En Apiano, sin que abunden en exceso como es el caso de Livio, por ejemplo, hay bastantes muestras de ellos en el transcurso de su obra, sobre todo en los libros de las Guerras Civiles, y constituyen, junto con otras partes de su relato histórico, desde un punto de vista estilístico, lo más valioso de su historia. En algunos de sus discursos se puede apreciar un cierto artificio y efectismo retórico en la línea de la oratoria liviana y de la analística. Con ello no queremos decir que exista sólo un ropaje formal y vaciedad de contenido, que se trate, en suma, de meros pastiches sin conexión con la realidad circundante. Precisamente en las piezas oratorias que se encuentran en los libros de las Guerras Civiles cabe apreciar una clara

intencionalidad al servicio de la óptica bajo la que trata el historiador los acontecimientos que narra, así sucede, por ejemplo, en el gran debate que se abre en la cámara senatorial (cf. III 45 ss.), en donde Pisón defiende a Antonio y se puede palpar un sentimiento de hostilidad claro de Apiano hacia Cicerón, etc. Quizás la perfección formal que alcanza en algunas de estas intervenciones retóricas, en contraste con el tono ramplón y monótono de muchas otras partes de su obra, se deba, entre otras razones, bien a la calidad de la fuente y fidelidad a la misma, o a su experiencia práctica y cotidiana en tareas forenses, lo que debió de hacerle conocedor de los variados recursos de la retórica.

Su estilo, en general, es claro y sencillo, no hace gala de ningún tipo de pretensión literaria u ornamental, resulta, por el contrario, un tanto aburrido y pedestre. A veces suele contagiarse del carácter sintético del contenido y adquiere una concisión y laconismo que lo asemejan a breves apuntes de un diario de campaña. Con todo, hay momentos en los que su prosa cobra una rara vitalidad teñida de dramatismo que atrae al lector, pero son las excepciones. Aunque no cabe apreciar en él una clara influencia aticista, pese a lo que cabía esperar dado la época en que vive, sí hay rasgos, a mi juicio, que habría que atribuírselos al aticismo. Entre ellos señalaré dos: el uso del dual, ya perdido totalmente del habla cotidiana por esta época y el uso abundantísimo del optativo, especialmente en oraciones subordinadas en las que había sido relegado con fecha muy anterior, así, en las oraciones finales y en las completivas de temor, aunque aparece en casi la totalidad de usos y oraciones de época clásica. Si se compara, en este aspecto, con Polibio, Diodoro o cualquier otro autor de su tiempo claramente no aticista, la diferencia es notable. Es de destacar también, aunque este rasgo sea pertinente a muchos autores griegos, el uso abundante



de participios que se yuxtaponen alargando los períodos en exceso, con ausencia de nexos subordinativos que dejan las frases un tanto sueltas.

En resumen, Apiano no fue un historiador nato, sino un funcionario que se aplicó, al final de su vida, al quehacer histórico, impulsado, tal vez, por su admiración y gratitud para con la gran nación, un imperio en su época, que lo había recompensado con un puesto de favor. Su historia está plagada de defectos, ya esbozados anteriormente, lo que hace que deba ser utilizado con suma cautela. Sin embargo, por la gran cantidad de datos que su obra contiene, por la importancia del período histórico que abarca y por el hecho de que, a veces, sea la única fuente o la más completa de las conservadas, se le debe tener en cuenta.

## 2. *El texto de la «Historia Romana»*

La relación más completa que ha llegado hasta nosotros de la obra histórica de Apiano es la de Focio, patriarca de Constantinopla, que murió en el año 891 de nuestra Era. Él escribió una enciclopedia de literatura titulada *Biblioteca* (o *Miriobiblon*), que contenía, en 280 capítulos con numerosos extractos, datos relativos a 280 autores cuyas obras existían aún. Parece que tuvo ante sus ojos un ejemplar completo de la *Historia Romana* de Apiano. En su obra (*Bibliot.* 57) enumera veinticuatro libros de la historia de Apiano<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Las otras relaciones son del propio Apiano en su *Prólogo* (cap. 14) y de dos Anónimos (cf. la edición de SCHWEIGHÄUSER, vol. III, págs. 10 y sigs., y también la de Mendelsshon, *Prefacio*, pág. VII). Como Apiano, al detallar en el *Prólogo* los diversos libros de su obra, no menciona todos los que aparecen en la relación completa de Focio, cabe pensar que aquél fue compuesto antes de que hubiera terminado de escribir la totalidad de su obra. De otro lado, parece que Apiano no llegó

Una obra tan extensa y variada, todavía en época bizantina, era lógico que sufriera serios avatares en el curso de su transmisión. Las razones pueden ser de muy diverso tipo, pero cabría citar entre otras que hubo una serie de libros que, tal vez en razón a que se sintieron de mayor importancia que el resto, fueron seleccionados y difundidos, y que otros, al estar recogidos fragmentariamente en base a argumentos específicos y similares en *Excerpta* de época bizantina, se transmitieron de este modo perdiéndose el contenido restante. Finalmente hubo otro grupo que se perdió casi en su totalidad, hecho quizás debido al puro azar de la transmisión.

Dividiremos este análisis sucinto de la historia del texto en dos grandes apartados: uno dedicado a la tradición manuscrita, y el otro, a las ediciones y traducciones de su obra.

#### A) LA TRADICIÓN MANUSCRITA DE LA «HISTORIA ROMANA» DE APIANO.

La fuente principal para el conocimiento del texto de Apiano es la tradición manuscrita, ya que las citas en otros autores carecen de importancia al no haber tenido apenas repercusión su obra.

Se pueden establecer tres grandes grupos: los manuscritos que contienen aquellos libros conservados en su totalidad, los manuscritos que contienen los fragmentos de otros libros recogidos en los *Excerpta* bizantinos y, finalmente, los manuscritos del *Suda*.

Los libros conservados completos son, además del *Prólogo*, los siguientes: *Sobre Iberia*, *La guerra de*

---

nunca a escribir el libro sobre economía civil y militar de Roma (cf. *Pról.* 15) que promete como broche de su historia. Scheweighäuser piensa que podía haber un argumento de este libro en la *Hecatontecia*.

*Aníbal, Sobre Africa, Sobre Iliria, Sobre Siria, Sobre Mitrídates* y los cinco libros de *Las Guerras Civiles*. Hay que incluir también en esta primera relación un *Epítome del libro «La historia de la Galia»*.

Los manuscritos que recogen este primer bloque de libros son relativamente numerosos y sólo citaremos los principales<sup>28</sup>. El más antiguo de todos es el *Vaticanus gr. 141 (V)*, de los siglos XI y XII; el *Marcianus gr. 387 (B)*, que data de 1440 d. C.; el *Vaticanus gr. 134 (V, J en Dilts)*, del siglo XV; el *Vaticanus Pii II gr. 37 (D)*, del siglo XV; el *Laurentianus 70.5 (1)*, del siglo XV; el *Parisinus gr. 1672 (F)*, de principios del siglo XIV, y el *Parisinus gr. 1642 (E)*, del siglo XV.

De todos estos manuscritos detenta la primacía indiscutible el *Vat. gr. 141*, que contiene el *Prólogo*, el *Epítome del libro «La historia de la Galia»* (ambas partes, del siglo XII), el libro *Sobre Iberia*, el de *La guerra de Aníbal* y *Sobre Africa* (estos últimos, del siglo XI). El manuscrito *Laurentianus LXX.26*, que contiene el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal* así como el manuscrito que manejó Enrique Estéfano para su edición de estos libros en 1557 dependen del anterior, según vio ya Mendelsshon en su edición y recogen Viereck y Roos en la suya<sup>29</sup>. Respecto al *Prólogo*, Viereck y Roos piensan que hay que mirar también los

---

<sup>28</sup> Para una relación completa, así como para el contenido de cada manuscrito, se pueden consultar VIERECK, 1962, Prefacio, págs. XXXII-XXXIII, y M. R. DILTS, «The manuscripts of Appian's *Historia Romana*», *Rev. d'Hist. Text.* 1 (1971), 49-71. Adoptamos, para los manuscritos, las siglas de la edición de VIERECK, 1962, y las de la edición de DILTS en aquellos otros que no colaciona Viereck.

<sup>29</sup> Prefacio, pág. XIII. Sobre los manuscritos que contienen el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal*, Dilts anuncia, en el artículo citado, un nuevo trabajo (cf. pág. 49, n. 2) que no hemos encontrado publicado, pero ratifica la supremacía del *Vaticanus gr. 141* sobre todos ellos.

manuscritos de la familia (O) y los utilizados por Cándido Decembrio (C), ya que éstos serían irreductibles a aquél<sup>30</sup>. En cambio, P. Maas<sup>31</sup> en su reseña a la edición de Viereck y Roos no considera sostenibles las razones aducidas por los anteriores para tal afirmación, ni tampoco Dilts en el artículo citado.

Los restantes manuscritos de este primer grupo se dividen en dos familias: la familia (O) y la familia (i). Esta división se debe a Mendelsshon<sup>32</sup> y hoy se acepta plenamente. Error de este último fue, no obstante, considerar el manuscrito *Monacensis* gr. 374 (A) como manuscrito primario de la familia (O), pero esto fue subsanado por Viereck en su edición, de 1905, de los libros de *Las Guerras Civiles*. Hoy ha quedado establecido que este manuscrito (A) desciende del primario *Marcianus* gr. 387 (B), y Dilts precisa que a través del *Vaticanus* gr. 1612 (K), pues presenta errores extraños a la familia (O), y que tienen su base en el manuscrito *Escorialensis* T. II.4 (143) (n) perteneciente a la familia (i). Los manuscritos primarios para la familia (O) serían, pues, a juicio de Dilts, el B, D y J (V.134 en Viereck y Roos).

Diferencia importante existe entre Viereck-Roos y Dilts respecto a los manuscritos F, E y L (*Vossianus miscellaneus* 7), pues aquéllos los consideran pertenecientes a la familia (O)<sup>33</sup>, en tanto que éste los considera pertenecientes a (i)<sup>34</sup>. Para Dilts, además, los manuscritos F, E son, junto con I, los tres manuscritos primarios de la familia (i), pero con la diferencia de

<sup>30</sup> Véase *Prefacio*, pág. XIII.

<sup>31</sup> *En Jour. Rom. Stud.* 38 (1948), 144, n. 1. Sin embargo, las observaciones de Maas en la citada reseña no conciernen al texto de las *Guerras Civiles*.

<sup>32</sup> «*Questiones Appianeae*», *Rhein. Muse.* 31 (1876), 201-218.

<sup>33</sup> Cf. *Prefacio*, pág. XV.

<sup>34</sup> Cf. *art. cit.*, págs. 50, 61 y 62.

que l derivaría directamente del arquetipo (i), y F, E derivarían de (i) a través de un hiparquetipo (Z) hoy perdido, del que provienen independientemente. Diferencia sustancial también entre Viereck-Roos y Dilts es el hecho de que los primeros ignoran l y hacen derivar lecturas de la familia (i) de manuscritos tales como el *Parisinus gr.* 1681 (a), *Parisinus gr.* 1682 (b), *Laurentianus* LXX.33 (f) o *Vratislavensis Rhedigeranus* 14 (d), apógrafos de l, según Dilts, los dos últimos y de los que, a su vez, dependen a, b directa o indirectamente.

Schweighäuser favoreció la familia de manuscritos (O), pues consideró al manuscrito A como el mejor y este error lo compartió Mendelsshon, como dijimos antes, y aunque fue subsanado por Viereck, sin embargo, tanto éste como Roos encuentran de más valor los manuscritos de la clase (O), «*primarii generis (O)*»<sup>35</sup> los llaman, que los de la clase (i), «*deteriorii generis (i)*»<sup>36</sup>.

Queda hacer un breve referencia, dentro de este primer grupo, a los manuscritos utilizados por Cándido Decembrio para su versión latina de Apiano en dos volúmenes. Viereck y Roos los signan como (C) y los tienen por inferiores a (O) observando que hay en ellos lecturas que se apartan de (O) e, incluso, lagunas no existentes en (O) e (i)<sup>37</sup>. Según Dilts<sup>38</sup>, las copias de los manuscritos d, f fueron las que Cándido tomó de la Biblioteca de San Marcos el 7 de diciembre de 1450<sup>39</sup>.

<sup>35</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIV y XV.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pág. XVI. Sin embargo, véase la crítica que hace, al respecto, Oldfather en *Amer. Jour. Philo.* 63 (1942), pág. 486.

<sup>37</sup> Cf., para más detalles, *Prefacio*, págs. XV y XVI.

<sup>38</sup> *Art. cit.*, págs. 55 y 56.

<sup>39</sup> Véase recientemente, sobre este particular, A. KORANYI, *The manuscripts of Pier Candido Decembrio's Latin translation of Appian's «Historia Romana»*, tesis doct., Universidad de Nueva York, 1975.

El segundo grupo de manuscritos, distinto por su origen y contenido, está integrado por aquellos que recogen las recopilaciones bizantinas a partir de obras de historiadores antiguos realizadas por orden del emperador Constantino Porfirogéneta (912 a 959 d. C.). Estas recopilaciones o extractos aglutinaban, bajo títulos diversos, cada uno correspondiente a un tema determinado, pasajes procedentes de autores varios pero relacionables en función de dicho tema. De los títulos conservados, los que tienen interés para Apiano son tres: *De legationibus (Romanorum y gentium)*, *De uirtutibus et uitiis*, y *De sententiis*<sup>40</sup>. En general a estos *Excerpta* se les conoce como *Excerpta Constantiniana*.

Los *Excerpta de legationibus* se han conservado en un número bastante considerable de manuscritos de fines del siglo XVI, todos los cuales, no obstante, dependen del viejo manuscrito *Escorialensis* destruido en un incendio en 1671<sup>41</sup>.

Los *Excerpta de uirtutibus et uitiis* y los *Excerpta de sententiis* están conservados en manuscritos únicos, los primeros en el *Turonensis* C 980 (P) (antes *Peirescianus*) del siglo XI, y los segundos en el *Vaticanus* gr. 73 rescriptus (Z) del siglo X u XI.

Los *Excerpta* recogen fragmentos de los libros siguientes: *Sobre la realeza*, *Sobre Italia*, *El libro samnita*, *Sobre la Galia*, *Sobre Sicilia* (todos ellos perdidos),

---

<sup>40</sup> Aunque el original era griego, doy el equivalente latino por motivos de edición. Para los *Excerpta*, hay que recurrir a la edición magistral de U. Ph. BOISSEVAIN, C. DE BOOR, Th. BÜTTNER-WOBST y A. G. ROOS, *Excerpta Historica iussu Imp. Constantini Porphyrogeniti confecta*, vols. I-IV, Berlín, 1903-1906. Los fragmentos de los *Excerpta* de la presente traducción están citados por dicha edición siguiendo a la teubneriana.

<sup>41</sup> Cf. VIBRECK, 1962, *Prefacio*, pág. XVII, y en general, para los manuscritos de los *Excerpta*, las págs. XXXII-XXXIII, donde remite a los lugares concretos de la edición de BOISSEVAIN en los que se da cuenta de cada manuscrito.

y de los libros *Sobre Numidia*, y *Sobre Macedonia* (también perdidos) que debieron formar parte de los libros *Sobre Africa* y *Sobre Iliria* respectivamente, bien como apéndices o de forma independiente y, como dijimos, estos últimos se han conservado<sup>42</sup>. Para los libros perdidos constituyen, por tanto, los *Excerpta* una fuente básica y exclusiva, y de ahí también la importancia de los manuscritos que los contienen. En cambio, para los libros *La guerra de Aníbal*, *Sobre Iberia* y *Sobre Africa*, de los que existen además fragmentos en los *Excerpta*, al haber una tradición manuscrita paralela que los transmitió enteros, su importancia decrece. Sin embargo, hay que contar con ellos, sobre todo en aquellas lecturas que discrepando de la otra tradición manuscrita puedan deberse a manuscritos utilizados por los compiladores de los *Excerpta*. De otro lado hay que tener en cuenta que la tradición manuscrita de los *Excerpta* trabaja sobre un material en sí ya limitado, dado el carácter de resumen, de recopilación de temas varios cuales fueron los *Excerpta Constantiniana*, y dado que, a su vez, los propios escribas en muchas ocasiones no transmitieron con fidelidad el texto de los *Excerpta*, sino que introdujeron modificaciones, omitieron partes e, incluso, condensaron aún más el propio texto de éstos, contagiados tal vez por el carácter extractado del original.

Es posible que los excerptores de Constantino sólo tuvieran presente un volumen de la totalidad de la obra de Apiano que contenía los nueve primeros libros, pues no hay rastro en ellos del resto de los libros conservados ni del resto de los perdidos.

El último grupo de manuscritos lo constituyen aquellos que transmiten las glosas históricas del *Suda*, que, al parecer, pudieron haber sido tomadas de los *Ex-*

---

<sup>42</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. VI y n. 2, 3.

*cerpta*, y hay que tenerlo en cuenta, por consiguiente, junto con los manuscritos de aquéllas. Los manuscritos del *Suda* son: *Parisini* 2625 y 2626 (A), *Bruxellensis* 59 (E), *Angelicanus* 75 (I) y *Vossianus bibl. Lugdunensis* 2 (V). También cabe encontrar en ellos errores, omisiones, compendios o modificaciones imputables al *Suda*, pero hay muchos pasajes de los libros transmitidos de manera fragmentaria que aparecen tan sólo en él. Quedan por citar otros vestigios de la obra de Apiano, de importancia muy inferior a los mencionados con anterioridad<sup>43</sup>. Así, dos fragmentos, uno del libro veinticuatro *Sobre Arabia*, ya mencionado antes en esta Introducción, y otro, inserto en el libro *Sobre la realeza*, acerca de Rómulo y Remo<sup>44</sup>. De otra parte, Gemistio Plethon, un compilador tardío, tiene un amplísimo resumen de ciertas partes del libro *Sobre Siria* al que Viereck y Roos confieren un valor notable en su edición. Un número considerable de fragmentos, pero de extensión brevísima, conservó el *Léxicon perì syntáxeos* a partir del manuscrito *Cosliniano* 345 editado por Bekker en el año 1814 en *Anecdotis Graecis*, vol. I, págs. 117 ss. Por último, Zonaras menciona dos veces a Apiano (véanse frags. 17 y 18 de la edición de Viereck y Roos, página 534).

Los libros perdidos totalmente, según la relación completa que da Mendelsshon de los libros de la *Historia Romana* de Apiano, habida cuenta de las relaciones del propio Apiano, de Focio y de los dos Anónimos de Schweighäuser, serían: *Sobre la Hélade y la Jonia*,

---

<sup>43</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIX-XX. Para el *Suda*, véase la edición de ADA ADLER, Leipzig, Teubner, 1928-1938. Las citas del *Suda* en los fragmentos procedentes de aquél están tomadas de Viereck, que sigue la edición de ADLER.

<sup>44</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. XX.



cuatro libros *Sobre Egipto*, *La Hecatontecia*, *Sobre la Dacia*, y el libro *Sobre Arabia*<sup>45</sup>.

B) EDICIONES DE LA «HISTORIA ROMANA» DE APIANO.

a) *De los libros completos.*

La primera edición del texto griego de Apiano la llevó a cabo, en 1551, Carlos Estéfano, que publicó en París una *Editio Appiani* que comprendía el *Prólogo*, el *Epítome del libro de la Galia*, el libro *Sobre Africa*, un fragmento del libro *Sobre Iliria*, el libro *Sobre Siria*, el libro *Sobre Mitridates*, y los cinco libros de las *Gueras Civiles*, dispuestos según este orden. Se sirvió, para su edición, de los manuscritos *Parisinus* 1681 (a) y *Parisinus* 1682 (b).

En el año 1557, Enrique Estéfano publicó en Génova los libros omitidos por Carlos, a saber el libro *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, junto con fragmentos de Ctesias, Agatárquides y Memnón. Utilizó, para ello, un modelo muy deficiente que había recibido de Arnaldo Arlenio con motivo de un viaje a Italia.

En el año 1592, Enrique Estéfano publicó en Génova otra *Editio Appiani* para la que utilizó su edición de 1557 de los libros *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, y los demás libros los tomó de la edición de Carlos Estéfano, de 1551, sin tener en cuenta otros testimonios, lo que hizo que para el libro *Sobre Iliria* se sirviera sólo de un fragmento conservado en la familia (i) de los deterioros. David Hoeschelio, en 1599, publicó una *Editio Appiani Illyricorum* a partir del manuscrito *Monacensis* gr. 374 (A) (en otro tiempo *Augustanus*). Carece de valor la *Editio Appiani* de Alejandro Tolio de 1670 que nada añade a las de Ursino y Hoeschelio.

<sup>45</sup> Para más detalles, VJERECK, 1962, *Prefacio*, págs. VI y VII, con notas.

Una edición importante, exponente claro de la labor filológica del siglo XVIII, fue la de J. Schweighäuser, *Appiani Alexandrini Romanorum historiarum quae supersunt*, 3 vols., Leipzig, 1785. En ella cita trece manuscritos que él examinó o conoció a través de colaciones hechas por otros. Utilizó los manuscritos *Parisini* 1681 (a) y 1682 (b) (en su edición *Reg. A* y *B*, respectivamente), ya utilizados por Carlos Estéfano, pero que volvió a revisar con todo cuidado. También se sirvió de otros manuscritos, hoy considerados de la clase (i), así como del manuscrito más antiguo, el *Vaticanus gr. 141* (V), si bien no lo manejó personalmente, y de otros pertenecientes a la clase (O) tales como el *Monacensis gr. 374* (A), *Marcianus gr. 387* (B), *Vaticanus gr. 134* (V en Viereck-Roos, J en Dilts), *Parisinus gr. 1642* (E, *Reg. C* en Schweighäuser, y atribuido a (i) por Dilts), etc. Sin embargo, con todo lo que supuso esta edición, contribuyó poco a una investigación sistemática de los manuscritos. En efecto, ya reseñamos la no utilización directa del manuscrito más antiguo V 141, a lo que se podría añadir que el B, manuscrito primario de (O) lo conoció a través de una colación malísima hecha por Paulo Blessingio Ulmenso, lo cual hizo que considerara a A primario de (O), error ya antes señalado, y no a B como hoy está establecido, etc.

A la edición de Schweighäuser siguieron las de Teucher (Lemgo, 1796-1797), Schaefer (Leipzig, 1929), Fr. Dübner en la *Bibliotheca Didotiana* (París, 1840) y Bekker en la Teubner (Leipzig, 1852-1853), estas últimas más valiosas que las anteriores.

Sin embargo, el primer estudio verdaderamente crítico estuvo a cargo de L. Mendelsshon. Fue él quien en sus *Questiones Appianeae* y en su edición *Appiani Historia Romana*, 2 vols., Leipzig, 1879-1881, dio un paso definitivo para el establecimiento del texto de Apiano

y de su tradición manuscrita. Y de él dependen, en buena parte, las ediciones posteriores.

J. L. Strachan-Davidson editó *Appian Civil Wars: Book I with notes and map*, en Oxford, At Clarendon Press, 1902. Otras ediciones modernas son las de L. Mendelsshon y P. Viereck, *Appiani Historia Romana*, vol. II, Leipzig, 1905, en la Teubner, que sólo comprendía los libros de las *Guerras Civiles*. El resto de la obra fue publicado por P. Viereck y A. G. Roos, *Appiani Historia Romana*, vol. I, Leipzig, 1939, en la Teubner, contenía un índice de nombres preparado por J. E. Niejenhuis que ha sido suprimido de la reimpresión de este volumen, en 1962, corregida por Gabba, para añadirlo al segundo volumen que él mismo prepara.

H. White publicó la *Appian's Roman History*, con traducción al inglés, en cuatro volúmenes, en la Loeb Classical Library, 1912/1913 (reimp. hasta 1964).

E. Gabba editó *Bellorum civilium liber primus* con Introducción, comentario y traducción en la *Bibliote. di Studi Super.*, Florencia, 1958 (2.<sup>a</sup> ed. 1967). Y, por último, este mismo autor publicó la edición de *Bellorum civilium liber quintus*, con comentario y traducción en la *Bibliote. di Studi Super.*, Florencia, 1970.

#### b) Ediciones de los «*Excerpta Constantiniana*».

Hemos puesto en un grupo aparte las ediciones de los *Excerpta*, que ampliaron el texto de Apiano según expusimos antes.

Fulvio Ursino, en 1582, editó en Amberes los *Excerpta de legationibus* en una obra titulada *Ex libris Polybii selecta de legationibus et alia*. Los manuscritos de los que hizo uso fueron el *Vaticanus gr.* 1418 (V) y el *Neapolitanus* III, B 15 (N).

Con posterioridad, en el año 1630, Enrique de Valois publicó en París los *Excerpta de uirtutibus et uitiiis*, a

partir del manuscrito *Peirescianus* (P), que había recibido de Nicolás Peirescio, hoy *Turonensis* C 980<sup>46</sup>.

Los *Excerpta de sententiis*, tercero y último de los títulos de los *Excerpta Constantiniana* que contenían fragmentos de la historia de Apiano, fueron publicados en Roma, en 1827, por Angel Mai<sup>47</sup>, y algunos fragmentos de esta edición fueron insertados por Dübner y Bekker en sus respectivas ediciones<sup>48</sup>.

La edición más importante, completa y moderna de los *Excerpta* es la de Boissevain, Boor, Büttner-Wobst y Roos<sup>49</sup>.

### c) Traducciones.

La primera versión de la obra de Apiano es la que realizó, en latín, Pedro Cándido Decembrio en 1452. Comprendía dos volúmenes: el primero de ellos con el *Prólogo*, los libros *Sobre África*, *Sobre Siria* y *Sobre Mitrídates*; el otro contenía los cinco libros de las *Guerras Civiles*, el libro *Sobre Iliria* íntegro, y el *Epítome del libro «Sobre la Galia»*.

Cecilio Secundo Curio editó en Basilea, en 1554, con una traducción incorporada del libro *Sobre Iberia* hecha por él mismo, la excelente versión latina de la edición de Carlos Estéfano realizada por Segismundo Gelenio y que éste no pudo publicar por sobrevenirle la muerte. M. Mastrofini publicó en Milán, en 1830, una traducción italiana de Apiano, que sólo conozco de referencia. La

<sup>46</sup> Su título completo era *Polybii, Diodori Siculi, Nicolai Damasceni, Dionysii Halicarnasensis, Appiani Alexandrini, Diodori et Ioannis Antiocheni excerpta ex collectaneis Constantini Augusti Porphyrogenetae*, París, 1634.

<sup>47</sup> El título de la misma era *Scriptorum ueterum noua collectio e Vaticanis*, edita ab Angelo Maio, Roma, 1827.

<sup>48</sup> En 1830, J. LUCHT publicó *Polybii et Appiani Historiarum Excerpta Vaticana* en Altona.

<sup>49</sup> Cf. nota 40 a esta Introducción.

edición de la Didot contiene también una traducción latina.

Entre las traducciones modernas en lengua extranjera se cuentan las de los libros I y V de las *Guerras Civiles*, por Gabba, autor que conoce en profundidad esta parte de la obra histórica de Apiano. Cabe destacar la traducción inglesa de H. White, de gran calidad en su conjunto, aunque a veces cuida más el estilo que la fidelidad al texto.

En castellano no conozco ninguna traducción, salvo la fragmentaria, y reducida al libro *Sobre Iberia*, de las *Fontes Hispaniae Antiquae*, vol. III, a cargo de P. Bosch Gimpera, y vol. IV, por P. Bosch Gimpera y L. Pericot (publicada en Barcelona, en 1935 y 1937, respectivamente). Brevísimos fragmentos de las *Guerras Civiles*, los relativos a Iberia, se encuentran en el vol. V<sup>50</sup>.

La presente versión de Apiano pretende ser fiel al texto griego, de acuerdo con las normas de esta editorial. Para ello, me he visto obligado a sacrificar, en bastantes ocasiones, una prosa más elegante y un mejor estilo en función de la máxima fidelidad al original. La monotonía y escasa pretensión literaria que puede apreciarse en la versión castellana reproduce, a nuestro juicio, la constante general del estilo del autor que, salvo casos esporádicos, resulta, como dijimos, bastante mediocre desde una perspectiva estilística. Hemos tenido presente la edición de H. White (reimp. 1964), cuya numeración en general reproducimos, y la de P. Viereck y A. G. Roos (reimp. de 1962), de la que tomamos las referencias más explícitas de los *Excerpta* y el fragmento de Rómulo y Remo, en el libro *De la realeza*, que no aparece en la edición de White.

---

<sup>50</sup> Para más detalles sobre traducciones a otras lenguas modernas, como el ruso, y sobre otros traductores italianos, véase E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XL-XLI de la Introd.

## BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía existente sobre Apiano no es demasiado amplia, al menos no tanto como para otros historiadores griegos, y gran parte de la misma consiste en artículos de revista sobre partes más o menos extensas de su obra y en torno al problema de las fuentes. Hay que decir, además, que buena parte de esta bibliografía toca a Apiano de manera, en cierto modo, indirecta, pues versa sobre la tradición literaria y el problema de las fuentes en otros autores griegos y latinos, en especial Livio y un sector de la analística romana, por lo que es importante tener presente la bibliografía de esta área de la historiografía romana. En otros casos se trata de trabajos sobre cuestiones de tipo muy diverso y, en general, concreto, a la luz del testimonio de Apiano. En este apartado no vamos a repetir las ediciones de sus libros ni aquellos otros estudios mencionados a lo largo del presente volumen. Se trata tan sólo de una bibliografía seleccionada y, en su mayor parte, reciente. Para la bibliografía más antigua, se puede consultar la existente en la Introducción de Viereck, 1962, págs. 35-37, y para la más reciente, el capítulo (y apéndices) sobre los historiadores griegos a cargo de G. T. Griffith, en *Fifty Years (and twelve) of Classical Scholarship*, 2.<sup>a</sup> ed., 1968 (véase referencia exacta en nuestra Introducción, n. 9), y los grandes repertorios bibliográficos, como *L'Année Philologique*.

- G. BRUNO SUNSERI, «Sul presunto antiromanesimo di Timagene», *Studi E. Manni*, Roma, 1976, págs. 91-101.
- P. DESIDERI, «Posidonio e la guerra mitridatica», *Athenaeum* 51 (1973), 237-269.

- J. H. FORTLAGE, «Die Quellen zu Appians Darstellung der politischen Ziele des Tiberius Sempronius Gracchus», *Helikon* 11-12 (1971-1972), 166-191.
- H. G. GUNDEL, «Viriato. Lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos 147-139 a. C.», *Cesaraugusta* 31-32 (1968), 175-198.
- I. HAHN, «Appian und Hannibal», *Act. Ant. Hung.* 20 (1972), 95-121.
- , «Appians Darstellung der sullanischen Diktatur», *Act. clas. Debre.* 10-11 (1974-1975), 111-120.
- H. J. KUEHNE, «Appians historiographische Leistung», *Wiss. Zeits. Rostock* 18 (1969), 345-377.
- P. MELONI, *Il valore storico e le fonti del libro Macedonico di Apiano* (Ann. Fac. Let. Cagl. 22), Roma, 1955.
- A. MIGHELI, «Le Memorie di Augusto in Appiano», *Illyrica* 14-28», *Ann. Fac. Let. Cagl.* 21 (1953), 197 sigs.
- A. SCHULTEN, *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*, Band I: *Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*, Munich, 1914; Band III: *Die Lager des Scipio* (en especial *Exkurs I: Die Quellen von Appians Iberica 1-43*), Munich, 1927.
- , «Viriatius» = *Viriato* [trad.], Santander, 1920.
- , *Geschichte von Numantia = Historia de Numancia* [trad. L. PERICOT], Barcelona, 1945.
- W. SOLTAU, «Zur Chronologie der hispanischen Feldzüge 212-206 a. C.», *Hermes* 26 (1891), 408-439.

## VIII

### SOBRE AFRICA

#### SINOPSIS

1. Fundación de Cartago.
2. Las guerras entre romanos y cartagineses (Guerras púnicas).
3. Atilio Régulo es derrotado por Jantipo.
4. El destino de Régulo y Jantipo.
5. La guerra de los mercenarios.
6. Breve resumen sobre los hechos ocurridos en Iberia antes y después de la partida de Aníbal hacia Italia.
7. División de opiniones en Roma ante la propuesta de Escipión de llevar la guerra a Africa.
8. Preparativos de Escipión.
9. Preparativos de Cartago para la guerra.
10. Sifax y Masinissa.
11. Guerra entre Masinissa y Cartago.
12. Masinissa practica «la guerra de guerrillas» contra Cartago.
13. Escipión llega a Africa.
14. Engaño de Masinissa.
15. Captura de Loca. Escipión y Masinissa se salvan de una emboscada.
16. Asedio de Útica.
17. Negociaciones y proyectos de Sifax.
18. Sifax se alía abiertamente con los cartagineses.



19. Consejo entre Escipión y sus oficiales.
20. Escipión planea un ataque nocturno contra Asdrúbal.
21. Los africanos, atacados de improviso durante la noche, son derrotados.
22. Huida de Sifax.
23. Bajas sufridas por ambas partes. Botín de Escipión.
24. Asdrúbal prepara el ejército. Escipión marcha contra Cartago.
25. La flota cartaginesa es rechazada.
26. Masinissa derrota y hace prisionero a Sifax.
27. Sifax y Sofonisba.
28. El destino de Sofonisba. Muerte de Sifax.
29. Asdrúbal y Annón proyectan incendiar el campamento de Escipión.
30. El plan es descubierto. Operaciones infructuosas de romanos y cartagineses.
31. Embajada cartaginesa a Roma para negociar la paz.
32. Se concluye un tratado de paz entre Roma y Cartago.
33. Llegada de Aníbal a África.
34. Cartago quebranta el tratado.
35. Comienza de nuevo la guerra.
36. Asdrúbal entrega su ejército a Aníbal.
37. Masinissa consigue la firma de un armisticio entre Escipión y Aníbal.
38. Disturbios en Cartago.
39. Los cartagineses rompen este segundo armisticio.
40. Preparativos de Aníbal para la batalla junto a Cila.
41. Preparativos de Escipión ante este mismo encuentro.
42. Exhortaciones de Aníbal y Escipión a sus tropas.
- 43-46. Batalla junto a Cila (Batalla de Zama).
47. Derrota total y huida de Aníbal.
48. Bajas de la batalla y botín romano.
49. Embajada cartaginesa a Escipión.
- 50-52. Discurso del cartaginés Asdrúbal Erifo.
- 53-54. Discurso de réplica de Escipión.
55. El pueblo cartaginés rechaza las propuestas de paz de Escipión.
56. Nueva embajada a Roma de los cartagineses.
- 57-61. Debate en el senado acerca de la paz. Discurso de un

- senador amigo de Escipión apoyando la firma de la paz aconsejada por éste.
- 62-64. Continuación del debate en el senado. Discurso de Publio Cornelio en contra de la firma de la paz.
65. El senado acuerda firmar un tercer tratado de paz.
66. Descripción del triunfo en Roma.
67. Fin de la segunda guerra púnica. Cartago y Masinissa.
68. Diversas facciones en Cartago. Persisten las desavenencias entre Masinissa y Cartago.
69. Catón visita África y, a su regreso a Roma, propone la destrucción de Cartago, impresionado por su auge y desarrollo.
70. Comienza la guerra con Masinissa.
71. Batalla contra Masinissa.
72. Masinissa pone cerco al ejército de Asdrúbal.
73. El ejército de Asdrúbal es aniquilado.
74. Los romanos deciden hacer la guerra a los cartagineses. Comienzos de la tercera guerra púnica.
75. Útica se une a los romanos.
76. Roma envía una legación a Cartago.
77. Los cartagineses entregan rehenes.
78. Los romanos acampan en Útica. Allí reciben embajadores de Cartago.
79. Discurso de los embajadores impetrando la paz.
80. Réplica de Censorino. Los cartagineses entregan todas sus armas.
81. Censorino pide que abandonen Cartago. Desesperación de los cartagineses.
82. Reflexiones sombrías de los cartagineses sobre su futuro.
- 83-85. Discurso patético del cartaginés Bannón.
- 86-89. Réplica de Censorino.
90. Los embajadores cartagineses solicitan la presencia de la flota romana ante Cartago.
91. Regreso a Cartago de los embajadores.
92. La ciudad es presa de la desesperación.
93. Cartago toma la resolución de luchar.
94. Los cónsules avanzan lentamente contra Cartago.
95. Topografía de Cartago.

96. Descripción de los dos puertos.
97. Los romanos atacan, sin éxito, Cartago.
98. Los cartagineses incendian las máquinas de guerra romanas. Previsión de Escipión.
99. La flota romana está a punto de ser incendiada.
100. Fameas causa estragos entre las fuerzas romanas.
101. Escipión salva a Manilio de una situación de peligro.
102. Manilio marcha contra Asdrúbal y es derrotado. Escipión salva al ejército romano en la retirada.
103. Decisiva intervención de Escipión para rescatar a un destacamento romano que había quedado sitiado.
104. Escipión solicita de Asdrúbal que entierre a los tribunos.
105. Crece la fama de Escipión. Muerte de Masinissa.
106. Semblanza de Masinissa. Escipión reparte el reino de éste entre sus hijos.
107. Encuentro entre Fameas y Escipión.
108. Fameas se pasa a los romanos.
109. Alegría en el ejército ante el regreso de Escipión y Fameas. Este último es recompensado por Roma.
110. Inoperancia de los nuevos cónsules Pisón y Mancino.
111. Los cartagineses, crecida su moral, intentan concitar a África contra los romanos.
112. Escipión es elegido cónsul.
113. Llegada a África de Escipión.
114. Mancino es rescatado por Escipión de una situación de extremo peligro.
115. Relajación en la disciplina militar.
116. Alocución de Escipión a los soldados.
117. Ataque a Mégara.
118. Crueldad de Asdrúbal.
119. Escipión pone cerco a Cartago.
120. Cartago sufre por el hambre.
121. Intento fallido de Escipión para bloquear el puerto.
122. Combate naval con resultado incierto.
123. Derrota naval de los cartagineses.
124. Lucha desesperada por la posesión de un dique.
125. Escipión se apodera del dique y lo fortifica.
126. Escipión se apodera de Néferis.
127. Escipión se apodera del puerto de Cotón.

128. Ataque a Birsa. Lucha en las calles y tejados.
129. Horrores en el ataque a Birsa.
130. Birsa es capturada. Rendición de muchos cartagineses.
131. La esposa de Asdrúbal se arroja al fuego con sus hijos.
132. Escipión llora por la destrucción de Cartago.
133. Escipión reparte recompensas y el botín.
134. Júbilo en Roma.
135. Escipión lleva a cabo en África las medidas acordadas por el senado y parte hacia Roma.
136. Reconstrucción de Cartago por Augusto.

Los fenicios fundaron Cartago en África cincuenta <sup>1</sup> años después de la captura de Troya <sup>1</sup>. Sus fundadores fueron Zoro y Cartago, o como los romanos y los propios cartagineses piensan, Dido <sup>2</sup>, una mujer de Tiro, a cuyo esposo había matado Pigmalión cuando era rey de Tiro, y había ocultado su acción. Pero a ella le fue revelado el asesinato en sueños y, con gran cantidad de riquezas y hombres que habían escapado a la tiranía de Pigmalión, llegó navegando a aquella parte de África donde hoy está Cartago. Repelidos por los africanos, les pidieron para su asentamiento un trozo de terreno tan grande como pudiera contenerse en una piel de toro. Ellos se echaron a reír ante lo insignificante de la petición fenicia y sintieron vergüenza de negar un favor tan pequeño. Y en especial no podían imaginarse cómo podría construirse una ciudad en una porción de terreno tan exigua, y deseando conocer cuál era su plan ingenioso, consintieron en dárselo y lo prometieron mediante juramento. Los fenicios cortaron la piel en tiras finísimas y las colocaron delimitando lo que en

<sup>1</sup> Sobre las diversas cronologías para la fundación de Cartago, cf. DE SANCTIS, III 1, págs. 17-18, n. 48.

<sup>2</sup> Para la leyenda de Dido en la tradición greco-romana, ver DE SANCTIS, *loc. cit.*, págs. 19 y sigs., y en especial, Apénd. I al cap. I, págs. 81-83.

la actualidad es la acrópolis de Cartago, que por esta circunstancia se llama Birsa (Piel)<sup>3</sup>.

- 2 Con el transcurso del tiempo, tomándola como base de operaciones, siendo mejores que sus vecinos en la guerra y dedicados al comercio marítimo como todos los fenicios, construyeron en torno a Birsa otra ciudad exterior. Y a medida que se hicieron realmente poderosos, se fueron adueñando de África y de una gran parte del mar y llevaron la guerra fuera de sus fronteras a Sicilia, Cerdeña y otras islas de este mar e, incluso, hasta Iberia, al tiempo que enviaron numerosas colonias a lugares muy diversos. Su imperio rivalizó con el de los griegos en poder, y en riqueza estuvo cercano al de los persas. Unos setecientos años después de la fundación de su ciudad, los romanos les arrebataron Sicilia y, tras ella, Cerdeña y en una segunda guerra también se apoderaron de Iberia. A partir de entonces cada uno invadió el territorio del otro con grandes ejércitos; los cartagineses, teniendo como general a Aníbal, devastaron Italia durante dieciséis años consecutivos y los romanos, bajo el mando de Cornelio Escipión el Viejo, asolaron África hasta que despojaron a los cartagineses de su hegemonía, de sus naves y elefantes y les impusieron un tributo durante un cierto tiempo. Este segundo tratado entre romanos y cartagineses duró por espacio de cincuenta años hasta que, al quebrantarlo, llevaron a cabo la tercera y última guerra entre ellos, en el curso de la cual los romanos, bajo el mando de Escipión el Joven, arrasaron hasta los cimientos a Cartago, y decretaron que fuera mal-

---

<sup>3</sup> Sobre esta leyenda relativa a la fundación de Cartago, los diversos nombres y sus fundadores, cf. DE 'SANCTIS, III 1, págs. 18 y sigs., con notas. El nombre de *Birsa* parece que significa «fortaleza» (*oppidum*) y su interpretación como «piel» es parte de la leyenda griega, que constituye un mito etiológico.

ditada. Pero de nuevo ocuparon un lugar muy próximo al primero con colonizadores propios, por considerarlo una zona de privilegio con vista al gobierno de África. Mi libro sobre Sicilia se ocupa de lo relativo a Sicilia, lo sucedido en Iberia está recogido en mi libro sobre Iberia, y lo que llevó a cabo Aníbal después de invadir Italia lo relata mi historia de Aníbal. Por último este libro comprende todas las operaciones en África desde sus comienzos.

Todo empezó con la guerra de Sicilia cuando los 3 romanos enviaron a África trescientas cincuenta naves, apresaron algunas ciudades y dejaron como jefe al mando de las fuerzas a Atilio Régulo. Éste se apoderó de otras doscientas ciudades que por odio hacia los cartagineses se pasaron hacia él, y marchando por todo el país lo saqueó. Los cartagineses solicitaron a los lacedemonios el envío de un comandante en jefe, por creer que sus fracasos eran debidos a la falta de una autoridad. Ellos les enviaron a Jantipo<sup>4</sup>. Atilio, acampado a orillas de una laguna a la hora de la canícula, la rodeó para atacar a los enemigos, sufriendo mucho su ejército por el peso de las armas, el calor sofocante, la sed y la fatiga de la marcha, y resultó un blanco fácil desde las alturas colindantes. Hacia el atardecer llegó cerca de un río que separaba a ambos ejércitos. Atilio lo cruzó de inmediato, pensando con ello amedrantar a Jantipo, pero éste, a su vez, hizo salir del campamento a su ejército en formación, en la certeza de que habría de vencer a un enemigo exhausto y que había sufrido mucho y seguro de que la noche estaría

---

<sup>4</sup> Seguramente un mercenario, como afirman Polibio, Diodoro y Frontino, aunque la falsificación analística lo transforma en un auxiliar enviado por los lacedemonios como respuesta a la demanda de socorro por parte de Cartago. Esta versión última es la que siguen Eutropio y Apiano (cf. más detalles en DE SANCTIS, III 1, pág. 148, n. 12).

de parte de los vencedores. Y Jantipo no se vio defraudado en sus esperanzas. Pues de los treinta mil soldados que llevaba Atilio sólo unos pocos lograron huir a la ciudad de Aspis; todos los demás, en cambio, o bien perecieron o fueron hechos prisioneros. Entre estos últimos estaba el propio comandante en jefe, Atilio, que era también cónsul.

4 No mucho después, los cartagineses, cansados de combatir, lo enviaron a Roma en compañía de sus propios embajadores para negociar la paz o retornar si fracasaban las negociaciones. Sin embargo, Atilio Régulo instó en privado a los magistrados romanos a continuar la guerra con toda energía y regresó dispuesto a sufrir la tortura. En efecto, los cartagineses lo metieron en una jaula que estaba erizada de pinchos por todas partes y le dieron muerte. El triunfo obtenido fue para Jantipo el comienzo de su perdición. Pues los cartagineses, a fin de que no pareciera que un éxito tan grande era obra de los lacedemonios, so pretexto de honrarlo con grandes regalos y enviarlo de regreso a Lacedemonia en unas trirremes, ordenaron a los triararcas arrojarlo al mar en compañía de sus compatriotas lacedemonios. Y ésta fue la pena que sufrió por su triunfo<sup>5</sup>. Tales fueron los resultados buenos y malos de la primera guerra de los romanos en África, hasta que los cartagineses les rindieron Sicilia. El modo en que tuvo lugar este hecho está expuesto en mi historia de Sicilia.

5 Después de estos sucesos, hubo relaciones pacíficas entre romanos y cartagineses, pero cuantos africanos estaban sometidos a estos últimos y habían luchado a su lado en la guerra de Sicilia y los celtas que les habían servido como mercenarios, tras presentar algunas

---

<sup>5</sup> La leyenda acerca del asesinato de Jantipo es, sin duda, antigua (cf. DE SANCTIS, *loc. cit.*, pág. 151, n. 18).

reclamaciones sobre su paga y las promesas no cumplidas, hicieron la guerra a los cartagineses con toda su energía. Éstos llamaron a los romanos para una alianza, basándose en los presentes lazos de amistad, y los romanos les permitieron, tan sólo para esta guerra, reclutar mercenarios en Italia, ya que incluso esto estaba expresamente prohibido en los tratados. Enviaron también mediadores, a los que los africanos no escucharon, pero declararon que las ciudades serían súbditas de Roma si ellas lo querían, y los romanos no aceptaron la propuesta. Los cartagineses, entonces, bloqueando con una gran flota las ciudades, les cortaron el aprovisionamiento por mar y, como la tierra estaba improductiva como consecuencia de la guerra, vencieron a los africanos por hambre. A los mercaderes que bordeaban la costa los saquearon por afán de rapiña y a los que eran romanos incluso los mataron y los arrojaron al mar para ocultar el hecho. La noticia no se supo durante mucho tiempo. Sin embargo, cuando el hecho fue conocido, difirieron el día de la rendición de cuentas hasta que los romanos decretaron hacerles la guerra y les concedieron Cerdeña como compensación. Y esta cláusula fue añadida a los tratados anteriores.

Poco tiempo después, los cartagineses realizaron <sup>6</sup> una expedición militar contra Iberia y la fueron sometiendo gradualmente hasta que, al quejarse los saguntinos a los romanos, fue establecido un límite para los cartagineses en Iberia: no atravesar el río Ebro. Los cartagineses violaron, a su vez, este acuerdo al atravesar este río bajo el mando de Aníbal<sup>6</sup>. Y después de esta acción, Aníbal invadió Italia, dejando en manos de otros la campaña en Iberia. Los generales romanos en Iberia, Publio Cornelio Escipión y Gneo Escipión, dos hermanos, tras realizar hechos heroicos

---

<sup>6</sup> El mismo error visto en el libro *Sobre Iberia*.



murieron, ambos, a manos de los enemigos. A los generales que les sucedieron les fueron mal las cosas, hasta que Escipión, el hijo de aquel Publio Escipión muerto en Iberia, navegó hacia allí e hizo creer a todos que venía inspirado por la divinidad y asistido de su consejo en todos los asuntos. Él consiguió vencer con toda brillantez y, después de haber obtenido una gran gloria por ello, entregó el mando a los enviados a sucederle. Una vez que regresó a Roma, solicitó ser enviado como general a África, con la idea de hacer volver a Aníbal de Italia e imponer un castigo a los cartagineses en su patria.

7 Algunos políticos se opusieron, manifestando que no se debía enviar un ejército a África, justo cuando Italia se encontraba exhausta a causa de tantas e importantes guerras, y era objeto todavía de incursiones a cargo de Aníbal, y mientras Magón reclutaba aún mercenarios ligures y celtas para atacarla por el flanco. Ni siquiera debían atacar ningún otro país extranjero antes de librar al suyo propio de sus actuales peligros. Otros, en cambio, opinaban que los cartagineses se atrevían, en el presente, a atacar Italia, porque no eran molestados en su patria, pero que si llegaba a suscitarse una guerra en su país harían regresar a Aníbal. De este modo, prevaleció la opinión de enviar a Escipión a África, pero no consintieron en que reclutara un ejército en Italia, mientras aún fuera devastada por Aníbal. Le permitieron llevarse a los que quisieran ir como voluntarios, y utilizar las fuerzas que todavía estaban en Sicilia. También le concedieron permiso para equipar diez trirremes con sus tripulaciones, así como disponer de las que se encontraban en Sicilia. Dinero, por el contrario, no le dieron, exceptuando el que alguien, por amistad, quisiera aportar voluntariamente. Con tal despreocupación, emprendieron en un principio

esta guerra que pronto llegó a ser la más grande y gloriosa para ellos.

Y Escipión, que, desde hacía mucho tiempo, parecía inspirado por la divinidad contra Cartago, después de haber reunido a unos siete mil soldados de caballería e infantería, se hizo a la mar rumbo a Sicilia con una guardia personal de trescientos jóvenes escogidos, a quienes ordenó que lo siguieran sin armas. Él, entonces, consiguió una lista de trescientos sicilianos ricos a los que ordenó presentarse en un día señalado, equipados con sus mejores armas y caballos. Cuando llegaron, les propuso que podían ofrecer sustitutos para la guerra, si así lo preferían. Al aceptar todos, hizo que comparecieran sus trescientos compañeros desarmados y ordenó a aquéllos que les proporcionaran sus armas y caballos, cosa que hicieron voluntariamente. Fue así como Escipión tuvo trescientos jóvenes italiotas, en vez de sicilianos, equipados con armas y caballos excelentes a expensas de otro pueblo que, a su vez, desde ese momento le estuvo agradecido por ese favor y siempre le prestó después un servicio excelente.

Los cartagineses, al enterarse de estos hechos, mandaron a Asdrúbal, el hijo de Giscón, a cazar elefantes y enviaron seis mil soldados de infantería, ochocientos jinetes y siete elefantes a Magón, que estaba en Liguria reclutando mercenarios, y le ordenaron que atacara Etruria con aquellas tropas y cuantas otras pudiera llevar, a fin de que Escipión tuviera que desviarse de África. Sin embargo, también en esta ocasión se demoró Magón, pues no podía reunirse con Aníbal, que se hallaba muy distante, y porque miraba siempre con indecisión el futuro. Asdrúbal, al retornar de la cacería, reclutó entre la población cartaginesa y africana seis mil soldados de infantería y seiscientos jinetes y compró a cinco mil esclavos para que fueran remeros en las naves. Obtuvo también de los númidas dos mil jinetes,

reclutó mercenarios extranjeros y adiestró a todas estas fuerzas a unos doscientos estadios de distancia de Cartago.

10 Muchos de los reyezuelos númeridas tenían dominios separados, pero Sifax ocupaba un lugar preeminente entre todos y era objeto de honores especiales por los demás. Existía también un cierto Masinissa, hijo del rey de los masilios, una tribu poderosa. Éste se había criado y educado en Cartago y, como era un joven de hermosa apariencia y carácter noble, Asdrúbal, el hijo de Giscón, que no le iba por detrás en rango a ningún cartaginés, le prometió la mano de su hija a él, pese a que era un númerida y él un cartaginés. Una vez realizado el compromiso, se llevó al muchacho a la guerra de Iberia. Pero Sifax, excitado también por su amor hacia la joven, se dedicó a devastar el territorio cartaginés y acordó con Escipión, que navegó desde Iberia a reunirse con él, hacer una guerra conjunta contra Cartago. Cuando se enteraron los cartagineses, considerando de gran importancia atraerse a Sifax en su guerra contra los romanos, le entregaron a la joven sin que Asdrúbal y Masinissa lo supieran, pues estaban en Iberia. Lleno de desesperación por este hecho, Masinissa llevó a cabo también un acuerdo con Escipión en Iberia sin que se enterara, así lo creía él, Asdrúbal. Pero éste lo supo y, aunque estaba dolido por el ultraje inferido al muchacho y a su hija, pensó que sería útil para su patria librarse de Masinissa. Así que cuando él regresaba a África procedente de Iberia a la muerte de su padre, le envió como escolta unos jinetes con la orden de atacarlo de improviso y darle muerte de la forma que pudieran.

11 Masinissa, al tener noticia de ello, consiguió escapar y fortaleció el poder heredado de su padre reuniendo un cuerpo de caballería que tenía como misión ejercitarse día y noche en disparar numerosos dardos, ata-

cando y retrocediendo y volviendo a atacar continuamente. Y en esto consiste para ellos el combate: en fuga y persecución. También saben estos nómadas soportar el hambre y, muchas veces, comen hierba en vez de trigo. Solamente beben agua, y sus caballos nunca comen cebada, sino hierba, y beben muy de tarde en tarde. Masinissa logró reunir a veinte mil hombres de tal clase y los sacaba a expediciones de caza y de pillaje contra otras tribus, lo cual consideraba como algo provechoso y, a la vez, como entrenamiento. Los cartagineses y Sifax, pensando que los preparativos del joven estaban dirigidos contra ellos —pues eran conscientes de los ultrajes que le habían hecho—, decidieron hacerle la guerra a él en primer lugar hasta aniquilarlo, y entonces marchar contra los romanos.

Sifax y los cartagineses eran, con mucho, más numerosos y, además, emprendían sus campañas con carros de tiro, impedimenta pesada y toda clase de lujos. De otro lado, Masinissa aventajaba a todos en afrontar dificultades; sólo tenía caballería, ningún animal de tiro ni tampoco provisiones. Por esta razón, le resultaba más fácil escapar y atacar y retirarse de nuevo a zonas más escarpadas. En numerosas ocasiones, cuando resultaba vencido, diseminaba a su ejército, de forma que pudieran escapar en grupos pequeños, y él se ocultaba con unos pocos, hasta que volvían a reunirse de noche o de día en un sitio fijado. En cierta ocasión, él fue uno de los tres que estuvieron ocultos en una cueva alrededor de la cual estaban acampados los enemigos. No tenía un lugar fijo como campamento, sino que su táctica principal consistía en ocultarse donde acampaba. Por este motivo, sus enemigos nunca pudieron atacarle previamente, sino defenderse de sus ataques. Se aprovisionaba a diario en el lugar que se encontrara al atardecer, ya fuera aldea o ciudad, mediante el saqueo y robo de todo, y lo repartía entre 12

sus hombres. Y, por ello, acudieron a su lado muchos númeridos, pues, aunque no daba una paga regular, obtenían mucho más provecho del botín <sup>7</sup>.

13 De esta forma hacía la guerra Masinissa a los cartagineses. Escipión, por otra parte, una vez que tuvo todo bien dispuesto en Sicilia, hizo sacrificios a Júpiter y Neptuno y se hizo a la mar rumbo a África con cincuenta y dos navíos de guerra y cuatrocientas naves de transporte; le acompañaban también gran número de chalupas y otros barcos pequeños. Su ejército estaba compuesto por dieciséis mil soldados de infantería y mil seiscientos jinetes. Había embarcado, además, proyectiles, armas, diversos tipos de máquinas de guerra y numerosas provisiones. Con tales efectivos hacía Escipión la travesía, y los cartagineses y Sifax, al enterarse, decidieron fingir de momento que hacían la paz con Masinissa hasta que consiguieran vencer a Escipión. Pero aquél no era ajeno al engaño y pretendió, a su vez, tenderles una trampa, así que advirtió de todo a Escipión y fue al encuentro de Asdrúbal con su caballería como si fuera a reconciliarse con él. Asdrúbal, Sifax y Masinissa estaban acampados a poca distancia unos de otros en las cercanías de Útica, ciudad a la que Escipión había sido arrastrado por el viento y en torno a la cual estaba acampado. No lejos de él se encontraba Asdrúbal con un ejército de veinte mil soldados de infantería, siete mil jinetes y ciento cuarenta elefantes.

14 Entonces, Sifax, ya sea por temor o porque desconfiara sucesivamente de uno y de otro, arguyó que su país era objeto de ataque por unos pueblos bárbaros limítrofes y regresó a su patria. Escipión envió unos pocos destacamentos para tantear con escaramuzas a

---

<sup>7</sup> Las vicisitudes de Masinissa y los masilios son narradas por LIVIO, XXIX 29-33, a partir de una fuente mucho mejor que la de Apiano, teñida de un tinte novelesco.

Asdrúbal y algunas ciudades se pusieron de su lado. Masinissa fue de noche, sin ser visto, al campamento de Escipión y, tras saludarse mutuamente, le aconsejó que apostara, al día siguiente, no más de cinco mil hombres en un lugar a unos treinta estadios de Útica, donde existe una torre construida por Agatocles, el tirano de Siracusa. Y convenció a Asdrúbal para que al amanecer enviara a Annón, su comandante en jefe de la caballería, a inspeccionar el número de los enemigos y a que penetrara en Útica, no fuera a ser que, ante la proximidad de éstos, intentara amotinarse la población. Le prometió que lo seguiría si lo hacía. Annón, en efecto, llevó a mil jinetes cartagineses elegidos y a un cierto número de africanos, y Masinissa a sus nómadas. Cuando llegaron a la torre y Annón se adelantó con unos pocos hacia Útica, salió una parte de las tropas que estaban emboscadas y Masinissa exhortó, al oficial que había quedado al frente de la caballería cartaginesa, a que los atacara, pues eran pocos. Él lo siguió a corta distancia como apoyando el ataque. Una vez que los africanos estuvieron en medio, apareció el grueso de las fuerzas emboscadas, y los romanos y Masinissa juntos los asaetearon desde todos los lados y mataron a todos, excepto a cuatrocientos que fueron hechos prisioneros. Masinissa, después de realizar esto, salió con rapidez, como un amigo, al encuentro de Annón cuando regresaba y, tras hacerlo prisionero, lo condujo al campamento de Escipión y se lo canjeó a Asdrúbal por su madre.

Escipión y Masinissa se dedicaron a devastar el país 15 y liberaron a cuantos romanos, hechos prisioneros, trabajaban en los campos. Éstos habían sido enviados allí por Aníbal desde Iberia, Sicilia y desde la propia Italia. También pusieron cerco a una gran ciudad llamada Loca, en la que sufrieron grandes penalidades. Sus habitantes, cuando los romanos estaban poniendo las

escalas de asalto, anunciaron por medio de un heraldo que abandonarían la ciudad bajo tregua, y Escipión tocó a retirada. Pero el ejército no le obedeció, irritado por cuanto había sufrido, y después de escalar las murallas, pasaron a cuchillo a mujeres y niños. Entonces, Escipión dejó marchar a aquellos habitantes que aún no habían sufrido daño, privó al ejército del botín, echó las suertes públicamente entre los oficiales que habían desobedecido sus órdenes y, a los tres que las sacaron, los castigó con la muerte. Después de este suceso, continuó entregado al saqueo del país. Asdrúbal intentó atraerlos a una emboscada enviando a Magón, su comandante en jefe de caballería, a atacarles de frente, en tanto que él caía sobre la retaguardia. Sin embargo, cuando Escipión y Masinissa estuvieron copados, dividieron sus fuerzas y cada uno hizo frente al enemigo que tenía delante, por lo cual dieron muerte a cinco mil africanos e hicieron mil ochocientos prisioneros y, a los demás, los despeñaron contra las rocas.

16 A continuación, Escipión atacó de inmediato a Útica por tierra y por mar. Construyó una torre sobre dos quinquerrems unidas, desde donde lanzaba contra los enemigos proyectiles de tres codos de largo y grandes piedras. Causó múltiples daños, pero sufrió otro tanto al serle destruidas las naves. Levantó enormes terraplenes y, cuando podía acercarse hasta el muro, lo golpeaba con arietes y arrancaba mediante ganchos las pieles y demás coberturas que lo protegían. Sin embargo, los de la ciudad, por su parte, socavaban los terraplenes, desviaban los ganchos con lazos y mitigaban la fuerza de los arietes dejando caer sobre él vigas en sentido transversal. También realizaban salidas para prender fuego a las máquinas de asalto, cuando el viento soplaba en su dirección. A la vista de lo cual, Escipión, perdida la esperanza de apoderarse de la ciudad por asalto, la sometió a un asedio.

Sifax, cuando se enteró de estos sucesos, llegó con su ejército y acampó a poca distancia de Asdrúbal. Pretendiendo ser todavía amigo de ambas partes y con la intención de dilatar la guerra hasta la llegada de otras naves que los cartagineses estaban construyendo y de algunos mercenarios celtas y ligures, intentó arbitrar un acuerdo. Su propuesta consistía en que ni los romanos pusieran sus pies en África en son de guerra ni los cartagineses en Italia y, además, que los romanos se quedaran con Sicilia, Cerdeña y las islas que tenían ya, así como con Iberia. En el caso de que alguna parte estuviera en desacuerdo, afirmó que combatiría del lado de quienes aceptaran su propuesta. Pero, al tiempo que llevaba a cabo estas negociaciones, intentó también atraerse a Masinissa bajo la promesa de consolidar su realeza entre los masilios y otorgarle la mano de aquella de sus tres hijas que él eligiese. El portador de este mensaje llevaba también oro para que, si no lograba convencerle, se lo entregara a aquel de sus servidores que prometiera asesinarlo. Pero éste tomó el dinero y lo mostró a Masinissa denunciando al que se lo dio.

Sifax, como ya no esperaba engañar a nadie, se alió abiertamente con los cartagineses y se apoderó, mediante traición, de Tolunte<sup>8</sup>, una ciudad del interior, donde había material de guerra romano y mucho trigo. Mató a su guarnición que no quiso marcharse bajo tregua y mandó venir a otro gran contingente de refuerzos nómadas. Ya entonces se hallaban presentes los mercenarios y las naves estaban listas, de forma que se decidió luchar, atacando Sifax a los que sitiaban Útica, y Asdrúbal, el campamento de Escipión. Las naves, a su vez, debían atacar a las otras naves. Y todas estas operaciones debían efectuarse de manera conjunta al día siguiente, con el objeto de que los ro-

---

<sup>8</sup> Ubicación desconocida.



manos no fueran capaces de defenderse por lo exiguo de sus fuerzas.

19 Masinissa, cuando se enteró de estos proyectos, ya de noche, por unos nómidas, se lo comunicó a Escipión. Y éste tuvo miedo y estaba indeciso ante el hecho de que su ejército, dividido en muchas partes, resultara débil en todas ellas. Por tanto, llamó a consejo esa misma noche a sus oficiales y, como ninguno sabía qué hacer, después de meditarlo largo tiempo consigo mismo, dijo: «Necesitamos, amigos, audacia y rapidez y luchar animados por la falta de esperanzas. Debemos anticiparnos en atacar al enemigo. Las ventajas que obtendremos con ello las vais a saber ahora. Nuestro ataque inesperado y lo extraño del hecho de que tropas inferiores en número se anticipen a atacar les causará terror. Y, además, no vamos a utilizar nuestro ejército dividido en muchas fracciones, sino todo junto, ni atacaremos a todo el enemigo, sino sólo a aquellos queelijamos en primer lugar. Ellos acampan por separado, y estamos en igualdad de fuerzas si les atacamos por separado, pero les aventajamos en audacia y buena fortuna. Si la divinidad nos concede la victoria sobre los primeros, al resto lo despreciaremos. Sobre a quiénes hay que atacar primero, en qué momento y de qué forma hay que hacerlo, si os parece, os daré mi opinión.»

20 Y, como todos estuvieran de acuerdo, continuó diciendo: «El momento de atacar es inmediatamente después de esta reunión, mientras es aún de noche, cuando la acción provoca más miedo, el enemigo no se encuentra preparado y ninguno de sus aliados puede socorrerles en medio de la oscuridad. De esta forma, sólo nos anticiparemos a la decisión que tienen ya tomada de atacarnos mañana. Ellos tienen tres campamentos; el de las naves queda lejos y no es posible atacar a las naves durante la noche; Asdrúbal y Sifax están acampa-

dos no lejos uno del otro y, de ellos dos, Asdrúbal es el alma de la guerra, en tanto que Sifax no se atrevería a ninguna empresa durante la noche, pues es un hombre bárbaro, mezcla de molicie y cobardía. Ataquemos, pues, nosotros con todo el ejército a Asdrúbal y apostemos a Masinissa aquí para vigilar a Sifax por si, contra lo que esperamos, sale de su campamento. Vayamos con la infantería contra las defensas de Asdrúbal y, después de rodearlas, ataquemos desde todas partes, llenos de una esperanza que nos será provechosa y de una gran osadía. Éstas son, en efecto, las medidas que exige primordialmente nuestra situación actual. Enviaré a la caballería más lejos —pues no la podemos utilizar mientras sea aún de noche— para rodear el campamento de los enemigos, a fin de que, si somos superados, tengamos amigos que nos reciban y protejan nuestra retirada y, si vencemos, persigan a los fugitivos y los maten.»

Tras haber dicho esto, envió a sus oficiales a que 21  
armaran al ejército y él mismo hizo sacrificios a la Audacia y al Miedo para que en la noche ningún pánico hiciera presa en ellos, sino que su ejército se mostrara con el máximo arrojo. A la hora de la tercera guardia, se dio la señal con la trompeta en tono quedo y el gran ejército se puso en movimiento en profundo silencio, hasta que la caballería rodeó por completo el campamento y la infantería llegó hasta las trincheras. En ese momento, con una profusión de gritos y el sonido al unísono de trompetas y bocinas con vista a provocar el terror, arrojaron a los guardias fuera de sus puestos de vigilancia, rellenaron las trincheras y destrozaron las empalizadas. Los más audaces, adelantándose a la carrera, prendieron fuego a algunas tiendas. Los africanos, de otro lado, despertaron de su sueño con terror, empuñaron las armas e intentaron colocarse en formación de manera desordenada, pero no podían oír a sus

oficiales a causa del tumulto, ni siquiera su propio general sabía con exactitud lo sucedido. Por consiguiente, los romanos los cogieron cuando estaban levantándose del lecho, a medio armar y llenos de confusión, también prendieron fuego a muchas tiendas y mataron a los que les salieron al paso. A los africanos les llenaba de terror el griterío del enemigo, su presencia y su actuación, dado que era de noche y desconocían la naturaleza del desastre. En la idea de que había sido tomado el campamento y, temerosos del fuego de las tiendas incendiadas, salían voluntariamente de ellas y se lanzaban hacia la llanura como un lugar más seguro. Por lo cual, corrían formando grupos en desorden en cualquier dirección y, yendo a caer en manos de la caballería romana, que los había encerrado en un círculo completo, morían.

22 Cuando todavía era de noche, Sifax, al oír los gritos y ver el fuego, no salió de su campamento, sino que envió a un destacamento de caballería en socorro de Asdrúbal. Masinissa cayó de improviso sobre ellos y llevó a cabo una gran matanza. Al hacerse de día, enterado Sifax de que Asdrúbal había huido ya, y de que una parte de su ejército había sido aniquilada y la otra hecha prisionera por el enemigo o se encontraba dispersa, y de que los romanos se habían apoderado de su campamento y de los almacenes, levantó el campo y huyó precipitadamente hacia el interior, abandonando tras de sí todo, por creer que Escipión retornaría de inmediato de su persecución a los cartagineses y lo atacaría. Por esta razón, Masinissa se apoderó también de su campamento y de todo lo que en él estaba almacenado.

23 Fue así como los romanos, gracias a un golpe de audacia y en una pequeña parte de la noche, vencieron a dos campamentos y dos ejércitos mucho mayores que ellos. Los romanos perdieron unos cien hombres,

y los enemigos, poco menos de treinta mil. Asimismo, los prisioneros llegaron a ser dos mil cuatrocientos. Unos seiscientos soldados de caballería se entregaron a Escipión cuando regresaba. En cuanto a los elefantes, unos fueron muertos y otros heridos. Escipión, tras haber obtenido gran cantidad de armas, oro, plata y marfil, caballos númeridos y de otras razas y haber doblgado el poderío cartaginés mediante una única pero espléndida victoria, repartió entre su ejército trofeos como premio a su valor y envió a Roma los despojos más ricos. A continuación se puso a entrenar con afán a su ejército, a la espera del regreso inmediato de Aníbal, desde Italia, y de Magón, desde Liguria.

Mientras Escipión estaba ocupado en estos menesteres, Asdrúbal, el general cartaginés, que había sido herido durante la batalla nocturna, huyó con quinientos jinetes a la ciudad de Anda<sup>9</sup>. Allí reunió a algunos mercenarios númeridos que habían escapado del combate y alistó a los esclavos concediéndoles la libertad. Pero, enterado de que los cartagineses habían decretado contra él la pena de muerte por su mal generalato y que habían elegido a Annón, el hijo de Bomílcar, como general, se apropió del ejército, reclutó malhechores, se dedicó al pillaje para obtener provisiones y ejercitó a las tropas que tenía, unos tres mil jinetes y ochocientos soldados de a pie, pues pensaba que su única esperanza estaba en la lucha. Sus acciones fueron desconocidas durante mucho tiempo para romanos y cartagineses. Escipión condujo a su ejército en armas contra la misma Cartago y ofreció batalla con jactancia, pero nadie respondió. A su vez, Amílcar, el almirante, se apresuró con cien naves contra el fondeadero de Escipión, confiando en adelantarse a su regreso y

---

<sup>9</sup> Ciudad de localización desconocida.

en que podría apresar fácilmente, con sus cien naves, las veinte que había allí de los romanos.

25 Escipión, cuando lo vio zarpar, envió por delante a algunos para que taponaran la bocana del puerto con naves de carga ancladas a intervalos, a fin de que las trirremes pudieran salir como a través de puertas cuando la ocasión lo requiriese. Las naves de carga fueron atadas juntas por sus vergas y aseguradas unas a otras para que sirviesen de muralla. (Escipión a su llegada) encontrando la obra (...) asumió el trabajo. Cuando los cartagineses atacaron, sus barcos fueron alcanzados por proyectiles lanzados desde las naves de carga, desde tierra y desde las murallas, así que con los barcos destrozados, y derrotados, se retiraron a la caída de la tarde. Al retirarse los navíos cartagineses, las naves de los romanos los atacaron saliendo entre los espacios libres y, cuando eran superadas, se retiraban de nuevo. Apresaron a una nave sin tripulación y la condujeron ante Escipión. Después de esto, ambos combatientes se retiraron a invernar. Los romanos recibían abundantes provisiones por mar, pero los uticensés y los cartagineses, que sufrían por hambre, saqueaban a los mercaderes. Finalmente, otras naves romanas enviadas a Escipión bloquearon a los enemigos e impidieron los actos de piratería. A partir de este momento, sufrieron severamente por el hambre.

26 En este mismo invierno, estando cerca Sifax, Masinissa pidió a Escipión una tercera parte de su ejército como refuerzo para el suyo y, con esta fuerza bajo el mando de Lelio, se lanzó en persecución de Sifax. Éste retrocedió, hasta que, a la vista de un río cercano, se dispuso para el combate. Los nómadas desde ambos lados, como era su costumbre, descargaban a la vez gran cantidad de proyectiles unos contra otros, mientras que los romanos avanzaban protegiéndose por delante con sus escudos. Sifax, al ver a Masinissa, se

lanzó con coraje contra él, y éste, a su vez, acudió a su encuentro con regocijo. Se luchó encarnizadamente en torno a ambos y algunos hombres de Sifax huyeron y atravesaron el río, en donde alguien hirió al caballo de Sifax, que desmontó a su dueño. Entonces, Masinissa, precipitándose contra él, lo hizo prisionero junto con uno de sus hijos y los envió de inmediato a Escipión. En esta batalla perecieron unos diez mil hombres de Sifax, setenta y cinco romanos y trescientos de Masinissa. También fueron hechos prisioneros cuatro mil de sus hombres, de los cuales dos mil eran masilios y quinientos habían desertado de Masinissa a Sifax. A estos últimos se los reclamó Masinissa a Lelio por este motivo y, cuando los obtuvo, los mandó decapitar<sup>10</sup>.

A continuación, invadieron el territorio de los masilios y el de Sifax. Reintegraron a unos bajo el poder de Masinissa y, a otros, los vencieron con persuasión o por la fuerza cuando aquella no dio resultado. Llegaron también embajadores desde Cirta ofreciéndoles el palacio de Sifax, y en particular, vinieron otros a Masinissa de parte de Sofonisba, la esposa de aquél, para explicarle que había sido forzada al matrimonio. Masinissa aceptó complacido sus excusas y se casó con ella, pero la dejó en Cirta, cuando regresó junto a Escipión, previendo lo que iba a ocurrir<sup>11</sup>. Escipión pre-

<sup>10</sup> Tal vez se refiera Apiano en este episodio bélico a la batalla habida en los «campos grandes», llanura situada a unos 120 km. de Útica, actualmente llamada Suk el Kremis. Esta batalla es relatada por POLIBIO, XIV 8, y LIVIO, XXX 8, pero en Apiano resulta irreconocible, si lo referido en el cap. 27 alude a la misma batalla. Sí sabemos que Sifax resultó prisionero, al caer de su caballo herido en el combate, lo que concuerda con Apiano.

<sup>11</sup> De nuevo Apiano inserta una anécdota, en este caso la historia de Sofonisba (caps. 27-28), al lado de un hecho histórico, la rendición de la ciudad de Cirta aterrada, seguramente, ante la fulgurante campaña de Escipión y Masinissa.

guntó a Sifax: «¿Qué espíritu maléfico te obnubiló para que, pese a ser mi amigo y haberme invitado a venir a África, quebrantaras el juramento de fidelidad que hiciste a los dioses y también a los romanos y prefirieses hacer la guerra unido a los cartagineses, en vez de con nosotros, que habíamos acudido, no hacía mucho, en tu ayuda contra ellos?». Y él respondió: «Sofonisba, la hija de Asdrúbal, de la que estoy enamorado ciegamente para mi desgracia. Ella ama con pasión a su país y es capaz de convencer a cualquiera a hacer lo que desee. Y fue ella quien me hizo trocar vuestra amistad por el amor hacia su país, y me sumió en una situación tan desdichada desde mi anterior estado de buena fortuna. Yo voy a darte un consejo —pues debo ahora serte fiel, ya que me encuentro en tus manos y separado de Sofonisba—, guárdate de Sofonisba, no sea que haga cambiar a Masinissa para dar satisfacción a sus deseos. Desde luego no cabe esperar, en modo alguno, que esa mujer abrace la causa romana; tan grande es el amor que siente por su patria.»

28 Así habló, ya fuera diciendo la verdad o porque, movido por los celos, deseaba dañar lo más posible a Masinissa. Entonces, Escipión hizo venir a Sifax a la sala de consejo, pues le parecía un hombre inteligente y conocedor de su país, y recabó su parecer y asesoramiento, igual que hizo Ciro con Creso rey de Lidia. Cuando llegó Lelio y dijo que también había oído decir estas cosas acerca de Sofonisba a otros muchos, ordenó a Masinissa que le entregara a la mujer de Sifax. Como aquél protestara y expusiera cuál había sido su pasado,

---

Esta historia parece, sin duda, una invención poética en gran parte, tal vez de Ennio. Lo que parece seguro es que era hija de Asdrúbal, el hijo de Giscón, y esposa de Sifax, y que se suicidó para evitar caer prisionera.

Escipión le ordenó con acritud que no intentara apoderarse por la fuerza de nada perteneciente al botín romano, sino que la reclamara y tratara de convencerlo, si era capaz, tras haberla entregado como parte del botín. Por consiguiente, Masinissa se puso en camino con un cierto número de tropas romanas para entregarles a Sofonisba. Sin embargo, fue a su encuentro en primer lugar, llevando escondido un veneno, y le expuso la situación, diciéndole que o lo bebía o se convertía voluntariamente en esclava de los romanos. Y sin decir ninguna palabra más se alejó a galope. Entonces, Sofonisba mostró a su nodriza la copa, le rogó que no llorara por ella, pues moría gloriosamente, y se bebió el veneno. Masinissa mostró su cadáver a los romanos que llegaban en ese momento y, después de tributarle unas exequias regias, regresó junto a Escipión. Este último lo elogió y, diciéndole a modo de consuelo que se había librado de una mujer indigna, le otorgó una corona por su ataque contra Sifax y le obsequió con muchos presentes. Sifax fue conducido a Roma, y algunos pensaban que se debía perdonar a un hombre que había sido su amigo y aliado en Iberia, pero otros eran partidarios de castigarlo por haber hecho la guerra a sus amigos. Sin embargo, él, entretanto, enfermó de aflicción y murió.

Asdrúbal, una vez que tuvo perfectamente entrena- 29  
das a sus fuerzas, envió una misiva a Annón, el general de los cartagineses, proponiéndole participar conjuntamente con él en el mando. Le indicó, además, que en el ejército de Escipión había muchos iberos contra su voluntad, quienes podrían incendiar el campamento de éste si alguien los sobornaba con oro y promesas. Y afirmó que, si conocía de antemano el momento, él mismo participaría en la empresa. Tal fue la propuesta de Asdrúbal. Annón se proponía engañar a Asdrúbal, pero no defraudó su proyecto, sino que envió con oro, al



campamento de Escipión, como si fuera un desertor, a un hombre de confianza que, muy convincente en sus entrevistas con cada uno, pervirtió a muchos y, tras haber fijado un día, regresó con los suyos. Annón hizo saber a Asdrúbal el día fijado. Entretanto, mientras Escipión realizaba los sacrificios, las víctimas le revelaron un peligro de fuego. Por lo cual, envió órdenes a todo el campamento de que, si alguien encontraba fuego encendido en algún sitio, lo apagase, y de nuevo siguió haciendo sacrificios durante muchos días. Sin embargo, como las víctimas sagradas no dejaban de indicar el peligro de incendio, estaba preocupado y decidió trasladar el campamento.

- 30 Así las cosas, un ibero, siervo de un jinete romano, por tener alguna sospecha sobre los conjurados, fingió ser uno de ellos hasta que se enteró de todo y se lo comunicó a su dueño. Éste lo llevó ante Escipión y todos los sediciosos fueron convictos y confesos. Escipión los mató a todos y los arrojó fuera del campamento. Annón se enteró con rapidez, pues estaba cerca, y no fue al lugar convenido para la cita, pero Asdrúbal, como no lo sabía, acudió y, al ver el montón de cadáveres, supuso lo sucedido y se retiró. Y Annón lo calumnió ante todo el mundo con la acusación de que había venido a entregarse a Escipión, pero que éste no lo había recibido. Por este motivo, Asdrúbal se hizo más odioso aún para los cartagineses. Por este mismo tiempo, Amílcar realizó un ataque repentino contra las naves romanas, apoderándose de una trirreme y seis naves de carga y, a su vez, Annón, tras atacar a las tropas que asediaban Útica, resultó derrotado. Escipión, dado que el asedio se prolongaba en exceso sin resultado, lo levantó y trasladó sus máquinas de guerra contra la ciudad de Hipona. Sin embargo, tampoco allí obtuvo nada positivo, por lo que quemó las máquinas juzgándolas inútiles y

recorrió el territorio concertando alianzas con unos y sometiendo a pillaje a otros.

Los cartagineses, irritados por sus desgracias, eligieron como general con plenitud de poderes a Aníbal y enviaron a su almirante con naves para instarle a que volviera. Al tiempo que hacían estas cosas, también enviaron embajadores a Escipión para negociar la paz, en la idea de que con toda seguridad podrían conseguir una de estas dos cosas, o bien obtener la paz o bien consumir el tiempo hasta que llegara Aníbal. Escipión les concedió un armisticio y, tras obtener dinero para sufragar los gastos de su ejército, les permitió que enviaran una embajada a Roma. Enviaron, pues, embajadores y acamparon fuera de los muros como enemigos que eran todavía y, una vez que fueron llevados ante el senado, pidieron perdón. Algunos de los senadores tomaron la palabra para recordar la falsedad de los cartagineses, cuántas veces habían llevado a cabo pactos y los habían quebrantado y cuántos daños había causado Aníbal a los romanos y a sus aliados en Iberia e Italia; otros, en cambio, mostraban que la paz sería tan útil a los cartagineses como a ellos mismos, al estar exhausta Italia por guerras tan grandes, y ponían de relieve cuán peligroso se presentaba el futuro, dado que Aníbal desde Italia, Magón desde Liguria y Annón desde Cartago, estaban concentrando ya considerables fuerzas contra Escipión. 31

Ante tales argumentos el senado se encontraba indeciso y envió consejeros a Escipión, para que reflexionara con ellos y actuara del modo que estimase más conveniente. Éste hizo la paz con los cartagineses en los siguientes términos: que Magón partiera de inmediato de Liguria y, en el futuro, los cartagineses no reclutaran más mercenarios; que no tuvieran más de treinta navíos de guerra; que no se ocuparan de asuntos de fuera de aquellos límites que entonces tenían, conocidos 32

como «trincheras fenicias»; que devolvieran a los romanos todos los prisioneros de guerra y desertores que tuvieran en su poder; que les pagaran mil seiscientos talentos de plata en un plazo fijado; que Masinissa se quedara con el reino de los masilios y con todo aquello que pudiera del reino de Sifax. Estas fueron las cláusulas del tratado. A continuación partieron los embajadores, unos hacia Roma para tomar juramento a los cónsules y otros desde Roma a Cartago, donde también juraron los magistrados cartagineses. Los romanos enviaron a Masinissa, como recompensa por su alianza, una corona y un sello de oro, un carro de marfil, un manto de color púrpura, un vestido romano, un caballo con los arreos de oro y una armadura completa<sup>12</sup>.

- 33 Mientras tenían lugar estos hechos, Aníbal puso rumbo a Cartago contra su voluntad, lleno de sospechas por la falta de fe del pueblo en sus jefes y por su precipitación. No creía que fuera a firmarse ya un tratado y, si se firmaba, estaba bien seguro de que no estaría en vigor por mucho tiempo. Tocó puerto en la ciudad africana de Hadrumeto, empezó a recolectar trigo, envió a que compraran caballos y llevó a cabo una alianza con el jefe de una tribu nómada llamada areácida. Dio muerte, por sospechar de ellos, a cuatro mil jinetes que habían huido a su lado como desertores, los cuales pertenecieron antes a Sifax y entonces estaban con Masinissa, y repartió sus caballos entre sus tropas. Acudió a su lado Mesótilo, otro reyezuelo, con mil jinetes y Vermina, hijo de Sifax, que todavía gobernaba la parte más extensa de los dominios de su padre. Se atrajo, mediante la conciliación o por la fuerza, a algunas ciudades de Masinissa. A la ciudad de Narce, la tomó mediante la siguiente estratagema. So pretexto de comprar

---

<sup>12</sup> Sobre este tratado entre romanos y cartagineses, cf. DE SANCTIS, III 2, págs. 520-521, n. 142, y págs. 528-529, n. 154.

en el mercado de la ciudad, introdujo a algunos hombres como entre gente amiga y, cuando juzgó que era el momento de atacar, envió a muchos más, con espadas ocultas, con la orden de no causar daño a los comerciantes, hasta que oyeran la señal de las trompetas, y que entonces atacaran a aquellos que encontrasen y le mantuvieran las puertas bajo vigilancia.

De este modo fue tomada Narce. El pueblo cartaginés, aunque acababa de concluir el tratado y Escipión se encontraba presente todavía y sus propios embajadores no habían regresado aún de Roma, saqueó una partida de provisiones que había sido arrastrada por el viento al interior del puerto de Cartago. Hicieron prisioneros, además, a sus conductores, pese a las numerosas amenazas del consejo, que les advertía que no quebrantaran unos tratados firmados tan recientemente. Pero el pueblo rechazaba el tratado como injusto y afirmaba que el hambre provocaba más conflictos que la ruptura del tratado. Escipión estimó que no era justo comenzar la guerra después de la firma de un tratado, pero les exigió reparaciones como a amigos que habían cometido una infracción. El pueblo intentó, incluso, retener a los embajadores hasta que llegaran los suyos desde Roma. Sin embargo, Annón el Grande y Asdrúbal Erifo los rescataron del populacho y los enviaron de vuelta, dándoles escolta con dos trirremes. Otros, a su vez, convencieron al almirante Asdrúbal, que estaba anclado cerca del promontorio de Apolo, para que atacase a los embajadores de Escipión cuando los dejasen las trirremes de escolta. Así lo hizo, y algunos de ellos murieron a causa de las heridas, pero los demás, aunque heridos, lograron ganar la entrada del puerto de su campamento a fuerza de remos y saltaron de su nave cuando estaba a punto de ser apresada. Tan grande fue el riesgo que corrieron de caer prisioneros.

- 35 Cuando se supo esto en Roma, dieron la orden de partir de inmediato, por considerarlos enemigos, a los embajadores cartagineses que estaban todavía allí negociando la paz. Se hicieron a la mar y fueron desviados por causa de una tempestad hasta el campamento de Escipión. Cuando su almirante le preguntó qué debía hacer con ellos, Escipión respondió: «No voy a imitar la mala fe de los cartagineses; déjalos ir indemnes». Y, al enterarse el senado cartaginés, vituperó al pueblo, debido a la disparidad de ambas conductas, y volvió a aconsejar de nuevo que se solicitara a Escipión la observancia de los acuerdos y que aceptara una reparación por las infracciones cometidas por los cartagineses. Sin embargo, el pueblo, que estaba irritado incluso con el propio senado desde hacía mucho tiempo a causa de su ineficacia —pues pensaba que no preveía lo que les era provechoso— y además, estaba azuzado por políticos demagogos y alimentado de vanas esperanzas, llamaba a Aníbal y a su ejército.
- 36 Éste, a la vista de la magnitud de la contienda, les pidió que llamaran a Asdrúbal y al ejército de que disponía. Asdrúbal, una vez que su proceso fue sobreseído, entregó su ejército a Aníbal, pero ni aún entonces se atrevió a mostrarse a los cartagineses, sino que se mantuvo oculto en la ciudad. Escipión bloqueó con sus naves el puerto de Cartago y les cortó los suministros por mar, en una situación en que estaban mal abastecidos por tierra por la improductividad de ésta a causa de la guerra. Por estas mismas fechas, tuvo lugar un combate ecuestre entre las fuerzas de Aníbal y Escipión cerca de Zama en el que este último se llevó la mejor parte. En los días sucesivos, hubo escaramuzas entre unos y otros, hasta que Escipión se dio cuenta de que Aníbal estaba por completo falto de recursos y aguardaba la llegada de provisiones; así pues, envió durante la noche a Termo, un tribuno militar, para atacar los

suministros. Termo ocupó una posición, en una colina, en un paso angosto y dio muerte a cuatro mil africanos, hizo otros tantos prisioneros y llevó a Escipión las provisiones.

Aníbal, reducido a un grado de extrema necesidad, <sup>37</sup> reflexionó sobre la forma en que podía arreglar la situación presente y envió emisarios a Masinissa para recordarle su estancia y educación en Cartago. Le pidió, por ello, que persuadiera a Escipión para que renovara el tratado, aduciendo que las infracciones anteriores se debían a la masa del pueblo y a individuos más estúpidos aún que el populacho. Y Masinissa, que había sido criado y educado, de hecho, en Cartago, y que sentía respeto por la dignidad de la ciudad y tenía aún muchos amigos allí, intercedió ante Escipión y los llevó de nuevo a un tratado en los términos siguientes: que los cartagineses devolvieran los barcos y hombres que apresaron, cuando transportaban provisiones a los romanos, y todo lo que, con posterioridad, habían saqueado, así como el valor en el que estimara Escipión todo lo perdido, y que aportaran una suma de mil talentos, como multa por su infracción anterior. Éstos fueron los términos. Fue firmado un armisticio hasta que los cartagineses se enteraran de las cláusulas y, de este modo, Aníbal se salvó contra lo que esperaba.

El consejo cartaginés acogió con gran satisfacción <sup>38</sup> los acuerdos y exhortó al pueblo a adherirse a sus resoluciones, exponiendo su falta de éxito en todo y la necesidad actual de un ejército, de dinero y provisiones. Pero éste, con la habitual insensatez de la masa, pensaba que sus generales habían llegado a estos acuerdos con los romanos para su propio provecho, a fin de seguir mandando en su país con el beneplácito de aquéllos. Y decían que Aníbal actuaba ahora como lo había hecho poco antes Asdrúbal, el cual había entregado su campamento al enemigo durante la noche y había querido

entregarse en persona poco después a Escipión, habiéndose aproximado con este propósito, y que ahora se ocultaba en la ciudad. Por ese motivo, se produjo un gran griterío y alboroto, y algunos, abandonando la asamblea, fueron en busca de Asdrúbal. Pero éste se les anticipó, refugiándose en la tumba de su padre, donde se envenenó. Y ellos sacaron fuera el cadáver, le cortaron allí mismo la cabeza y la llevaron por toda la ciudad clavada en una pica. Asdrúbal, pues, fue desterrado primero injustamente, después falsamente calumniado por Annón, impulsado a morir de esta manera por los cartagineses y, por último, sufrió tal vejación una vez muerto.

39 Los cartagineses, entonces, ordenaron a Aníbal que rompiera el armisticio, que combatiera a Escipión y que decidiera la guerra lo más rápidamente posible en una batalla, debido a la escasez de provisiones. Así que Aníbal, tras enviar un mensaje, rompió la tregua y Escipión, atacando de inmediato a Parto, una gran ciudad, la tomó y acampó cerca de Aníbal. Sin embargo, éste se retiró, después de enviar tres espías al campamento romano. Escipión los capturó, pero no los mató como era costumbre hacer con los espías, sino que ordenó que fueran conducidos por el campamento, los arsenales, las máquinas y que vieran los ejercicios del ejército, y los soltó después para que informaran a Aníbal acerca de cada una de estas cosas. Y éste juzgó oportuno, una vez más, acudir a negociar con Escipión y, reuniéndose con él, le dijo que los cartagineses estaban irritados con el tratado anterior a causa de la indemnización monetaria, pero que si se quitaba ésta y los romanos se contentaban solamente con Sicilia, Iberia y las islas que poseían, los tratados serían válidos. «Mucho provecho —respondió Escipión— obtendría Aníbal si pudiera conseguir de Escipión esto además de su huida de Italia». Y le prohibió que le enviara más mensajeros.

Después de intercambiarse mutuas amenazas, se retiraron cada uno a su campamento <sup>13</sup>.

La ciudad de Cila <sup>14</sup> estaba cerca y, junto a ella, había <sup>40</sup> una colina con buenas condiciones naturales para acampar. Aníbal pensó en apoderarse de ella, envió a un destacamento para que delimitase la ubicación del campamento y se puso en marcha de inmediato, como si ya la tuviera bajo su poder. Pero Escipión se le anticipó y la tomó primero y, por este motivo, Aníbal se vio cogido en mitad de la llanura sin agua, y se pasó toda la noche cavando pozos. Su ejército, escarbando en la arena, pudo beber con mucho esfuerzo un poco de agua turbia, y así pasaron la noche faltos de cuidados, sin comida y algunos, incluso, sin soltar las armas. Escipión, al darse cuenta de estas circunstancias, los atacó al amanecer, cuando estaban cansados por el viaje y la falta de sueño y agua. Aníbal se irritó, pues no quería trabar combate en tal situación, pero era consciente de que, si permanecía en aquel lugar, iba a sufrir severamente por la falta de agua, y si huía, daría aliento al espíritu del enemigo y lo pasaría muy mal cuando se le echaran encima. Por estas razones, no le quedaba otra salida que luchar. Así pues, dispuso de inmediato en orden de batalla a cincuenta mil soldados y ochenta elefantes. Colocó en primer lugar a los elefantes, a intervalos, en primera línea de batalla, para provocar el terror en las filas enemigas. Próxima a ellos situó la tercera parte de

---

<sup>13</sup> Este coloquio entre Aníbal y Escipión es considerado por los historiadores modernos como falso, tal vez como invención de Ennio (cf. DE SANCTIS, III 2, Apénd. III al cap. IX, página 578).

<sup>14</sup> Ciudad desconocida. Apiano describe aquí (caps. 40-47) la batalla de Naraggara, descrita también por POLIBIO, XV 9-14, y LIVIO, XXX 32-35. Sobre todas las controversias y pormenores de esta batalla, cf. el Apénd. III al cap. IX, en DE SANCTIS, III 2, págs. 572-598.



su ejército, compuesta por celtas y ligures, y mezclados con éstos, en todas partes, arqueros y honderos mauritanos y baleares. Detrás de éstos, la segunda fila la integraban cartagineses y africanos. Y la tercera estaba compuesta por todas aquellas tropas que lo habían acompañado desde Italia, en quienes precisamente confiaba más, pues eran los que más tenían que perder. La caballería ocupaba las alas.

41 Así dispuso Aníbal a sus tropas. Escipión contaba con veintitrés mil soldados de infantería y mil quinientos jinetes italianos y romanos. Tenía como aliado a Masinissa, con gran cantidad de jinetes númidas, y a Dacamas, otro príncipe, con seiscientos jinetes. Escipión ordenó también a su infantería en tres hileras como Aníbal y situó a todas las cohortes en sentido longitudinal, a fin de que la caballería pudiera pasar entre ellas con facilidad. Dispuso al frente de cada cohorte, como tropa de choque, a hombres armados con sólidas estacas de madera de unos dos codos de largo, y la mayor parte de ellas erizadas de clavos de hierro, que debían lanzar con sus manos a modo de catapulta contra los elefantes cuando atacaran. Les recomendó a ellos y a los otros soldados de infantería que esquivaran el ataque de esas bestias y que, corriendo a su alrededor, dispararan contra ellas sin interrupción y se acercaran, si podían, para cortarles los tendones. De este modo dispuso Escipión la infantería. A la caballería númida la colocó en las alas, pues estaba acostumbrada a la visión y al olor de los elefantes y, en cambio, a la italiana, por su falta de costumbre, la puso detrás de todos, listos para atacar a través de las líneas de la infantería, cuando ésta hubiera aguantado el primer ataque de los elefantes. Al lado de cada jinete había un auxiliar que transportaba muchos dardos, con los que pensaba rechazar a estas bestias. Así tenía dispuesta a la caballería, cuyo flanco derecho mandaba Lelio y el izquierdo Octa-

vio. El centro lo ocupaban él mismo y Aníbal, por mutua consideración a la reputación que cada cual tenía, con un cuerpo de caballería cada uno, para acudir en auxilio a donde vieran que hacía falta. Aníbal tenía cuatro mil y Escipión dos mil, además de los trescientos italianos que había armado él mismo en Sicilia.

Después que todo estuvo preparado, cada general se <sup>42</sup> dirigió a sus tropas para animarlas. Escipión, a la vista de su ejército, invocó a los dioses que los cartagineses habían ofendido cuantas veces habían disuelto los tratados jurados en su nombre. Dijo a sus soldados que no debían pensar en el número de las fuerzas enemigas, sino en su propio valor, con el que ya antes habían triunfado sobre ellas, incluso siendo más numerosas, en este mismo país. Y si el miedo, la duda y la ansiedad, dijo, ante el futuro agobia a los vencedores, cuánto más deben pesar estos mismos sentimientos sobre los vencidos. De este modo animaba Escipión a su ejército y restaba importancia a su inferioridad numérica. Aníbal, de otro lado, les recordaba a los suyos todo lo que habían realizado en Italia, cuántas victorias grandes y brillantes habían obtenido, y no sobre nómadas, sino sobre todos los italianos y en Italia. Y, desde donde estaba situado de pie, les mostraba la inferioridad numérica del enemigo y les alentaba a no mostrarse inferiores ante tropas menos numerosas en su propio país. Ambos generales exageraban ante sus tropas el riesgo y la grandeza del combate presente. Decía Aníbal que esta contienda iba a decidir el destino de Cartago y de África toda y que, o bien serían esclavizados, caso de ser vencidos, o extenderían sus dominios en el futuro sobre aquellos que vencieran; Escipión, por su parte, manifestaba que, si resultaban vencidos, no existía ninguna retirada segura, pero que, si vencían, acrecentarían considerablemente su imperio, tendrían un

descanso de los trabajos presentes, una vuelta a casa y gloria en el futuro.

43 Después de haber exhortado cada uno a sus tropas de este modo, trabaron combate. Aníbal fue el primero en ordenar que tocaran las trompetas y Escipión le respondió de igual manera. Los elefantes fueron los primeros en comenzar el combate, preparados para provocar el terror y aguijoneados con picas por sus conductores, pero la caballería nómida corriendo alrededor de ellos les disparaba continuamente una nube de dardos hasta que, heridos, fugitivos e ingobernables ya, sus conductores los sacaron del combate. Ésta fue la suerte de los elefantes en ambas alas. Sin embargo, los que estaban en el centro pisoteaban con sus patas a la infantería romana, que no estaba acostumbrada a esta clase de lucha y que no podía maniobrar con facilidad por el peso de su armadura, ni para esquivarlos ni para perseguirlos. Finalmente, Escipión hizo venir desde la retaguardia a la caballería italiana, que estaba provista con un armamento más ligero, y les ordenó que desmontaran de los caballos asustados y que, corriendo en torno a los elefantes, los asaetearan. Él fue el primero en desmontar y herir al elefante que atacó en primer lugar. Los demás recobraron el valor e hirieron a los elefantes desde todos los lados, así que también éstos huyeron.

44 Una vez que la batalla quedó limpia de estas bestias, sólo luchaban ya hombres y caballos. El ala derecha de los romanos, que mandaba Lelio, puso en fuga a los nómidas que se le oponían y Masinissa hirió con una flecha a su príncipe Massates. Sin embargo, Aníbal acudió con rapidez hacia ellos y restableció la línea de batalla. A su vez, en el ala izquierda de los romanos, que estaba a cargo de Octavio y tenía como oponentes a celtas y ligures, pasaban dificultades los contendientes de uno y otro lado. Escipión envió al tribuno Termo

para auxiliarlos con tropas escogidas, y Aníbal, por su parte, después de rehacer el ala izquierda, cabalgó hacia los celtas y ligures llevando consigo su segunda línea de combate, integrada por cartagineses y africanos. Cuando Escipión lo vio, llevó a cabo un movimiento paralelo con otro cuerpo de tropas. Al encontrarse frente a frente en el combate los dos generales más excelsos, había una brillante emulación y respeto hacia ellos por parte de los soldados de cada uno y a nadie le faltaba el arrojo, sino que combatían con denuedo y vehemencia.

Como el combate fuera largo e incierto, ambos ge-<sup>45</sup>nerales, movidos a compasión por el cansancio de sus soldados, se lanzaron uno contra otro con idea de dirimir por la vía rápida y entre ellos la suerte de la batalla. Los dos dispararon a la vez, alcanzando Escipión a Aníbal en el escudo y éste al caballo de Escipión que, a causa de la herida, lo arrastró hasta la retaguardia hasta que, subiendo a otro caballo de nuevo, volvió a disparar contra Aníbal. También en esta ocasión erró el tiro y alcanzó al jinete que estaba al lado. Entre tanto, acudió Masinissa al enterarse de este duelo. Y los romanos, cuando vieron a su general combatiendo por ellos como un soldado cualquiera, cayeron sobre el enemigo con mayor vehemencia, lo pusieron en fuga y persiguieron a los fugitivos. Aníbal, aunque cabalgó al lado de sus hombres y les pidió que permanecieran firmes y volvieran de nuevo al combate, no pudo conseguir que obedecieran. Por consiguiente, habiendo perdido sus esperanzas en ellos, condujo hasta el combate a los que le habían seguido desde Italia, que permanecían todavía en la reserva sin moverse, con la esperanza de caer sobre los romanos, que estaban entregados a una persecución desordenada. Pero éstos, adivinando su intención, se pasaron con rapidez la orden de cesar en la persecución y se reagruparon de nuevo en orden

de batalla. Y, como ya no contaban con la caballería ni les quedaban proyectiles, luchaban cuerpo a cuerpo unos con otros con las espadas en la mano. Hubo allí una gran matanza y terribles heridas, acompañadas por los gritos de dolor de los que caían y aquellos otros de jactancia de sus matadores, hasta que los italianos pusieron también en fuga a éstos y los persiguieron en su huida. Éste fue el brillante desenlace del combate.

46 Aníbal, en su huida, vio una masa de jinetes nómadas agrupados y corriendo hacia ellos les pidió que no lo abandonaran y, cuando los hubo convencido, los condujo al combate, esperando provocar una contraofensiva de los fugitivos. Encontró en primer lugar a los masilios y entabló combate, pero esta vez la lucha fue sólo un duelo entre Masinissa y Aníbal. Se atacaron mutuamente con ardor y Masinissa clavó un dardo en el escudo de Aníbal y éste alcanzó, como antes, al caballo de su enemigo. Entonces Masinissa, desmontado, se lanzó a pie contra Aníbal e hirió y mató a un jinete que, delante de sus compañeros, se precipitó contra él. Paró con su escudo, hecho de piel de elefante, los dardos de los demás y, cogiendo uno de los que se había quedado clavado, lo lanzó contra Aníbal otra vez, sin que acertara tampoco en este intento, sino que también mató al jinete que estaba próximo. Pero, mientras sacaba otro dardo, fue herido en el brazo y se alejó de la lucha por breves momentos. Escipión, cuando se enteró de ello, temió por la suerte de Masinissa y se apresuró a intervenir, pero encontró que aquél, después de haberse vendado la herida, volvía de nuevo a la lucha montado en otro caballo. Y, una vez más, estaba equilibrada la contienda y se luchaba con fiera, llenos de admiración los soldados de ambos bandos hacia sus generales, hasta que Aníbal, al ver un cuerpo de tropas de iberos y celtas sobre una colina, cabalgó hacia ellos con la idea de conducirlos a la batalla. Entonces, los

que estaban combatiendo, sin conocer el motivo de su retirada y pensando que se trataba de una fuga, abandonaron voluntariamente el combate y huyeron en desorden, no precisamente por donde habían visto irse a Aníbal, sino según le venía bien a cada uno. Los romanos, a su vez, creyendo que había terminado la batalla, los persiguieron en desorden, sin comprender tampoco ellos el propósito de Aníbal.

Pero éste regresó desde la colina reforzado por las tropas de iberos y celtas, y Escipión de nuevo hizo volver a toda prisa de la persecución a los romanos y formó una línea de batalla mucho más nutrida que las tropas que habían descendido de la colina, por lo que los venció sin dificultad. Aníbal, al haber fracasado también en este último intento, huyó ya claramente, perdidas todas las esperanzas. Muchos jinetes lo persiguieron y, entre otros, Masinissa que, aunque sufría a causa de la herida, le acosaba de cerca, pues valoraba en mucho conducir prisionero a Aníbal ante Escipión. Pero la noche lo protegió y, al amparo de las sombras, con veinte jinetes, los únicos que fueron capaces de finalizar con él la huida, se refugió en una ciudad llamada Ton. Allí encontró a muchos jinetes brucios e iberos que habían huido después de la derrota. Por tanto, temiendo a los iberos como bárbaros impulsivos y a los brucios, italianos compatriotas de Escipión, no fuera a ser que por buscar el perdón de las faltas cometidas contra Italia lo entregaran a Escipión, huyó en secreto con un solo jinete en el que confiaba plenamente. Y, después de realizar tres mil estadios en dos días y dos noches, llegó a la ciudad costera de Hadrumeto, en donde estaba una parte de su ejército para guardar el trigo. Allí empezó a reclutar tropas en las zonas vecinas, recuperó a los que habían escapado del combate y preparó armas y máquinas de guerra.

48 Escipión, tras haber logrado una espléndida victoria, habiéndose ceñido para el sacrificio, prendió fuego a los despojos menos valiosos, como es costumbre entre los generales romanos, y envió a Roma diez talentos de oro, dos mil quinientos de plata, marfiles tallados, a los prisioneros más distinguidos y a Lelio como portavoz de la victoria, sobre las naves (...). El resto del botín lo vendió y repartió su importe entre el ejército. Otorgó también regalos a los que se habían distinguido por sus actos de valor y coronó de nuevo a Masinissa. Después, marchó hacia otras ciudades y las recibió en sujeción. Tal fue el resultado de la guerra entre Aníbal y Escipión en África, donde ambos se enfrentaron por primera vez. Los romanos perdieron dos mil quinientos hombres y Masinissa todavía más, y los enemigos tuvieron veinticinco mil muertos y ocho mil quinientos prisioneros. Trescientos iberos desertaron a Escipión y ochocientos númidas, a Masinissa.

49 Antes de que los cartagineses y los romanos se enteraran de estas noticias, los primeros ordenaron a Magón, que aún andaba reclutando mercenarios celtas, que invadiera Italia, si le era posible, o regresara a África con los mercenarios, pero los romanos, interceptadas las cartas y enviadas a Roma, mandaron a Escipión otro ejército, caballos, naves y dinero. Éste ya había enviado hacia Cartago a Octavio por tierra, en tanto que él mismo navegaba hacia allí con las naves. Los cartagineses, al enterarse de la derrota de Aníbal, enviaron a Escipión una embajada en un barco pequeño y veloz, al frente de la cual iban Annón el Grande y Asdrúbal Erifo. Éstos llevaban colocado en un lugar elevado sobre la proa un báculo de heraldo y tendían sus manos hacia Escipión a la manera de los suplicantes. Éste les dio la orden de dirigirse al campamento y, cuando llegaron, se ocupó de sus asuntos sentado sobre una tribuna elevada. Ellos, a su vez, se arrojaron

al suelo en medio de lamentaciones y, cuando los servidores los levantaron y les ordenaron que dijeran lo que quisieran, Asdrúbal Erifo dijo:

«Tanto yo, romanos, como Annón aquí presente y 50  
todos aquellos cartagineses sensatos tenemos en nuestro haber el estar limpios de las faltas que nos imputáis, pues a vuestros embajadores, sobre los que nuestra patria ejerció violencia contra su voluntad por causa del hambre, los rescatamos y os los devolvimos. No debéis, por tanto, condenar indiscriminadamente a todos los cartagineses que en fecha reciente ya os pidieron la paz y, al recibirla, la ratificaron con ardor mediante juramento. Pero las ciudades tornan con facilidad hacia lo peor, y lo grato al oído siempre triunfa entre la masa. También nosotros hemos sufrido estas vicisitudes, al no haber podido convencer al pueblo ni contenerlo por mor de aquellos que en nuestra patria nos calumniaban y nos impedían hablar con libertad ante vosotros. No juzguéis, romanos, nuestros asuntos por el rasero de vuestra disciplina y prudencia, y si a alguien le parece que es un crimen haberse dejado convencer por estos agitadores, que se lo impute al sufrimiento que el hambre y la necesidad nos impuso. Pues no hubiera sido un acto deliberado de unas mismas personas solicitar hace poco la paz, entregar una suma tan grande de dinero, desprenderse de la totalidad de sus navíos de guerra salvo unos pocos, entregaros la mayor parte de su imperio y enviar embajadores a Roma para que dieran y aceptaran juramentos de estas cosas, y luego, cuando aún se encontraban entre vosotros nuestros embajadores, quebrantarlos voluntariamente. Antes bien, y sobre todo, hay que pensar que un dios fue nuestra ruina y la tempestad que desvió vuestras provisiones hacia Cartago, y además de la tempestad, el hambre, de modo indigno, impidió que tomáramos decisiones sensatas sobre las propiedades de otro pueblo, faltos



como estábamos de todo. No se puede pedir en verdad que reflexione dignamente una muchedumbre que no tiene disciplina y sufre calamidades.

51 »Pero si, incluso así, os parece que somos culpables, y no desafortunados, convenimos en ello y, por esta misma razón, os suplicamos. La justificación, en efecto, corresponde a los que no cometieron falta alguna y, en cambio, la súplica es propia de aquellos que han ofendido. Por este motivo, está más pronta a extenderse a los demás la piedad de los afortunados, cuando, al contemplar los asuntos humanos, observan que, a causa de cambios repentinos, suplican hoy quienes ayer eran capaces de agraviar a otros. Tal es la condición de Cartago, la ciudad más grande de África, y la más poderosa en naves, en riquezas, en elefantes, en infantería y caballería, en muchos súbditos, floreciente durante diecisiete años, soberana de toda África, de otros pueblos e islas y de una gran extensión de mar, rival vuestra durante mucho tiempo y que ahora, en cambio, tiene puestas sus esperanzas de salvación no en el mar y en sus barcos, ni en sus elefantes y caballos, ni siquiera en sus súbditos, todo lo cual lo puso en vuestras manos, sino en vosotros mismos, que habéis sufrido un trato indigno con anterioridad. Debéis, pues, vosotros, al contemplar estos hechos y para precaveros de la venganza divina que pende sobre ellos, serviros con moderación, romanos, de vuestra fortuna y realizar actos dignos de vuestra magnanimidad y de la anterior fortuna de los cartagineses y comportaros sin reproche ante los cambios que la divinidad ha introducido en nuestra desgraciada situación, a fin de que vuestra actitud hacia nosotros carezca de toda culpa ante los dioses y sea digna de elogio por todos los hombres.

52 »No hay que temer ya, en efecto, que cambien de manera de pensar también ahora los cartagineses, quienes sufren de un arrepentimiento y castigo tan grandes

por causa de su anterior insensatez. A los hombres juiciosos les impide obrar mal su prudencia, en tanto que a los pecadores, su anterior sufrimiento y su arrepentimiento. Y cabe suponer que los que ya han sido amonestados serán más dignos de confianza que quienes no han sufrido una tal experiencia. No está bien, por otra parte, que vosotros imitéis esa crueldad y maldad de que acusáis a los cartagineses. Pues, para los desafortunados, su misma miserable condición se convierte en la fuente de nuevos errores a causa de la falta de esperanza, y, en cambio, los afortunados, debido a la abundancia de recursos, tienen en sus manos la clemencia. Tampoco reportará gloria ni utilidad a vuestro imperio destruir una ciudad tan grande como la nuestra, en vez de preservarla. Y, aunque vosotros sois los mejores jueces de vuestros propios intereses, nosotros, no obstante, con vistas a nuestra salvación, os recordamos estas dos cosas de entre todas: la antigua dignidad del imperio de Cartago y vuestra universal moderación que, junto con vuestras armas, os ha levantado a una situación tan excelsa de dominio y de poder. En lo que atañe a los términos del tratado, si es que nos concedéis la paz, es superfluo decir que todo lo ponemos en vuestras manos.»

Al acabar su discurso, Erifo prorrumpió en lágrimas. Escipión los hizo salir y deliberó con sus oficiales durante largo tiempo. Después que tomó una decisión, los hizo comparecer y les dijo lo siguiente: «No merecéis ningún perdón al haber quebrantado muchas veces los tratados que habéis hecho con nosotros y al haber ultrajado, finalmente, ahora a nuestra embajada de forma tan notoria e impía, que no podéis negar ni contradecir que sois acreedores del castigo más severo. ¿Para qué hay que acusar a los que ya reconocen su crimen? Os habéis acogido a las súplicas, vosotros que ni siquiera hubierais dejado el nombre de Roma, de haber resul-

tado vencedores. Sin embargo, jamás imitaremos vuestros actos, puesto que a vuestros embajadores, cuando todavía estaban en Roma y a pesar de que ya habíais violado los tratados y ultrajado a nuestra embajada, la ciudad los dejó libres y yo, cuando fueron llevados a mi campamento, los dejé marchar indemnes a vuestro lado, aunque ya estábamos en guerra. Deberíais, condenándoos a vosotros mismos, considerar como ganancia cualquier cosa que pudierais tomar. No obstante, os voy a dar mi parecer y el senado votará lo que estime conveniente.

- 54 »Os vamos a conceder también ahora la paz, cartagineses, a condición de que nos entreguéis vuestros barcos de guerra, a excepción de diez de ellos, todos los elefantes que tenéis, todo aquello que hace poco nos habéis quitado o el valor de las cosas perdidas, siendo yo el juez en caso de duda, la totalidad de los prisioneros de guerra y desertores y cuantos Aníbal trajo de Italia. Estas condiciones deben ser cumplidas dentro de los treinta días siguientes a aquel en que sea decretada la paz. En un plazo de sesenta días, Magón debe evacuar Liguria y vosotros debéis retirar las guarniciones de todas aquellas ciudades que se encuentren fuera de las 'trincheras fenicias', así como devolver cuantos rehenes tengáis de las mismas. Pagaréis anualmente a Roma la suma de doscientos talentos euboicos durante cincuenta años. No reclutaréis, de ahora en adelante, más mercenarios entre los celtas y ligures, ni haréis la guerra a Masinissa ni a ningún otro amigo del pueblo romano, ni permitiréis que lo haga ningún cartaginés con el consentimiento popular. Conservaréis vuestra ciudad y cuanto territorio teníais dentro de las 'trincheras fenicias' cuando yo vine a África. Seréis amigos y aliados de los romanos por tierra y por mar, en el caso de que el senado dé su aprobación a todo ello. Si así lo hace, los romanos evacuarán África en

un plazo de ciento cincuenta días. Si queréis un armisticio hasta que enviéis una embajada a Roma, entregareis al punto, en calidad de rehenes, a ciento cincuenta de vuestros hijos a los que yo mismo elegiré, y entregareis, además, otros mil talentos y provisiones para pagar al ejército. Cuando el tratado sea ratificado, se os devolverán los rehenes»<sup>15</sup>.

Cuando Escipión hubo finalizado su discurso, los 55 embajadores llevaron a Cartago sus propuestas y el pueblo las sometió a debate en la asamblea durante muchos días. Los nobles se mostraban partidarios de aceptar el ofrecimiento y no arriesgarse a perder todo por rehusar una parte, pero, en cambio, el populacho, considerando más que el peligro presente la enorme pérdida de todo lo que tenían, rehusaba aceptarlas. Además, estaban irritados, porque sus dirigentes, en época de hambre, preferían suministrar provisiones a los romanos, en vez de a sus ciudadanos, durante el tiempo de la tregua y, agrupándose ante cada uno de ellos, los amenazaban con saquear e incendiar sus casas. Finalmente, decidieron tomar consejo de Aníbal que tenía ya seis mil soldados de infantería y quinientos jinetes y estaba acampado en la ciudad de Martama<sup>16</sup>. Él llegó y, aunque los ciudadanos moderados tenían miedo de que un hombre amigo de la guerra, como él era, excitara a la multitud, de modo muy solemne les exhortó a aceptar la paz. Pero el pueblo, cegado por la ira, lo injurió también acusándolo de loco y amenazaba a todos, hasta que algunos de los notables se refugiaron junto a Masinissa y otros desertaron voluntariamente al lado de los romanos cuando perdieron las esperanzas en la ciudad.

---

<sup>15</sup> Sobre el tratado de paz del 201 a. C., cf. DE SANCTIS, III 2, Apénd. IV al cap. IX, págs. 599-605.

<sup>16</sup> Ciudad desconocida.

56 Los cartagineses, al enterarse de que Aníbal había almacenado una gran cantidad de trigo en un determinado emplazamiento comercial, enviaron hacia él naves de transporte y navíos de guerra, resueltos, si podían obtener el trigo, a emprender una campaña militar y a afrontar todo lo que la suerte les deparase, antes que convertirse en esclavos de Roma de manera voluntaria. Pero, después que el viento y una tempestad echaran a pique sus barcos, desesperando ya de todo, reprocharon a los dioses que hubieran conspirado contra ellos; llegaron a un acuerdo con Escipión y enviaron una embajada a Roma. Escipión, a su vez, envió a algunos hombres para que aconsejaran la ratificación del acuerdo. Y se dice que aconsejó que se hiciera por dos motivos: porque pensaba que era útil para la ciudad y porque se había enterado de que el cónsul Gneo Cornelio Léntulo esperaba para sucederle en el mando y no quería que la gloria fuera de otro. Por consiguiente, encargó a sus mensajeros que dijeran que, si se demoraban en Roma, él mismo por su cuenta concluiría la paz.

57 En Roma causó gran alborozo la noticia de la victoria total sobre una ciudad de tamaña importancia, que les había causado en el pasado numerosas y terribles calamidades y que había detentado el segundo o tercer puesto en la hegemonía del mundo. Sin embargo, los senadores estaban divididos en sus opiniones, algunos se encontraban todavía irritados profundamente con los cartagineses, mientras que otros sentían piedad hacia ellos y pensaban que debían tener un comportamiento noble en las desgracias de los otros. En esta tesitura, uno de los amigos de Escipión se levantó y dijo: «No debemos preocuparnos tanto por la salvación de los cartagineses, senadores, cuanto por preservar nuestra fe en los dioses y nuestra reputación ante los hombres, no vaya a decirse que quienes acusamos de crueldad a los cartagineses actuamos con más crueldad

aún que ellos mismos y que, aunque nos preocupamos siempre de ejercer la moderación en los asuntos triviales, nos olvidamos de ella en los más importantes. No es posible que pase inadvertida nuestra postura en este caso debido a su propia magnitud, sino que el hecho llegará a todos los confines de la tierra ahora y en el futuro, si nosotros destruimos a una ciudad famosa y dueña del mar en otro tiempo, que mandó en muchas islas, en todo el mar y en más de la mitad de África, y que, en las guerras que sostuvo contra nosotros mismos, hizo gala de numerosos actos de fortuna y poder. Contra ellos, mientras aún tenían capacidad de combatir, era preciso pelear, pero ahora que están derrotados, deben ser perdonados, de igual modo que ningún atleta continúa golpeando al rival que yace en el suelo ni la mayor parte de las fieras atacan a los cuerpos abatidos. Es conveniente a la hora del éxito guardarse de la cólera divina y de la envidia humana. Pero si hay alguien que sopesa con rigor cuántas cosas nos hicieron, precisamente en este mismo hecho encontrará lo que hay que temer más de la fortuna, que unos hombres que fueron capaces de infligirnos tantas y tales calamidades y que no hace mucho combatían gloriosamente por Sicilia e Iberia, hace un momento suplicaban tan sólo por su salvación. Sin embargo, por aquello ya sufrieron castigo y por sus últimas violaciones padecen hambre, el mal más penoso para el hombre y que puede hasta privarle de su facultad racional.

»Yo no voy a decir nada en defensa de los cartagineses, pues no lo merecen; ni siquiera ignoro que han violado también otros tratados antes que éstos. No obstante, os quiero recordar, aunque ya lo sabéis, cuál fue el comportamiento que tuvieron vuestros padres en circunstancias similares y gracias al cual llegaron hasta el momento de esplendor presente. Aunque todos estos pueblos vecinos nuestros que nos rodeaban por com-

pleto se sublevaron muchas veces y quebrantaron los pactos de continuo, no los despreciaron, ni a los latinos, ni a los etruscos, ni a los sabinos. También sobrellevaron con tranquilidad a los pueblos que, a su vez, después de aquéllos y también vecinos nuestros, ecuos, volscos y campanios, así como otros pueblos de Italia, quebrantaron tratados. Ni tampoco destruyeron al pueblo samnita que por tres veces traicionó nuestra amistad y nuestros tratados, entablando las guerras más encarnizadas contra nosotros durante ochenta años, ni a aquellos otros que llamaron a Pirro a Italia. Ni siquiera hemos destruido a aquellos italianos que, en fecha muy reciente, unieron sus fuerzas a Aníbal, incluso a los brucios que lucharon a su lado hasta el final. Por el contrario, confiscándoles tan sólo una parte de sus tierras, les dejamos poseer el resto, porque consideramos una medida piadosa y, a un tiempo, útil para nuestra prosperidad no exterminar a pueblos enteros, sino ponerlos en mejor disposición mediante medidas admonitorias.

59 »¿Por qué, pues, aunque hayamos sufrido a manos de los cartagineses, vamos a cambiar nuestra manera de ser, con la que hemos prosperado hasta el presente? ¿Acaso porque su ciudad es mayor? Precisamente por esto merece más ser perdonada. ¿O más bien porque quebrantó muchas veces los tratados hechos con nosotros? También lo hicieron otros, casi todos diría yo. ¿O tal vez porque sufren ahora un castigo ligero? Van a perder todos sus barcos de guerra excepto diez, van a entregar sus elefantes en los que radica su poder, van a pagar diez mil talentos euboicos, van a ceder todas aquellas ciudades y territorios que poseen fuera de las 'trincheras fenicias'; se les ha impedido reclutar soldados, y cuanto, movidos por el hambre, nos arrebataron, lo van a devolver, pese a que todavía siguen hambrientos y Escipión, el que combatió contra ellos, es su juez

en los asuntos dudosos. Yo alabo a Escipión por la magnitud y el número de estos hechos y os pido como justo que les otorguéis vuestro perdón a causa de la cólera divina y por la mutabilidad de las cosas humanas. Ellos cuentan todavía, antes de que ratifiquemos el tratado, con un gran número de naves y elefantes, y Aníbal, un hombre sumamente hábil en asuntos de guerra, ya posee un ejército; Magón ha reclutado ya otras muchas tropas entre los celtas y ligures, y Vermina, el hijo de Sifax, combate a su lado como aliado junto con otros pueblos nómadas y también tienen gran cantidad de esclavos. Si pierden las esperanzas que tienen en nosotros, usarán de todas estas fuerzas de modo temerario y nada es más terrible en el combate que la lucha a la desesperada, en donde además la voluntad divina resulta indecisa y envidiosa.

»Y me parece a mí que Escipión, por haber previsto 60 todo esto, nos envió su opinión personal y nos dijo que, si nos dilatábamos, concluiría él mismo el tratado de paz. Y es lógico pensar que su juicio, en este caso, es mejor que el nuestro y que, dado que lleva el asunto entre sus manos, puede abarcarlo mejor en su conjunto. Si nosotros no damos validez a su propuesta, causaremos dolor a un patriota, a un general excelente que, cuando ni siquiera estábamos dispuestos, nos apremió a llevar allí la guerra y, sin tomar un ejército de nosotros, lo reclutó él mismo y cosechó en África triunfos hasta un grado que no esperábamos. Y también esto me produce estupor, que entrarais en esta guerra con tanta parsimonia y ahora os mostréis con tal belicosidad y desmesura. Pero si alguno está de acuerdo con esto y, pese a todo, teme que también en esta ocasión los cartagineses vayan a violar el tratado, yo le respondería que es por completo lógico pensar que ellos van a cuidarse, de ahora en adelante, de la observancia del mismo, dados sus muchos sufrimientos por anteriores



transgresiones, y que han de estimar en mucho un comportamiento fiel y justo en el futuro, ya que por su impiedad se han visto doblegados. Además, no es congruente que unos mismos senadores despreciaran hace poco a los cartagineses, en la creencia de que no tenían ya ninguna fuerza, y a continuación, sientan temor de que sean capaces de rebelarse otra vez. Nos resultará más fácil vigilarlos para que no acrecienten su poder de nuevo, que destruirlos ahora. En el presente, en efecto, luchan desde una situación desesperada, pero después podremos vigilarles aquejados siempre por el miedo. Tendrán numerosos problemas, sin contarnos a nosotros, pues todos sus vecinos los van a atosigar por estar irritados con su dominación tiránica anterior, y Masinissa, un hombre de nuestra plena confianza, estará siempre presente para vigilarlos.

- 61 »Pero incluso si, como cabe esperar, hay alguien que juzga con desdén estas consideraciones y sólo atiende a su provecho, a saber, cómo sucederá en el mando a Escipión, y confía en que la suerte le acompañe hasta el final, ¿qué haremos con la ciudad cuando la aparemos, si es que llegamos a apresarla? ¿La arrasaremos hasta sus cimientos, porque nos arrebataron una parte de nuestro trigo y algunos barcos, lo que, junto con muchas otras cosas, están dispuestos a devolvernos? ¿O no haremos esto para guardarnos de la cólera divina y del reproche de los hombres y, en cambio, permitiremos que lo haga Masinissa? Aunque sea nuestro amigo, no debemos fortalecerlo, ni aun a él, en demasía, sino que pienso que sería más conveniente para el interés común de Roma que exista una rivalidad mutua. ¿Recaudaremos tributos en su territorio? El ejército que haya de vigilar la recaudación se lo gastará en su mantenimiento, pues necesitaremos de un ejército nutrido, ya que estará rodeado de numerosos pueblos vecinos, todos ellos bárbaros. ¿Vamos a enviar, acaso, colonos

en medio de tantas núbidas? Terribles vejaciones sufrirán nuestros colonos en todo momento si los bárbaros son fuertes, y, si llegan a vencerlos, serán objeto de temor y de envidia por parte nuestra en el futuro por poseer un país tan grande y mucho mejor dotado que el nuestro. Me parece a mí que Escipión también previó todo esto y, por ello, nos exhortó a que aceptáramos las súplicas de los cartagineses. Hagamos caso, por tanto, de los que nos lo piden y de nuestro general.»

Éstas fueron sus palabras. A continuación, Publio <sup>62</sup> Cornelio, familiar de Cornelio Léntulo que era cónsul entonces y esperaba suceder a Escipión, le replicó de esta manera: «La utilidad únicamente es ventajosa, senadores, en la guerra, y en la medida que éstos han puesto de relieve que la ciudad es poderosa incluso ahora, debemos precavernos de su traición, unida a su fuerza, y aniquilar su poderío a tiempo, ya que no podemos hacer lo mismo con su traición. Ningún momento es más propicio que el presente para librarnos de todo miedo respecto a los cartagineses, cuando son débiles y carecen de todo, antes de que vuelvan de nuevo a acumular fuerza y recursos. No es que yo trate, ciertamente, de escapar a pretensiones de justicia, pero estimo que ni siquiera la ciudad podría ser acusada de falta de moderación para con los cartagineses, quienes en sus momentos de prosperidad son injustos y cometen violencia contra todos y, en cambio, en la adversidad se tornan suplicantes, pero, si tienen éxito, al punto se arrepienten de aquello que han pactado. No existe, para ellos, respeto por los tratados ni consideración ante sus juramentos, y a un pueblo así, ese hombre estima que debemos perdonarlo para evitar la indignación divina y la censura de los hombres. Yo, sin embargo, creo que son los mismos dioses los que han llevado a Cartago a esta situación, a fin de que reciban castigo por su impiedad, una gente que, tanto en Sicilia como en Iberia

o Italia e, incluso, en la propia África, realizaron numerosos acuerdos con nosotros y con todos los otros pueblos, y los violaron y cometieron toda clase de tropelías y salvajadas. Voy a exponeros algunos de estos hechos concernientes a otros pueblos, antes de referirme a los nuestros, para que sepáis que todo el mundo va a alegrarse de que los cartagineses reciban castigo.

63 »Esta gente, a los saguntinos, una ciudad preclara de Iberia, aliada de ellos y amiga nuestra, les mataron a todos los hombres en edad adulta, sin que hubieran cometido ofensa alguna. Tras haberse apoderado de Nuceria, ciudad vasalla nuestra, en virtud de un acuerdo jurado por el que dejarían partir a cada uno de sus habitantes con dos mantos, encerraron a su Consejo en una sala de baños y los asfixiaron de calor; asimismo, dieron muerte al pueblo cuando ya se marchaba. A los miembros del Consejo de los aquerranos los arrojaron a unos pozos, después de haber concertado un tratado, y rellenaron los pozos con tierra. Una vez que engañaron con falsos juramentos a nuestro cónsul Marco Cornelio, lo llevaron a entrevistarse con su general, pretextando que se encontraba enfermo; se apoderaron de él y lo condujeron como prisionero desde Sicilia a África con veintidós naves. También dieron una muerte ignominiosa a Régulo, otro de nuestros generales, cuando regresaba a su lado en virtud de la fidelidad al juramento dado. Asimismo, resultaría prolijo enumerar todos los hechos que Aníbal llevó a cabo, bien sea por medio de la guerra o con estratagemas o violaciones de juramento, contra nuestras ciudades y ejércitos y, al final, contra sus propios aliados, saqueando sus ciudades y matando a los que habían combatido a su lado. Para resumirlo, despobló a cuatrocientas de nuestras ciudades y pasó por encima de los cuerpos de nuestros hombres, a los que hizo prisioneros, tras haberlos arrojado a trincheras y ríos a modo de puentes; a otros,

los machacó con sus elefantes, y a otros, los obligó a combatir en duelo entre ellos, enfrentando a hermanos contra hermanos y a padres contra hijos. Y, en fecha muy reciente, enviaron una embajada aquí para tratar acerca de la paz, nos suplicaron y tomaron juramentos, y mientras aún permanecían aquí sus embajadores, se apoderaron, en África, de nuestras naves e hicieron prisioneros a nuestros soldados. Tan grande es la locura en que han caído a causa de su crueldad.

»¿Qué sentimiento de piedad o moderación deben 64 tener otros para con un pueblo así, que jamás ha ejercido moderación alguna o clemencia hacia nadie? ¿Para con gente que, como decía Escipión, si nos hubieran vencido, ni siquiera hubieran dejado el nombre de Roma? No obstante, decía, la mano derecha es una garantía segura. ¿Cuál? ¿Qué acuerdo o juramento hay que no hayan pisoteado? ¿Qué tratado o qué prueba de amistad existe que no hayan violado? No vayamos a imitarlos, decía. Pero, ¿qué tratado podemos romper nosotros que aún no hemos llegado a un acuerdo? No vayamos a imitar su crueldad, decía. ¿Debemos, pues, hacer amigo y aliado al pueblo más cruel que existe? En absoluto es ello justo. Antes bien, que se rindan sin condiciones a nosotros, según es costumbre de los vencidos, como muchos se rindieron y ya veremos lo que haremos. Así, cualquier cosa que les demos sabrán que han de tomarla como un favor y no como un tratado. La diferencia que hay entre ambas cosas es la siguiente: mientras hagan un pacto con nosotros, lo violarán igual que antes, so pretexto de alguna de las cláusulas del mismo, porque salieron perdedores en algún punto. Y las cuestiones dudosas siempre se prestan a dar buenas excusas. Pero cuando se entreguen a sí mismos, los despojemos de sus armas, queden sus personas en nuestro poder y se convenzan de que no existe cosa alguna que puedan considerar como propia, se abatirá su altanería

y se alegrarán de aquello que reciban de nosotros al saber que no les pertenece. Si Escipión piensa de otra manera, ahí tenéis dos opiniones para elegir. Ahora bien, si está dispuesto a pactar con los cartagineses sin contar con nosotros, ¿para qué os envió a consultar? En lo que a mí respecta, os he dado mi opinión como a jueces con verdadera potestad para juzgar sobre este asunto, opinión que considero conveniente para la ciudad.»

65 Esto fue lo que dijo Publio. El senado recabó de cada uno su voto individual y la mayoría estuvo de acuerdo con la propuesta de Escipión. Por lo cual se efectuó un tercer tratado entre los romanos y los cartagineses. Se creía, en especial, que Escipión había urgido a los romanos a la realización del tratado, ya fuera por las razones antes dichas o bien porque consideraba un triunfo suficiente para Roma el despojar tan sólo de su hegemonía a los cartagineses. Hay también quienes piensan que él, con vistas a mantener la disciplina romana, quiso dejar a un vecino y rival como amenaza perpetua, a fin de que jamás se enorgullecieran en demasía ni se descuidaran en medio de una gran prosperidad. Que a Escipión lo movieron tales sentimientos lo hizo público, no mucho después, Catón a los romanos, cuando les reprochó su cólera excesiva contra los rodios. Escipión, después de haber concluido el tratado, navegó desde Africa a Italia con todo su ejército y entró en triunfo en Roma con mucha mayor brillantez que sus antecesores.

66 La forma del triunfo, que aún continúan utilizando en la actualidad, es como sigue: Todos los participantes en la procesión llevaban coronas, y encabezaban la misma los trompeteros y carros cargados con el botín; portaban a lo largo del recorrido torres en representación de las ciudades apresadas y dibujos con motivos de hechos gloriosos ocurridos en la guerra; a continua-

ción, iba el oro y la plata, acuñada y sin acuñar, y cualquier otra cosa de esta índole; después, todas las coronas que había recibido el general por su bravura, ya fuera de las ciudades, de los aliados o de su mismo ejército. A éstas les seguían toros blancos y elefantes y todos los jefes cartagineses y númeridas que habían sido hechos prisioneros. Precedían al general lictores con túnicas de color púrpura, y un coro de citaristas y flautistas, a imitación de una procesión etrusca, con cinturones y una corona de oro, marchaban al compás de la música y la danza. Los llaman lidios, porque, según creo, los etruscos fueron una colonia lidia. Uno de ellos, en el centro, revestido de un manto color púrpura que le llegaba hasta los pies y con brazaletes y collares de oro, provocaba la hilaridad con gesticulaciones variadas, como si estuviera danzando en triunfo sobre sus enemigos. A continuación, marchaban un grupo de turiferarios y, tras ellos, el general sobre un carro decorado con profusión llevaba una corona de oro y piedras preciosas, vestía una toga de púrpura, a la usanza patria, tachonada con estrellas de oro y portaba un cetro de marfil y una rama de laurel que es el símbolo romano de la victoria. Jóvenes de ambos sexos iban subidos junto a él en el mismo carro y, sobre los caballos de cada lado, familiares jóvenes. Le seguían todos aquellos que, en el transcurso de la guerra, le habían servido como escribanos, asistentes o escuderos; después, el ejército formado en escuadrones y cohortes, coronado todo él y llevando ramas de laurel; los más valientes llevaban, además, los distintivos recibidos como recompensa a su bravura. Alababan a algunos de sus capitanes, se mofaban de otros y a otros los hacían objeto de sus reproches, puesto que en un triunfo todo el mundo es libre de decir lo que quiera. Cuando llegó Escipión al

Capitolio, finalizó la procesión, e invitó a un banquete a sus amigos en el templo como era la costumbre<sup>17</sup>.

67 Así terminó la segunda guerra entre romanos y cartagineses, que comenzó en Iberia y acabó en África, de acuerdo con los tratados ya expuestos, que incluían a la propia Cartago. Esto sucedió en la ciento cuarenta y cuatro olimpíada, según el cómputo griego. Masinissa, irritado contra los cartagineses y envalentonado por su amistad con Roma, se apoderó de una gran extensión

---

<sup>17</sup> El triunfo era la procesión de un general romano victorioso al templo de Júpiter Capitolino. Etrusca en su origen, después afectada por influencias helenísticas, permaneció sujeta a reglas estrictas y mantuvo su carácter ritual. La ruta seguida por el vencedor en la época clásica iba desde el Campo de Marte, a través de la Puerta Triunfal, el circo Flaminio y el circo Máximo, en torno al Palatino, a lo largo de la Via Sacra, hasta el Capitolio. La procesión comprendía, básicamente, a los magistrados y el Senado, los despojos (incluyendo a los cautivos más destacados), animales para el sacrificio, el triunfador y su ejército. A este cortejo se le añadieron, sucesivamente, otros elementos, como músicos, pinturas, grupos alegóricos, portadores de antorchas, etc. El triunfador, precedido por sus lictores, iba de pie sobre un carro tirado por cuatro caballos con un esclavo, que murmuraba palabras apotropaicas, sosteniendo una corona sobre él; su familia le acompañaba habitualmente. Estaba vestido con la *tunica palmata* y la *toga picta* (de oro y púrpura) y adornado como un dios-rey. El ejército gritaba ¡oh triunfo! y cantaba versos apotropaicos.

Los requisitos para el triunfo eran: la victoria sobre un enemigo extranjero con un mínimo de 5.000 bajas por parte enemiga, llevada a cabo por un magistrado con *imperium* y sus propios *auspicia*, y la presencia del ejército para mostrar la victoria en la guerra. Estas reglas se fueron relajando y llegaron a admitirse ya en el siglo I *privati* con *imperia* especiales como Pompeyo, y después del 45 a. C., incluso *legati*. Cuando no se concedía el triunfo se otorgaba generalmente una *ovatio*.

Bajo el Imperio el triunfo llegó a ser muy pronto un monopolio del emperador y, con su permiso, de su familia. Al general victorioso se le otorgaban ornamentos triunfales, pero éstos fueron desprestigiados deliberadamente e, incluso, en el siglo I d. C. perdieron toda conexión con los éxitos en la milicia.

de territorio cartaginés, so pretexto de que ya le había pertenecido en otro tiempo. Entonces, los cartagineses llamaron a los romanos para pedirles que procuraran una avenencia entre ellos y Masinissa. Los romanos, en consecuencia, enviaron árbitros con órdenes de favorecer cuanto pudieran a Masinissa. De este modo, este último se apropió de una parte del territorio de los cartagineses y se efectuó un tratado entre ambos que tuvo vigencia durante cincuenta años. En este tiempo, Cartago, que gozó de una paz ininterrumpida, acrecentó sobremanera su poderío y población a causa de la fertilidad de su suelo y de su buena posición junto al mar.

Muy pronto, como sucede en las situaciones de prosperidad, surgieron diferentes facciones, había un partido prorromano, otro democrático y un tercero que estaba de parte de Masinissa. Cada uno de ellos tenía líderes destacados por su reputación y valor. Annón el Grande era jefe del partido filorromano, a los partidarios de Masinissa los encabezaba Aníbal, apodado el Estornino, y la facción democrática tenía como líderes a Amílcar el Samnita y a Cartalón. Estos últimos, aprovechando que los romanos estaban en guerra contra los celtíberos y que Masinissa había marchado en auxilio de su hijo, que estaba rodeado por otras fuerzas iberas, convencieron a Cartalón, jefe de las tropas auxiliares y que, por razón de su cargo, recorría el país, para que atacase a unas tropas de Masinissa acampadas en un territorio en litigio. Éste mató a algunos de ellos, se llevó el botín y azuzó a los africanos rurales contra los númidas. Otros muchos actos de hostilidad tuvieron lugar entre ellos, hasta la llegada de nuevos emisarios romanos, con vistas a restablecer la paz, a los cuales se les ordenó, de igual manera, ayudar en secreto a Masinissa. También ellos consolidaron a Masinissa en los territorios que había ocupado antes con la táctica siguiente. No dijeron ni escucharon nada, a fin de que Masinissa no resul-



tara perjudicado como en un juicio, sino que, situándose en medio de ambos litigantes, estrecharon sus manos. Éste fue el modo en que exhortaron a ambos a mantener la paz. Poco después, Masinissa provocó una disputa con motivo del territorio conocido como «los campos grandes»<sup>18</sup> y del país, perteneciente a cincuenta ciudades, que llaman Tisca<sup>19</sup>. A causa de lo cual los cartagineses acudieron de nuevo a recurrir ante los romanos. Y éstos les prometieron también, entonces, enviarles emisarios para el arbitraje, pero se demoraron hasta que supusieron que los intereses cartagineses se habían perdido casi por completo.

- 69 Entonces, enviaron a los emisarios y, entre otros, a Catón, los cuales, al llegar al territorio que era objeto de disputa, pidieron a ambas partes que dejaran en sus manos todo el asunto. Masinissa, en efecto, dado que ambicionaba más de lo que le correspondía y tenía plena confianza siempre en Roma, consintió, pero los cartagineses sentían sospechas, puesto que sabían que los anteriores embajadores no habían dado decisiones imparciales. Dijeron, por consiguiente, que no deseaban litigar ni hacer rectificación del tratado hecho con Escipión y que sólo se quejaban de su transgresión. Sin embargo, los enviados no aceptaron arbitrar en cuanto a partes y regresaron, no sin antes haber inspeccionado detalladamente el país y ver lo bien cultivado que estaba y los grandes recursos que poseía. También entraron en la ciudad y comprobaron cuán grande era su fuerza y cómo había aumentado su población desde su derrota ante Escipión, no hacía mucho tiempo. Cuando estuvieron de regreso en Roma, manifestaron que, más que envidia, era temor lo que debían sentir ante Cartago,

---

<sup>18</sup> Sobre los «campos grandes» o «grandes llanuras» (*pediōn* en el original), cf. n. 10 a este libro.

<sup>19</sup> Su localización es desconocida.

una ciudad enemiga tan grande y próxima que había crecido tan fácilmente. Catón, en especial, dijo que ni siquiera estaría segura la libertad de Roma hasta que destruyeran Cartago. Cuando el senado oyó estas cosas, decidió hacer la guerra, pero necesitaba aún de algún pretexto y mantuvieron su decisión en secreto. Se dice que, desde aquella ocasión, Catón defendía de continuo en el senado la opinión de que Cartago no debía existir <sup>20</sup>, y que Escipión Nasica sostenía una postura contraria, que debía preservarse a Cartago como amenaza de la disciplina romana ya en vías de relajación.

La facción democrática en Cartago expulsó a los partidarios de Masinissa, unos cuarenta aproximadamente, y consiguió un voto de destierro e hicieron jurar al pueblo que no los volverían a recibir jamás y que no aceptarían propuestas acerca de su retorno. Los desterrados huyeron al lado de Masinissa y lo presionaron para que declarase la guerra. Éste, que también la deseaba, envió a Gulussa y Micipsa, dos hijos suyos, a Cartago con la demanda de que acogieran de nuevo a quienes sufrían destierro por su causa. Cuando éstos se aproximaron a las puertas de la ciudad, el jefe de las tropas auxiliares las cerró por temor a que los familiares de los desterrados movieran a compasión al pueblo con sus lágrimas. Amílcar el Samnita atacó a Gulussa cuando iba de regreso, mató a algunos de sus hombres y a él mismo lo puso en un aprieto. Masinissa tomó este hecho como un pretexto para atacar a la ciu- 70

---

<sup>20</sup> Esta opinión de Catón encarna la postura imperialista de Roma. A Catón, por tanto, lo que le inducía a propugnar la destrucción de Cartago, y después, a los romanos a llevarla a cabo, era la lógica inexorable del imperialismo. Es absurdo pensar en la hipótesis de un temor por el peligro constante de Cartago en un momento el que la diferencia entre ambas potencias era ya abismal e insalvable (cf. DE SANCTIS, IV 1, págs. 19 y sigs.).

dad de Horóscopa, que deseaba poseer en contra del tratado. Los cartagineses marcharon contra Masinissa con veinticinco mil soldados de infantería y cuatrocientos jinetes ciudadanos bajo el mando de Asdrúbal, que era entonces el jefe de las tropas auxiliares. Asasis y Suba, lugartenientes de Masinissa, se pasaron a su bando con seis mil jinetes cuando estaban cerca, a causa de algunas diferencias con los hijos de Masinissa. Animado por estas fuerzas, Asdrúbal trasladó su campamento a un lugar más próximo al rey y, en algunas escaramuzas, obtuvo ventaja. Masinissa quiso tenderle una emboscada y se retiró poco a poco como si estuviera huyendo, hasta que llegó a una gran llanura desierta, rodeada por todos los lados de colinas y precipicios y falta de provisiones. Luego retrocedió sobre sus pasos y fijó su campamento en campo abierto. Sin embargo, Asdrúbal subió a las colinas, porque era una posición más sólida.

71 Al día siguiente se dispusieron a entablar combate. Escipión el Joven, quien después destruyó Cartago, que servía, a la sazón, a las órdenes de Lúculo en su campaña contra los celtíberos, llegó al campamento de Masinissa a donde había sido enviado para pedir elefantes. Este último, como estaba preparándose para la batalla, envió a un destacamento de jinetes a salirle al encuentro y encargó a algunos de sus hijos que lo recibieran cuando llegase. Al amanecer, él mismo en persona puso a su ejército en orden de batalla, pues, aunque contaba ochenta y ocho años de edad, era aún un jinete vigoroso y montaba a pelo, como es costumbre entre los nómadas, tanto cuando desempeñaba tareas propias de su cargo de general como cuando luchaba. Ciertamente, los nómadas son el pueblo más robusto de todos los pueblos africanos y los más longevos de entre todos aquellos pueblos que se caracterizan por su longevidad. La causa tal vez sea que el frío del invierno,

que causa mortandad en todas partes, no es allí muy intenso y el verano no es tan tórrido como en Etiopía o en la India; por esta razón, este país alimenta a las fieras salvajes más poderosas y los hombres trabajan siempre al aire libre. Beben muy poco vino y su alimentación es sencilla y frugal. Masinissa, a caballo, ordenaba con detalle a su ejército y Asdrúbal desplegó, a su vez, al suyo, muy numeroso, pues se le habían sumado ya muchos refuerzos procedentes del país. Escipión contemplaba la batalla desde una altura, como un espectador desde las gradas de un teatro. Y, recordó después, muchas veces que, aunque había asistido a combates muy diversos, jamás había disfrutado tanto como en aquella ocasión, pues sólo entonces, dijo, vi sin preocupación trabar combate a ciento diez mil hombres. Y añadió, con aire de solemnidad, que sólo dos antes que él habían contemplado un espectáculo similar: Júpiter, desde el monte Ida, y Neptuno, desde Samotracia durante la guerra de Troya.

La batalla se prolongó desde la aurora hasta el anochecer con bajas numerosas por ambas partes, y parecía que Masinissa tenía cierta ventaja. Cuando volvía del campo de batalla se presentó Escipión y Masinissa lo saludó con gran cordialidad, puesto que era amigo de su abuelo. Al enterarse de este hecho, los cartagineses le pidieron a Escipión que les gestionara la reconciliación con Masinissa. Él los llevó a conferenciar y, a la hora de hacer las propuestas, los cartagineses afirmaron que cederían a Masinissa el territorio perteneciente a la ciudad de Emporion y que le entregarían, de inmediato, doscientos talentos de plata y ochocientos, en un plazo posterior. Pero cuando él les pidió los desertores, no soportaron tan siquiera oírlo, sino que se separaron sin llegar a un acuerdo. Entonces, Escipión retornó a Iberia con los elefantes, y Masinissa rodeó con un foso la colina de los enemigos y tuvo cuidado de que

no fuera introducido ningún alimento. En ningún otro lugar cercano había provisiones, ya que, incluso para él, a duras penas y con mucho trabajo había conseguido traer desde una gran distancia un poco de alimento. Asdrúbal consideró que podía abrir brecha en seguida a través de las líneas enemigas con su ejército, que aún gozaba de buena salud y no había sufrido daño. Sin embargo, como tenía más provisiones que Masinissa, pensó que éste presentaría batalla y permaneció quieto. Además, se había enterado de que embajadores romanos se hallaban en camino para negociar la paz. Éstos se presentaron, pero se les había ordenado que, si Masinissa resultaba vencido, arreglaran las diferencias y, si tenía ventaja, que le espolearan más.

73 Los embajadores cumplieron sus órdenes y entre tanto el hambre iba extenuando a Asdrúbal y a los cartagineses, y al estar mucho más debilitados sus cuerpos, ya no fueron capaces de atacar a los enemigos. En primer lugar se comieron a sus animales de tiro, después a los caballos y, por último, cocieron sus arreos y se los comieron. Toda suerte de enfermedades hicieron presa en ellos, debido a la mala alimentación, a la falta de ejercicio y a la estación, ya que una gran multitud de hombres se encontraba encerrada en un lugar y un campamento estrecho en pleno verano de África. Cuando le faltó madera para la cocción, quemaron sus escudos. Ningún cadáver podía ser llevado afuera, dado que Masinissa no relajaba la vigilancia, ni tampoco se los podía incinerar por falta de madera. Sufrieron, pues, grandes y dolorosas pérdidas al tener que convivir en compañía de cuerpos putrefactos y malolientes. La mayor parte del ejército pereció, y los demás, al no ver esperanza alguna de salvación para ellos, acordaron entregar los desertores a Masinissa, pagarle cinco mil talentos de plata en cincuenta años y acoger de nuevo a sus desterrados en contra de sus juramentos. También

consintieron en pasar a través de sus enemigos por una sola puerta, de uno en uno, y con una única túnica. Sin embargo, Gulussa, irritado por la persecución que había sufrido no mucho antes, ya sea con el consentimiento de su padre o por propia iniciativa, envió contra ellos un cuerpo de jinetes númeradas cuando se marchaban, los cuales les dieron muerte, indefensos como estaban, pues no tenían armas para defenderse ni fuerzas para poder huir. Así, de los cincuenta y ocho mil hombres que integraban el ejército sólo unos pocos regresaron salvos a Cartago y, entre ellos, Asdrúbal, su general, y otros nobles.

Tal fue la guerra entre Masinissa y los cartagineses. 74  
A ésta siguió la tercera y última guerra de los romanos en África. Los cartagineses, después de haber sufrido este desastre a manos de Masinissa y al estar la ciudad muy debilitada por este motivo, tenían miedo de él, porque estaba aún muy próximo con un gran ejército, y también de los romanos que siempre les eran hostiles y harían un buen pretexto de lo ocurrido a Masinissa. En ninguna de tales apreciaciones estaban equivocados. En efecto, los romanos, al enterarse de lo ocurrido, empezaron a reclutar un ejército por toda Italia sin decir para qué lo querían, sino para tenerlo listo y usarlo ante las emergencias. Los cartagineses, pensando eliminar con ello cualquier pretexto, condenaron a muerte a Asdrúbal, el general de esta guerra contra Masinissa, y a Cartalón, el capitán de las tropas auxiliares, así como a cualquier otro que estuviese implicado en ella, imputando a todos ellos la culpa de la guerra. Enviaron también embajadores a Roma para acusar al propio Masinissa y a estos hombres, por haberle atacado con demasiada rapidez y temeridad y haber proporcionado una ocasión de atribuir a la ciudad sentimientos de hostilidad. Sin embargo, cuando uno de los senadores preguntó a los embajadores por qué no ha-

bían condenado a los culpables al comenzar la guerra, en lugar de haberlo hecho después de la derrota, y por qué no les habían enviado embajadores antes, en vez de hacerlo ahora, no supieron dar respuesta. Y el senado, que había decidido ya desde hacía tiempo hacer la guerra y sólo buscaba un leve pretexto de ofensa, respondió que los cartagineses no habían alegado aún como defensa ningún argumento satisfactorio para los romanos. Aquéllos, por consiguiente, estando mucho más inquietos preguntaron de nuevo que, si les parecía que habían cometido alguna falta, de qué forma podrían liberarse de la acusación. Los romanos respondieron con una sola frase: «Si dais satisfacción a los romanos». Cuando los cartagineses hacían lucubraciones sobre en qué consistiría aquello de la satisfacción, había algunos que pensaban que los romanos deseaban incrementar la aportación monetaria, otros sostenían que se trataba de entregar a Masinissa el territorio en litigio. Por tanto, al no saber qué hacer, enviaron de nuevo embajadores a Roma y solicitaron saber con exactitud a qué satisfacción se referían. Los romanos, de nuevo, respondieron que de sobra lo sabían los cartagineses y, después de haberles dado esta respuesta, los enviaron de regreso.

75 Mientras estaban en este estado de angustia y de perplejidad, Útica, la mayor ciudad de África después de Cartago, que tenía buenos puertos para el anclaje de los barcos y numerosos lugares aptos para el desembarco de tropas, distante unos sesenta estadios de Cartago y bien situada como base de operaciones contra ella, con desprecio hacia los cartagineses por su situación apurada y volcando contra ellos el odio acumulado desde hacía tiempo en este crítico momento, enviaron embajadores a Roma para poner su ciudad a disposición de los romanos. El senado, que estaba de antemano resuelto y preparado para la guerra, al haber ob-

tenido la aquiescencia de una ciudad tan fuerte y bien situada, reveló su propósito y, tras convocar una asamblea en el Capitolio, lugar en el que suelen debatir las cuestiones relativas a la guerra, votaron hacer la guerra a los cartagineses. Enviaron de inmediato a los cónsules al mando de las fuerzas; a Manio Manilio, al frente de la infantería y, a Lucio Marcio Censorino, a cargo de la flota, con órdenes secretas de no acabar la guerra hasta que Cartago fuera arrasada hasta los cimientos. Ellos, después de haber realizado sacrificios, partieron rumbo a Sicilia para, desde allí, cruzar a Útica. Eran transportados en cincuenta quinquerrems, cien hemiolias, además de muchos barcos abiertos, barcos ligeros y mercantes. Llevaban ochenta mil soldados de infantería y cuatro mil jinetes, todos ellos escogidos. Había un anhelo incontenible entre ciudadanos y aliados por participar en esta expedición espléndida y con esperanzas bien fundadas en el resultado, y muchos se ofrecieron voluntarios para su enrolamiento.

El mismo mensajero llevó a los cartagineses la noticia de la declaración de guerra y el hecho de su inicio, 76 pues le trajo el voto del senado y las nuevas de que las naves navegaban contra ellos. Los cartagineses quedaron sobrecogidos y desesperados por la falta de barcos y la pérdida reciente de tantos hombres jóvenes. No tenían aliados, ni mercenarios dispuestos, ni trigo reunido para resistir un asedio, ni ninguna otra cosa, ante una guerra repentina y sin anuncio de heraldo, ni siquiera eran capaces de hacer frente a los romanos y Masinisa juntos. Enviaron, pues, otros embajadores a Roma con plenos poderes para arreglar la situación presente del modo que les fuera posible. El senado les dijo que, si en el plazo de treinta días entregaban a los cónsules, que aún estaban en Sicilia, trescientos niños de las familias más nobles como rehenes y les obede-



cían en todo lo demás, podrían salvaguardar la libertad y autonomía de Cartago y de todo el territorio que poseían en África. Todo esto lo votaron en público y le dieron la resolución a los embajadores para que la llevaran a Cartago, pero en secreto enviaron misivas a los cónsules para que se atuvieran a las órdenes dadas en privado.

77 Los cartagineses sospechaban de la resolución, ya que la entrega de rehenes no se hacía con una seguridad pactada. Pero, dado que se encontraban en un riesgo tan grande, pusieron sus únicas esperanzas en no faltar a nada de lo que les había sido ordenado y, con rapidez, anticipándose a la fecha fijada, enviaron a sus hijos a Sicilia, en medio de los lamentos de sus padres y familiares y, muy en especial, de sus madres. Éstas con gritos enloquecidos se abrazaban a sus hijos, a los barcos que los transportaban y a los oficiales encargados de conducirlos; se agarraban de las anclas, rompían las maromas y abrazaban a los marineros para impedir la navegación, algunas de ellas nadaron mar adentro llorando y mirando fijamente a sus hijos, otras sobre la orilla se arrancaban los cabellos y se golpeaban el pecho como si estuvieran sumidas en el dolor de un funeral. La impresión que reinaba era de que el nombre de rehenes era un término para guardar las formas, pero de hecho se trataba de la entrega de la ciudad, ya que daban sus hijos sin haberse fijado condiciones para su retorno. Y había muchos que, entre gemidos de dolor, profetizaban que de nada aprovecharía a la ciudad el que ellos hubiesen entregado a sus hijos. Tales fueron las escenas de la partida de los rehenes en Cartago. Cuando los cónsules los recibieron en Sicilia, los enviaron a Roma y les dijeron a los cartagineses que, con respecto al final de la guerra, ya les darían el resto de la información en Útica.

Después de efectuar la travesía acamparon en Útica, 78 la infantería, en el lugar donde en otro tiempo estuvo el campamento de Escipión y, las naves, en el puerto de Útica. Cuando llegaron allí embajadores de Cartago, los cónsules se sentaron en una tribuna elevada con los oficiales de mayor rango y los tribunos militares en pie cerca de ellos. A ambos lados estaba desplegado en formación todo el ejército ocupando un vasto espacio, con sus armas y enseñas militares, estas últimas bien erguidas, a fin de que los embajadores se impresionaran ante el número de tropas. Una vez que los cónsules ordenaron a toque de trompeta que se hiciera silencio, el heraldo indicó a los embajadores cartagineses que se aproximasen. Éstos fueron conducidos a través del enorme campamento, pero no se acercaron a la tribuna, pues había una cuerda en medio que los separaba. Entonces, los cónsules les invitaron a que expusieran lo que desearan. Los embajadores refirieron numerosas historias conmovedoras y de muy diversa índole acerca de los tratados habidos entre ellos y los romanos, sobre la antigüedad de Cartago, su tamaño, su poder y de su imperio enorme y muy duradero, tanto por tierra como por mar. Afirmaron que habían hecho mención de todo esto no para hablar con grandilocuencia, pues no había lugar a ello en las desgracias «sino con vistas a que nuestro cambio repentino de fortuna os mueva a compasión, romanos, y despierte en vosotros la clemencia. Y los más fuertes son aquellos que sienten compasión de los caídos y fundan sus buenas esperanzas en el hecho de no haberse aprovechado jamás de las adversidades de los otros. Esto es digno, por lo demás, de vosotros y de vuestra moralidad de la que sobre todo hacéis gala ante los hombres.

»Pero, aunque hubiéramos topado con enemigos 79 implacables, es suficiente hartura de desdichas todo lo que llevamos ya sufrido; nos habéis arrebatado

nuestra hegemonía por tierra y por mar, os hemos entregado nuestros barcos y no hemos adquirido otros, nos hemos abstenido de la caza y posesión de elefantes, os hemos entregado antes y ahora nuestros rehenes más nobles y, acostumbrados siempre a recibirlos de otros, os hemos pagado el tributo de manera regular. Todo ello fue satisfactorio para vuestros padres, con los que estuvimos en guerra. Entre ellos y nosotros se efectuaron tratados de que seríamos amigos y aliados, y existe en los tratados un juramento igual para ambos. Y aquellos con los que combatimos tuvieron fe en nosotros después de esto; pero, en cambio, vosotros con quienes jamás entablamos combate, ¿qué parte del tratado nos acusáis de haber violado como para decretar tan de improviso esta guerra y marchar contra nosotros sin notificarlo con un heraldo? ¿Acaso no os pagamos el tributo? ¿Poseemos naves o los elefantes que vosotros codiciáis? ¿No os hemos sido fieles desde aquel tiempo? ¿No somos dignos de piedad por nuestra pérdida reciente de cincuenta mil hombres a causa del hambre? Ahora bien, vosotros decís que hemos hecho la guerra a Masinissa. En efecto, porque ambicionaba mucho. Y todos los asuntos los sometimos a vuestra consideración. Sin embargo, tratándonos con incesante injusticia y también a la tierra en que nació y se educó, nos despojó de otros territorios en torno a Emporión, y después de esto, invadió otros, hasta que logró enmarañar los tratados que habíamos hecho con vosotros. Si éste es vuestro pretexto para esta guerra, también condenamos a los que le atacaron y os enviamos embajadores para que dieran explicaciones acerca de estos hechos. Y después, a otros con plenos poderes para llegar a un acuerdo del modo que quisierais. ¿Qué necesidad hay, pues, de naves, de una flota, y de un ejército frente a hombres que, aun no reconociendo haber cometido infracción, se ponen, no obstante, en vuestras

manos? Que nosotros no os engañábamos, ni siquiera poníamos dificultades para soportar la multa que nos impusieseis al haceros estas propuestas, ha quedado claramente demostrado cuando, exigidos por vosotros, os enviamos de inmediato como rehenes a los hijos de nuestras familias más nobles según ordenaba vuestra resolución, anticipándonos a la expiración del plazo de treinta días. Una parte de esa resolución era que, si os entregábamos rehenes, Cartago permanecería libre y autónoma en posesión de lo que tuviese».

Los embajadores pronunciaron este discurso, y Cen- 80  
sorino, levantándose, le respondió lo siguiente: «¿Para qué es necesario deciros las causas de la guerra, cartagineses, si habéis enviado embajadores a Roma y las habéis conocido por boca del senado? Sin embargo, os quiero refutar aquello que expusisteis falsamente acerca de nosotros. En efecto, el decreto dejaba claro, y también os lo dijimos antes cuando recibimos en Sicilia a los rehenes, que el resto de las condiciones serían expuestas en Útica. Por vuestra presteza en enviarnos rehenes y el cuidado en elegirlos os elogiamos, sin embargo, ¿para qué necesitan las armas quienes desean sinceramente la paz? Traedlas, entregadnos todos los proyectiles y máquinas de guerra que tenéis tanto públicas como privadas». Así habló Censorino, y los embajadores contestaron que estaban dispuestos a obedecer estas órdenes, pero que no sabían cómo iban a defenderse de Asdrúbal, al que habían condenado a muerte, que había reunido ya un ejército de veinte mil hombres y estaba acampado junto a Cartago. Los cónsules les respondieron que los romanos se encargarían de esto y ellos les prometieron entregarles las armas. Fueron enviados con los embajadores Cornelio Escipión Nasica y Gneo Cornelio Hispano y recibieron una armadura completa para doscientos mil hombres, un número incontable de dardos y jabalinas, y dos mil cata-

pultas para disparar proyectiles aguzados y piedras. El espectáculo ofrecido por el transporte de todas estas cosas resultó espléndido y sin paralelo, una ingente cantidad de carros conducidos por los propios enemigos. Los embajadores los acompañaron junto con miembros destacados del Consejo y, de entre los ciudadanos, sacerdotes y personas relevantes por otros conceptos con la idea de provocar en los cónsules un cambio de actitud o despertar en ellos un sentimiento de piedad. Introducidos con el mismo ceremonial, quedaron de pie ante los cónsules. De nuevo, Censorino, pues era más hábil orador que su colega, se levantó entonces y, después de haberles contemplado con aire grave largo rato, les dijo lo siguiente:

81 «Os alabamos, cartagineses, por vuestra prontitud en obedecer y vuestro actual celo en el asunto de los rehenes y las armas. Sin embargo, no se debe hablar mucho en circunstancias perentorias. Aceptad con nobleza las restantes órdenes del senado: renunciad a Cartago en provecho nuestro y volveos a establecer donde queráis dentro de vuestro territorio a ochenta estadios como mínimo del mar, pues hemos decidido arrasar vuestra ciudad hasta los cimientos». Los cartagineses, mientras estaba él todavía hablando, levantaron sus manos hasta el cielo con agudos gritos e invocaban a los dioses en su ayuda, al sentirse engañados, y pronunciaban en abundancia virulentas injurias contra los romanos, ya fuera porque deseaban morir o porque estaban enloquecidos o porque querían provocar a los romanos para que cometieran actos sacrílegos contra los embajadores. Se arrojaron contra el suelo y lo golpearon con las manos y las cabezas. Algunos, incluso, desgarraron sus vestidos y cometieron violencia contra sus cuerpos, como si estuvieran extraviados por la locura. Pero una vez que cesó, por fin, su arrebatado de desesperación quedaron silenciosos y abatidos como

muertos. Los romanos estaban atónitos y los cónsules decidieron soportarlos, dado que se encontraban bajo los efectos de una orden de naturaleza poco común, hasta que cesaran en su cólera, pues sabían bien que los riesgos más grandes desatan de inmediato una terrible osadía, pero la necesidad y el tiempo gradualmente la encadenan. Y esto fue lo que entonces sucedió a los cartagineses. Pues, cuando en el tiempo que estuvieron en silencio hizo presa de ellos el sentimiento de su desgracia, dejaron ya de estar irritados y empezaron a llorar y a lamentarse por ellos, sus hijos y sus mujeres, llamándolos por sus nombres, y hasta su misma patria, como si, cual ser humano, pudiera oír sus numerosos lamentos. Los sacerdotes invocaban el nombre de los templos y a los dioses que había en ellos, como si estuvieran presentes, y les echaban la culpa de su destrucción. Se produjo un lamento mezclado y conmovedor de los que se condolían al unísono por los asuntos públicos y privados, hasta que, incluso a los romanos, les brotaron las lágrimas.

A los cónsules les embargó un sentimiento de piedad 82 por la mutabilidad de los asuntos humanos, pero aguardaron con mirada sombría a que se cansaran de sus lamentaciones y, una vez que cesaron, se hizo de nuevo el silencio. Y meditaron a solas consigo mismos cómo la ciudad estaba sin armas, despoblada de defensores, sin naves ni máquinas de guerra, sin jabalinas ni espadas ni número suficiente de ciudadanos para defenderla, después de la pérdida reciente de cincuenta mil hombres. No tenían mercenarios extranjeros ni amigos ni aliados ni oportunidad de procurárselos. Por el contrario, sus enemigos estaban en posesión de sus hijos, de sus armas, de su país y tenían a la ciudad bajo asedio provistos de naves, de infantería, de máquinas y caballos; Masinissa, otro enemigo, estaba en el flanco. Desistieron ya de los gritos y de los reproches, al com-

prender que de nada les aprovechaban en su desgracia, y de nuevo volvieron a los argumentos. Bannón, apodado Tigilas, el hombre más distinguido entre los presentes, después de obtener permiso para hablar, dijo:

- 83 «Si estimáis en algo las palabras que antes os hemos dirigido, romanos, hablaremos, no porque creamos que vayamos a presentar una demanda justa —pues no existe ocasión propicia de réplica para quienes están en situación desventurada—, sino para que comprendáis que un sentimiento de piedad por vuestra parte hacia nosotros no es algo carente de pretexto ni tan siquiera de razón. Pues nosotros, cuando mandábamos en África y la mayor parte del mar, os hicimos la guerra por la posesión de la hegemonía. Desistimos de ello en tiempos de Escipión, cuando os entregamos todos los barcos y elefantes que teníamos, y se nos ordenó pagar tributos y os los pagamos en el tiempo estipulado. Así que, por los dioses por los que entonces juramos, respetadnos a nosotros y respetad los juramentos de Escipión de que los romanos serían aliados y amigos de los cartagineses. Nada hay en relación con esos juramentos que hayamos violado. No poseemos naves ni elefantes, tampoco hemos faltado al pago del tributo. Por el contrario, hemos combatido como aliados vuestros contra tres reyes. No os ofendáis tampoco por esta exposición, aunque ya antes os dijimos estas cosas cuando nos pedisteis las armas. Las desgracias, en efecto, vuelven locuaces a los hombres y, en una súplica, no existe argumento más fuerte que aquel que va relacionado con el tratado, ni siquiera podemos ampararnos en ninguna otra cosa que en las palabras, puesto que os entregamos todo nuestro poder. Tales fueron las anteriores condiciones de las que Escipión es, romanos, nuestro garante; de las presentes, vosotros, cónsules, sois los artífices y nuestros testigos. Pedisteis rehenes y os dimos los mejores. Pedisteis armas y las tomasteis todas, in-

cluso aquellas que los que son capturados en un asedio no entregan voluntariamente. Confiamos en las costumbres y en el carácter de los romanos. Vuestro senado nos envió una carta y vosotros, al demandarnos los rehenes, la confirmasteis en el sentido de que, si los recibíais, dejaríais libre y autónoma a Cartago. Y si fue añadido que soportáramos vuestras restantes demandas, no era verosímil esperar que en el asunto de los rehenes, con una exigencia clara, proclamarais que la ciudad sería autónoma y, en el tratado, exigirais, además de los rehenes, la destrucción de la propia Cartago, a la que, si os es lícito destruirla, ¿cómo vais a dejarla libre y autónoma como decíais?

»Esto es lo que teníamos que decir de los tratados <sup>84</sup> anteriores y de los que hemos hecho con vosotros. Pero si, con todo, no soportáis oír hablar de ellos, abandonaremos todo y lloraremos y suplicaremos, lo único que queda a los infortunados. Y abundante ha de ser nuestra súplica en consonancia con la abundancia de nuestros males, ya que os suplicamos en favor de una ciudad muy antigua, fundada bajo los auspicios de oráculos divinos, en favor de una gloria que ha avanzado hasta altas cimas y de un nombre que se ha paseado por el mundo entero, en defensa de tantos templos como ella contiene y de dioses que no os han hecho mal alguno. No privéis a éstos de sus festivales comunitarios ni de sus procesiones y solemnidades. Ni tampoco privéis de sus ofrendas a las tumbas de los muertos, que ya no os son perjudiciales. Sin embargo, si sentís piedad de nosotros —ya que afirmáis que nos compadecéis y, por ello, nos cedéis otro lugar, respetad el hogar de la ciudad, respetad nuestra ágora, respetad a la deidad que preside nuestro Consejo y cuantas otras cosas son entrañables y preciadas para los que aún están vivos. Pues, en verdad, ¿qué miedo podéis tener todavía de Cartago, cuando estáis en posesión de



las naves, armas y elefantes que codiciabais? Y, con relación a un cambio de asentamiento, si a alguien le parece que esto se puede aducir como un motivo de consuelo para nosotros, también resulta imposible que unos hombres que viven junto al mar, de los que una cantidad inmensa se afana en tareas marineras, se trasladen a vivir en el interior del continente. Os proponemos una alternativa más deseable para nosotros y más gloriosa para vosotros. Dejad a la ciudad, que no es culpable de nada, y matadnos a nosotros mismos, si queréis, a los que nos ordenáis cambiarnos de lugar. De este modo pareceréis que estáis irritados contra hombres, no contra templos, dioses, tumbas y una ciudad que es inocente.

85 »Estáis deseosos, romanos, de una buena fama y de reputación de piedad en todo lo que hacéis y os ufanáis de ejercer la moderación en la prosperidad, y esto lo aducís siempre como señal de crédito a aquellos que conquistáis. No, os lo imploro por Júpiter y los otros dioses, en especial por todos los que aún tutelan Cartago —y, ¡ojalá que jamás tomen represalias sobre vosotros o vuestros hijos!—, no mancilléis vuestra buena fama, por vez primera, en nuestro caso ni ensuciéis vuestra gloria con tal acción horrible de ejecutar y de oír y que seréis los primeros en realizar en toda la historia de la humanidad. Pues los griegos y los bárbaros sostuvieron muchas guerras y también sostuvisteis vosotros, romanos, muchas frente a otros pueblos. Y ninguno arrasó hasta sus cimientos a una ciudad que se rindió antes de luchar y entregó sus armas y sus hijos e, incluso, se resignó a sufrir cualquier otro castigo que pueda imponérsele a los hombres. Por ello, trayéndoos a la memoria a los dioses de los juramentos, a la mutabilidad de la suerte humana y a Némesis, la más terrible para los que gozan de buena fortuna, os pedimos que no cometáis violencia contra nosotros en

vuestra situación de prosperidad ni incrementéis nuestras desgracias hasta un grado intolerable. Pero, si no nos concedéis que tengamos nuestra ciudad, acceded, al menos, a que enviemos otra embajada ante vuestro senado para hacer la petición. Podéis ver que el intervalo de tiempo es corto, pero comporta para nosotros en su brevedad una larga agonía a causa de la incertidumbre de lo que vaya a ocurrir. Vuestra seguridad será la misma si ejecutáis vuestro propósito ahora o un poco más tarde y, en cambio, habréis llevado a cabo, además, un acto piadoso y humanitario.»

Así habló Bannón, pero era evidente, por la mirada <sup>86</sup> sombría de los cónsules durante todo el discurso, que no iban a ceder en nada. Cuando terminó, dijo Censorino: «¿Qué necesidad hay de repetir lo que ordenó el senado? Lo decidió y hay que cumplirlo. Ni siquiera nos es posible diferir lo que ya ha sido dispuesto. Sin embargo, si os hubiésemos impuesto estas órdenes como a unos enemigos, hubiera sido necesario sólo hablar y luego usar de la fuerza, pero dado que se trata de un bien común —para nosotros tal vez en cierto grado, en cambio más para vosotros—, cartagineses, no vacilaré en daros explicaciones por si se os puede convencer mejor que forzar. Este mar, al haceros recordar el dominio y poder que en él tuvisteis en otro tiempo, os incita a cometer yerros y por ello os conduce al desastre. Por su causa invadisteis Sicilia y la perdisteis; después navegasteis hasta Iberia y fuisteis despojados de ella. Estando vigente un tratado, saqueasteis a mercaderes y arrojasteis al mar en especial a los nuestros para ocultar vuestro crimen, hasta que fuisteis apresados y entregasteis Cerdeña como pago de una multa. Así que también perdisteis Cerdeña por causa del mar, que siempre despierta en vosotros una predisposición a la codicia por la facilidad que os ofrece para actuar.

87     »Esto fue lo que a los atenienses, cuando se convirtieron en un pueblo marineró, los hizo prosperar sobremanera y también fue la causa principal de su ruina. Las cosas de la mar se asemejan a las ganancias de los mercaderes, que llevan aparejadas el provecho y la ruina. Lo cierto es que sabéis que aquellos que he mencionado, después de haber extendido su imperio por el mar Jonio hasta Sicilia, no desistieron de su ambición y, finalmente, fueron despojados de todo su imperio y tuvieron que entregar su puerto y sus naves, recibir una guarnición en su ciudad, demoler sus muros largos y convertirse entonces casi en un pueblo continental. Hecho éste que también contribuyó a salvar su existencia durante mucho tiempo. Pues es mucho más estable, cartagineses, la vida en el continente con el disfrute de la agricultura y la tranquilidad. Las ganancias de la agricultura son, tal vez, más pequeñas que las del comercio, pero, sin lugar a duda, más seguras y con menos riesgos. En una palabra, una ciudad marítima me parece a mí que es un barco más bien que tierra firme, expuesta a la enorme marejada de los acontecimientos y a las vicisitudes de la vida y, en cambio, la continental disfruta de la seguridad propia de la tierra firme. Por esta razón, las antiguas sedes imperiales estaban ubicadas, por lo general, tierra adentro y, de este modo, fueron poderosos el imperio medo, el asirio, el persa y otros.

88     »Pero voy a omitir ejemplos de monarquías que ya nada os incumben. Sin embargo, volved los ojos hacia las posesiones que tenéis en África, entre las que hay gran número de ciudades continentales que viven sin riesgos. De entre ellas podréis ser vecinos de la que queráis, a fin de que os libréis del espectáculo que ahora os excita y del recuerdo de los males que os afligen, cuando, al mirar al mar vacío de naves, recordéis la gran cantidad de ellas que tuvisteis, y todos los botines

que apresasteis y a qué puertos los llevasteis con orgullo llenando de despojos vuestros arsenales y almacenes. Y ¿qué decís de las barracas de los soldados en el interior de las murallas y de los establos de caballos y elefantes? ¿Qué, de los tesoros contruidos junto a ellos? ¿Qué son para vosotros estos recuerdos? ¿Qué otra cosa sino dolor y acicate para volver a ellas, caso de que alguna vez pudierais? Es un sentimiento humano, para quienes se acuerdan de su anterior fortuna, confiar en que ésta retorne, y un remedio que apacigua nuestros males es el olvido, del que no podéis participar a no ser que apartéis esa visión. Y la prueba más patente de esto es que, habiendo obtenido muchas veces el perdón y la paz, transgredisteis los tratados. En conclusión, si todavía andáis deseosos de dominio y estáis enojados con nosotros por pensar que os lo hemos quitado y estáis esperando una oportunidad, necesitáis naturalmente de esta ciudad y de tales puertos, arsenales y murallas contruidos con vista a servir de residencia a un ejército. En este caso, ¿por qué hemos de perdonar a enemigos que han sido capturados? Pero si, por el contrario, habéis abdicado sinceramente de vuestro dominio, no de palabra sino de corazón y habéis elegido sólo aquello que poseéis en África, y si pactáis con nosotros esta paz sin ningún tipo de pretextos, acceded y demostradlo de hecho, trasladándoos a vivir al interior de África, que os pertenece, y alejándoos del mar que nos habéis cedido.

»No finjáis sentir lástima de vuestros templos, hogares, ágoras y tumbas. De todas estas cosas serán respetadas las tumbas. Podéis venir y hacer vuestras ofrendas y llevar a cabo vuestros ritos y sacrificios si queréis. El resto, sin embargo, lo destruiremos. Pues no vais a hacer sacrificios a vuestros arsenales ni llevaréis ofrendas a las murallas. Hogares, otros templos y ágoras os es posible construirlos allí donde os trasladéis y,

pronto, también aquéllos serán vuestra patria de la misma manera que vosotros, tras abandonar Tiro, emigrasteis a África, y los territorios que entonces adquiristeis, ahora los tenéis por vuestra patria. En resumen, podréis comprender que no hacemos estas cosas por enemistad, sino buscando una concordia duradera y una seguridad común, si recordáis que también nosotros trasladamos Alba a Roma en aras del bien común, sin que fuera una ciudad enemiga, sino nuestra metrópoli. En aquella ocasión actuamos, no con un espíritu hostil, sino honrando a sus ciudadanos como colonos que eramos, y fue provechoso para ambos. Ahora bien, tenéis todavía muchos obreros que obtienen su medio de vida del mar. También nos hemos preocupado de esto a fin de que tengáis un acceso cómodo al mar y una adecuada exportación e importación de vuestros productos, ya que no os ordenamos apartaros a una gran distancia del mar, sino a ochenta estadios. En cambio, nosotros que os dimos esa orden distamos unos cien estadios. Os permitimos elegir el lugar que queráis y que, al trasladaros allí, viváis bajo vuestras leyes. Esto es lo que os dijimos antes, que dejaríamos que Cartago se gobernase a sí misma, si nos obedecíais. Consideramos, en efecto, que Cartago sois vosotros y no vuestro lugar de residencia.»

90 Después de decir esto, Censorino calló. Y, como los cartagineses no respondieran nada debido a su estupefacción, añadió: «Todo lo que había que decir para convenceros o consolaros está dicho. Hay que ejecutar la orden del senado y ejecutarla rápidamente. Por consiguiente, marchaos, pues todavía sois embajadores». Así habló, y ellos fueron conducidos fuera por los lictores, pero, previendo lo que les iban a hacer, los cartagineses solicitaron hablar de nuevo. Y, una vez que fueron introducidos dijeron: «Vemos que vuestra orden es inexorable, ya que no nos permitisteis enviar una em-

bajada a Roma; sin embargo, no esperamos regresar ante vosotros, sino morir a manos de los cartagineses antes de terminar de hablar. No obstante, os pedimos, no por nosotros —pues estamos dispuestos a sufrir cualquier cosa—, sino por la misma Cartago, por si fuera capaz, al quedar anonadada por el golpe, de soportar su desgracia, que la rodeéis con vuestras naves mientras hacemos el camino de regreso para que al ver y oír lo que ordenasteis lo soporten si pueden. Hasta tal punto de necesidad e infortunio hemos llegado, que nosotros mismos os invitamos a que llevéis vuestros barcos contra nuestra patria». Después de haber dicho esto partieron, y Censorino, costeando con veinte quinquerremes, ancló delante de la ciudad. Algunos de los embajadores corrieron en el viaje de regreso, pero la mayor parte caminaba en silencio.

Algunos de los cartagineses, entretanto, acechaban <sup>91</sup> desde las murallas el regreso de los embajadores, se irritaban por su tardanza y se mesaban los cabellos, otros les salieron al encuentro cuando se acercaban, sin esperar, apresurándose a conocer las noticias. Pero, al verlos con el ceño sombrío, se golpearon la frente y les interrogaron, unos, a todos a la vez, otros, uno por uno según su amistad o conocimiento. Sin embargo, como nadie respondía prorrumpan en gemidos, conscientes de que les aguardaba una clara destrucción. Los que estaban en las murallas, al oírlos, les acompañaban en sus gemidos, sin saber nada, pero presintiendo claramente una gran calamidad. Cuando estaban a las puertas de la ciudad, al acosarles la multitud agolpada, les faltó poco para ser pisoteados y hechos trizas, si no hubieran dicho que debían comunicarlo previamente al Consejo. Entonces, algunos se separaron y otros hicieron un pasillo con el deseo de enterarse más de prisa. Cuando llegaron a la sala del Consejo, éste hizo salir a los demás y se sentaron solos los consejeros, en

tanto que la multitud permanecía de pie fuera. Los embajadores expusieron en primer lugar la orden de los cónsules. De inmediato se produjo un grito en la sala que el pueblo coreó fuera. Pero, cuando los embajadores pasaron a exponer qué argumentos adujeron y sus súplicas y la petición de enviar una embajada a Roma, de nuevo se hizo un silencio profundo en el Consejo, que esperó a oírlos hasta el final, y el pueblo permaneció también en silencio. Sin embargo, cuando supieron que no les habían permitido ni siquiera enviar una embajada, prorrumpieron en gritos desmesurados de dolor y el pueblo se precipitó en medio de ellos.

92 Y, a partir de este momento, se desató un sentimiento de locura, irracional y alucinante, como los actos extraños que, según se dice, realizan las ménades en sus transportes báquicos. Algunos ultrajaron y despedazaron a aquellos de los consejeros que habían instado a la entrega de rehenes, por considerarlos los promotores de la trampa, y otros hicieron lo mismo con los que habían aconsejado la entrega de las armas. Algunos lapidaron a los embajadores como mensajeros de desgracias y otros, incluso, los arrastraron por la ciudad. Hubo quienes maltrataron también de manera diversa a los italianos, que estaban entre ellos como en medio de una calamidad repentina y sin previo anuncio, diciéndoles que se vengarían en ellos por el engaño de los rehenes y las armas. La ciudad estaba llena, a un tiempo, de lamentos, de ira, de miedo y de amenazas. El pueblo, en las calles, invocaba las cosas más queridas y se refugiaba en los templos como si fueran asilos, hacían reproches a los dioses por no poder ayudarles. Otros, yendo a los arsenales, se echaban a llorar al verlos vacíos, algunos bajaban, a la carrera, hasta los astilleros y se lamentaban por haber entregado las naves a unos hombres indignos de confianza. Otros llamaban por sus nombres a los elefantes, como si toda-

vía estuvieran presentes, y hacían duros reproches a sus antepasados y a ellos mismos porque deberían haber muerto espada en mano con su patria sin entregar las naves, los elefantes, los tributos y las armas. Y, en especial, las madres de los rehenes, cual Furias de una tragedia, cuando, chillando, se encontraban con cada uno de ellos, los abrasaban con su mirada inflamada por la ira y les echaban en cara la entrega de sus hijos en contra de su opinión, y se burlaban de ellos diciéndoles que los dioses se tomaban venganza por sus hijos. Los pocos que conservaron el juicio cerraron las puertas y llenaron los muros de piedras para usarlas a manera de catapultas.

En este mismo día el Consejo decretó hacer la guerra, <sup>93</sup> proclamó la libertad de los esclavos y eligió, como general de operaciones en el exterior, a Asdrúbal, que había sido condenado a muerte, pero había reunido ya un ejército de veinte mil hombres. Un mensajero partió a suplicarle que no guardara rencor contra su patria en un momento de extremo peligro y que tampoco les echara en cara la condena de que fue objeto debido a la necesidad de su temor hacia Roma. En el interior de los muros fue elegido general otro Asdrúbal, hijo de una hija de Masinissa. Y enviaron embajadores también a los cónsules para solicitar, de nuevo, una tregua de treinta días para enviar una embajada a Roma. Al fracasar una vez más en este intento, les invadió un cambio y determinación admirables de soportar cualquier cosa antes que abandonar la ciudad. Y al punto, a raíz de este cambio, todos se sintieron llenos de coraje. Todos los lugares sagrados de dominio público, los templos y cualquier otro lugar amplio que hubiese, se convirtieron en talleres. Trabajaban, a la vez, hombres y mujeres de día y de noche, sin descanso, tomando la comida por turnos con un esquema establecido. Cada día fabricaban cien escudos, trescientas espadas, mil



dardos para catapultas, quinientos dardos y lanzas y todas las catapultas que podían. Para atarlos, las mujeres se cortaban los cabellos, a falta de otras fibras.

94 Mientras los cartagineses se daban tanta prisa y hacían tales preparativos, los cónsules, tal vez con algo de vacilación por temor a poner mano de inmediato a un acto tan monstruoso y, a la vez, porque creían que podían tomar cuando quisieran por la fuerza una ciudad inerme, estaban inactivos todavía. Pensaban, además, que ellos cederían por falta de recursos, como suele ocurrir a los que están en situación desesperada, que al principio resisten, pero, cuando avanza el tiempo y tienen oportunidad de reflexionar, sienten temor de las consecuencias de su desobediencia. Algo de esto ocurrió en Cartago, donde un ciudadano, conjeturando que el miedo había hecho presa ya de ellos, avanzó hacia el medio de la asamblea, como si viniera para otro asunto, y se atrevió a decir que era necesario elegir los más moderados de entre los males, dado que estaban sin armas, exponiendo así de claro sus pensamientos. Masinissa estaba irritado contra los romanos y se tomaba muy a mal que, siendo él el que había traído ante sus rodillas al poderío cartaginés, otros, ante sus ojos, se llevaran la gloria y que no le hubieran comunicado nada antes de venir, como solían hacer en las guerras anteriores. Sin embargo, cuando los cónsules, con ánimo de probarle, le invitaron a una alianza, contestó que enviaría ayuda cuando viera que la necesitaban. Poco tiempo después, mandó a preguntar si necesitaban ya de algo. Pero los romanos, que no soportaban su altivez y desconfiaban ya de él como de una persona desafecta, le respondieron que ya enviarían a por él cuando lo necesitaran. No obstante, estaban ya muy preocupados por el alimento para el ejército que sólo podían obtenerlo de Hadrumeto, Leptis, Tapso, Útica y Achola, pues Asdrúbal tenía bajo su poder todas

las demás regiones de África, desde donde enviaba provisiones a Cartago. Después de haber consumido varios días en estos sucesos, ambos cónsules avanzaron contra Cartago, preparados para la batalla, y se dispusieron a hacer un intento.

La ciudad se encontraba en el seno de un gran golfo <sup>95</sup> y se asemejaba mucho a una península, pues la separaba del continente un istmo de veinticinco estadios de ancho <sup>21</sup>. Deste este istmo, una lengua de tierra estrecha y alargada, de medio estadio de largo, avanzaba hacia el oeste entre una laguna y el mar... (La parte de la ciudad que daba al mar), al borde de un precipicio, (estaba protegida) por una muralla simple. La parte que miraba hacia el sur, hacia el continente, donde estaba la ciudad de Birsa en el istmo, estaba guarnecida por una triple muralla. La altura de cada una de estas murallas era de treinta codos, sin contar las almenas y las torres, que estaban colocadas por toda la muralla a intervalos de dos pletros; cada una tenía cuatro pisos y su profundidad era de treinta pies. Cada lienzo de muralla estaba dividido en dos pisos. En la parte inferior, cóncava y estrecha, había establos para trescientos elefantes y, a lo largo de ellos, estaban los abrevaderos; encima, había establos con capacidad para cuatrocientos caballos y almacenes para el forraje y el grano. También había barracas para veinte mil soldados de infantería y cuatro mil jinetes. Tan gran preparativo para la guerra estaba distribuido para albergarse sólo en el interior de la muralla. El ángulo que se curva desde esta muralla hasta el puerto, a lo largo de la lengua de tierra mencionada, era el único punto débil y bajo, y había sido descuidado desde el comienzo.

<sup>21</sup> Sobre la topografía de Cartago hay una enorme bibliografía (cf. DE SANCTIS, IV 3, pág. 40, n. 60, y más recientemente, H. HURST, «Excavations at Carthage, 1974», *Ant. J.* 55 (1975), 11-40.

96 Los puertos<sup>22</sup> se comunicaban entre ellos y tenían una entrada común, desde el mar, de setenta pies de ancho, que podían cerrar con cadenas de hierro. El primer puerto era para barcos mercantes y había en él gran cantidad y variedad de aparejos; en el interior del segundo puerto, en su parte central, había una isla, y la isla y el puerto estaban interceptados a intervalos por grandes diques, los cuales albergaban astilleros con capacidad para doscientas naves, y adosados a los astilleros, había almacenes para los aparejos de las triremes. Delante de cada astillero había dos columnas jónicas que daban el aspecto de un pórtico continuo al puerto y a la isla. En la isla estaba la residencia del almirante, desde la cual el trompetero daba las señales y el almirante lo inspeccionaba todo. La isla estaba situada a la entrada del puerto y tenía gran altura, de manera que el almirante veía todo lo que sucedía en mar abierto y, a su vez, los que penetraban en el puerto no podían tener una visión clara del interior. Ni siquiera eran visibles, en su conjunto, los astilleros para los barcos mercantes cuando entraban en puerto, pues los rodeaba una muralla doble con puertas que llevaban a los barcos desde el primer puerto a la ciudad sin atravesar los astilleros.

97 Tal era la disposición de Cartago en aquel tiempo. Los cónsules, tras dividirse el trabajo, marcharon contra sus enemigos<sup>23</sup>. Manilio lo hizo desde el continente por el istmo a fin de rellenar el foso, forzar la

---

<sup>22</sup> La cuestión de los puertos de Cartago ha suscitado mucha controversia y, como en el caso de la topografía, hay gran cantidad de trabajos sobre ella, muchos de los cuales están contenidos en las obras que tratan de la topografía de la ciudad (ver nota anterior). Véase, además, DE SANCTIS, IV 3, pág. 44, n. 67g.

<sup>23</sup> Sobre el asedio de Cartago, cf. bibliografía en DE SANCTIS, *loc. cit.*, pág. 47, n. 671.

fortificación baja que había junto a él y escalar por aquel lado las murallas elevadas. Censorino, por su parte, adosó escaleras, desde tierra y desde las naves, contra el ángulo del muro, de poca solidez. Ambos despreciaban al enemigo por creerlo desarmado, pero, al encontrarse que tenían nuevas armas y estaban llenos de un ardor inesperado, se quedaron perplejos y retrocedieron. Ésta fue la primera decepción para ellos que esperaban apoderarse de la ciudad sin lucha. Cuando hicieron un segundo intento y fracasaron por segunda vez, el ánimo de los cartagineses se creció. Los cónsules, temerosos de Asdrúbal que estaba acampado detrás de ellos a no mucha distancia, al otro lado de la laguna, fortificaron sus dos campamentos: Censorino, a orillas de la laguna, bajo los muros de los enemigos, y Manilio, en el istmo que llevaba al continente. Cuando los tuvieron preparados, Censorino cruzó la laguna en busca de madera para construir máquinas de asalto, y perdió quinientos hombres de los que cortaban madera y muchas armas, al caer sobre ellos de manera repentina Himilcón, apodado Fameas, jefe de la caballería de los cartagineses. Sin embargo, consiguió transportar una cierta cantidad de madera y hacer máquinas y escaleras. De nuevo llevaron ambos a cabo un intento contra la ciudad, y fracasaron igualmente. Manilio, después de haber realizado algún que otro esfuerzo y, tras conseguir derribar a duras penas algo de los trabajos de fortificación que estaban por delante de la muralla, perdió la esperanza, incluso, de atacar por esa parte.

Censorino rellenó una parte de la laguna, a lo largo 98 de la lengua de tierra, para que fuese más ancha e hizo pasar dos enormes arietes, arrastrado uno por seis mil soldados de infantería al mando de los tribunos militares y el otro, por marineros guiados por sus capitanes. Se suscitó la rivalidad entre ambos grupos de subordinados y jefes ante una misión de características simi-

lares y fue abatida una parte del muro, con lo que pudo verse ya la parte interior de la ciudad. Pero los cartagineses, aun en estas condiciones, consiguieron rechazarlos y reconstruyeron durante la noche las partes demolidas. Sin embargo, como no les fue suficiente la noche para terminar su obra y temían que las máquinas romanas derribaran a lo largo del día lo que ya había sido completado, que estaba recién construido y húmedo, hicieron una salida contra las máquinas de los enemigos, algunos con armas y otros sólo con teas encendidas, y les prendieron fuego, aunque no a todas —pues no pudieron acabar antes de que lo impidieran los romanos—, pero las inutilizaron totalmente y se retiraron. Al hacerse de día, los romanos tomaron la decisión de forzar el paso a través de la parte de la muralla que había sido derribada y no reconstruida aún por completo e invadir la ciudad. En el interior se veía un espacio abierto apto para el combate, en cuyo frente los cartagineses colocaron a los hombres armados y, detrás, dispusieron a los que no tenían armas con piedras y palos, y habiendo situado a muchos otros sobre los tejados de las casas vecinas, aguardaron a los invasores. Los romanos se irritaron aún más al sentirse despreciados por unos hombres desarmados y se lanzaron con coraje. Sin embargo, Escipión, que poco tiempo después tomó Cartago y, por ello, recibió el sobrenombre de Africano, y que era, entonces, tribuno militar, se quedó detrás, y dividió en varias partes a sus compañías y las colocó a intervalos a lo largo de la muralla sin dejarlas entrar en la ciudad. Cuando los que habían entrado fueron rechazados por los cartagineses que les atacaron desde todas partes, los socorrió y los salvó. Este hecho le proporcionó, por vez primera, renombre al haberse mostrado más sensato que el general.

99 La estrella del perro comenzaba a elevarse, y el ejército de Censorino se hallaba enfermo, al estar acam-

pado junto a una laguna de agua estancada e impura y bajo altas murallas que les cortaban el aire fresco del mar. Por esta razón, Censorino trasladó su campamento desde la laguna hasta el mar. Los cartagineses, cuando el viento soplaba en dirección a los romanos, arrastraron con cables, bajo los muros, pequeños botes llenos de leña y estopa sin que fueran visibles a los enemigos. Y, cuando al doblar el ángulo de la muralla estaban a punto de verse, derramaron sobre ellos azufre y pez, desplegaron las velas y, al henchirlas el viento, prendieron fuego a los botes. Éstos, conducidos por el viento y la fuerza de las llamas contra las naves romanas, las dañaron y faltó poco para que ardiera la flota entera. Poco después, Censorino marchó a Roma para presidir las elecciones de magistrados y los cartagineses hostigaron a Manilio con mayor ardor. Durante la noche, algunos con armas y otros sin ellas, colocaron planchas a modo de puente sobre el foso de Manilio y empezaron a derribar la empalizada. Mientras reinaba la confusión en el interior, como era natural al ser de noche, Escipión salió del campamento con algunos jinetes por otras puertas, en donde no había ningún alboroto, y rodeando el campamento, atemorizó a los cartagineses, que se retiraron a su ciudad. Por segunda vez parece que Escipión salvó a los romanos, presa de la confusión durante la noche.

Manilio fortificó todavía más el campamento y lo rodeó de una muralla, en vez de la empalizada; construyó también un almacén fortificado en la costa, adecuado para el atraque de los mercantes, con vista al aprovisionamiento por mar. Entonces, se volvió hacia el continente con diez mil soldados de infantería y dos mil jinetes y se dedicó a devastar el país recogiendo madera, forraje y provisiones. Estas expediciones estaban comandadas siempre por los tribunos militares en turnos rotatorios. Fameas, el jefe de la caballería cartaginesa,

ginesa, hombre joven aún y codicioso de combate, con caballos pequeños y rápidos, que comían hierba cuando no había otra cosa, y resistentes a la sed y al hambre si era necesario, ocultándose en emboscadas y barrancos, se lanzaba de repente, como un águila, allí donde veía que había algo desguarnecido y, después de causar daño, se retiraba; sin embargo, cuando el jefe era Escipión, nunca se mostraba. Pues Escipión siempre llevaba a sus soldados en perfecto orden y a los jinetes sobre los caballos; en la recogida de forraje, jamás rompía filas, sin que antes estuviera rodeada con la caballería y los hoplitas la llanura que iba a ser segada; luego, él en persona con otros escuadrones de jinetes la rodeaba continuamente en círculo y castigaba con severidad a cualquiera de los segadores que se perdiera o saliera del círculo.

101 Por esta razón, era el único al que Fameas no atacaba. Y, como esto sucedía de continuo, la fama de Escipión se incrementaba, y los otros tribunos militares, por envidia, hicieron correr el rumor de que había, entre Fameas y Escipión, relaciones de hospitalidad que arrancaban desde los antepasados de aquél y del abuelo de éste. A algunos africanos que se habían refugiado en torres y fortines, abundantes en el país, los otros tribunos militares, después de pactar con ellos y dejarlos marchar, los atacaban en su retirada; en cambio, Escipión los enviaba de regreso a sus casas indemnes, y, por este motivo, nadie quería hacer ningún acuerdo hasta que llegara Escipión. Tanta fue la buena fama que obtuvo por su valor y buena fe entre sus allegados y enemigos en un breve espacio de tiempo. De regreso los romanos en su campamento después de una expedición de forrajeo, los cartagineses, durante la noche, atacaron el fuerte costero. Se produjo un alboroto enorme incrementado por los gritos que daban al unísono los cartagineses de la ciudad para provocar el

pánico. Manilio mantenía a su ejército en el interior, pues desconocía dónde estaba el peligro. Sin embargo, Escipión, tras tomar diez cuerpos de caballería, los guió fuera con antorchas encendidas y les dio orden en voz alta de que no trabaran combate, dado que era de noche, sino que corrieran en torno al enemigo con el fuego, mostraran su número y provocaran en ellos continuamente el temor de que iban a atacarlos. Finalmente, los cartagineses, desconcertados por ambos lados, sintieron miedo y se refugiaron en la ciudad. Esta victoria se añadió a los aciertos de Escipión. Después de todos estos hechos, estaba en boca de todos como el único sucesor digno de su padre, Paulo, el conquistador de Macedonia, y de los Escipiones que le habían acogido como hijo adoptivo.

Cuando Manilio se puso en camino hacia Néferis 102 para atacar a Asdrúbal, Escipión lo tomó muy a mal, pues veía que todo el camino estaba lleno de zonas rocosas, precipicios y bosques y que las alturas habían sido tomadas previamente por el enemigo. Al llegar a una distancia de tres estadios de Asdrúbal, había que descender al cauce de un río y subir luego para atacarle. Escipión, entonces, le urgió y aconsejó que se diera la vuelta, pues estaba convencido de que eran necesarios otro momento y otra táctica para atacar a Asdrúbal. Sin embargo, los otros tribunos se le opusieron, por envidia, y pensaban que era una cobardía y una imprudencia el retirarse a la vista de los enemigos, pues éstos sentirían desprecio hacia ellos y les atacarían por la espalda. Escipión aconsejó entonces, como segunda decisión mejor, construir un campamento delante del cauce del río, a fin de que, si eran derrotados, tuvieran un lugar para retirarse, puesto que en aquel momento no tenían siquiera donde poder huir. Los otros se rieron también de este proyecto y hubo uno que amenazó, incluso, con arrojar su espada, si era Escipión



y no Manilio quien daba las órdenes. Por consiguiente, Manilio, hombre con poca experiencia en asuntos de guerra, cruzó el río y Asdrúbal le salió al encuentro mientras lo cruzaba. Hubo una gran matanza por ambos lados y Asdrúbal se retiró a su posición fortificada, donde no podía sufrir ningún daño, y aguardó para atacarles cuando se pusieran en movimiento. Los romanos, arrepentidos de lo ocurrido, se retiraron en formación hasta el río, pero éste era difícil de vadear, pues había pocos vados y estrechos, de modo que tuvieron que romper la formación. Cuando Asdrúbal lo vio, lanzó, de manera especial entonces, un brillante ataque y dio muerte a multitud de ellos mientras huían sin defenderse. Murieron también tres de los tribunos militares que más habían urgido al general a entablar combate.

103 Escipión, en compañía de trescientos jinetes que tenía a su lado y de todos cuantos pudo reunir, tras dividirlos en dos cuerpos, cargó contra el enemigo a pleno galope, disparando y retirándose alternativamente, volviendo de inmediato al ataque y retirándose con igual rapidez. Pues les había ordenado que la mitad de ellos atacara continuamente por turnos y, después de disparar, se retiraran, como si estuvieran rodeándolos por todos los lados. Al ser esta maniobra continua y no haber ninguna interrupción, los africanos eran atacados sin tregua y, volviéndose contra Escipión, redujeron sus ataques contra los que cruzaban el río. Estos últimos, por tanto, tuvieron tiempo de atravesarlo y Escipión cabalgó hacia ellos con dificultad en medio de una nube de dardos. Sin embargo, al comienzo de este combate, cuatro cohortes romanas, al verse interceptado su paso hacia el río por los enemigos, buscaron refugio en una colina y Asdrúbal las sitió. Los romanos no se percataron de este hecho hasta que acamparon. Y, cuando se dieron cuenta, estaban indecisos y algunos eran de la opinión de continuar la huida y no poner en

peligro a la totalidad por unos pocos. Escipión, por el contrario, manifestó que la deliberación era precisa al comienzo de la empresa, pero, cuando corrían peligro tantos hombres y enseñas, se requería de una audacia temeraria. Entonces, eligió a algunas compañías de caballería y dijo que él los rescataría o moriría contento con ellos. Después de coger provisiones para dos días, se puso en camino con el temor del ejército de que ni siquiera él pudiera regresar. Una vez que llegó a la colina donde estaban los sitiados, ocupó a la carrera otra colina que estaba enfrente y separada por un solo barranco. Los africanos, entonces, redoblaron sus ataques contra los sitiados y se hacían señales entre ellos de que Escipión no podía socorrerlos a causa de su marcha forzada. Pero éste, cuando vio que las faldas de las dos colinas rodeaban el barranco, no dejó escapar la oportunidad y las bordeó hasta alcanzar una posición dominante sobre el enemigo. Éstos, al sentirse ya rodeados, escaparon sin orden alguno y Escipión les dejó escapar sin temor, pues eran muy superiores en número.

De este modo, Escipión salvó también a aquellos 104 que se daban por perdidos. Cuando el ejército lo vio desde lejos a salvo, contra lo que esperaban, y habiendo salvado a los otros, prorrumpió en gritos de júbilo y pensaba que le asistía la misma deidad que también se suponía indicaba, a su abuelo Escipión, el futuro. Manilio retornó a su campamento delante de la ciudad, muy condolido por no haber obedecido a Escipión cuando intentó hacerle desistir de la expedición. Sin embargo, todos estaban apenados, porque los caídos no habían recibido sepultura y, en especial, por los tribunos militares. Escipión liberando a uno de los prisioneros, lo envió a Asdrúbal y le pidió que enterrara a los tribunos. Éste buscó entre los cadáveres, los reconoció por sus anillos —pues los tribunos militares llevaban anillos de oro, en tanto que los soldados los

llevaban de hierro— y les dio sepultura, ya sea porque pensaba que era un acto de humanidad habitual entre los enemigos, ya sea porque sentía respeto por la fama de Escipión y quería hacerle un favor. Fameas atacó a los romanos cuando regresaban de su expedición contra Asdrúbal, desmoralizados por su fracaso, y cuando estaban entrando en su campamento, los cartagineses salieron corriendo de su ciudad y mataron a alguno de sus porteadores.

105 Entretanto, el senado envió comisionados al campamento para que se informaran y le comunicaran fielmente la situación. En presencia de éstos, Manilio, el consejo y los demás tribunos, disipada ya su envidia por los hechos gloriosos de Escipión, testimoniaron en su favor y también lo hizo el ejército en su totalidad, así como sus propias hazañas, de manera que los comisionados, al regresar, divulgaron ante todos la inteligencia militar, el éxito de Escipión y la adhesión que le mostraba el ejército. El senado se congratuló con estas noticias, pero al haber ocurrido fracasos, envió embajadores a Masinissa y le pidió que combatiera con todas sus fuerzas en calidad de aliado contra Cartago. Los embajadores se encontraron con que no le quedaba mucho tiempo de vida, achacoso por la vejez y la enfermedad. Tenía muchos hijos ilegítimos a los que había colmado de regalos, y tres legítimos que diferían entre sí en su forma de ser, así que llamó a Escipión como consejero, en razón de su amistad con él y con su abuelo, para tratar del futuro de sus hijos y de su gobierno. Éste se puso en camino de inmediato pero, poco antes de que llegara, murió Masinissa, habiendo encargado a sus hijos que obedecieran a Escipión en el asunto de la división del reino.

106 Después de pronunciar estas palabras, murió. Fue un hombre afortunado en todo, a quien la divinidad le concedió reconquistar el reino paterno que estaba en

manos de los cartagineses y de Sifax, y engrandecerlo al máximo, desde Mauritania por el océano hasta el reino de Cirene por el interior. Puso bajo cultivo una gran parte del territorio, en el que los nómadas se alimentaban de hierbas la mayoría de las veces por su desconocimiento de la agricultura; dejó una gran cantidad de dinero en su tesoro y un ejército perfectamente adiestrado. Entre sus enemigos cogió a Sifax como prisionero con sus propias manos y fue una causa de la destrucción de Cartago al dejársela totalmente débil a los romanos. Era alto y de fuerte complexión, incluso a una edad avanzada, y participó en los combates hasta su muerte subiendo al caballo sin ayuda. Y el testimonio más importante de su fortaleza física es que, habiendo tenido y perdido muchos hijos, nunca tuvo menos de diez vivos y, cuando murió a los noventa años, dejó un niño de cuatro años de edad. Tal fue la vida y la fortaleza de Masinissa hasta su muerte. Escipión concedió otros regalos a sus hijos bastardos, y a los legítimos les dio en común los tributos, el tesoro y el nombre del reino; las demás cosas las repartió según le pareció que eran adecuadas a las disposiciones de cada uno. A Micipsa, el mayor y más pacífico, le asignó la ciudad de Cirta y el palacio que había allí; a Gulussa, el segundo en edad y hombre belicoso, le hizo árbitro de la paz y de la guerra y a Mastanabal, el más joven, que era un hombre justo, lo designó para juzgar los puntos conflictivos con los súbditos.

De este modo, Escipión repartió el gobierno y la hacienda de Masinissa entre sus hijos y llamó de inmediato a Gulussa para concertar una alianza. Este último, en particular, buscó los escondrijos de Fameas, desde los que había causado muchos desastres a los romanos con sus emboscadas y puso fin a sus correrías. Un cierto día de invierno, Escipión y Fameas se encontraron en las márgenes opuestas de un torrente infran-

queable donde no podían causarse daño alguno el uno al otro. Escipión, temiendo que más adelante hubiera alguna emboscada, avanzó con tres acompañantes para reconocer el terreno, y Fameas, al observar su movimiento, avanzó también por la margen opuesta con un solo acompañante. Escipión supuso que él quería decirle alguna cosa y avanzó también con un solo acompañante. Cuando estuvieron a una distancia suficiente de los cartagineses y podían oírse el uno al otro, Escipión le dijo: «¿Por qué no miras por tu salvación personal, ya que no puedes hacer nada por tu país?». El otro replicó: «¿Qué salvación hay para mí, cuando los cartagineses están en tal situación y los romanos han sufrido tanto por mi culpa?». Escipión contestó: «Te prometo, si es que tienes confianza en mí y en mi influencia, que obtendrás la salvación y el perdón de los romanos y su favor además». Fameas alabó a Escipión como el más digno de confianza entre los hombres y replicó: «Lo pensaré y, si lo creo posible, te lo haré saber».

108 Después de esto, se separaron. Manilio, avergonzado por su derrota ante Asdrúbal, hizo de nuevo una campaña contra Néferis con acopio de provisiones para quince días. Cuando estuvo cerca, fortificó su campamento con una empalizada y un foso, como le había aconsejado Escipión en la ocasión anterior. Sin embargo, no consiguió nada positivo y sintió más vergüenza y miedo que antes de ser atacado por Asdrúbal en su retirada. Mientras se encontraba en tal incertidumbre, alguien trajo una carta desde el ejército de Gulussa a Escipión. Y él, cuando la tuvo, le mostró la carta sellada al general y, tras romper el sello, leyeron lo siguiente: «En tal día ocuparé tal lugar, acude allí con las tropas que quieras y ordena a los guardianes que den paso a uno que llegue por la noche». Tal era el contenido de la carta, que no llevaba nombre alguno, pero Escipión

comprendió que era de Fameas. Manilio tenía miedo de que Escipión pudiera caer en una emboscada a manos de este hombre enormemente persuasivo, pero, como lo vio tan confiado, le dejó marchar, autorizándole a que otorgara a Fameas las mayores garantías de seguridad acerca de su salvación sin fijar ninguna recompensa concreta, sino prometiéndole que los romanos harían lo adecuado. En verdad que ni siquiera hubo necesidad de promesas; pues, cuando Fameas llegó al lugar de la cita, dijo que confiaba en la buena fe de Escipión respecto a su salvación y que la cuestión de los favores la dejaba en manos de los romanos. Después de decir esto, ordenó en formación de combate, al día siguiente, a su ejército y, adelantándose con sus oficiales al espacio que mediaba entre ambos ejércitos, como si fuera a debatir alguna otra cuestión, dijo: «Si hay posibilidad aún de socorrer a nuestra patria, yo estoy dispuesto con vosotros, pero si la situación de ella es la actual, he decidido mirar por mi propia seguridad. He tomado garantías para mí y para cuantos de vosotros pueda convencer, y es el momento oportuno de que elijáis lo que os conviene.» Éstas fueron sus palabras y algunos oficiales con sus tropas se pasaron voluntariamente a su lado, en total unos dos mil doscientos jinetes, a los demás se lo impidió Annón apodado el Blanco.

Al regresar Escipión con Fameas, le salió al encuentro el ejército y prorrumpió en gritos de alabanza a Escipión como en un triunfo. Manilio se alegró sobremanera y como, después de esto, pensaba que el regreso no sería ya vergonzoso y esperaba que Asdrúbal, abatido, no le siguiese, se puso en marcha de inmediato a causa de la falta de provisiones, a los diecisiete días de expedición, en vez de a los quince. Hubo de sufrir penalidades, sin embargo, durante los tres días de regreso. Escipión, por tanto, con Fameas, Gulussa, los jinetes que estaban bajo el mando de cada uno de éstos

y algunos de la caballería itálica, se apresuró a la llanura llamada «gran fosa» y retornó desde allí durante la noche con gran cantidad de botín y provisiones para el ejército. Manilio, al enterarse que venía Calpurnio Pisón, su sucesor, envió por delante a Roma a Escipión con Fameas. El ejército bajó corriendo a la orilla junto a la nave alabando a gritos a Escipión y hacían votos por su vuelta a África como cónsul, pues pensaban que era el único capaz de tomar Cartago. En efecto, esta opinión de que sólo Escipión se apoderaría de Cartago había surgido entre ellos como por inspiración divina, y muchos escribieron a Roma a sus familiares en este sentido. El senado alabó a Escipión y honró a Fameas con un manto de púrpura con broches de oro, un caballo con arneses de oro, una armadura completa y diez mil dracmas de plata. Le regalaron también un vaso de plata de cien minas, una tienda completamente equipada y le dieron esperanzas de más premios si cooperaba con ellos hasta el final de la guerra. Él lo prometió y partió rumbo al campamento romano en África.

110 Al comienzo de la primavera llegó el cónsul Calpurnio Pisón y, con él, Lucio Mancino para hacerse cargo del mando de la flota. Ellos no atacaron a los cartagineses ni a Asdrúbal, pero al atacar las ciudades, fracasaron en el intento de tomar Aspis por tierra y por mar y fueron rechazados. Pisón, sin embargo, se apoderó de una ciudad cercana y la saqueó, acusándolo sus habitantes de atacarlos en contra de los tratados. Desde aquí se trasladó a Hipágreta que era una gran ciudad con murallas, ciudadela, puertos y astilleros contruidos con gusto por Agatocles el tirano de Sicilia. Al estar situada entre Cartago y Útica, interceptaba las provisiones que les llegaban a los romanos por tierra y por mar, razón por la cual se había enriquecido mucho. Calpurnio pensó castigarlos y despojarlos de sus ganancias, pero, después de asediarlos durante todo

el verano, no consiguió nada y sus habitantes hicieron dos salidas y, con la ayuda de los cartagineses, quemaron sus máquinas de guerra. Él, sin haber conseguido nada positivo, retornando a Útica pasó el invierno.

Los cartagineses, dado que el campamento de Asdrúbal no había sufrido daño y que habían derrotado a Pisón en la batalla en torno a Hipágreta, y Bitia, un númida, se había pasado a su lado desde el ejército de Gulussa, con ochocientos jinetes, y como, además, veían que Micipsa y Mastanabal, los hijos de Masinissa, prometían siempre dinero y armas a los romanos, pero se demoraban en su entrega y se mantenían a la expectativa de lo que fuera a suceder, se crecieron en su espíritu y recorrieron sin temor África, fortificando el país y pronunciando discursos ofensivos contra los romanos en las asambleas de las ciudades. Aducían, como prueba de la cobardía romana, sus dos victorias en Néferis, los recientes sucesos de Hipágreta y el hecho de que no hubieran sido capaces de tomar Cartago, que estaba sin armas y desguarnecida. Enviaron emisarios a Micipsa y Mastanabal y a otros pueblos mauritanos libres en demanda de ayuda, haciéndoles ver que, después de los cartagineses, los romanos les atacarían a ellos. También mandaron otros mensajeros a Macedonia, al supuesto hijo de Perseo, que estaba en guerra contra los romanos, y le exhortaron a continuar la guerra con decisión, en la seguridad de que no le faltarían dinero y naves de Cartago. Al estar armados, sus planes ya no eran modestos, sino que iban aumentando su espíritu, osadía y recursos poco a poco. También tenía la moral alta Asdrúbal, que detentaba el mando en el país, por haber vencido por dos veces a Manilio. Aspirando a tomar el mando de la ciudad que estaba en manos de otro Asdrúbal, sobrino de Gulussa, lo acusó ante el Consejo cartaginés de que intentaba traicionar a Cartago en favor de Gulussa. Después de



exponer su acusación en la asamblea, no supo el acusado responder ante un cargo inesperado, y los cartagineses le golpearon con los bancos y le dieron muerte.

- 112 Cuando se supo en Roma el fracaso de Pisón y los preparativos cartagineses el pueblo, se llenó de cólera y ansiedad ante una guerra que volvía a reactivarse, grande, sin reconciliación posible y próxima. No esperaban, en efecto, la paz, pues habían sido los primeros en ser infieles. Acordándose de los recientes hechos gloriosos de Escipión mientras era tribuno militar en África, y comparándolos con los actuales, así como de las cartas enviadas por amigos y familiares desde el campamento, desearon vivamente enviarle como cónsul a Cartago. Las elecciones eran inminentes y Escipión participaba como candidato al edilato, pues las leyes no le permitían acceder al consulado a causa de su juventud. Sin embargo, el pueblo lo eligió cónsul. Esto era ilegal y cuando los cónsules les mostraron la ley, importunaron y presionaron aún más y gritaban que, según las leyes de Tulio y Rómulo, el pueblo era el juez de las elecciones y que de acuerdo con los poderes que le otorgaba la ley podían confirmar o rechazar al que quisieran. Finalmente, uno de los tribunos de la plebe dijo que quitaría a los cónsules el poder de celebrar una elección, a menos que cedieran al pueblo en este asunto. Y el senado permitió a los tribunos de la plebe suspender esta ley y volverla a establecer después de un solo año; tal como los lacedemonios, al verse obligados a exonerar de su deshonra a los que habían sido apresados en Pilos, dijeron: «Que las leyes duerman hoy». De este modo, Escipión, que participaba en la candidatura al edilato, fue elegido cónsul. Cuando su colega Druso le ordenó hacer el sorteo para designar quién tendría África como su provincia, un tribuno propuso que la designación de este mandato fuera hecha por el pueblo, y el pueblo eligió a Escipión. Le fue per-

mitido a Escipión reclutar, mediante leva, un número de soldados igual al de los perdidos en la guerra y llevarse a cuantos voluntarios pudiera convencer de entre los aliados y enviar, para ello, cartas escritas en nombre del pueblo romano a los reyes y ciudades que estimara oportuno. Y así logró obtener alguna ayuda de las ciudades y los reyes.

Una vez hechos estos preparativos, Escipión navegó **113** hacia Sicilia y desde allí a Útica. Entretanto, Calpurnio Pisón sitiaba algunas ciudades del interior. Mancino, que estaba bloqueando Cartago, observó una parte del muro que había sido olvidada, pues la protegían precipicios continuos e infranqueables, motivo por el que no estaba defendido y esperaba escalarlo sin ser visto. Adosó al muro las escalas y algunos soldados treparon valerosamente. Los cartagineses, infravalorando su escaso número, abrieron una puerta adyacente a las rocas y cargaron contra los romanos. Éstos se volvieron hacia ellos y, persiguiéndolos, penetraron en la ciudad a través de la puerta. Alzaron un grito de victoria y Mancino, que era precipitado y atolondrado en todo lo demás, se dejó llevar también de su alegría, y, junto con el resto de la multitud, abandonó los barcos y corrió en su auxilio hacia la muralla a medio armar o sin armas. Como era la caída de la tarde, ocuparon una posición fuerte junto a la muralla y pasaron la noche. Al no tener alimentos, Mancino llamó a Pisón y los magistrados de Útica para que le ayudaran en su posición peligrosa y le llevaran alimentos a toda prisa, pues corría el riesgo de ser arrojado de allí al amanecer por los cartagineses y despeñarse contra las rocas.

Escipión desembarcó en Útica esa misma tarde y, **114** al encontrarse, alrededor de medianoche, con aquellos a los que Mancino había escrito, dio la orden al trompetero para que tocara la señal de combate de inmediato y, a los heraldos, para que convocaran en la playa

a los que le habían acompañado desde Italia y a los jóvenes uticenses. A los de más edad les encargó llevar provisiones a las trirremes. Soltó a algunos prisioneros cartagineses y les dejó marchar para que comunicasen a los suyos que Escipión venía con naves contra ellos. Envió a Pisón unos jinetes tras otros llamándolo rápidamente. Él mismo levó anclas alrededor de la última guardia ordenando a los soldados que, cuando se acercaran a la ciudad, se mantuvieran de pie sobre el puente para que parecieran un gran número ante los enemigos. Al amanecer, los cartagineses atacaron a Mancino desde todos los lados y éste rodeó con quinientos hombres, los únicos que llevaban armas, a los otros tres mil que estaban desarmados. Pero, herido por aquéllos y rechazado hasta las murallas, estaba a punto de ser despeñado cuando se presentó ante sus ojos la flota de Escipión, batiendo los remos con un rumor terrible y llena por todas partes de soldados puestos en pie. Para los cartagineses, que estaban ya enterados por los prisioneros, no constituyó sorpresa alguna, pero, en cambio, trajeron una salvación inesperada a los romanos. Pues, al retirarse un poco los cartagineses, Escipión pudo rescatar en sus naves a los que corrían peligro. Envió de inmediato a Mancino a Roma —pues con él había llegado Serrano, su sucesor en el mando de la flota—, y él mismo fijó su campamento cerca de Cartago. Los cartagineses, a su vez, avanzaron cinco estadios desde las murallas y establecieron un campamento frente a él. Allí se les unieron Asdrúbal, el comandante de las tropas en el país, y Bitia, el jefe de caballería, con seis mil soldados de a pie y mil jinetes perfectamente adiestrados, tanto por su veteranía como por sus entrenamientos.

**115** Escipión se dio cuenta de que no había ningún tipo de disciplina ni de orden entre los soldados, sino que estaban habituados por Pisón a la pereza, a la codicia

y a la rapiña, y que convivía con ellos una multitud de rufianes, que los seguían a causa del botín y acompañaban a los más osados en sus expediciones de saqueo sin permiso —aunque ante la ley era considerado desertor todo aquel que en tiempo de guerra se alejaba más allá del sonido de la trompeta—. Observó que todos los errores que aquéllos cometían eran imputables a su jefe y que el producto de su rapiña era el origen de discordia y desgracias entre ellos, pues muchos despreciaban a sus compañeros de tienda por el afán de lucro; la emprendían a golpes y heridas criminales y llegaban, incluso, hasta el asesinato. Escipión, al percatarse de todo ello, y pensando que jamás podría dominar al enemigo si antes no lo hacía con sus soldados, los convocó a una asamblea y, tras subir a una tribuna elevada, los recriminó del siguiente modo:

«Cuando servía con vosotros, soldados, a las órdenes **116** del general Manilio, os di una prueba de obediencia de la que vosotros sois testigos, la misma que ahora os pido como vuestro general. Aunque tengo poder para castigar con la mayor severidad a los que desobedezcan, sin embargo he creído útil advertiros previamente. Sabéis las cosas que habéis hecho. ¿Para qué debo yo hablaros de cosas de las que me siento avergonzado? Sois más bien salteadores que soldados. Sois fugitivos, no soldados acampados. Vuestra avaricia os asemeja más a los mercaderes que a un ejército sitiador. Deseáis la molicie mientras todavía estáis en guerra sin haber resultado vencedores. Y ciertamente, por ello, los enemigos, desde la situación de debilidad y falta de esperanzas en la que los dejé, se han recobrado hasta un grado tal de fuerza y nuestro trabajo se ha hecho más difícil por causa de vuestra relajación. Si viera que los males radicaban en vosotros, os castigaría de inmediato, pero puesto que se los imputo a otro, os voy a eximir ahora de los yerros cometidos hasta el

presente. Sin embargo, yo no me encuentro aquí para hacer de salteador, sino para vencer, ni tampoco para enriquecerme antes de la victoria, sino para vencer primero a los enemigos. Salid hoy mismo del campamento todos aquellos que no sois soldados, a excepción de los que tengan mi permiso para quedarse. A los que salgan no les permito regresar excepto a aquel que traiga comida y ésta debe ser sencilla como corresponde a soldados. A éstos, incluso, les será fijado un tiempo en el que dispondrán sus mercancías, y un cuestor y yo supervisaremos las ventas. Éstas son las órdenes para quienes no son soldados, y para vosotros, soldados, que os valga una sola orden adaptada a todas las ocasiones: que mi comportamiento y mi esfuerzo os sirvan de ejemplo. Si os regís por este criterio, no faltaréis a vuestro deber ni os faltará la recompensa. Ahora, en cambio, hay que trabajar mientras corremos peligro, y el lucro y la molicie se deben posponer para su momento oportuno. Estas cosas las ordeno yo, además de la ley. Los que las obedezcan con docilidad obtendrán una buena recompensa y aquellos que no las obedezcan se arrepentirán».

- 117 Esta fue la alocución de Escipión y, de inmediato, expulsó a una multitud de hombres inútiles, y con ellos, todo lo que era superfluo, vano o lujoso. Una vez que el ejército estuvo purgado, lleno de respeto hacia él y presto a cumplir las órdenes, llevó a cabo en secreto un intento, en una sola noche, contra aquella parte de Cartago llamada Mégara, por dos lugares diferentes. Mégara es un suburbio muy extenso de la ciudad adyacente a la muralla <sup>24</sup>. Envió una fuerza, dando un rodeo, contra una parte, en tanto que él avanzó veinte estadios directamente contra el otro lado con hachas, escalas y

---

<sup>24</sup> Este nombre presenta variantes diversas en otros autores (cf. DE SANCTIS, *loc. cit.*, pág. 43, n. 67e.

palancas sin hacer ruido y en el más profundo silencio. Cuando estaba bastante cerca, lo vieron desde arriba y se produjo un griterío desde las murallas. Escipión y sus tropas respondieron, a su vez, los primeros con otro clamor y, luego, los soldados enviados al lado opuesto, con otro lo más fuerte que pudieron, hasta el punto de que los cartagineses se asustaron, por primera vez, al sentirse atacados por tantos enemigos por ambos lados, de improviso y en plena noche. En este ataque contra la muralla, Escipión, aunque lo intentó, no consiguió nada, pero envió a algunos jóvenes muy valerosos a una torre abandonada, perteneciente a un particular, que estaba fuera de la muralla y era de igual altura que ésta. Éstos hicieron retroceder con sus jabalinas a los que estaban sobre la muralla y, colocando planchas de madera en el espacio entre la torre y el muro, a través de ellas alcanzaron aquél, bajaron a Mégara y, rompiendo la puerta, abrieron paso a Escipión. Éste penetró con cuatro mil hombres y los cartagineses huyeron con rapidez hacia Birsa, en la creencia de que la ciudad había sido tomada. Entonces se produjeron gritos de todas clases, se hicieron algunos prisioneros y hubo tal tumulto, que, incluso los que estaban acampados afuera, abandonaron su fortificación y corrieron a la vez con los demás hacia Birsa. Como Mégara estaba plantada de huertos y llena de árboles frutales separados por cercados de piedra y setos de zarzas y espinos, además de canales de agua profundos que corrían en todas direcciones, Escipión temía que fuera impracticable y peligrosa la persecución del enemigo, sobre todo dado su desconocimiento de los caminos, y que pudiera caer en una emboscada durante la noche. Por tanto retrocedió.

Al hacerse de día, Asdrúbal, enojado por el ataque 118  
contra Mégara, hizo subir a lo alto de la muralla a cuantos prisioneros romanos tenía, desde donde los

podían ver perfectamente sus compañeros, y se dispuso a acometer una serie de atrocidades. A unos les arrancó los ojos, la lengua, los tendones y órganos genitales con garfios de hierro; a otros les laceró la planta de los pies, les cortó los dedos y les arrancó la piel del cuerpo a tiras, y a todos ellos, todavía vivos, los despeñó. Con ello, pretendió hacer imposible una reconciliación entre romanos y cartagineses. Y los enardecía de esta manera, a fin de que tuvieran sus esperanzas de salvación sólo en la lucha; sin embargo, el resultado fue contrario a su intención. Pues los cartagineses, con remordimiento de conciencia a causa de la impiedad de estos hechos, se atemorizaron, en vez de enardecerse, y odiaban a Asdrúbal por haberles privado, incluso, de toda esperanza de perdón. Y, en especial, el senado cartaginés lo acusó de haber cometido actos crueles y salvajes en medio de calamidades públicas tan grandes. Pero él, cogiendo a algunos de los senadores, les dio muerte y, haciéndose temer en todos los aspectos, se convirtió más en un tirano que en un general, al pensar que su seguridad radicaba sólo en ser temible para ellos y, por esto mismo, más difícil de atacar.

- 119 Escipión incendió la fortificación que el enemigo había abandonado, en su huida a la ciudad, el día antes y, con todo el istmo en su poder, comenzó a atravesarlo con un foso de mar a mar a una distancia del enemigo no mayor de un tiro de lanza. Sus adversarios lo hostigaban sin cesar y debía trabajar y luchar, a la vez, en un frente de veinticinco estadios. Cuando tuvo terminada la obra, cavó otra trinchera igual, no muy distante de la anterior mirando hacia el continente. Después hizo otras dos transversales a ellas, a fin de que el foso, en su conjunto, formara un cuadrado y lo erizó, todo él, de agudas estacas. Además de las estacas, construyó empalizadas ante los fosos, y en el que miraba hacia Cartago levantó un muro de veinticinco estadios

de largo y de doce pies de altura, sin contar las almenas y las torres que a intervalos estaban sobre la muralla, y cuyo grosor era aproximadamente la mitad de la altura. La torre más alta estaba en el medio y, sobre ella, había otra de madera de cuatro pisos, desde la que veía lo que ocurría en la ciudad. Después de acabar esta obra en veinte días y noches con el esfuerzo de todo el ejército que trabajaba y combatía, comía y descansaba por turnos, llevó a todo su ejército al interior de esta fortificación<sup>25</sup>.

Esta obra le servía, a un tiempo, de campamento y 120 de gran baluarte extendido contra el enemigo, desde el que, tomándolo como base de operaciones, podía cortar el suministro de víveres desde el interior a los cartagineses, puesto que Cartago estaba rodeada por mar por todas partes, excepto por esta lengua de tierra. Y esta fortificación fue la causa primera y principal, para ellos, del hambre y de otras desgracias; pues, dado que toda la multitud se había trasladado del campo a la ciudad y no podían salir a causa del asedio, y los mercaderes habían espaciado sus viajes a causa de la guerra, se servían sólo de las provisiones de África llevadas en escaso número a través del mar, cuando el tiempo era favorable, pero en su mayoría transportadas por tierra. Entonces, al verse privados del transporte por tierra, empezaron a sufrir severamente por el hambre. Bitia, el jefe de caballería, que había sido enviado a por comida hacía bastante tiempo, no se atrevió a atacar ni a forzar la fortificación de Escipión y, dando un rodeo, envió las provisiones por un camino mucho más largo a través del mar, pese a que las naves de Escipión estaban bloqueando Cartago. Pero éstas no

---

<sup>25</sup> En torno a esta colosal obra de asedio que puede paragonarse con la de Numancia, cf. A. SCHULTEN, *Numantia*, III, pág. 37.



podían permanecer continuamente en su lugar ni agrupadas en gran número, dado que se trataba de un mar sin puertos y lleno de arrecifes, ni tampoco podían echar el ancla junto a la misma ciudad, pues los cartagineses estaba sobre las murallas y las olas batían allí con más fuerza a causa de las rocas. Por esta razón, las naves de transporte de Bitia y de algún otro mercader que se atrevía a correr el riesgo voluntariamente por su afán de ganancias, aguardando a que soplara un viento fuerte desde el mar, atravesaban el bloqueo con las velas desplegadas, sin que las trirremes pudieran perseguirlas, llevadas por el velamen y el viento a su favor. Este hecho, no obstante, ocurría en raras ocasiones y sólo cuando soplaban un fuerte viento desde el mar. Y todo lo que las naves transportaban lo distribuía Asdrúbal únicamente entre los treinta mil hombres que había elegido para luchar, y despreciaba el resto de la multitud por lo que sufrían, sobre todo, de hambre.

121 Escipión, cuando se dio cuenta de ello, planeó cerrarles la entrada del puerto que daba hacia el oeste y no estaba muy lejos de la costa. Por consiguiente, empezó a construir un gran dique hacia el interior del mar. Comenzó a partir de la franja de tierra, a la que llaman lengua, que está entre la laguna y el mar avanzando mar adentro directamente hacia la embocadura del puerto. Lo construyó con gran cantidad de enormes bloques de piedras, a fin de que no pudiera ser demoronado por las olas. El dique tenía una anchura de veinticuatro pies en su parte superior y cuatro veces más, en el fondo. Los cartagineses no concedieron importancia alguna a esta obra en sus comienzos, por estimar que llevaría mucho tiempo y que, tal vez, sería imposible de realizar. Sin embargo, cuando vieron que un ejército tan grande la llevaba adelante con afán, sin dejar los trabajos ni de día ni de noche, tuvieron miedo y excavaron otra entrada al otro lado del puerto

hacia el mar abierto, por donde no era posible hacer avanzar un dique a causa de la profundidad y de la fuerza del viento. Las mujeres y los niños ayudaban también en la excavación y comenzaron desde el interior ocultando por completo lo que hacían. Al mismo tiempo, construyeron quinquerrems y trirremes con madera vieja y nada quedó por hacer por falta de animosidad y valor. Y lo mantuvieron todo tan en secreto, que ni siquiera los prisioneros pudieron dar a Escipión alguna noticia clara, tan sólo que en los puertos había un ruido enorme sin cesar ni de día ni de noche, pero que no sabían de qué se trataba. Cuando estuvieron concluidas todas las obras, los cartagineses abrieron la entrada hacia el amanecer y se hicieron a llamar con cincuenta trirremes, pinazas y bergantines y otros muchos barcos más pequeños equipados de manera impresionante para causar terror.

La aparición repentina de la escuadra saliendo por esta nueva entrada impresionó tanto a los romanos, que si los cartagineses hubieran atacado de inmediato sus barcos, de los que se habían despreocupado durante las operaciones de sitio y en los que no había ni marineros ni remeros, hubieran vencido por completo a toda la flota. Sin embargo, en la ocasión presente —puesto que Cartago estaba condenada por el destino a ser apresada— hicieron una salida de exhibición tan sólo y después de mofarse del enemigo de manera presuntuosa retornaron al interior del puerto. Tres días más tarde se dispusieron para un combate naval y los romanos, tras haber dispuesto en buen orden sus barcos y todo lo demás, salieron a su encuentro. Se produjeron gritos y exhortaciones por ambos bandos y había gran coraje por parte de remeros, pilotos y marineros, conscientes de que en este combate se cifraba la última esperanza de salvación para los cartagineses y de una victoria total para los romanos. Ambos contendientes intercam-

biaron numerosos golpes y se causaron heridas diversas hasta mediodía. Durante el combate, las embarcaciones cartaginesas, pequeñas, corrían entre las filas de remeros de las naves romanas, que eran más altas, y perforaban las popas, rompían los gobernalles y remos y le infligían, en gran medida, daños muy diversos, puesto que atacaban y se retiraban con facilidad. Sin embargo, como el combate no estaba decidido y el día declinaba, los cartagineses decidieron retroceder, no porque estuvieran derrotados, sino porque querían diferir el desenlace hasta el día siguiente.

123 Sus embarcaciones pequeñas se retiraron en primer lugar y, al tomar la entrada del puerto, se empujaban unas a otras de forma desordenada a causa de su número y bloquearon en masa la entrada. Por este motivo, cuando llegaron los barcos más grandes, no pudieron entrar y se refugiaron en un malecón ancho que había sido construido, hacía bastante tiempo, delante del muro de la ciudad para el desembarco de mercancías de los barcos mercantes. Sobre él se había construido un muro pequeño en el transcurso de esta guerra para evitar que, dada su anchura, pudieran acampar los enemigos. Las naves cartaginesas, al refugiarse en este malecón por falta de puerto, anclaron con las proas hacia afuera y al atacar el enemigo unos combatían desde las naves, otros desde el malecón y otros desde el muro. A los romanos les resultaba fácil la entrada y cómodo el combatir a naves que estaban paradas; sin embargo, el viraje de las naves para la retirada se hacía con lentitud y dificultad ya que eran grandes. Por esta razón, sufrían en esta operación el mismo daño que habían causado, al quedar expuestas a los ataques de los cartagineses. Finalmente, cinco naves de los sidetas, que acompañaban a Escipión por amistad, soltaron anclas en el mar a bastante distancia y, fijando en ellas largos cabos, navegaban contra los cartagineses

a impulso de los remos y, después de descargar sus golpes, retrocedían espiando por la popa. Y de nuevo volvían a navegar contra el enemigo a fuerza de remos para ganar el mar abierto otra vez, halando del cable por la popa. Entonces, la flota entera, al ver la idea de los sidetas, los imitaron y causaron mucho daño al enemigo. La noche puso fin al combate y las naves cartaginesas que aún quedaban se refugiaron junto a la ciudad.

Escipión, al llegar el día, atacó el dique, pues era 124 un emplazamiento bien situado para el dominio del puerto. Así que golpeó el muro con arietes y otras máquinas de asalto derribando una parte de él. Los cartagineses, a pesar de estar oprimidos por el hambre y desgracias de índole diversa, hicieron una salida durante la noche contra las máquinas romanas, no por tierra —pues no había pasadizo—, ni con naves —pues el mar tenía poco fondo—, sino sumergiéndose desnudos en el agua con antorchas sin encender para no ser vistos desde lejos. Así pues, se sumergieron en el mar de una manera que nadie hubiera esperado, algunos lo atravesaron a pie con el agua hasta el pecho y otros lo cruzaron a nado. Cuando llegaron al lado de las máquinas, encendieron las antorchas y al hacerse visibles sufrieron muchas heridas, pues estaban desnudos, pero también causaron muchas otras a causa de su arrojo. Aunque llevaban clavadas en los ojos y en el pecho las puntas de las flechas y las lanzas no cedían, empujando contra los golpes como fieras, hasta que lograron quemar las máquinas y hacer huir en desorden a los romanos. El pánico y la confusión reinaban por todo el campamento y un miedo tal como nunca antes, a causa de la locura de los enemigos desnudos, hasta el punto de que Escipión, temiendo las consecuencias, cabalgó fuera con sus jinetes y ordenó a sus oficiales que mataran al que

no dejara de huir. Él mismo alcanzó y mató a algunos hasta que la mayoría fueron obligados a retroceder hasta el campamento y permanecieron toda la noche en armas por temor a la desesperación del enemigo. Pero éstos, después de quemar las máquinas, volvieron de regreso a nado hacia sus casas.

125 Al llegar el día, los cartagineses, sin que les perturbaran ya las máquinas enemigas, reconstruyeron el lienzo del muro que había sido derribado y edificaron en él muchas torres a intervalos. Los romanos, a su vez, construyeron nuevas máquinas y muros terreros frente a las torres y arrojaban teas encendidas y recipientes con azufre hirviendo y pez contra ellos. Quemaron algunas de las torres y persiguieron a los cartagineses cuando huían. Sin embargo, el camino estaba tan resbaladizo a causa de la sangre coagulada, recién caída en abundancia, que desistieron de la persecución contra su voluntad. Escipión, tras haberse apoderado del malecón, lo rodeó de un foso y construyó un muro de ladrillos de igual altura al de los enemigos y a poca distancia de él. Cuando tuvo terminado el muro, envió allí a cuatro mil hombres para que dispararan flechas y dardos contra los enemigos sin riesgo alguno y, al estar a igual altura, lanzaban sus proyectiles con gran efectividad. Así que el verano se consumió en estos menesteres.

126 Al comenzar el invierno, Escipión decidió destruir el poder cartaginés en el país y a los aliados que les enviaban provisiones. Así pues, envió a algunos oficiales hacia otros lugares y él, en persona, se apresuró a marchar a través de la laguna hacia Néferis contra Diógenes, que estaba a cargo de la ciudad como sucesor de Asdrúbal, en tanto que a Gayo Lelio lo envió dando un rodeo por tierra. Cuando llegó, acampó a una distancia de dos estadios de Diógenes y, tras dejar a Gulussa

para que lo atacara sin cesar<sup>26</sup>, volvió con rapidez a Cartago. Después de esto, marchaba regularmente a Néferis y Cartago supervisando lo que ocurría. Una vez que fueron derribados dos trozos de fortificación entre las torres del campamento de Diógenes, se presentó Escipión y apostó, en emboscada, a mil soldados en la retaguardia de Diógenes y, haciendo un ataque frontal con otros tres mil más, elegidos también por su valor, avanzó contra las partes demolidas sin llevar a sus hombres en masa, sino por destacamentos bien nutridos, unos tras otros, a fin de que los primeros, ni aun en el caso de que fueran rechazados, pudieran huir a causa de los que les seguían. El ataque se produjo en medio de un enorme griterío y esfuerzo, y mientras los africanos estaban pendientes de este hecho, los mil soldados emboscados, cuando nadie los miraba ni esperaba, atacaron con valor la parte de atrás del recinto, tal como les había sido ordenado, rompieron la empalizada y pasaron sobre ella. Tan pronto como los primeros estuvieron dentro, fueron descubiertos y los africanos huyeron pensando que habían entrado muchos más de los que tenían ante sus ojos. Gulussa los persiguió con muchos númidas y con los elefantes y causó gran mortandad, hasta el punto de que perecieron unos setenta mil, contando los no combatientes; unos diez mil fueron capturados, y alrededor de cuatro mil lograron escapar. También se apoderaron de la ciudad de Néferis, además del campamento, después de haberla sitiado Escipión durante veintidós días con grandes sufrimientos por ser invierno y por el frío del lugar.

---

<sup>26</sup> No parece admisible que Gulussa fuera el único jefe de las tropas que quedaron asediando Néferis. Es muy probable que el mando lo tuviera G. Lelio, que acompañó a la expedición, aunque su nombre no aparece en el texto de Apiano. También resulta exagerada la cifra de 70.000 muertos que nos da Apiano en este capítulo.

Esta acción contribuyó notablemente a la toma de Cartago, pues este ejército les hacía llegar las provisiones y los africanos tuvieron ánimos en tanto vieron indemne a este campamento. Entonces, al ser apresado éste, el resto de África se sometió a Escipión o fue tomado sin gran dificultad. A los cartagineses les faltaron las provisiones, pues nada podía llegarles ya por mar desde África, que les era hostil, ni desde otros lugares, a causa de la misma guerra y de que era la estación invernal.

127 Al comienzo de la primavera, Escipión atacó Birsa y el puerto llamado de Cotón. Asdrúbal prendió fuego durante la noche a una parte de este lugar que tenía forma cuadrangular, pero Lelio, esperando aún que Escipión atacaría y mientras los cartagineses estaban vueltos hacia aquella parte, subió sin que le viesen hacia el otro lado de Cotón que tiene forma de círculo. Se alzó un grito como de victoria y los cartagineses se llenaron de miedo, en tanto que los romanos forzaron la subida desde todos los lados con desprecio, tendiendo sobre los espacios vacíos maderas, máquinas y planchas, sin que los guardianes ofrecieran resistencia al estar debilitados sus cuerpos por el hambre y sus ánimos abatidos. Después de apoderarse del muro de Cotón, Escipión tomó la plaza pública que estaba próxima y, al no poder hacer ya nada más, pues era el atardecer, pasó la noche allí en armas con todas sus tropas. Al llegar el día, llamó a otros cuatro mil soldados de refresco. Éstos penetraron en el santuario de Apolo, cuya estatua estaba cubierta de oro y su santuario, rodeado de oro batido de mil talentos de peso, y lo saquearon golpeándolo con sus espadas, sin obedecer a sus oficiales, hasta que se lo hubieron repartido entre ellos, y después, volvieron a su trabajo.

128 El objetivo principal de Escipión, ahora, se centraba en Birsa, puesto que era la zona más fuerte de la ciudad y la mayor parte de sus habitantes se habían

refugiado en ella. Había tres calles que subían desde la plaza hacia ella, flanqueadas por casas de seis pisos, casi pegadas unas a otras, desde las que eran asateados los romanos. Sin embargo, ocuparon las primeras casas y, desde allí, atacaban a los que estaban en las próximas. Una vez que se apoderaban de éstas, tendían planchas de madera entre los pasadizos estrechos entre casa y casa y cruzaban por ellos como sobre puentes. Mientras este combate tenía lugar arriba en los tejados, se libraba otro entre los que combatían abajo en las callejuelas. Todo estaba lleno de gemidos, lamentos, gritos y de toda clase de quejidos de agonía, al morir unos en combate cuerpo a cuerpo, otros arrojados desde los tejados contra el suelo, todavía vivos, y algunos cayendo sobre las puntas de otras armas o sobre las lanzas o las espadas. Nadie consiguió quemar ninguna casa a causa de los que estaban sobre los tejados, hasta que Escipión llegó a Birsá. Entonces prendió fuego a las tres callejuelas a la vez y ordenó a otros que mantuvieran expedito el camino de material quemado, a fin de que el ejército atacara moviéndose con facilidad.

A continuación, se sucedieron otras escenas de terror. 129  
El fuego devoraba y se llevaba todo a su paso, y los soldados no derrumbaban los edificios poco a poco, sino que los echaban abajo todos juntos. Por ello, el ruido era mucho mayor y, junto con las piedras, caían también en el medio los cadáveres amontonados. Otros estaban todavía vivos, en especial ancianos, niños y mujeres que se habían ocultado en los rincones más profundos de las casas, algunos heridos y otros más o menos quemados dejando escapar terribles gritos. Otros, arrastrados desde una altura tan grande con las piedras, maderas y fuego, sufrieron, al caer, toda suerte de horrores, llenos de fracturas y despedazados. Y ni siquiera esto supuso el final de sus desgracias. En efecto, los



encargados de la limpieza de las calles, al remover los escombros con hachas, machetes y picas, a fin de dejarlas transitables para las fuerzas de ataque, golpeaban unos con las hachas y machetes y otros con la punta de las picas a los muertos y a los que todavía estaban vivos en los huecos del suelo, apartándolos como a la madera y las piedras y dándoles la vuelta con el hierro, y el hombre servía de relleno de los fosos. Algunos fueron arrojados de cabeza, y sus piernas, sobresaliendo del suelo, se agitaban con convulsiones durante mucho tiempo. Otros cayeron de pie con la cabeza por encima del nivel del suelo y los caballos, al pasar sobre ellos, les destrozaban la cara o el encéfalo, no por voluntad de sus jinetes, sino a causa de su prisa, puesto que tampoco los que limpiaban las calles hacían todo esto voluntariamente. Sin embargo, el esfuerzo de la guerra, la gloria de la victoria cercana, la premura del ejército, los ruidos confusos de heraldos y trompeteros, los tribunos y centuriones, al moverse de un lado para otro y atacar, volvían a todos frenéticos y despreocupados, a causa de su afán, por aquello que veían.

130 Se consumieron seis días y seis noches en todas estas acciones, relevándose las tropas, a fin de no agotarse por la falta de sueño, el cansancio, la matanza y este espectáculo horrible. Sólo Escipión aguantó de pie sin descansar y corrió de un lado para otro sin dormir, tomando la comida de cualquier forma mientras trabajaba, hasta que, cansado y relajado, se sentó sobre un lugar elevado a contemplar lo ocurrido. Mucho quedaba aún por devastar y parecía que los horrores se prolongarían por largo tiempo; sin embargo, al séptimo día se presentaron ante él algunos suplicantes coronados con las coronas sagradas de Esculapio, cuyo templo era el más famoso y rico de todos los que había en la ciudadela. Éstos, tomando de allí ramas de suplicantes, pidieron a Escipión que perdonara la vida únicamente

a los que quisieran salir de Birsa bajo esta condición. Él se lo prometió, con excepción de los tránsfugas. Salieron de inmediato veinticinco mil hombres y mujeres por una puerta estrecha abierta en el muro, a los cuales se les asignó una guardia. Sin embargo, los desertores romanos, unos novecientos, perdidas las esperanzas de salvación se refugiaron en el templo de Esculapio con Asdrúbal, su mujer y sus dos hijos varones. Allí se defendieron durante mucho tiempo y con facilidad, aunque eran poco numerosos, por tratarse de un recinto elevado y con escarpas, al que en época de paz se subía por medio de sesenta escalones. Al fin, vencidos por el hambre, la falta de sueño, el miedo, la fatiga y la proximidad de la muerte, abandonaron el recinto y corrieron a la capilla y al tejado.

Entretanto, Asdrúbal escapó en secreto a Escipión **131** con ramas de suplicante. Escipión le mandó sentarse a sus pies y lo mostró a los desertores. Y ellos, al verlo, pidieron silencio y, cuando lo hubo, cubrieron a Asdrúbal de todo tipo de insultos, prendieron fuego al templo y se consumieron en él. Se dice que la esposa de Asdrúbal, colocada ante los ojos de Escipión cuando el fuego la iluminaba, se arregló como pudo en medio de una situación tan desastrosa y, colocándose junto a sus dos hijos, dijo, para que Escipión pudiera oírla: «No existe contra ti motivo de venganza de parte de los dioses, romano, puesto que ejerciste el derecho de guerra, pero sobre ese Asdrúbal que se ha convertido en traidor de su patria, de sus templos, de mí y de mis hijos, ojalá que los dioses se tomen la venganza y tú junto con ellos.» A continuación, volviéndose hacia Asdrúbal, dijo: «Oh tú, el más miserable, traidor y afeminado de entre los hombres, a mí y a mis hijos nos sepultará este fuego, pero tú, el caudillo de la gran Cartago, ¿a qué triunfo servirás de ornato?, ¿qué castigo no recibirás de ese a cuyos pies estás sentado?». Después de escu-

pirle tales reproches degolló a sus hijos y se arrojó con ellos al fuego.

- 132 Se dice que con estas palabras murió la mujer de Asdrúbal, con una muerte que debiera haber sufrido él mismo. Y Escipión, al ver a una ciudad floreciente durante setecientos años desde su fundación, dueña de tantos territorios, islas y mares, tan rica en armas, naves y elefantes y riquezas como los imperios más poderosos, pero sobrepasándolos con mucho en audacia y altivez de espíritu —pues, incluso privada de las naves y de todas sus armas, resistió al hambre y a una guerra tan grande durante tres años—, cómo entonces había llegado, por fin, a su total destrucción, se dice que, al ver esto, derramó lágrimas y lamentó públicamente la muerte de sus enemigos. Después de reflexionar durante mucho tiempo consigo mismo y de ser consciente de la inevitable caída de ciudades, pueblos e imperios, así como de los individuos por mor del destino, tal como le ocurrió a Troya, otrora ciudad venturosa, a Asiria, a Media, a Persia, el imperio más grande después de aquellos y, recientemente, el espléndido imperio de Macedonia, ya sea voluntariamente o de otro modo se le escaparon los siguientes versos:

*Día vendrá en el que perezca la sagrada Ilión,  
Príamo y el pueblo de Príamo, el de la buena lanza de  
[fresno<sup>27</sup>.*

Al ser interrogado por Polibio en una conversación familiar —pues había sido su tutor— sobre el significado de estas palabras, se dice que él no se abstuvo de mencionar claramente a su patria, por la que tenía miedo, como es natural, al ver la mutabilidad de las cosas humanas.

- 133 Y Polibio escribió estas cosas tal como las oyó. Escipión, una vez destruida Cartago, concedió a su ejér-

<sup>27</sup> *Iliada* VI 448-449.

cito un número de días para que lo devastara todo a excepción del oro, la plata y las ofrendas de los templos. Después, otorgó numerosas recompensas a todos los que habían descollado por su heroísmo, salvo a los que violaron el santuario de Apolo. Envió a Roma la nave más rápida, adornada con los despojos, como mensajera de la victoria. También envió a Sicilia la noticia de que podían venir y llevarse todas aquellas ofrendas que pudieran identificar como apresadas por los cartagineses en guerras anteriores. Este hecho, sobre todo, le atrajo el favor del pueblo como una persona que unía la clemencia con el poder. El resto del botín lo vendió y, ceñido con el cinturón de los sacrificios, él mismo quemó las armas, máquinas y naves inservibles como una ofrenda a Marte y Minerva, según la costumbre de su país.

Quando el pueblo de Roma vio la nave y se enteró 134 de la victoria a primeras horas de la tarde, se lanzó a la calle y pasaron la noche unos con otros entre felicitaciones y abrazos, como si tuvieran la impresión de que acababan de verse libres de un gran temor, de confirmar su supremacía, de consolidar la posesión de su ciudad y de haber obtenido una victoria no equiparable a ninguna otra anterior. Eran conscientes de los hechos de armas gloriosos que, en gran número, habían llevado a cabo ellos mismos y sus antepasados ante los macedonios, iberos, últimamente contra Antíoco el Grande y en la misma Italia. Sin embargo, sabían que jamás había habido una guerra tan terrorífica para ellos ante sus mismas puertas como la guerra púnica, que siempre les había traído riesgos por el valor, espíritu, audacia y mala fe del enemigo. Recordaban todo lo que habían sufrido a manos de los cartagineses en Sicilia, Iberia y en la propia Italia a lo largo de dieciséis años, durante los cuales Aníbal destruyó cuatrocientas ciudades, mató a trescientos mil soldados sólo en el campo

de combate y marchó, en numerosas ocasiones, sobre Roma poniéndola en un peligro extremo. Al recordar todas estas cosas, estaban tan excitados por esta victoria, que no podían darle crédito y, de nuevo, se preguntaban unos a otros si realmente Cartago estaba destruida. Y pasaron la noche entera conversando sobre cómo fueron desposeídos de sus armas y cómo, contra lo esperado, se procuraron otras de inmediato; cómo fueron privados de sus naves y construyeron otra flota, de nuevo, con maderas viejas; cómo fue cerrada la boca del puerto, y cómo perforaron otra entrada en pocos días. También hablaban sobre la altura de la muralla, el tamaño de las piedras y el fuego que destruyó, en numerosas ocasiones, las máquinas de guerra. Se describían unos a otros toda la guerra como si estuviera desarrollándose ante sus propios ojos y adecuaban los gestos de su cuerpo a la fantasía de sus palabras. Parecía que veían a Escipión en las escalas, sobre las naves, en las puertas, en los combates, corriendo de un lado para otro. De este modo pasaron la noche los romanos.

135 Al llegar el día hicieron sacrificios y procesiones por tribus a los dioses y también juegos y espectáculos diversos en su honor. El senado envió a diez de sus miembros más notables para que dispusieran los asuntos de África junto con Escipión de forma conveniente para Roma. Éstos decretaron que Escipión arrasara lo que quedara aún en pie de Cartago y prohibieron que nadie la habitara. Profirieron también imprecaciones contra aquel que habitara Birsa o Mégara, pero no prohibieron pisar su suelo. Asimismo, decretaron la destrucción de todas aquellas ciudades que habían combatido de manera insistente como aliadas de los enemigos. A cada una de las otras ciudades que habían ayudado a los romanos le concedieron una parte del territorio conquistado con las armas y, en primer

lugar, a los uticensis se les dio el territorio que se extiende desde Cartago hasta Hipona. Sobre el resto, impusieron un tributo para la tierra y las personas, igual para los hombres y las mujeres. Decidieron que se enviaría, cada año, un pretor desde Roma para gobernar el país. Y, después de haber dado estas directrices, regresaron a Roma. Escipión las ejecutó y celebró sacrificios y juegos para celebrar la victoria. Una vez que todo estuvo terminado, se hizo a la mar rumbo a su patria y obtuvo el triunfo más glorioso de todos los conocidos hasta aquella fecha, cargado de oro y de todas aquellas estatuas y ofrendas que los cartagineses habían reunido en África, procedentes de todo el mundo, en el transcurso de un largo período de victorias continuas. Coincidió este suceso con la celebración, en Macedonia, del tercer triunfo conmemorativo de la captura de Andrisko, el Pseudofilipo, y en Grecia, del primero por Mummio. Esto tuvo lugar alrededor de la ciento sesenta Olimpiada.

Algún tiempo después, durante el tribunado de Gayo 136 Graco, hubo levantamientos en Roma a causa de la escasez y se decidió enviar a África seis mil colonos. Cuando estaban dibujando los límites para la fundación de un asentamiento en torno a Cartago, los lobos los destruyeron y borrarón en su totalidad. Entonces, el senado desistió de este proyecto. Se dice que, posteriormente, cuando Gayo César, que fue después dictador de por vida, persiguió a Pompeyo hasta Egipto y, desde allí, a los amigos de aquél hasta el interior de África y estaba acampado en las proximidades de Cartago, fue perturbado por un sueño en el que vio a un ejército entero profiriendo lamentos y se hizo de inmediato el firme propósito de colonizar Cartago. Poco después, cuando regresó a Roma, al pedirle tierras la gente pobre, dispuso que enviaran a unos a Cartago y a otros a Corinto. Sin embargo, él cayó asesinado por

sus enemigos muy pronto en el senado romano y su hijo Julio César, apodado Augusto, se encontró con los propósitos de su padre y construyó la actual Cartago, muy cerca de su anterior emplazamiento, respetando la maldición que pesaba sobre aquél. Me he informado de que envió tres mil colonos romanos y que el resto lo reunió de las regiones vecinas. De este modo, los romano fueron dueños de aquella parte de África que pertenecía a los cartagineses, destruyeron Cartago y la fundaron de nuevo ciento dos años después de su destrucción <sup>28</sup>.

## SOBRE NUMIDIA

(APÉNDICE DEL LIBRO «SOBRE ÁFRICA»)

(FRAGMENTOS)

### 1

Bomílcar, estando bajo acusación, huyó antes del juicio, y con él Yugurta, profiriendo, en relación con quienes aceptan el soborno, aquel famoso dicho de que: «La ciudad de Roma se puede comprar en su totalidad, si se le encuentra comprador».

(*Exc. de sent.* 21, pág. 70)

### 2

Metelo regresó a la parte de África, que estaba bajo control de Roma, siendo acusado por el ejército de lentitud en atacar al enemigo y de crueldad para con

---

<sup>28</sup> Según esta fecha, tuvo que ser Julio César, y no Augusto, el que volvió a fundar Cartago.

sus propios hombres, porque castigaba con severidad a sus acusadores.

(*Exc. de virt.* 32, pág. 231)

## 3

Metelo condenó a muerte a todo el senado de Vaga, por haber entregado, mediante traición, la guarnición romana a Yugurta. Junto con él mató también a Turpilio, el comandante de la guarnición, un ciudadano romano que se había rendido al enemigo en circunstancias sospechosas. Una vez que recibió de Yugurta algunos desertores tracios y ligures, les cortó, a unos, las manos y, a otros, los enterró en la tierra hasta el vientre, y tras haberlos asaeteado con flechas y dardos, les prendió fuego cuando todavía estaban vivos.

(*Exc. de virt.* 33, pág. 231)

## 4

Al llegar Mario a Cirta, se presentaron ante él unos emisarios de Boco quienes solicitaron que enviara a alguien para conferenciar con aquél. Fueron enviados Aulo Manlio, su lugarteniente, y Cornelio Sila, su cuestor. A éstos les dijo Boco que hacía la guerra a los romanos por causa de Mario, pues el territorio que él le había quitado a Yugurta ahora se lo había arrebatado, a su vez, Mario a él. Ante esta queja de Boco, Manlio replicó que los romanos habían despojado a Sifax del territorio en cuestión por derecho de guerra y que se lo dieron como un regalo a Masinissa, pero que los romanos otorgaban tales dádivas para que las poseyeran quienes las recibían, mientras pareciera bien al senado y al pueblo romano. Él añadió que ellos habían cambiado su actitud no sin razón, pues Masinissa había muerto y Yugurta, al matar a los hijos de aquél,



se había convertido en enemigo de los romanos. Por consiguiente, dijo: «No es justo ya ni que un enemigo posea el regalo que hicimos a un amigo, ni que tú pienses poder quitar a Yugurta lo que es de los romanos.» Esto fue lo que dijo Manlio acerca de este territorio.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos 29, pág. 559*)

## 5

Boco envió otros emisarios para que solicitaran a Mario la paz, y a Sila, que mediara en las negociaciones. A estos mensajeros, que fueron asaltados durante el viaje, Sila los recibió y les dio hospedaje hasta que Mario regresó de Getulia. Éste les aconsejó que hicieran ver a Boco que debía obedecer a Sila en todo. Por tanto, Boco, que ya estaba inclinado a traicionar a Yugurta, envió mensajeros a los etíopes vecinos —que se extienden desde Etiopía oriental hacia el oeste hasta el monte Mauritano, que llaman Atlas—, so pretexto de reclutar otro ejército, y le pidió a Mario que le enviara a Sila para conferenciar, a lo que Mario accedió. Y el propio Baco, Magdalses, amigo de Boco, y Cornelio, un liberto de Cartago, le tendieron la siguiente emboscada a Apsar, amigo de Yugurta, que había sido dejado en el campamento de Boco para vigilar sus actos.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos 29, pág. 559*)

## INDICE DE NOMBRES

Las abreviaturas utilizadas para designar los diferentes libros de Apiano son las siguientes: *P.* = *Prólogo*; *R.* = *De la realeza*; *It.* = *Sobre Italia*; *Sa.* = *La historia samnita*; *Ga.* = *La historia de la Galia*; *Si.* = *Sobre Sicilia y otras islas*; *Ib.* = *Sobre Iberia*; *An.* = *La guerra de Aníbal*; *Af.* = *Sobre Africa*; *Nu.* = *Sobre Numidia*; *Mac.* = *Sobre Macedonia*; *Il.* = *Sobre Iliria*; *Sir.* = *Sobre Siria*; *Mi.* = *Sobre Mitrídates*.

Los nombres de dioses han sido traducidos por el correlato correspondiente en la mitología romana, dado que se trata de una historia de Roma, desde una óptica romana y con personajes romanos como protagonistas principales, aunque en el texto original, figura la terminología griega para los nombres de los dioses. Los étnicos se han incorporado al índice por la importancia que tienen, así como por la rareza y abundancia de los mismos en diferentes y extensas partes de los libros traducidos. Los nombres geográficos se han conservado, en general, tal como aparecen en el original, salvo aquellos casos que, por su entidad y singularidad, parecían aconsejar que se diera la equivalencia moderna. En estos casos, no obstante, se da en nota la forma original.

- |  |  |
|--|--|
| Abido (ciudad de la Tróade),<br><i>Sir.</i> 21; 23; 28; <i>Mi.</i> 56. | Acarmania (región de Grecia),<br><i>Mac.</i> XI, 4; <i>Sir.</i> 16; <i>Mi.</i> 95. |
| aborígenes (primitivos habitantes de Italia), <i>R.</i> I, 1; I A.     | Acaya (región de Grecia), <i>Mi.</i> 96.   |
| Abrúpolis (amigo de los romanos), <i>Mac.</i> XI, 2; 6.                | Acaya (ciudad de Siria), <i>Sir.</i> 57; (ciudad de Partia), <i>Sir.</i> 57.       |
| Academia (bosque de la —, en el Ática, Grecia), <i>Mi.</i> 30.         | Accio (promontorio del terri-  |

- torio de Anactoria en la Acarnania), *Si.* VI, 1.
- Acilio Glabrio, Manio (general romano contra Antíoco), *Sir.* 17; 18; 19; 21; 23.
- Acio (líder de los volscos), *It.* V, 5.
- Acola (ciudad de Africa), *Af.* 94.
- Acrópolis (ciudadela de Atenas), *Mi.* 38; 39.
- Adana (ciudad de Cilicia), *Mi.* 96.
- Adramitio (los habitantes de —, en Asia), *Mi.* 23.
- Adriano (emperador de Roma), *Ib.* 38; *Sir.* 50.
- Adriático (o mar Jonio, confusión en Apiano), *P.* 14; *Il.* 1; 3; 7; 8; 12; *Sir.* 15; 16; 63; *Mi.* 95; 112.
- Africa, *P.* 4; 9; 12; *Si.* I; II, 3; *Ib.* 4; 9; 14; 18; 19; 29; 37; 56; 57; 67; 89; *An.* 55; 57; 59; 60; *Af.* 1; 2; 3; 4; 6; 7; 9; 10; 13; 17; 27; 42; 48; 49; 51; 54; 57; 60; 62; 63; 65; 67; 73; 74; 75; 76; 83; 88; 89; 94; 100; 111; 112; 120; 126; 135; 136; *Nu.* II; *Mac.* I; *Il.* 4; *Sir.* 31; *Mi.* 16; 95; 121.
- africanos (habitantes de Africa, en general no cartagineses), *Si.* II, 3; *Ib.* 4; 5; 12; 14; 16; 17; 19; 20; 27; *An.* 4; 5; 22; 28; 50; *Af.* 1; 5; 9; 14; 15; 21; 36; 40; 44; 68; 71; 101; 103; 126.
- Agamenón (en mitología, rey de Argos y Micenas), *Mi.* 53.
- agaros (una tribu escita), *Mi.* 88.
- Agatocles (hijo de Lisímaco), *Sir.* 64.
- Agatocles (tirano de Sicilia), *Sa.* XI, 1; *Af.* 14; 110.
- agema (cuerpo de caballería macedónico), *Sir.* 32.
- agrianes (tribu de Iliria), *Il.* 14.
- Agripa (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- Agripa (general de Augusto), *Il.* 20.
- Agrón (rey de una parte de Iliria), *Il.* 7.
- Agropas (en mitología, rey de Alba), *R.* I A.
- Alba (ciudad del Lacio), *R.* I, 2; I A; *An.* 39; *Af.* 89.
- Alba (colonia romana entre los equos), *An.* 39.
- albanios (habitantes de la primitiva Alba), *An.* 39.
- Albanos (montes al noroeste de Roma), *R.* I A; *Sa.* I, 2.
- albanos (tribu del Cáucaso, en Asia), *Mi.* 103; 114; 116.
- albenses (habitantes de la colonia romana de Alba), *An.* 39.
- Alcetas (prefecto de Caria), *Sir.* 52.
- Alejandrécata (ciudad de Escitia), *Sir.* 57.
- Alejandría (ciudad de Egipto), *P.* 15; *Sir.* 51; 66; *Mi.* 33.

- Alejandría (junto al Granico, en Asia), *Sir.* 29.
- alejandrinos (habitantes de Alejandría), *Sir.* 51.
- Alejandro (proedro de los etolios), *Mac.* IX, 1; 2.
- Alejandro (de Megalópolis, un macedonio), *Sir.* 13.
- Alejandro (hijo del anterior), *Sir.* 13.
- Alejandro (hijo de Lisímaco), *Sir.* 64.
- Alejandro (hijo de Alejandro Balas), *Sir.* 68.
- Alejandro (hijo de Alejandro, rey de Egipto), *Mi.* 23.
- Alejandro (enviado de Mitrídates para asesinar a Nicomedes), *Mi.* 57.
- Alejandro (el paflagonio, lugarteniente de Mitrídates), *Mi.* 76; 77.
- Alejandro Balas (bastardo del linaje seleúcida), *Sir.* 67; 68; 70.
- Alejandro Magno (rey de Macedonia), *P.* 8; 9; 10; *Il.* 3; 14; *Sir.* 1; 10; 19; 32; 52; 54; 55; 56; 57; 61; 63; 64; 70; *Mi.* 8; 19; 20; 83; 89; 117.
- Alejandrópolis (ciudad de la India), *Sir.* 57.
- alóbrogos (tribu gala), *Ga.* I, 4; XII.
- Alpes (cordillera de Europa), *Ga.* II; XIII; *Ib.* 13; 14; *An.* 4; 6; 8; 52; *Il.* 1; 4; 10; 15; 16; 17; *Sir.* 10; 13; *Mi.* 102; 117.
- Amastris (ciudad del Ponto), *Mi.* 11; 12; 82.
- Amazonas (en mitología, pueblo de mujeres guerreras), *Mi.* 78; 83; 103; (país de las —, en el Ponto), *Mi.* 69.
- Ambón (líder de los arevacos), *Ib.* 46.
- Ambracia (ciudad de Tesprocia), *Mac.* III, 1; *Sir.* 17.
- Amigos (caballería de los —, cuerpo de jinetes de Alejandro), *Sir.* 32; 57.
- Amílcar (almirante cartaginés), *Af.* 24.
- Amílcar Barca (general cartaginés), *Si.* II, 3; *Ib.* 4; 5; 6; 8; 24; 28; *An.* 2; 3.
- Amílcar «el Samnita» (jefe de la facción democrática de Cartago), *Af.* 68; 70.
- Aminandro (rey de los atamanes), *Mac.* III, 1; VIII; *Sir.* 13; 14; 17.
- Amintas (padre de Filipo, rey de Macedonia), *P.* 8; 10.
- Amisos (ciudad del Ponto), *Mi.* 8; 78; 83; 120.
- ammonios (pueblo de África), *P.* 1.
- Anneo (río de Paflagonia), *Mi.* 18.
- Amulio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Anagnia (ciudad de Italia), *Sa.* X, 3.
- Anco Hostilio (error de Apiano por Tulio, rey de Roma), *R.* II; *Af.* 112.

- Anco Marcio (rey de Roma), *R.* II.
- Anda (ciudad de África), *Af.* 24.
- Andriscos el Pseudofilipo (aspirante al trono de Macedonia), *Af.* 135.
- Androcoto (rey de un pueblo del Indo), *Sir.* 55.
- Andronico (oficial de Perseo), *Mac.* XVI.
- Andronico (embajador de Atalo, hermano de Eúmenes), *Mi.* 4; 5.
- Anfípolis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Aníbal (el paso de —), *An.* 4.
- Aníbal Barca (general cartaginés), *Ib.* 6; 8; 9; 10; 11; 12; 13; 14; 15; 17; 18; 28; 56; 75; *An.* 1-22; 24-26; 28-38; 40-61; *Af.* 2; 6; 7; 9; 15; 23; 31; 33; 35-49; 54-56; 58-59; 63; *Mac.* I; *Sir.* 4; 7-11; 13-15; 17; 22; 28; *Mi.* 109.
- Aníbal «el Estornino» (jefe de la facción cartaginesa pro Masinissa), *Af.* 68.
- Anicio (general romano), *Il.* 9.
- Anio (río del Lacio), *An.* 38-40.
- Annón el Grande (general cartaginés), *Ib.* 4-5; *Af.* 34; 49; 50; 68.
- Annón (sobrino de Aníbal), *An.* 20; 29-30; 36-37.
- Annón (otro general cartaginés), *Ib.* 31.
- Annón (comandante de la guarnición cartaginesa en Capua), *An.* 43.
- Annón (comandante en jefe de la caballería de Asdrúbal), *Af.* 14.
- Annón (hijo de Bomílcar), *Af.* 24; 29-31.
- Annón «el Blanco» (un cartaginés), *Af.* 108.
- Anquises (en mitología, padre de Eneas), *R.* I, 1.
- Antícrago (fortaleza de Cilicia), *Mi.* 96.
- Antígono (sátrapa de Frigia, Licia y Panfilia), *Sir.* 53-55; *Mi.* 9.
- Antíoco el Asiático (hijo de Antíoco el Piadoso), *Sir.* 49; 70; *Mi.* 106.
- Antíoco de Comagene, *Mi.* 106; 114; 117.
- Antíoco Ciziceno (hijo de Antíoco, el hermano de Demetrio Nicátor y de Cleopatra), *Sir.* 68; 69.
- Antíoco Epífanes (hijo de Antíoco el Grande), *Sir.* 39; 45-47; 66.
- Antíoco Eupátor (hijo de Antíoco Epífanes), *Sir.* 46; 66.
- Antíoco Gripo (hijo de Demetrio Nicátor y Cleopatra), *Sir.* 68-69.
- Antíoco el Grande (hijo de Seleuco II), *Af.* 134; *Mac.* IV; IX, 5; 6; XI, 4; 8; *Sir.* 1-9; 11-13; 15-25; 27-34; 36-39; 42-46; 66; *Mi.* 23; 62.
- Antíoco (otro hijo del ante-

- rior), *Sir.* 4; (el hijo más joven), *Sir.* 39.
- Antíoco el Piadoso (hijo de Antíoco Ciziceno), *Sir.* 48; 69; *Mi.* 105; 106.
- Antíoco Sidetes (hijo de Demetrio Soter y hermano de Demetrio Nicátor), *Sir.* 68.
- Antíoco Soter (hijo de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59-60; 63; 65.
- Antíoco Teos (hijo de Antíoco Soter y abuelo de Antíoco el Grande), *Sir.* 1; 65-66.
- Antioquía (nombre de 16 ciudades, fundadas por Seleuco Nicátor, la más famosa de las cuales era la que se hallaba al pie del monte Líbano), *Sir.* 57.
- Antióquide (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Antípatro (general de Alejandro Magno), *Sir.* 52-53; *Mi.* 8.
- Antonio, Gayo (hermano de Marco Antonio, el triunviro), *Il.* 12.
- Antonio, Marco (el triunviro), *P.* 14; *Si.* VI, 1; *Il.* 13; 16; 17; 19; 28; *Mi.* 121.
- Antonio, Marco (Crético, padre del anterior), *Si.* VI, 1-2.
- Apama (hija de Alejandro de Megalópolis), *Sir.* 13.
- Apamea (otro nombre dado a la ciudad de Celenas, en Frigia), *Sir.* 36; 39.
- Apamea (nombre de 3 ciudades, fundadas por Seleuco Nicátor, la más famosa de las cuales era la de Siria), *Sir.* 57.
- Apamea (ciudad de Bitinia), *Mi.* 19; 77.
- Apeninos (montes de Italia), *An.* 8.
- Apiano (historiador griego), *P.* 15.
- Apio (véase Claudio Pulcher, Apio).
- Apión (rey de Cirene), *Mi.* 121.
- Apolo (en mitología, dios griego y romano), *Il.* 4; (estatua de —), *Il.* 30; *Sir.* 12.
- Apolo (promontorio de —, lugar de África), *Af.* 34.
- Apolo (santuario de —, en Cartago), *Af.* 127; 133.
- Apolonia (ciudad griega de los misios de Europa); *Il.* 30; 57.
- Apolonia (ciudad de Iliria), *Il.* 8; *Sir.* 17.
- Apsar (amigo de Yugurta), *Nu.* V.
- Apsaro (río de Armenia), *Mi.* 101.
- Apuleyo (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Apustio, Lucio, *Mac.* IV.
- Aquea (Liga —), *Mac.* VII.
- aqueos (habitantes de Acaya, en Grecia), *Mac.* VII; *Sir.* 14; 26; 31; 63; *Mi.* 29 (de allende la Cólquide).
- aqueos (de Escitia), *Mi.* 67; 69; 102; 116.
- aquerranos (habitantes de Aquerra, en Campania), *Af.* 63.

- Aquilea (ciudad de la Galia), *Il.* 18.
- Aquiles (voto de —), *It.* VIII, 2.
- Aquilio, Manio (general romano), *Mi.* 57.
- Aquilio, Manio (hijo del anterior), *Mi.* 11; 17; 19; 21; 112; 113.
- árabes (vecinos a Siria), *Sir.* 32; 49; 51; 55; 57; (— nabateos), *Mi.* 106; 114.
- Arabia (país de Asia), *P.* 2; 9.
- Aracosia (país de Asia), *Sir.* 55.
- Araxes (afluente mayor del Cirno, entre Armenia y Media), *Mi.* 103.
- arcadios (habitantes de Arcadia, en Grecia), *Sir.* 41.
- Arcatias (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17; 18; 35; 41.
- Ardea (ciudad del Lacio), *It.* VIII, 2.
- ardeos (tribu iliria), *Il.* 10.
- ardieos (tribu iliria), *Il.* 3.
- areácida (tribu númida), *Af.* 33.
- Aretas (rey de los árabes nabateos), *Mi.* 106; 117.
- Aretusa (ciudad junto al río Orontes, en Asia), *Sir.* 57.
- arevacos (tribu celtíbera), *Ib.* 45-46; 48; 50; 51; 66; 76; 94; 99.
- Argantonio (rey de Tartesos, en Iberia), *Ib.* 2; 63.
- argéadas (dinastía de reyes macedonios), *Mac.* II; *Sir.* 63.
- Argiripa (ciudad de Italia), *An.* 31.
- Argonautas (en mitología, expedicionarios a la Cólquide), *Sir.* 63; *Mi.* 101; 103.
- Argos (nombre de varias ciudades en diversos lugares), *Sir.* 63.
- Ariárates (rey de Capadocia), *Mac.* XI, 4; *Sir.* 5; 32; 42.
- Ariárates (rey de Capadocia, hermano de Olofernes), *Sir.* 47.
- Ariárates (gobernador de Capadocia), *Mi.* 8.
- Ariárates (rey de Capadocia), *Mi.* 10.
- Ariárates (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 15.
- Arimino (ciudad de Italia), *An.* 12.
- Ariobarzanes (rey de Capadocia, sucesor de Ariárates), *Sir.* 48; *Mi.* 10; 11; 13; 15; 16; 56-58; 60; 64; 66-67; 105; 114.
- Ariovisto (caudillo germano), *Ga.* I, 3; XVI; XVII.
- Aristandro (adivino de Alejandro Magno), *Sir.* 64.
- Aristarco (príncipe de los colcos), *Mi.* 114.
- Aristides, *Sir.* 41.
- Aristión (el epicúreo, tirano de Atenas), *Mi.* 28-30; 38-39.
- Aristobulo (rey de los judíos), *Sir.* 50; *Mi.* 106; 117.
- Aristón (mercader de Tiro), *Sir.* 8.

- Aristonico (hijo ilegítimo de Eúmenes II de Pérgamo), *Mi.* 12; 62.
- Armenia (país de Asia), *Sir.* 49; 57; *Mi.* 13; 67; 88; 101; 104-105; (gentes de Armenia), *Mi.* 114; 116; (rey de —), 119.
- Armenia Mayor (en época romana, la parte de Armenia al este del Éufrates), *P.* 2; 4.
- Armenia Menor (en época romana, la parte de Armenia al oeste del Éufrates), *P.* 2; *Mi.* 90; 105; 115.
- armenios (habitantes de Armenia), *Mi.* 69; 87; (población armenia), 114.
- Arquelao (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17-18; 27-32; 34-37; 40-45; 49-50; 54-55; 58; 64.
- Arquelao (sacerdote de la diosa de Comana), *Mi.* 114; 121.
- Arrideo (hermano de Alejandro Magno), *Sir.* 52; 54.
- Arsa (ciudad de Iberia), *Ib.* 70.
- Arsaces (rey de Partia), *Mi.* 15.
- Artafernes (hijo de Mitrídates), *Mi.* 108; 117.
- Artaxata (residencia real de Tigranes), *Mi.* 104.
- Artaxias (rey de los armenios), *Sir.* 46; 66.
- Artetauro (príncipe de los ilirios), *Mac.* XI, 2; 6.
- Artoces (rey de los iberos de Asia), *Mi.* 103; 117.
- Asandro (enemigo de Farnaces), *Mi.* 120.
- Asasis (prefecto de caballería de Masinissa), *Af.* 70.
- Ascanio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 1.
- Asclepiódoto (de Lesbos, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Asdrúbal (cuñado de Amílcar), *Ib.* 4; 5; 6; 8; *An.* 2-3.
- Asdrúbal (hermano de Aníbal), *Ib.* 13; 15-16; 24; 28; *An.* 4; 16; 52.
- Asdrúbal (hijo de Giscón), *Ib.* 16; 24; 25; 27; 30; 37; *Af.* 9; 10; 13-15; 17; 18; 20; 22; 24; 27; 29-30; 36; 38.
- Asdrúbal (almirante cartaginés), *An.* 58; *Af.* 34.
- Asdrúbal (el Boetarca, jefe de las tropas auxiliares), *Af.* 70-74; 80; 93; 97; 102-104; 108-111; 114; 118; 120; 126-127; 130-132.
- Asdrúbal (nieta de Masinissa), *Af.* 93; 111.
- Asdrúbal Erifo (cartaginés), *Af.* 34; 49; 53.
- Asia, *Mac.* IX, 5; XI, 4; *Sir.* 1; 3; 6; 12; 14; 15; 17; 21; 53; 55-57; 63; 65; *Mi.* 6; (territorios de Asia), *Mi.* 16; 20; 21; 23; 24; 49; 51; 55; 60-64; 68-69; 91; 97; 101; 120.
- Asia (de en torno a Pérgamo), *Mac.* XI, 1; *Mi.* 3; 11; 118.
- Asia (de en torno al Éufrates), *Sir.* 1.



- Asia (de esta parte del monte Tauro), *Sir.* 29; 38.
- Asia (interior), *Sir.* 59.
- Asia (provincia de —), *Mi.* 53; 58; 60-61; 68; 77; 83; 90; 92.
- Asia (imperio de —), *P.* 4; 8; 9.
- Asiático (sobrenombre de Antíoco, hijo de Antíoco el Píadoso; véase).
- Asiria (país de Asia), *Af.* 132.
- asirio (imperio), *P.* 9; *Af.* 87.
- Aspis (ciudad de Africa), *Af.* 3.
- Astaco (ciudad de Bitinia, en Asia), *Sir.* 57.
- Astapa (ciudad de Iberia), *Ib.* 33.
- astapenses (habitantes de Astapa), *Ib.* 33.
- Atabirio (monte de Rodas), *Mi.* 26.
- Átalo (padre de Eúmenes), *Mac.* IV; *Sir.* 38; 44.
- Átalo (hermano de Eúmenes, rey de Pérgamo), *Sir.* 5; 36; 45; *Mi.* 3-7.
- Átalo (príncipe de Paflagonia), *Mi.* 114.
- Átalo Filométor (hijo de Eúmenes II), *Mi.* 62.
- atamanes (tribu del Epiro), *Mac.* III, 1; *Sir.* 13; 17.
- Atamania (región del Epiro), *Sir.* 17.
- Atela (ciudad de Campania), *An.* 49.
- Atenas (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Mac.* IV; *Sir.* 68; *Mi.* 34-35; 38-39.
- atenienses (habitantes de Atenas), *Af.* 87; *Mac.* IV; VII; *Mi.* 28; 30; 83.
- Atenión (mote peyorativo dado a Fimbria), *Mi.* 59.
- Ática (región de Grecia), *Mi.* 30; 35; *Mac.* IV; *Mi.* 95.
- Atidio (senador romano prófugo), *Mi.* 90.
- Atilio (G. Atilio Serrano), *An.* 5.
- Atilio (M. Atilio Régulo, cónsul en el 217 a. C.), *An.* 16.
- Atilio, Marco (M. Atilio Serrano, pretor en Iberia en el 152 a. C.), *Ib.* 58-59.
- Atilio Régulo (cónsul en el 241 a. C.), *Si.* II, 1; (jefe de la flota romana en Africa en el 256 a. C.), *Af.* 3; 4; 63.
- Atilio (predecesor de Livio en el mando de la flota romana), *Sir.* 22.
- Atilio, Publio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- atintanos (tribu iliria), *Il.* 7-8.
- Atlas (monte de Mauritania, en Africa), *Nu.* V.
- Atreo (hijos de —, en mitología reyes de Argos y Micenas), *Sir.* 63.
- Audacia (personificación de este sentimiento), *Af.* 21.
- Audax (lusitano amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- Aufido (río de Apulia, en Italia), *An.* 16.
- Augusto (véase César Augusto).
- Aulonia (ciudad de Brucios, en Italia), *An.* 49.

- aurupinos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Autariego (hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- autarieos (tribu de Iliria), *Il.* 2-5.
- Autólico (compañero de Hércules contra las Amazonas), *Mi.* 83.
- Autronio Peto (un cónsul), *Il.* 28.
- Avaro (un numantino), *Ib.* 95.
- avendeatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- Aventino (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Axinio (ciudad de Iberia), *Ib.* 47.
- Azov (mar de —), *Mi.* 101; 103; 119; (territorios del —), *Mi.* 102; (pueblos del mar de —), *Mi.* 15.
- Babilonia (satrapía de —, en Asia), *Sir.* 47; 53-57; 65.
- babilonios (habitantes de Babilonia), *Sir.* 1; 47.
- Baco (eunuco de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 82.
- bactrianos (pueblo de Asia), *Sir.* 55.
- Bagadates (sátrapa de Tigranes), *Sir.* 48-49.
- Bagoas (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
- Baleares (islas del Mediterráneo), *P.* 5.
- baleares (honderos), *Af.* 40.
- Bannón Tigilas (legado cartaginés), *Af.* 82; 86.
- Barba (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 77.
- Barca (apelativo de Amílcar, véase éste).
- basilidas (tribus de la desembocadura del Dnieper), *Mi.* 69.
- Basilo (un tribuno militar), *Mi.* 50.
- bastarnas (tribus de la Sarmacia europea), *Mac.* XI 1; *Il.* 4; 22; *Mi.* 15; 69; 71.
- bastitanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 66.
- batiatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- Bebio (prefecto de Macedonia), *Sir.* 16.
- Bebio (oficial romano), *Il.* 13.
- Bebricia (= Bitinia de Tracia), *Mi.* 1.
- Bécor (fortaleza de Iberia), *Ib.* 65.
- belgas (tribu gala), *Ga.* I, 4.
- Belgeda (ciudad de Iberia), *Ib.* 100.
- belos (tribu celtíbera), *Ib.* 44; 48; 50; 63; 66.
- beneventinos (habitantes de Benevento), *An.* 36-37.
- Benevento (ciudad de Italia), *An.* 37.
- Beocia (región de Grecia), *Mi.* 29-30; 41; 51; 95.
- beocios (habitantes de Beocia), *Mac.* VIII; XI, 1; 7.
- Berenice (hija de Tolomeo Filadelfo y esposa de Antíoco Teos), *Sir.* 65.
- Bernice (pequeña ciudad del Epiro), *Mi.* 4.

- Berrea (ciudad de Asia, homónima de otra en Macedonia), *Sir.* 57.
- besios (pueblo de Tracia o Iliria), *Il.* 16.
- Bética (error de Apiano por Bécula, ciudad de Iberia), *Ib.* 24.
- Betis (río de Iberia), *Ib.* 71; 75.
- Beturia (región de Iberia), *Ib.* 68.
- Bibulo (M. Lucio por error en Apiano, procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Biesio (prefecto de caballería), *Ib.* 47.
- Birsa (primitivo núcleo de población de Cartago), *Af.* 1; 2; 95; 117; 127; 128; 130; 135.
- Bitia (prefecto de la caballería nómada), *Af.* 111; 114; 120.
- Bitias (río de la Bitinia Tracia), *Mi.* 1.
- Bitinia (país al noroeste de Asia Menor), *Sir.* 11; *Mi.* 1; 2; 4; 6-7; 10; 11; 17; 60; 68; 71; 75; 77; 95; 112; 121.
- bitinios (habitantes de Bitinia), *P.* 2; *Sir.* 23; *Mi.* 4-5; 7; 16.
- Bitis (rey legendario epónimo de Bitinia), *Mi.* 1.
- Bituito (rey de los alóbroges), *Ga.* XII.
- Bituito (oficial galo), *Mi.* 111.
- Bizancio (ciudad de Tracia), *Mi.* 1.
- bizantinos (habitantes de Bizancio), *Mac.* XI, 1; 7; *Sir.* 6; 12.
- Blacio (ciudadano de Salapia), *An.* 45-48.
- blastofenicios (tribu de Iberia), *Ib.* 56.
- Blítor (prefecto de Mesopotamia), *Sir.* 53.
- Boco (rey de Mauritania), *Nu.* IV; V.
- Bomílcar (general cartaginés), *Af.* 24; *Nu.* I.
- Bósforo (estrecho entre Asia y Europa), *Mi.* 78; 83; 101; (tribus del —), *Mi.* 64; 67; (región del —), *Mi.* 113; (reino del —), *Mi.* 114; (región del Bósforo tracio), *Mi.* 119.
- bosporianos (tribu del Bósforo), *Mi.* 64.
- Bostar (comandante cartaginés en Capua), *An.* 43.
- boyos (tribu gala), *Ga.* I, 1; *An.* 5; 8.
- brácaros (pueblo de Lusitania), *Ib.* 72.
- Brenno (rey de los Galos), *Ga.* III.
- Brindisi (ciudad de Italia), *An.* 34; *Mac.* XIX; *Il.* 12; *Sir.* 17; 43; *Mi.* 51; 93; 95.
- Británica (isla en el Atlántico), *P.* 5; 9; *Ga.* I, 5.
- britanos (habitantes de Britania), *P.* 1; *Ga.* XIX; *Ib.* 1.
- Britómaris (caudillo galo), *Sa.* VI, 1; *Ga.* XI.

- Bríttores (un galo), *Ga.* XXI.  
 Brucios (región de Italia), *Ib.* 44.  
 brucios (pueblo de Italia), *Sa.* X, 1; 2; *An.* 49; 54; 56-57; 61; *Af.* 47; 58.  
 Brutio (prefecto de Macedonia), *Mi.* 29.  
 Bruto (Décimo Bruto Albino, amigo de César), *Il.* 19.  
 Bruto, Sexto Junio (oficial romano), *Ib.* 71-73; 80; 82; 99.  
 Buteón (sobrino de Cornelio Escipión Emiliano), *Ib.* 84.  
 Cabeza del León (fortaleza de Frigia), *Mi.* 19.  
 Cabira (ciudad del Ponto), *Mi.* 78-79.  
 «cadenas de Grecia» (tres guarniciones de Filipo en Grecia), *Mac.* VIII.  
 calaicos (tribu de Iberia), *Ib.* 70.  
 Calatis (ciudad griega de los misios de Europa), *Il.* 30.  
 Calcedón (ciudad de Bitinia), *Mi.* 52; 71.  
 calcidios (habitantes de Calcis), *Sir.* 21.  
 Calcis (ciudad de Eubea, en Grecia), *Mac.* VIII; *Sir.* 16; 20; 29; *Mi.* 31; 34; 41; 45; 50.  
 Calcis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.  
 cálibes (pueblo del Ponto), *Mi.* 69.  
 Calicadno (promontorio de Cilicia), *Sir.* 39.  
 Calidio (tal vez Q. Calidio, tribuno de la plebe en el 99 a. C.), *Mi.* 65.  
 Calídro (monte de las Termópilas), *Sir.* 17-19.  
 Calíope (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.  
 Calípolis (ciudad de Etolia, en Grecia), *Sir.* 21.  
 Calípolis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.  
 Calor (río de la Campania, en Italia), *An.* 36.  
 Calpurnio Pisón (Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, pretor en Iberia en el 151-150 a. C.), *Ib.* 56; *Af.* 109-113; 115.  
 Calpurnio Pisón Frugi (pretor en Iberia en el 112 a. C.), *Ib.* 99.  
 Calpurnio Pisón, Q. (pretor en Iberia en el 135 a. C.), *Ib.* 83.  
 Calvino (véase Domicio Calvino).  
 cambeos (tribu iliria), *Il.* 16.  
 Camilo, L. Furio (hijo de Camilo, M. Furio), *Ga.* I, 2.  
 Camilo, M. Furio (dictador romano), *It.* VIII, 1; 2; *Ga.* I, 1; V; *An.* 8.  
 Campania (región de Italia), *Sa.* I, 1; X, 3; *An.* 36; 39.  
 campanios (habitantes de la Campania), *An.* 36-37; 49; 58.  
 «campos grandes» (territorio de África), *Af.* 68.

- Cannas (aldea y batalla famosa de Italia), *An.* 17; 24-25; 31.
- cántabros (tribu de Iberia), *Ib.* 80.
- Canusio (ciudad de la Apulia, en Italia), *An.* 24; 26.
- Caonia (parte del Epiro), *Il.* 1.
- Capadocia (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 47; 53; 57; *Mi.* 8-13; 15-17; 56; 60; 64; 66-67; 68; 80-81; 91; 105; 112; 114; 115; 117; (gentes de —), 116; (llamada Seleúcida), 55.
- capadocios (habitantes de Capadocia), *P.* 2; *Sir.* 5; 32; *Mi.* 30; 41; 114; 118.
- Cápeto (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Capis (en mitología, padre de Anquises), *R.* I, 1.
- Capis (hijo de Latino Silvio, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Capitolio (edificio de Roma), *Ga.* I, 1; IV; VI; *Ib.* 23; *Af.* 66; 75; *Mac.* IX, 4; *Sir.* 39-40; *Mi.* 117.
- Capua (ciudad de Italia), *An.* 36-37; 38; 40.
- capuanos (habitantes de Capua), *An.* 36-37; 43.
- Caraunio (apodo de Retógenes; véase éste).
- Caravis (ciudad de Iberia), *Ib.* 43.
- Caria (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 44; 52; *Mi.* 118.
- Caris (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.
- Carmona (ciudad de Iberia), *Ib.* 25; 27; 58.
- carnos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Caro (segedano, general de los celtiberos), *Ib.* 45.
- Carpessos (véase Tartessos).
- Carpessos (otra —, ciudad de Iberia), *Ib.* 63.
- Carpetania (región de Iberia), *Ib.* 64; 70; 83.
- carpetanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 51.
- cartagineses (habitantes de Cartago), *passim.*
- Cartago «Espartagena» o Cartago Nova (ciudad de Iberia), *Ib.* 12; 19-20; 24; 28; 32; 34-35; 75.
- Cartago (ciudad del norte de Africa), *P.* 1; 12; *Si.* II, 1; 3; *Ib.* 5; 7-8; 10-13; 18; 24; 49; 65; 84; 98; *An.* 2-3; 40; 54; 58; *Af.* 1-2; 8-10; 24; 31-34; 36-37; 42; 49-50; 51; 55; 62; 67; 69-71; 73; 75-79; 81; 83-85; 89-90; 94; 97; 105-106; 109-114; 120; 122; 126; 131; 133-136; *Mac.* I; *Sir.* 7-11; 40.
- Cartago (en mitología, fundador de Cartago), *Af.* 1.
- Cartalón (jefe de la guarnición cartaginesa en Tarento), *An.* 49.
- Cartalón (jefe de la facción democrática en Cartago), *Af.* 68; 74.
- Casandro (hijo de Antípatro), *Sir.* 53.

- Casio (L. Casio Longino, cónsul en el 107 a. C.), *Ga.* I, 3.
- Casio (Gayo Casio Hémina, analista romano), *Ga.* VI.
- Casio (Gayo Longino, asesino de César), *Il.* 13.
- Casio, Lucio (procónsul de Asia), *Mi.* 11; 17; 19; 24; 112.
- Caspio (mar), *Mi.* 103.
- Castabala (ciudad de Cilicia), *Mi.* 105.
- Cástax (ciudad de Iberia), *Ib.* 32.
- Cástor de Fanagoria, *Mi.* 108; 114.
- Cástulo (ciudad de Iberia), *Ib.* 16.
- Catón (Marco Porcio Catón Uticense), *Ga.* XVIII.
- Catón (Marco Porcio Catón Censorino, célebre hombre de armas y orador romano), *Ib.* 39; 40; *Af.* 65; 69; *Sir.* 18; 19; *Mi.* 6.
- Cauca (ciudad de Iberia), *Ib.* 51-53.
- Cáucaso (monte de Asia), *P.* 4; 9; *Mi.* 103.
- Cauceno (caudillo lusitano), *Ib.* 57.
- cauceos (tribu de Iberia), *Ib.* 89.
- Caudio (ciudad del Samnio, en Italia), *Sa.* IV, 3; 5.
- caunios (habitantes de Cauno, en Caria), *Mi.* 23.
- Cauno (viento de —), *Mi.* 26.
- Cecilio (embajador romano en Iberia), *Ib.* 81.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo «Crético», cónsul en el 69 a. C.), *Si.* VI, 2.
- Cecilio Metelo (pretor en Iberia en el 143 a. C.), *Ib.* 76.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo Pío, cónsul en el 80 a. C.), *Ib.* 101.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo Numídico, cónsul en el 108 a. C.), *Nu.* II; III.
- Cedicio, Q. (emisario romano), *Ga.* V.
- Celenas (ciudad de Frigia), *Sir.* 36.
- Celesiria (en la época imperial romana, la parte norte de Siria), *P.* 2; *Sir.* 1; 5; 38; 50; 53; *Mi.* 106; 115; 117; 118.
- celtas (habitantes de la Galia, en Europa), *P.* 3; 4; *Ib.* 1-2; 4; 37; 39; *An.* 4; *Af.* 5; 7; 17; 40; 44; 46-47; 49; 54; *Il.* 2; 4; 5; 8.
- Celtiberia (región de Iberia), *Ib.* 56.
- celtíberos (tribus de Iberia), *P.* 3; *Ib.* 1-3; 28; 31; 43; 46-47; 50; 54; 100; *An.* 4; 20; 22; 23; 30; 52-53; 59; 68; 71.
- Celto (en mitología, hijo de Polifemo), *Il.* 2.
- Censorino (véase L. Marcio Censorino).
- Centenio (ciudadano romano), *An.* 9-11; 17.
- Cepión (véase Q. Servilio Cepión).

- Cepión (Bruto Cepión, uno de los asesinos de César), *Il.* 13.
- Cerdeña (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Ib.* 4; *An.* 8; 54; *Af.* 2; 5; 17; 86; *Mi.* 95.
- César, Gayo Julio (dictador y cónsul romano), *P.* 6; 14; *Ga.* I, 2; 3-5; XVI-XXI; *Si.* VII; *Ib.* 102; *Af.* 136; *Il.* 12-13; 15; 28-29; *Mi.* 120-121.
- César Augusto (G. Octavio, véase Octavio César).
- Césaro (caudillo lusitano), *Ib.* 56.
- Cicerón (Q. Tulio Cicerón, hermano del célebre orador romano), *Ga.* XX.
- Cícladas (islas en el mar Egeo), *P.* 5; *Mac.* IV.
- Cidonia (ciudad de Creta), *Si.* VI, 2.
- Cila (ciudad de Africa), *Af.* 40.
- Cilicia (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 1; 2; 22; 48; 50; 69; *Mi.* 8; 57; 75; 92; 96; 97; 105-106; 112; 115; 117-119; (gentes de Cilicia), 116.
- cilicios (habitantes de Cilicia), *P.* 2; *Sir.* 32; 50; *Mi.* 92; 96; (tiranos cilicios), 117.
- cimbrios (tribu galo-germana), *Ga.* I, 4; XIV; *Ib.* 99; *Il.* 4.
- cinambrios (tribu iliria), *Il.* 16.
- Cineas (tesalio), *Sa.* X, 1; 3; 4; XI, 1.
- Cinna (embajador romano en Iberia), *Ib.* 81.
- Cinna, Lucio Cornelio (rival de Sila), *Ib.* 101; *Mi.* 51; 60.
- Cinoscéfalas (montañas de Tesalia), *Sir.* 16.
- Cipsela (ciudad de Tracia), *Mi.* 56.
- Cirene (puerto y ciudad en el norte de Africa), *P.* 1; *Af.* 106; *Mac.* IV; *Mi.* 121.
- Cirno (río de la Cólquide), *Mi.* 103.
- Ciro (rey de Persia), *Af.* 28.
- Ciro (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 117.
- Cirra (ciudad de la Fócide, en Grecia), *Mac.* XI, 4.
- Cirta (ciudad de Africa), *Af.* 27; 106; *Nu.* IV.
- Ciziceno (sobrenombre de Antíoco Ciziceno; véase éste), *Sir.* 69.
- Cízico (ciudad de Asia), *Sir.* 68; 72; 73; 75; 76; *Mi.* 85; (los habitantes de —), *Sir.* 12; *Mi.* 73-76.
- Claudia Quintia (mujer romana), *An.* 56.
- Claudio el Ciego, Apio (romano célebre), *Sa.* X, 2-3.
- Claudio, Apio (tribuno militar del prefecto Bebio), *Sir.* 16.
- Claudio (sabino elegido senador romano), *R.* XII.
- Claudio, Apio (Pulcher, cónsul en el 212 a. C.), *An.* 37; 40.
- Claudio (Nerón, pretor en el 212 a. C.), *Ib.* 17.
- Claudio Aselo (romano sitiador de Capua), *An.* 37.

- Claudio Marcelo (cónsul en el 216 a. C., véase Marcelo, Claudio).
- Claudio Marcelo (pretor en Iberia en el 152 a. C., véase Marcelo, Claudio).
- Clazómenas (ciudad de la Jonia), *Mi.* 63.
- Cleémporo (embajador de los isios), *II.* 7.
- Clelio (jefe de los getas), *Mac.* XVIII, 2-3.
- Cleopatra (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Cleopatra (esposa de Demetrio Nicátor), *Sir.* 68.
- Cleopatra (abuela del hijo de Alejandro rey de Egipto), *Mi.* 23; 115; 117.
- Cleopatra (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108.
- Clístenes (de Lesbos, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Clodio (P. Clodio Pulcher, patricio romano), *Si.* VII
- clusinos (habitantes de Clusio, en Etruria), *Ga.* II.
- Clusio (ciudad de Etruria, en Italia), *Ga.* II.
- Cnosos (ciudad de Creta), *Si.* VI, 2.
- colcos (habitantes de la Cólquide, en Asia), *P.* 4, *Mi.* 15; 64; 101; 103; (país de los —), 101; 114.
- Colenda (ciudad de Iberia), *Ib.* 99; 100.
- Cólquide (país de Asia), *Sir.* 63; *Mi.* 101; 103.
- Comana (aldea de Capadocia), *Mi.* 64; 82; 114; (sacerdocio de —), 121.
- Cominio (prefecto de caballería de Graco), *Ib.* 43.
- Complega (ciudad de Iberia), *Ib.* 42-43.
- Concordia (templo de la —, en Tralles, Lidia), *Mi.* 23.
- Conistorgis (ciudad de Iberia), *Ib.* 57-58.
- Cónnoba (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Cononeo (un tarentino), *An.* 32-33.
- Consentia (ciudad de Italia), *An.* 56.
- Coplanio (llanura del territorio de Palantia, en Iberia), *Ib.* 88.
- coralos (tribu sármata), *Mi.* 64.
- Córax (monte de Etolia), *Sir.* 21.
- Córcega (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Mi.* 95.
- Corcira (isla del Adriático), *Mac.* I; XIX; *II.* 7-8.
- corcirenses (habitantes de Corcira), *II.* 16.
- Córdoba (ciudad de Iberia), *Ib.* 65-66.
- Corinto (ciudad de Grecia), *Af.* 136; *Mac.* VII-VIII.
- Cornelio (liberto de Cartago), *Nu.* V.
- Cornelio (general romano contra los peones), *II.* 14.
- Cornelio Coso (cónsul romano en el 343 a. C.), *Sa.* I, 1.



- Cornelio Hispano, Gneo (embajador romano), *Af.* 80.
- Cornelio Léntulo (véase Léntulo, Gneo Cornelio).
- Cornelio, L. Valerio (cónsul romano en el 282 a. C.), *Sa.* VI, 1; VII, 1; *Ga.* XI.
- Cornelio, Marco (cónsul romano en el 201 a. C.), *Af.* 63.
- Cornelio, Publio (familiar de Cornelio Léntulo), *Af.* 62.
- Coruncanio, T. (cónsul en el 280 a. C.), *Sa.* X, 3.
- Coruncanio (otro, embajador romano), *Il.* 7.
- Corvino (véase Valerio Corvo, M.).
- Cos (isla del Egèo), *Mi.* 23; 115; (los de —), 117.
- Cota (Lucio Aurelio Cota cónsul ?), *Il.* 10.
- Cota, Marco Aurelio (gobernador de Bitinia), *Mi.* 71; 112.
- Cotene (prefectura de Armenia), *Mi.* 101.
- cotenos (habitantes de Cotene), *Mi.* 101.
- Cotón (puerto de Cartago), *Af.* 127.
- Crago (fortaleza de Cilicia), *Mi.* 96.
- Craso (cónsul romano), *Mac.* XII.
- Craso, Licinio (cónsul en el 205 a. C.), *An.* 55-56.
- Craso, M. Licinio (procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Crátero (oficial de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17.
- Cremona (ciudad de Italia), *An.* 7.
- Creso (rey de Lidia), *Af.* 28.
- Creta (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Si.* VI, 1; *Il.* 6.
- cretenses (habitantes de Creta), *Si.* VI, 1-2; *Sir.* 32.
- Creusa (en mitología, esposa de Eneas), *R.* I, 1.
- Crispino, Tito (cónsul en el 208 a. C.), *An.* 50-51.
- Critias (tirano de Atenas), *Mi.* 28.
- Crotona (ciudad de Italia), *An.* 57.
- Cumas (ciudad de Asia Menor), *Sir.* 25.
- cuneos (tribu de Iberia), *Ib.* 57-58; 68.
- Curio (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Curión G. Escribonio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 60.
- Chipre (isla del Mediterráneo), *P.* 5; 9; *Mac.* IV; *Sir.* 4; 52; 54; 56; 95.
- chipriotas (habitantes de Chipre), *Mi.* 92.
- Dalas (ciudad de Asia), *Sir.* 32.
- Dacamas (príncipe númida), *Af.* 41.
- dacios (habitantes de la Dacia, en Europa), *P.* 4; *Il.* 22-23.
- dálmatas (tribu iliria), *Il.* 11; 12; 17; 24-25; 27-28.
- Damágoras (un rodio), *Mi.* 25.
- Damócrito (general etolio), *Sir.* 21.

- Danubio (río de Europa), *P.* 4; *Mac.* XVIII, 1; 2; *Il.* 1; 3; 5; 6; 14; (curso bajo del Istro), 22; (pueblos del —), *Mi.* 15; 69.
- Daorto (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- Dárdano (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- dárdanos (pueblo de Iliria), *Il.* 2; 5; 14; 22; *Mi.* 55.
- Darío (rey de Persia), *P.* 8; *Mi.* 8; 112; 115; (lecho de —), 116.
- Darío (rey de Media), *Mi.* 106; 117.
- Darío (hijo de Mitridates), *Mi.* 108; 117.
- darsios (tribu iliria), *Il.* 2.
- dasaretios (tribu iliria), *Il.* 2.
- Dasaro (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- Dasio (un daunio), *An.* 31.
- Dasio (ciudadano de Salapia), *An.* 45-48.
- Daunia (región de Italia), *An.* 31.
- daunios (habitantes de Daunia), *Sa.* IV, 1; X, 1.
- Decio, P. (tribuno militar), *Sa.* I, 1.
- Decio, Vibelio (romano), *Sa.* IX, 1; 2; 3.
- Delfos (santuario de Grecia), *It.* VIII, 1; *An.* 27; *Mac.* XI, 4; 7; *Mac.* XIX; *Il.* 4; (templo de —), *Il.* 5; (tesoro de —), *Mi.* 54; 112.
- Delio (ciudad de Beocia), *Sir.* 12; 15.
- delmatenses (nombre primitivo de los dálmatas), *Il.* 11.
- Delminio (ciudad de Iliria), *Il.* 11.
- Delos (isla del Egeo), *Mi.* 28.
- Demetrias (ciudad de Tesalia), *Mac.* VIII; *Sir.* 29; *Mi.* 29.
- Demetrio (hijo de Filipo V de Macedonia), *Mac.* IX, 2; 5-6; *Sir.* 20.
- Demetrio (gobernador de Faro), *Il.* 7-8.
- Demetrio (hijo de Antígono), *Sir.* 54.
- Demetrio Nicátor (hijo de Demetrio Soter), *Sir.* 67-69.
- Demetrio Soter (hijo de Seleuco IV), *Sir.* 45-47; 66.
- Demóstenes (orador griego), *Sa.* X, 1.
- Dentato, M. Curio (general romano), *Sa.* V.
- derbanos (tribu iliria), *Il.* 28.
- desios (tribu alpina), *Il.* 17.
- Deyótaro (tetrarca de Galacia), *Mi.* 75.
- Deyótaro (tetrarca de los galogrecos), *Mi.* 114.
- Diana (templo de —, en Éfeso), *Mi.* 23.
- Dídima (oráculo de —, en Mileto), *Sir.* 56.
- Didio, Tito (pretor en Iberia en el 101 a. C.), *Ib.* 99-100.
- Dido (en mitología, fundadora de Cartago), *Af.* 1.

- Diégilis (cuñado del rey Prusias), *Mi.* 6.
- Dime (ciudad de Acaya), *Mi.* 96.
- Díndimo (monte de Cízico), *Mi.* 75-76.
- Diocles (oficial de Mitridates), *Mi.* 78.
- Diódoto (esclavo de la casa real seleúcida), *Sir.* 68; 70.
- Diófanes (comandante de las tropas defensoras de Pérgamo), *Sir.* 26.
- Diógenes (defensor de Néferis), *Af.* 126.
- Diógenes (hijo de Arquelao), *Mi.* 49.
- Diomedes (héroe argivo, en mitología), *An.* 31; *Sir.* 63; *Mi.* 1; 53.
- Dionisio (el eunuco, lugarteniente de Mitridates Eupátor), *Mi.* 76-77.
- Dionisópolis (ciudad griega vecina a los misios de Europa), *Il.* 30.
- Dioscuria (ciudad de la Cólquide), *Mi.* 101.
- Dioscuros (los hijos de Zeus, Cástor y Pólux), *Mi.* 101; 103.
- Ditalcón (lusitano, amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- docleatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- dólopes (pueblo de Tesalia), *Mac.* XI, 6.
- Domicio (romano), *Sa.* VI, 2.
- Domicio (Gneo Domicio Ahenobarbo), *Ga.* XI; XII.
- Domicio, Calvino (general de César), *Il.* 7; 13.
- Domicio, Gneo (consejero de Lucio Cornelio Escipión), *Sir.* 30-31; 34; 36.
- Don (pueblos de la región del —), *Mi.* 15.
- Dorilao (oficial de Mitridates Eupátor), *Mi.* 17; 49.
- Dorsón (G. Fabio Dorsuo, sacerdote romano), *Ga.* VI.
- Dromiquetes (general de Mitridates Eupátor), *Mi.* 32; 41.
- Druso (cónsul romano en el 148 a. C.), *Af.* 112.
- Duero (rio de Iberia), *Ib.* 55; 71-72; 91.
- Ebro (río de Iberia), *Ib.* 6-7; 10; 41-42; *An.* 2-3; *Af.* 6.
- ecuos (pueblo de Italia), *An.* 39; *Af.* 58.
- Edesa (ciudad de Mesopotamia), *Sir.* 57.
- eduos (tribu gala), *Ga.* XVI; XXI.
- Eetes (en mitología, hijo del Sol y rey de la Cólquide), *Mi.* 103.
- efesios (habitantes de Éfeso), *Mi.* 21; 23; 48; 61.
- Éfeso (ciudad de Asia), *Sir.* 4; 6; 9; 12; 20; 22; 24; 25; 27; *Mi.* 21; 61; 116.
- Egeo (mar entre Grecia y Asia Menor), *P.* 2; (islas del —), *Mi.* 95.

- Egesto (en mitología, personaje de la casa real de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Egipcio (mar de Asia), *P.* 2; 3; 5.
- Egipto (país de Africa), *P.* 1; 9; 10; 14; *Af.* 136; *Mac.* IV; *Il.* 30; *Sir.* 4-5; 48; 50-52; 54; 62; 66; *Mi.* 13; 114; 120; 121; (reyes de —), *Mi.* 16.
- Elatea (ciudad de la Fócide, en Grecia), *Sir.* 20.
- Elea (puerto de Eólide, en Asia Menor), *Sir.* 26; 30; 38.
- Eleusis (ciudad de Grecia), *Mi.* 30; 32.
- elimeos (pueblo de Asia), *Sir.* 32.
- Emiliano (véase Fabio Máximo Emiliano).
- Emilio (L. Emilio Bárbula, cónsul en el 281 a. C.), *Sa.* VII, 3.
- Emilio (Paulo Emilio, cónsul romano en el 168 a. C.), *Mac.* XIX; *Il.* 9-10; *Sir.* 29; *Ib.* 65; *Af.* 101.
- Emilio Lépidio (pretor en Iberia en el 137 a. C.), *Ib.* 80-83.
- Emilio, Lucio (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 17-19; 20; 23-24.
- Emilio Pappo (L.), *Ga.* I, 2.
- Emporion (ciudad de Iberia), *Ib.* 7; 40.
- Emporion (ciudad de Africa), *Af.* 72; 79.
- Eneas (en mitología héroe de la guerra de Troya), *R.* I, 1-2; I A.
- Eneas Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- énetos (tribu que bordea a Macedonia), *Mi.* 55.
- Enqueleo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- enqueleos (pueblo ilirio), *Il.* 2.
- Eólide (región de Asia Menor), *Sir.* 23; 25.
- eolios (grupo étnico griego), *Sir.* 1; 12.
- Epaminondas (caudillo tebano), *Sir.* 41.
- Epícides (general siracusano), *Si.* III.
- epidamnios (habitantes de Epidamno), *Il.* 7.
- Epidamno (ciudad de Iliria), *Il.* 7; 13.
- Epidauro (tesoro de —), *Mi.* 54.
- Epifanea (ciudad de Cilicia), *Mi.* 96.
- Epifanes (sobrenombre de Antíoco V, véase éste).
- Epiro (país al noroeste de Grecia), *Sa.* VII, 3; VIII; X, 1; 4; *An.* 26; *Mac.* XI, 4; *Il.* 7; *Sir.* 43.
- epirotas (habitantes del Epiro), *Sa.* X, 4; *Mac.* V.
- Equínadas (islas del Adriático), *P.* 5.
- Erasítrato (médico de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59-60.
- Eridano (río, véase Po).
- Erisana (ciudad de Iberia), *Ib.* 69.

- Eritrea (ciudad de la Jonia), *Mi.* 46.
- Escadia (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Escarfia (ciudad de los locrios epicnemidios), *Sir.* 19.
- Escauro (cuestor de Pompeyo), *Sir.* 51.
- Esciatos (isla de Tesalia), *Mi.* 29.
- Escipión, Publio Cornelio (cónsul en el 218 a. C.), *Ib.* 14-16; 18; 19; 32; *An.* 5-8; 27; 56; *Af.* 6; 104.
- Escipión, Gneo Cornelio (hermano del anterior), *Ib.* 14-16; *An.* 5; 56; *Af.* 6.
- Escipión, Publio Cornelio (el Africano Viejo), *Ib.* 18-19; 21-30; 32; 34; 35-38; *An.* 55; 57-58; *Af.* 2; 6-10; 13-16; 18-19; 22-32; 34-49; 53; 55-57; 59-62; 64-66; 69; 78; 80; 83; *Sir.* 9-11; 21; 23; 29-30; 38-42.
- Escipión, L. Cornelio E. Asiático (hermano del anterior y legado romano), *Ib.* 29; (cónsul), *Il.* 5; *Sir.* 21.
- Escipión, Lucio (véase el anterior), *Il.* 5.
- Escipión, Publio Cornelio E. Emiliano (el Africano Joven y el Numantino, lugarteniente de Lúculo), *Ib.* 49; 53-54; (cónsul), *Ib.* 84-85; 88-89; 91-96; 98-99; (tribuno militar en África), *Af.* 2; 71-72; 98-109; (cónsul en África), 112-115; 117; 119; 120-121; 124-126; 128-129; 131-135; *Mac.* XIX; *Sir.* 29.
- Escipión Nasica, Cornelio (hijo de Gneo Cornelio Escipión), *An.* 56; *Af.* 69.
- Escipión Nasica, Cornelio (otro, cuestor de Escipión el Joven en África y partícipe de una embajada), *Af.* 80.
- Escipiones (Publio y Gneo Cornelio Escipión), *Ib.* 15-17; 19; 23; 29.
- Escipiones (padres adoptivos de Escipión el Joven), *Af.* 101.
- Escipiones (Publio Cornelio Escipión el Africano Viejo y Lucio Cornelio Escipión el Asiático), *Sir.* 22-23; 29-30; 39; 43.
- escitas (habitantes de Escitia), *Mi.* 15; 41; 57; 69; 78; 102; 109; (príncipes), 108; 119; (mujeres reinas de los —), 117.
- Escitia (región de Asia), *Sir.* 57; *Mi.* 101; 112.
- Escordisco (en mitología, hijo de Panonio), *Il.* 2.
- escordiscos (tribu iliria), *Il.* 3; 5.
- Escóroba (monte en el límite entre Bitinia y el Ponto), *Mi.* 19.
- Escotio (monte de Armenia Menor), *Mi.* 120.
- Esculapio (en mitología, dios de la medicina), *Af.* 130.
- Esculapio (templo de —), *Af.*

- 130; (en Pérgamo), *Mi.* 23; 60.
- Esepo (río de Misia, en Asia), *Mi.* 76.
- Esmirna (ciudad de la Jonia), *Sir.* 29; (habitantes de —), *Sir.* 2.
- Esparta (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Sir.* 41.
- Espartaco (gladiador romano), *Mi.* 109.
- espartanos (habitantes de Esparta), *Sir.* 18.
- Espóradas (islas del Egeo), *P.* 5.
- Estatilio Tauro (oficial romano en Dalmacia), *Il.* 27.
- Estratonice (esposa de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59; 61.
- Estratonice (otra, esposa de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 107.
- Estratonicea (ciudad de Caria fundada por Seleuco Nicátor), *Sir.* 57; *Mi.* 21; 27.
- etíope (habitante de Etiopía), *P.* 1; 4.
- Etiopía (país de Africa), *P.* 4; 9; *Af.* 71.
- Etolia (región de Grecia), *Sir.* 21; 23; *Mi.* 30.
- etolios (habitantes de Etolia), *Mac.* III, 1; 2; IV; VIII; IX, 1; XI, 1; 7; XII; *Sir.* 12-14; 18-19; 21; 23.
- Etruria (región de Italia), *Sa.* VI, 1-2; X, 3; *Ga.* II; *Ib.* 14; *An.* 5; 8-10; 52; *Af.* 9; *Mi.* 93.
- etruscos (habitantes de Etruria), *Sa.* VI, 1-2; *Ga.* XI; *Af.* 58; 66.
- Eubea (esposa de Antíoco el Grande), *Sir.* 20.
- Eubea (isla del Egeo), *P.* 5; *Sir.* 12; *Mi.* 29; 95; (habitantes de —), *Mac.* VIII.
- Eudoro (comandante de la flota rodia), *Sir.* 27.
- Eufrates (río de Asia), *P.* 2; 4; 9; *Sir.* 1; 48; 50; 55-56; 62; *Mi.* 68; 84; 101; 116; 119; 121; (fuentes del —), *Mi.* 101.
- Eumaco (sátrapa de Mitrídates Eupátor en Galacia), *Mi.* 46; 75.
- Eumenes (de Cardia, sátrapa de Capadocia), *Sir.* 53; *Mi.* 8.
- Eumenes (rey de Pérgamo), *Mac.* IX, 6; XI, 1-5; 7-8; XVIII, 1-2; *Sir.* 5; 22; 25-26; 31; 33; 34; 36; 38; 44-45; *Mi.* 55; 62.
- Eupátor (sobrenombre de Antíoco el hijo de Epifanes, véase Antíoco Eupátor).
- Eupatoria (ciudad del Ponto), *Mi.* 78; 115.
- Eupatra (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Eurídice (hija de Antípatro y madre de Cerauno), *Sir.* 62.
- Eurileón (véase Ascanio).
- Euripo (estrecho entre Beocia y Eubea), *Mi.* 45.
- Europa, *P.* 9; *Ib.* 1; *Sir.* 1-3; 6; 15; 38; 53; 56; 63; 65; *Mi.* 13; 58; 69; 101.

- Euxino (Ponto, mar entre Europa y Asia), *P.* 3-4; *Il.* 6; 29; *Sir.* 6; *Mi.* 47; 78; 102-103; 108; (boca del Ponto —), *Mi.* 1; 12; 19; 95; (pueblos del —), *Mi.* 118; 121.
- Fabio (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 88; 112.
- Fabio, Quinto (Ambusto, uno de los tres Fabios, véase Fabios).
- Fabio, Quinto (Píctor, analista romano), *An.* 27.
- Fabio Máximo (dictador romano), *An.* 11-16; 31.
- Fabio Máximo Emiliano (cónsul en el 145 a. C.), *Ga.* I, 2; *Ib.* 65; 67; *Mac.* XIX.
- Fabio Máximo Serviliano (pregonero en Iberia en el 141 a. C.), *Ib.* 67-70.
- Fabios (los tres, embajadores romanos a los galos), *Ga.* II-III.
- Fabricio (Gayo Fabricio Luscinio, héroe de la guerra con Pirro y cónsul en el 282 a. C.), *Sa.* IX, 3; X, 4.
- Fameas (véase Himilcón).
- Fanagoria (enclave comercial en la boca del Ponto), *Mi.* 108; (los habitantes de —), *Mi.* 108; 113; 120.
- Fanio (oficial romano, cuñado de Lelio), *Ib.* 67.
- Fanio, Lucio (un sertoriano), *Mi.* 68.
- Farnaces (hijo de Mitrídates), *Mi.* 110-111; 113-114; 120-121.
- Faro (isla cerca de Dalmacia), *Il.* 7-8.
- Fauno (en mitología, dios-rey romano del Lacio), *R.* I, 1.
- Fenicia (país de Asia Menor), *Sir.* 22; 50; 53; *Mi.* 13; 56; 95; 106; 118.
- fenicios (habitantes de Fenicia), *P.* 2; *Ib.* 2; *Af.* 1-2.
- Fénix (oficial de Mitrídates), *Mi.* 79.
- Féstulo (en mitología, pastor, esposo de Laurentia), *R.* I A.
- Fígulo (Gayo Marcio Fígulo, cónsul), *Il.* 11.
- Fila (ciudad de Macedonia), *Mac.* XVIII, 3.
- Filetero (hermano de Éumenes, rey de Pérgamo), *Sir.* 5.
- Filetero (otro, rey de Pérgamo), *Sir.* 63.
- Filipo (hijo de Amintas y padre de Alejandro Magno), *P.* 8-10; *Il.* 14; *Sir.* 19; 32; 52; 54.
- Filipo V (rey de Macedonia), *Ib.* 39; *Mac.* I-III, 1-2; IV-V; VII-VIII; IX, 1-6; X-XI, 1; XII; *Il.* 3; 6; 8; 9; *Sir.* 2-3; 12-17; 20-21; 23; 28; 30; 43.
- Filipo (hijo de Alejandro de Megalópolis, un macedonio), *Sir.* 13; 17.
- Filipo (guía de los elefantes del ejército de Antíoco), *Sir.* 33.
- Filipo (nombre dado a Arrideo,

- hermano de Alejandro), *Sir.* 52.
- Filócaris (un tarentino), *Sa.* VII, 1.
- Filoctetes (héroe griego), *Mi.* 77.
- Filónides (un tarentino), *Sa.* VII, 2.
- Filopemen (padre de Mónica), *Mi.* 21; 48.
- Filótimo (de Esmirna, íntimo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 48.
- Fimbria (compañero de generalato de Flaco, L. Valerio), *Mi.* 51-53; 56; 59-60; 64; 72; 112.
- Flaco (véase Flaco, Fulvio Q., cónsul en el 179 a. C.).
- Flaco (oficial romano a las órdenes de Emilio Lépido), *Ib.* 81.
- Flaco, Fulvio Q. (cónsul en el 179 a. C.), *Ib.* 42.
- Flaco, Fulvio Q. (cónsul en el 212 a. C.), *An.* 37; 40-43; 48.
- Flaco, G. Valerio (pretor en Iberia en el 93 a. C.), *Ib.* 100.
- Flaco, Lucio Valerio (cónsul enviado por Cinna contra Mitrídates), *Mi.* 51-52.
- Flaminio (general romano), *Mac.* V; VIII; IX, 1-4; 6; *Sir.* 2; 11; 21.
- Flaminio, Gayo (cónsul en el 217 a. C.), *An.* 8-10; 17.
- Flavio (un lucanio), *An.* 35.
- Foceá (ciudad de la Jonia), *Sir.* 22; 25.
- focenses (habitantes de la Fócide, en Grecia), *Sir.* 21.
- Fócide (región de Grecia), *Mac.* VIII; *Mi.* 41.
- Fraates (rey de los partos), *Sir.* 67-68; *Mi.* 104; 106.
- Fregelas (ciudad del Lacio), *Sa.* IV, 1.
- Frigia (país de Asia), *An.* 56; *Sir.* 53; *Mi.* 11-13; 15; 20; 56-57; 65; 75; 112; 118; (interior), *Sir.* 55; (la que está sobre el Helesponto), *Sir.* 62.
- Frigio (río de Lidia, en Asia Menor), *Sir.* 30.
- frigios (habitantes de Frigia), *P.* 2; *An.* 56; *Sir.* 32, *Mi.* 19; 41.
- Fulvio (Ser. Fulvio Flaco, cónsul romano), *Il.* 10-11.
- Furias (en mitología, deidades infernales), *Af.* 92.
- Furio (L. Furio Filo, comisionado romano en Iberia), *Ib.* 83.
- Furio (P. Furio Filo, cónsul en el 216 a. C.), *An.* 27.
- Gabinio (A. Gabinio, lugarteniente de César en Iliria), *Il.* 12; 24; 27-28; (procónsul en Siria), *Sir.* 51; *Mi.* 66.
- gabinos (tribu del Lacio), *R.* VIII.
- Gades (ciudad de Iberia), *Ib.* 5; 28; 31; 37; 59; 65; *An.* 2.
- Gala (en mitología, hijo de Polifemo), *Il.* 2.
- Galacia (país de Asia), *Mi.* 17;



- 46; 65; 68; 112; (tetrarcas de —), *Mi.* 46; 54; 58; 118.
- gálatas (habitantes de Galacia, en Asia), *P.* 2; *Il.* 2; 6; 32; 50; *Mi.* 41; 46; 58; (de Europa), *Sir.* 65.
- gálatas (también galos, habitantes de la Galia, en Europa), *P.* 3; *Ib.* 1.
- Galatea (en mitología, ninfa esposa de Polifemo), *Il.* 2.
- Galba (lugarteniente de Sila), *Mi.* 43.
- Galba, Publio (Publio Sulpicio Galba Máximo, procónsul de Macedonia), *Mac.* III, 1; IV; VII.
- Galba, Servio Sulpicio (pretor en Iberia en el 151 a. C.), *Ib.* 58-61.
- Galba, Servio Sulpicio (nieto del anterior, pretor en Iberia en el 111 a. C.), *Ib.* 99.
- Galia (país de Europa), *Ga.* I, 2; XIII; XV; *Ib.* 28; *An.* 4-5; 54; *Il.* 15; *Mi.* 95.
- galo-grecos (véase gálatas de Asia).
- galos (habitantes de la Galia), *It.* VIII, 2; *Ga.* I, 1-2; II; III; VI-VII; X; XV; XVII; *Si.* II, 3; *Ib.* 1; 13; *An.* 4; 6; 8; 10; 52; *Il.* 15; 29; *Mi.* 109; 112; 119.
- Gayo (véase César).
- Gayo Popilio (prefecto de la flota romana en el Euxino), *Mi.* 17.
- Gaza (ciudad de Siria), *Sir.* 54.
- Gelio, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Gemela (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Gentio (rey Ilirio), *Mac.* XVIII, 1; *Il.* 9.
- germanos, *Ga.* I, 3; XVI-XVIII.
- Geronia (ciudad de Italia), *An.* 15-16.
- getas (tribu tracia), *P.* 14; *Mac.* XVIII, 1-3; *Il.* 3-4; 13.
- Getulia (región de África), *Nu.* V.
- Giscón (cartaginés), *Ib.* 16; 24-25; *Af.* 9-10.
- glintidiones (tribu iliria), *Il.* 16.
- Gneo (embajador romano ante Antíoco), *Sir.* 3.
- Gneo Octavio (otro embajador romano), *Sir.* 46-47.
- Gordiene (ciudad de Armenia Menor), *Mi.* 105.
- Gordio (general de Mitrídates), *Mi.* 65.
- Graco, Sempronio (procónsul romano en el 212 a. C.), *An.* 35.
- Graco, Tiberio Sempronio (pretor en Iberia en el 180 a. C.), *Ib.* 43-44; 48.
- Graco, Gayo (tribuno en el 122 a. C.), *Af.* 136.
- Grecia (país de Europa), *P.* 3; 8; 10; *Ib.* 65; *Af.* 135; *Mac.* I; III, 1; IV-V; VII-VIII; IX, 4-6; XI, 1; 4; *Il.* 5; *Sir.* 2; 7; 12; 14-15; 29; 38; *Mi.* 16; 27-28; 30; 39; 46; 49; 54;

- 58; 62-64; 92; 112; (antigua), 118.
- griegas (ciudades), *Mac.* V; IX, 3; *Il.* 30; *Sir.* 2; 44; *Mi.* 48.
- griegos (habitantes de Grecia), *P.* 12-13; *Ib.* 7; 63; *An.* 2; 8; *Af.* 2; *Mac.* III, 1; VIII-IX, 1-2; XI, 7; XII; *Il.* 1; 5; 14; *Sir.* 2; 6; 38; *Mi.* 1; 41; 58; 102; (de orillas del Ponto), *Mi.* 15; (de Asia), *Mi.* 58.
- Gripo (sobrenombre de Antíoco Gripo, véase éste), *Sir.* 69.
- Gulussa (hijo de Masinissa), *Af.* 70; 73; 106-109; 111; 126.
- Hadrumeto (ciudad de Africa), *Af.* 33; 47; 94.
- Halis (río de Misia, en Asia), *Sir.* 42; *Mi.* 62; 65.
- Hárpalo (enviado de Perseo), *Mac.* XI, 3.
- Hecatómpilo (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.
- Hefestión (jefe de la caballería de los Amigos con Alejandro), *Sir.* 57.
- Hegesianacte (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Helena (en mitología, esposa de Menelao), *R. I A.*
- helespontios (tribus de la zona del Helesponto), *Sir.* 1.
- Helesponto (mar de Asia), *P.* 2; *Mac.* IX, 5; *Sir.* 6; 23; 29; 37-38; 42; 53; 62-63; *Mi.* 95.
- Heliodoro (cortesano de Seleuco Filópator), *Sir.* 45.
- helvecios (tribu gala), *Ga.* I, 3; XV.
- Helvio, Marco (cónsul en el 197 a. C.), *Ib.* 39.
- Helvio, Marco (otro, general romano), *Il.* 20.
- Hemo (tribus en torno al —, monte de Tracia), *Mi.* 69.
- heníocos (tribu aliada de Mitridates), *Mi.* 69; 102; 116.
- Hera (diosa griega, en mitología), *Mi.* 101.
- Heraclea (ciudad de Italia), *An.* 36.
- Heraclea (ciudad de Grecia), *Sir.* 18.
- Heraclea (ciudad del Ponto), *Mi.* 82.
- Heraclides (tesorero de Antíoco Epífanes), *Sir.* 45; 47.
- Heraclides de Bizancio (enviado de Antíoco el Grande), *Sir.* 29.
- Hércules (en mitología, dios romano), *Sir.* 10; *Mi.* 83; 103.
- Hércules (templo de —), *Ib.* 2.
- Hércules (columnas de —, estrecho entre Europa y Africa), *P.* 1; 3; *Ib.* 1; 57; 65; *Mi.* 93-95; 119; 121.
- Herdonia (ciudad de Italia), *An.* 48.
- Herea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Hermócrates (general de Mitridates Eupátor), *Mi.* 70.
- Hierón (tirano de Siracusa), *Si.* II, 2; III.

- Hierón (general de Agripa), *Il.* 20.
- Himilcón (apodado Fameas, prefecto de caballería cartaginés), *Af.* 97; 100-101; 104; 107-108.
- hipepenos (pueblo de Lidia), *Mi.* 48.
- Hipágreta (ciudad de Africa), *Af.* 110; 111.
- Hipócrates (general siracusano), *Si.* III-IV.
- Hipona (ciudad de Africa), *Af.* 30; 135.
- Hircania (región de Asia), *Sir.* 55.
- Hispania (denominación de Iberia como provincia romana), *Ib.* 1; 102.
- Histaspes (padre de Darío, rey de Persia), *Mi.* 112; 115-116.
- Homero (poeta griego), *Mi.* 1.
- Hortensio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 43.
- Hostilio (véase Anco Hostilio), *R.* VI.
- Horacio (Cocles, romano autor de hechos heroicos), *R.* X.
- Horóscopa (ciudad de Africa), *Af.* 10.
- Iberia (país de Europa), *P.* 3; 12; *Ib.* 1-11; 13-19; 23-25; 28; 37-38; 40; 42-44; 49; 54; 61; 63; 65; 66; 80; 81; 83-84; 99; 102; *An.* 1-5; 8; 16; 30; 55-56; *Af.* 2; 6; 10; 15; 17; 28; 31; 39; 57; 62-63; 67; 72; 86; 134; *Mac.* I; *Sir.* 10; *Mi.* 68; 70; 95; 109; 112; 119.
- iberos (habitantes de Iberia), *P.* 12; *Ib.* 1; 3; 5; 17; 23; 25; 31; 39; 42; 101; *An.* 3; *Af.* 29-30; 46-48; 134; *Il.* 15; *Mi.* 121; (de Asia), *Mi.* 101; 114; 116.
- Ida (monte de Asia Menor), *R.* I A; *Af.* 71.
- Idumea (región de Asia Menor), *Mi.* 106.
- Ilión (véase Troya), *Af.* 131; *Mi.* 53; (habitantes de —), *Mi.* 53; 61.
- Iliria (país vecino a Macedonia), *Mac.* XVIII, 1; *Il.* 6-7; 9-15; 24; 28-30.
- Ilirio (en mitología, hijo de Polifemo y epónimo de Iliria), *Il.* 2.
- ilirios (habitantes de Iliria), *P.* 3; *Mac.* XI, 2; *Il.* 1-2; 4-5; 7-8; 12-15.
- Ilurgia (ciudad de Iberia), *Ib.* 32.
- India (país de Asia), *Af.* 71; *Sir.* 56-57; *Mi.* 89.
- Indfbil (caudillo de un pueblo ibero), *Ib.* 37-38.
- Indo (río de la India), *Sir.* 55.
- Intercacia (ciudad de Iberia), *Ib.* 53-54.
- interfurinos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Io (en mitología, doncella argiva), *Mi.* 101.
- ipasinos (pueblo de Panonia), *Il.* 16.

- Ipsó (ciudad de Frigia), *Sir.* 55.
- Isa (isla en aguas ilirias), *Il.* 7.
- isauros (pueblo de Asia Menor), *Mi.* 75.
- isios (habitantes de la isla de Isa), *Il.* 7.
- Isis (templo de —, en Rodas), *Mi.* 27; (aparición de —), *Mi.* 27.
- Istmicos (juegos griegos), *Mac.* IX, 3-4.
- Istro (nombre dado al curso bajo del Danubio), *Il.* 22.
- Istro (ciudad griega de los misios de Europa), *Il.* 30.
- istros (tribu iliria), *Il.* 8.
- Italia (país de Europa), *P.* 3; 6; 14; *R.* I, 1; *Sa.* IV, 1; IV, 5; X, 2; XI, 1-2; XII, 1; *Ga.* I, 1-2; XIII; *Si.* II, 2-3; *Ib.* 4; 13-14; 15; 17-18; 28; 38; 99; 101; *An.* 1; 4-5; 8-9; 16; 25-26; 30; 43-44; 52; 54-55; 58; 60-61; *Af.* 2; 5-7; 15; 17; 23; 31; 39; 40; 42; 45; 47; 49; 54; 58; 62; 65; 74; 114; 134; *Mac.* I; XI, 9; *Il.* 4; 14; 16; *Sir.* 3; 7; 8; 10; 14; 15; 22; *Mi.* 21; 28; 30; 54; 58; 62-63; 70; 91; 95; 97; 102; 109-110; 113; 116; 119; (lugares de —), *Mi.* 16; (costas de —), 93.
- italianos (habitantes de Italia), *Ib.* 28; *An.* 59; 60; *Af.* 41 (jinetes); 43 (caballería); 45; (caballería); 45; 47; 58; *Il.* 14; *Sir.* 31; (de Asia), *Mi.* 16; 22-24; 28; 54; 62.
- Itálica (ciudad de Iberia), *Ib.* 38; 66.
- italiotas (habitantes de la Magna Grecia, en Italia), *Ib.* 14; *Af.* 8; *Mi.* 41.
- Ituca (ciudad de Iberia), *Ib.* 66-67.
- Iturea (región de Asia Menor), *Mi.* 106.
- Jantipo (general lacedemonio), *Af.* 3-4.
- Jenófanes (embajador de Filipo a Aníbal), *Mac.* I.
- Jerjes (rey de los persas), *Sir.* 18.
- Jerjes (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Jerónimo (de Cardia, historiador griego), *Mi.* 8.
- Jerusalén (ciudad de Judea, en Asia Menor), *Sir.* 50; *Mi.* 106.
- Jifares (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 107.
- Jonia (región de Asia Menor), *P.* 2-3; 9; *Mac.* IV; XVIII, 3; *Sir.* 6; 51; *Mi.* 20-21; 118.
- Jónicas (islas —, en el mar Jónico), *P.* 5.
- Jónico (= Adriático, mar entre Grecia e Italia), *P.* 3; 5; 14; *An.* 8; 12; 87.
- jonios (habitantes de la Jonia), *Sir.* 1; 12.
- judío (pueblo), *Sir.* 50; (judíos), *Mi.* 106; 114.
- Julio César Augusto (véase César Augusto).
- Júpiter (en mitología, dios ro-

- mano), *It.* VIII, 1; *An.* 56; *Af.* 13; 71; 85; (Estratio), *Mi.* 66; 70; 75.
- Júpiter (templo de —, en Nicomedia ciudad de Bitinia), *Mi.* 7;
- Júpiter Atabirio (templo de —, en Rodas), *Mi.* 26.
- Labieno (lugarteniente de César), *Ga.* I, 3; XV.
- Lacedemonia (región de Grecia), *Af.* 4.
- lacedemonios (habitantes de Lacedemonia), *Af.* 3; 4; *Mac.* VII; *Sir.* 12; 14; 41; *Mi.* 29.
- Lacinio (promontorio de Bruccios, en Italia), *Sa.* VII, 1.
- Lago (uno de los epígonos), *Sir.* I.
- Lámpsaco (ciudad de Asia Menor), *Sir.* 29; *Mi.* 76; (habitantes de —), *Sir.* 2.
- Lanasa (mujer de Pirro), *Sa.* XI, 1.
- Laódice (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 4.
- Laódice (mujer de Antíoco Teos), *Sir.* 65-66.
- Laodicea (ciudad de Siria), *Sir.* 46.
- Laodicea (nombre de cinco ciudades fundadas por Seleuco Nicátor; la más famosa de las cuales era la de Fenicia), *Sir.* 57.
- laodicensis (habitantes de Laodicea, en Siria), *Mi.* 20.
- Laomedonte de Mitilene (primer sátrapa de Siria), *Sir.* 52; *Mi.* 9.
- Larisa (ciudad de Tesalia), *Sir.* 16.
- Larisa (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Lástenes (un cretense), *Si.* VI, 1-2.
- Latino Fauno (véase Fauno).
- Latino Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- latinos (habitantes del Lacio), *R.* XIII; *It.* VI, 1; *Af.* 58.
- Latona (bosque de —, en Rodas), *Mi.* 27.
- Laurento (lugar del Lacio), *R.* I, 1.
- Lavinia (en mitología, hija de Latino Fauno), *R.* I, 1; I A.
- Lavinio (ciudad del Lacio), *R.* I, 1; I A.
- Lelio, Gayo (legado y amigo de Escipión el Viejo), *Ib.* 25-26; 29; 67; *Af.* 26; 28; 41; 44.
- Lelio, Gayo (lugarteniente de Escipión el Joven), *Af.* 126-127.
- Lemnos (isla del Egeo), *Mi.* 77.
- Léntulo, Gneo Cornelio (cónsul en el 201 a. C.), *Af.* 56; 62.
- Léntulo Marcelino (pretor de Siria y sucesor de Marcio Filipo), *Sir.* 51.
- Léntulo Marcelino, Gneo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Léntulo, (Clodiano) Gneo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Leónidas (general espartano), *Sir.* 18.

- leontinos (pueblo de Sicilia), *Si.* III.
- Leptines (un laodicense), *Sir.* 46-47.
- Leptis (ciudad de África), *Af.* 94.
- Lersa (nombre corrupto de lugar, en Iberia), *Ib.* 24.
- Lesbos (isla del Egeo), *P.* 5.
- Letes (río de Iberia), *Ib.* 71-72.
- Leucón (general de los areva-cos), *Ib.* 46.
- leucosirios (pueblo del Ponto), *Mi.* 69.
- Leuctra (ciudad de Beocia y nombre de una batalla famosa), *Sir.* 41.
- Levino (P. Valerio, cónsul en el 280 a. C.), *Sa.* X, 3.
- Libia (país de África), *P.* 5.
- Libisa (llanura de Bitinia, en Asia), *Sir.* 11.
- Libisos (río de Bitinia, en Asia), *Sir.* 11.
- «liburnias» (trirremes ligeras de los liburnios), *Il.* 3.
- liburnios (tribu iliria), *Il.* 3; 12; 16; 25.
- Licia (país de Asia), *Sir.* 4; 44; 53; *Mi.* 20; 25; 95.
- licio(s) (habitantes de Licia), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 21; 27; 61; 62.
- Lico (río de Asia Menor), *Mi.* 20.
- Licomedes (sacerdote de la diosa de Comana), *Mi.* 121.
- Lidia (país de Asia Menor), *Af.* 28.
- lidios (habitantes de Lidia), *P.* 2; *Af.* 66.
- ligures (habitantes de Liguria), *Ib.* 37; *Af.* 7; 17; 40; 44; 54; 59; *Nu.* 111.
- Liguria (región galo-italica), *An.* 54; *Af.* 9; 23; 31-32; 54.
- Liguria (mar de —), *Mi.* 95.
- Lisias (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Lisias (preceptor de Antíoco Eupátor), *Sir.* 46-47.
- Lisímaco (sátrapa de Tracia), *Sir.* 1; 53; (rey), 55; 62; 64.
- Lisimaquea (ciudad del Quersoneso Tracio), *Sir.* 1; 3; 21; 28-29; 37-38; 62-63.
- Lisimaqueo (templo en honor de Lisímaco), *Sir.* 64.
- lisimaqueos (habitantes de Lisimaquea), *Sir.* 28; 64.
- Liso (ciudad de Iliria), *Il.* 7.
- Litennón (jefe de los numantinos), *Ib.* 50.
- Livio (jefe de la guarnición romana en Tarento), *An.* 32.
- Livio (almirante de la flota romana), *Sir.* 22-26.
- Loca (ciudad de África), *Af.* 15.
- locrios (habitantes de la Lócride, en Grecia), *Mac.* VIII.
- locrios (italianos o epizefirios, colonia griega en Italia meridional), *Sa.* XII, 1; *An.* 55.
- Lolio, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Lucania (región de Italia), *An.* 37-38; 43.

- lucanios (habitantes de Lucania), *Sa.* X, 1-2; *An.* 35; 37; 49.
- Lucio (véase Apustio), *Mac.* IV.
- Lucio (véase Régilo, Lucio Emilio), *Sir.* 27.
- Lucio Quintio (hermano del cónsul T. Quintio), *Mac.* VII.
- Lucio Tarquino «el Soberbio» (rey de Roma), *R.* II; XI-XII.
- Lucios (los dos —, consejeros romanos de Mitridates Eupátor), *Mi.* 70.
- Lúculo, Licinio L. (pretor con poder consular en Iberia en el 151 a. C.), *Ib.* 49-55; 59-61; 71; 89.
- Lúculo, Licinio L. (cónsul en el 74 a. C. contra Mitridates), *Il.* 30; *Sir.* 49; (lugarteniente de Sila), *Mi.* 33; 51; 56; 68; (cónsul), *Mi.* 72; 75-85; 87-91; 97; 112.
- Lúculo, Marco (hermano del anterior), *Il.* 30.
- Lusitania (región de Iberia), *Ib.* 68; 71.
- lusitanos (tribu de Iberia), *Ib.* 56-60; 68; 100.
- lusones (tribu de Iberia), *Ib.* 42; 79.
- Lutacio (Gayo Lutacio Catulo, cónsul en el 242 a. C.), *Si.* II, 1.
- Lutia (ciudad de Iberia), *Ib.* 94.
- Luto (guarda de corps de Augusto), *Il.* 20.
- Macares (hijo de Mitridates Eupátor), *Mi.* 67; 78; 83; 101-102; 113.
- Macedonia (país de Europa), *P.* 10; 12; *Af.* 101; 111; 132; 135; *Mac.* IX, 2; 5; XI, 1; 6; XVIII, 1; XIX; *Il.* 1; 5; 12-13; *Sir.* 13; 16; 17; 23; 43; 52-53; *Mi.* 8-9; 29; 35; 41; 55; 58; 95; 102; 112; 118.
- macedonios (habitantes de Macedonia), *P.* 3; 9; *Sa.* X, 2; *Ib.* 65; *Af.* 134; *Mac.* II; V; IX, 2; 4; X; XI, 9; *Il.* 9; *Sir.* 2; 16; 18; 53; 55; *Mi.* 8; 41; 89; 112; (reyes), *Sir.* 70; *Mi.* 8.
- Magdalses (un númida), *Nu.* V.
- Magio, Lucio (sertoriano consejero de Mitridates), *Mi.* 68; 72.
- Magna Grecia (colonias griegas del sur de Italia), *Sa.* VII, 1.
- Magnesia (país de Asia Menor), *Mi.* 21.
- Magnesia (ciudad de Tesalia, en Grecia), *Mi.* 29.
- magnesios (habitantes de Magnesia, ciudad de Tesalia), *Mac.* VIII; (habitantes de Magnesia, en Asia Menor), *Mi.* 21; 60.
- Magnópolis (nombre dado por Pompeyo a la ciudad de Eupatoria, en el Ponto), *Mi.* 115.
- Magón (general cartaginés), *Ib.* 16; 19; 20; 22.
- Magón (otro cartaginés), *Ib.* 24-25; 27; 31-32; 34; 37.

- Magón (hermano de Aníbal), *An.* 20; 54; *Af.* 7; 9; 23; 31; 32; 49; 54; 59.
- Magón (prefecto de caballería de Asdrúbal), *Af.* 15.
- Maharbal (lugarteniente de Aníbal), *An.* 10-11; 20-21.
- Malia (ciudad de Iberia), *Ib.* 77.
- Malia (golfo de —, entre las Termópilas y Ftía, en Grecia), *Mac.* VIII.
- Malo (ciudad de Cilicia, en Asia Menor), *Mi.* 95.
- Mamerco (L. Emilio, maestro de caballería), *Sa.* I, 1.
- mamertinos (pueblo de Sicilia), *Sa.* IX, 1.
- Manceo (oficial de Tigranes), *Mi.* 84; 86.
- Mancino (tal vez error por Manio Aquilio, véase éste), *Mi.* 19.
- Mancino, Hostilio (pretor en Iberia en el 138 a. C.), *Ib.* 79; 80; 83.
- Mancino, Lucio Hostilio (cónsul en el 148 a. C.), *Af.* 110; 113-114.
- Manilio, Manio (pretor en Iberia en el 150/151 a. C.), *Ib.* 56; *Af.* 75; 97; 99; 100-102; 104-105; 108-109; 111; 116.
- Manio (véase Aquilio, Manio), *Mi.* 17; 19; 57.
- Manlio, Aulo (lugarteniente de Mario), *Nu.* IV.
- Manlio, Lucio (senador romano), *Mi.* 71.
- Manlio, Marco Capitolino (cónsul), *It.* IX.
- Manlio (L. Manlio Vulso), *An.* 5.
- Manlio Torcuato (T. Manlio Imperioso Torcuato, cónsul en el 340 a. C.), *Sa.* II, 1.
- Manlio Torcuato (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Manlio Vulsón (sucesor de Escipión contra Antíoco), *Sir.* 39; 42-43.
- Maratón (batalla de —, en Grecia), *An.* 39.
- Marcelo (Marco Claudio Marcelo, cónsul romano en el 214 a. C.), *Si.* IV; V.
- Marcelo (error de Apiano por Marcio), *Ib.* 17.
- Marcelo, Claudio (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 27; 50-51.
- Marcelo, Claudio (pretor en Iberia en el 152 a. C.), *Ib.* 48-50.
- Marcio (Gneo Coriolano, caudillo volsco de origen romano), *It.* II-III; V, 1-6.
- Marcio (L. Marcio Séptimo, oficial de Escipión en Iberia), *Ib.* 26; 31-34.
- Marcio (Q. Marcio Filipo), *Mac.* XIV; XVII.
- Marcio, Gayo (ibero de Itálica), *Ib.* 66.
- Marcio Censorino, Lucio (cónsul en África en el 149 a. C.), *Af.* 75; 80; 86; 90; 97-99.
- Marcio Filipo (pretor sucesor de Escauro), *Sir.* 51.



- Marco Pomponio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Mareotis (lago de Egipto), *P.* 1.
- Mario, Gayo (estadista romano), *P.* 14; *Ga.* I, 2; *Nu.* IV-V; *Il.* 4; *Mi.* 51; 60.
- Mario, Marco (pretor en Iberia), *Ib.* 100.
- marmáridas (pueblo de África), *P.* 1.
- Maronea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Martama (ciudad de África), *Af.* 55.
- Marte (en mitología, dios romano de la guerra), *R.* I, 1; *Af.* 133.
- Masalia (ciudad de la Galia), *Ib.* 40.
- masaliotas (habitantes de Masalia), *It.* VIII, 1; *Ib.* 14.
- masilios (tribu africana), *Af.* 10; 17; 26-27; 32; 46.
- Masinissa (rey de los númidas), *Ib.* 25; 27; 37; 46; 89; *Af.* 10-15; 17; 19-20; 22; 26-28; 32-33; 37; 41; 44-48; 54-55; 60-61; 67-74; 76; 79; 82; 94; 105-107; *Nu.* IV; *Mac.* XI, 4; *Mi.* 55.
- Massates (príncipe númida), *Af.* 44.
- Mastanabal (hijo de Masinissa), *Af.* 106; 111.
- Mauritania (país de África), *Af.* 106.
- Mauritano (monte de África, véase Atlas).
- mauritanos (habitantes de Mauritania), *P.* 1; *Af.* 40; 111; *Il.* 4.
- Máximo (hermano de Cornelio Escipión Emiliano), *Ib.* 90.
- Máximo (véase Fabio Máximo Emiliano), *Mac.* XIX.
- Mazaca (ciudad de Capadocia), *Mi.* 115.
- Media (país de Asia), *Af.* 132; *Sir.* 1; 3; 53; 55.
- Medo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- medo (imperio), *P.* 9; *Af.* 87.
- medos (habitantes de Media), *Il.* 2; 5; *Mi.* 114.
- Megalópolis (ciudad de Arcadia, en Grecia), *Sir.* 13; 17.
- Mégara (suburbio de Cartago), *Af.* 117-118; 135.
- Mégara (ciudad del Atica, en Grecia), *Mi.* 30.
- melitenses (habitantes de una isla cerca de Dalmacia), *Il.* 16.
- Menandro (prefecto de caballería), *Mi.* 117.
- Menas (embajador del rey Prusias en Roma), *Mi.* 4-5.
- Menipo (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Menófanes (allegado a Mitrídates Eupátor), *Mi.* 110.
- merrómenos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Mesala (M. Valerio Mesala Corvino), *Il.* 17.
- Mesembria (ciudad griega vecina de los misios de Europa), *Il.* 30.

- mesenios (habitantes de Mesenia, en Grecia), *Sir.* 41.
- Mesina (ciudad de Sicilia), *Sa.* IX, 2.
- mesolitas (pueblo de Lidia), *Mi.* 48.
- Mesopotamia (región de Asia), *Sir.* 48; 53; 55; 57; *Mi.* 114.
- Mesótilo (reyezuelo nómada), *Af.* 33.
- metapontios (habitantes de Metaponto), *An.* 35.
- Metaponto (ciudad de Italia), *An.* 33; 35.
- Metelo (L. Cecilio Metelo Delmático), *Il.* 10-11.
- Metelo Nepote, Q. Cecilio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Metrófanes (general de Mitrídates), *Mi.* 29.
- Metulo (ciudad de Iliria), *Il.* 19; 21.
- metulos (habitantes de Metulo), *Il.* 19-21.
- Mezencio (rey de los rútuos), *R. I A.*
- Mícipsa (hijo de Masinissa), *Ib.* 67; *Af.* 70; 106; 111.
- Micitio (general de Antíoco el Grande), *Sir.* 12.
- Miedo (personificación de este sentimiento), *Af.* 21.
- Mindis (oficial de Antíoco el Grande), *Sir.* 33.
- Minerva (en mitología, diosa romana), *Af.* 133; (templo de —, en Ilión), *Mi.* 53; (estatua de —, en Ilión), *Mi.* 53.
- Minio (de Esmirna, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Minucio (Q. Minucio Termo), *Ib.* 39.
- Minucio Rufo (prefecto de caballería de Fabio Máximo), *An.* 12-13.
- Minucio Rufo (otro, prefecto de la flota de Bizancio), *Mi.* 17.
- Minuro (lusitano, amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- Mioneso (ciudad en la costa de Lidia), *Sir.* 27-28.
- Mirto (mar —, parte del mar Egeo al sur de Eubea, el Atica, Argólida y oeste de las Cícladas), *P.* 5.
- Misia (país de Asia Menor), *Sir.* 42; *Mi.* 20; 118.
- misios (habitantes de Misia, en Asia Menor), *P.* 2; (de Europa), *P.* 3; *Il.* 6; 29-30, *Sir.* 32.
- Mitilene (ciudad principal de la isla de Lesbos), *Mi.* 21; 52; (embajadores de —), *Mac.* III, 1.
- mitilenios (habitantes de Mitilene), *Sir.* 65.
- Mitraas (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
- Mitrídates (Ctistés «el fundador»), *Mi.* 9; 112.
- Mitrídates (rey de los partos), *Sir.* 51.
- Mitrídates (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 52; 64.
- Mitrídates Eupátor Dionisos

- (rey del Ponto), *Si.* VI, 1-2; *Il.* 30; *Sir.* 48-50; *Mi.* 9-21; 23-30; 32-33; 41; 46-49; 51-52; 54-58; 60-69; 71-76; 78-85; 87-92; 97-105; 107-113; 115; (trono de —), 116; (imagen de —), 117; 118.
- Mitrídates Evergetes (padre de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
- Mitrídates de Pérgamo, *Mi.* 121.
- Mitrídatís (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 111.
- Mitrobarzanes (rey de Armenia), *Mi.* 84.
- moentinos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Molistomo (príncipe de una tribu iliria), *Il.* 4.
- molosos (pueblo del Epiro), *Sa.* XI, 1.
- Mónima (esposa de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 21; 48.
- Mopsuestia (ciudad de Cilicia), *Sir.* 29.
- Mummio (L. Mummio Acaico, pretor en Iberia en el 153 a. C.), *Ib.* 56-57; *Af.* 135.
- Munacio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 34.
- Murena (lugarteniente de Sila), *Mi.* 32; 43; 64-66; 93; 112.
- nabateos (véanse árabes), *Mi.* 106.
- Nabis (tirano de los lacedemonios), *Mac.* VII.
- Narce (ciudad de Africa), *Af.* 33-34.
- naresios (tribu iliria), *Il.* 16.
- Narón (río de Dalmacia), *Il.* 11.
- neapolitanos (habitantes de Neápolis, en la Campania), *Sa.* IV, 5.
- Néferis (ciudad de Africa), *Af.* 102; 108; 111; 126.
- Nemanes (un armenio), *Mi.* 19.
- Nemea (santuario griego), *Mi.* 112.
- Némesis (personificación de la venganza), *Af.* 85.
- Neoptólemo (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17-19; 34.
- Neptuno (en mitología, dios romano), *Af.* 13; 71; *Mi.* 70.
- Nergóbriga (ciudad de Iberia), *Ib.* 50.
- nergobrigenses (habitantes de Nergóbriga), *Ib.* 84.
- Nerón, G. Claudio (cónsul en el 207 a. C.), *An.* 52.
- nervios (tribu galo-germana), *Ga.* I, 4.
- Nicandro (un pirata), *Sir.* 24-25.
- Nicanor (sátrapa de Capadocia), *Mi.* 8.
- Nicanor (quizá mejor Nicátor, sátrapa de Media), *Sir.* 55; 57.
- Nicátor (sobrenombre de Seleuco, sátrapa de Babilonia).
- Nicatorio (recinto consagrado a Seleuco Nicátor), *Sir.* 63.
- Nicea (ciudadela de Bitinia), *Mi.* 6; 77.
- Niceforio (ciudad de Mesopotamia), *Sir.* 57.

- Niceforio (ciudadela de Pérgamo), *Mi.* 3.
- Nicias (oficial de Perseo), *Mac.* XVI.
- Nicomedes (hijo de Prusias, rey de Bitinia), *Mi.* 4-7.
- Nicomedes (nieto de Nicomedes Filópator), *Mi.* 7.
- Nicomedes Filópator (hijo de Nicomedes el hijo de Prusias), *Mi.* 7; 10-20; 56-58; 60.
- Nicomedia (ciudad de Bitinia), *Mi.* 7; 52; 76.
- Nicópolis (ciudad de Armenia Menor), *Sir.* 57; *Mi.* 105; 115.
- Nilo (río de Egipto), *P.* 1.
- Nimis (río de Iberia), *Ib.* 72.
- Ninfeo (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108.
- Nisa (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 111.
- Nobilior, Q. Fulvio (pretor en Iberia en el 153 a. C.), *Ib.* 45-49; 80.
- Nonio (oficial de Fimbria), *Mi.* 59.
- Nórico (ciudad de los nóricos, véanse éstos), *Ga.* XIII.
- nóricos (tribu germana), *Ga.* XIII; *Il.* 6; 29.
- Nuceria (ciudad de Italia), *An.* 49.
- Nuceria (ciudad de Africa), *Af.* 63.
- Nudo (comandante de la flota de Cota), *Mi.* 71.
- Numa Pompilio (rey de Roma), *R.* II; *Mi.* 22.
- Numancia (ciudad de Iberia), *Ib.* 46; 49-50; 76; 78; 83-84; 87; 89-90; 98.
- numantina (guerra), *Ib.* 66.
- numantinos (habitantes de Numancia), *Ib.* 46; 76; 78-81; 83-84; 87; 89-90; 93-95; 97.
- númidas (habitantes de Numidia), *P.* 1; *Si.* II, 3; *Ib.* 15; 25; 27; *An.* 2; 50-51; 57; *Af.* 9-12; 14; 18-19; (caballos —), 23; 24; 26; 41-42; 44; (jinetes —), 46; 48; 61; 68; 71; 73; 106; 126; *Il.* 4.
- Numidia (país de Africa), *P.* 1.
- Númitor (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Obólcola (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Ocile (ciudad de Iberia), *Ib.* 57.
- Ocilis (ciudad de Iberia), *Ib.* 47-48.
- Octavia (pórtico de —, en Roma), *Il.* 28.
- Octavio (lugarteniente de Escipión el Viejo), *Af.* 41; 44; 49.
- Octavio César Augusto (emperador romano), *P.* 14; *Si.* VI, 1; *Ib.* 102; *An.* 13; *Af.* 136; *Il.* 13-30; *Sir.* 50; *Mi.* 105; 121.
- Odeón (edificio de Atenas), *Mi.* 38.
- Odeso (ciudad de Misia), *Il.* 30.
- Ojatres (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Oleabas (un escita), *Mi.* 79.
- Olimpia (tesoro de —), *Mi.* 54.

- Olimpiade (esposa de Filipo el padre de Alejandro), *Sir.* 54.
- Olimpo (monte de Misia), *Sir.* 42.
- Olofernes (supuesto hermano de Ariárates), *Sir.* 47.
- Oltaces (rey de la Cólquide), *Mi.* 117.
- Onomarco (general focense), *It.* VIII, 1.
- Opio (tribuno militar), *Ib.* 78.
- Opio, Quinto (general romano), *Mi.* 17; 20; 112.
- Orcómeno (ciudad de Beocia), *Mi.* 49; 54.
- Oresteia (Argos de —, en Macedonia), *Sir.* 63.
- Orezes (rey de los albanos), *Mi.* 103; 117.
- Orodes (hermano de Mitrídates el rey de los partos), *Sir.* 51.
- Oropo (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Orsabarís (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 117.
- Orsón (ciudad de Iberia), *Ib.* 16; 65.
- oxieos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Oxtraca (ciudad de Iberia), *Ib.* 58.
- Paflagonia (país de Asia Menor), *Mi.* 17-18; 56; 58; 68; 70; 112; 114; 118.
- paflagonios (habitantes de Paflagonia), *Mi.* 21.
- Paladión (nombre dado en Ilión a la estatua de Minerva), *Mi.* 53.
- Palantia (ciudad de Iberia), *Ib.* 55; 80-83; 88.
- palantinos (habitantes de Palantia), *Ib.* 55; 82; 88.
- palarios (tribu iliria), *Il.* 10.
- Palatino (monte de Roma), *Il.* 30.
- Palestina (país de Asia Menor), *Sir.* 50; *Mi.* 106; 115; 117-118.
- palestinos (habitantes de Palestina), *P.* 2.
- Palmira (ciudad de Siria), *P.* 2.
- palmiranos (habitantes de Palmira), *P.* 2.
- Panares (un cretense), *Si.* VI, 2.
- Panfília (país de Asia Menor), *Sir.* 22; 28; 53; *Mi.* 8; 20; 56; 95.
- Panfílio (mar, en Asia), *P.* 2; (golfo), *P.* 9.
- panfílios (habitantes de Panfília), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 92.
- Panonia (país entre Iliria y el Danubio), *Il.* 1; 3; *Mi.* 102.
- Panonio (en mitología, hijo de Autaríeo), *Il.* 2.
- panonios (habitantes de Panonia), *P.* 3; *Il.* 6; 14; 17; 22; 23; 29.
- Panticapeo (enclave comercial en la boca del Ponto), *Mi.* 107; 120.
- Papirio Carbón (Gneo, cónsul en el 113 a. C.). *Ga.* XIII.

- Parío (ciudad de Asia Menor, en la Propóntide), *Mi.* 76.
- partenios (tribu iliria), *Il.* 2.
- Partia (país de Asia), *Sir.* 1; 51; 57; *Mi.* 87; (rey de —), *Mi.* 15.
- Parto (ciudad de Africa), *Af.* 39.
- Parto (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- partos (habitantes de Partia), *Il.* 13; *Sir.* 48; 51; 55; 67-68; *Mi.* 87; 105.
- Pasargadas (ciudad de Persia), *Mi.* 66.
- Patara (puerto de Licia), *Mi.* 27.
- Paulo (véase Emilio Paulo), *Mac.* XIX; *Sir.* 29.
- Pausímaco (almirante rodio), *Sir.* 23-24.
- Pela (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Pelópidas (compañero de Epaminondas), *Sir.* 41.
- Pelópidas (embajador de Mitrídates), *Mi.* 12-16; 27.
- peloponesios (habitantes del Peloponeso), *Mi.* 30.
- Peloponeso (parte sur de Grecia), *Mac.* VIII; *Mi.* 95; (Argos del —), *Sir.* 63.
- Pelusio (ciudad de Africa), *P.* 1.
- Peón (en mitología, hijo de Autaríeo), *Il.* 2.
- peones (véanse panonios).
- Peonia (inferior, país limítrofe con Iliria), *Il.* 14.
- Perdicas (general de Alejandro Magno), *Sir.* 52; 57; *Mi.* 8.
- Perea (distrito perteneciente a Rodas), *Mac.* IV.
- Pérgamo (ciudad de Asia Menor), *Mac.* IV; XI, 1; *Sir.* 26; *Mi.* 3; 19; 21; 52; 56; 60; (los de —), *Mi.* 23; (ochenta ciudadanos de —), *Mi.* 48.
- Pericles (estadista ateniense), *Mi.* 30.
- Perinto (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Perpenna (romano del partido de Sertorio), *Ib.* 101.
- Perpenna (embajador romano), *Mac.* XVIII, 1.
- Perrebo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- perrebos (pueblo de Tesalia), *Mac.* XI, 1; *Il.* 2.
- persa (imperio), *P.* 9; *Af.* 2; 87.
- persas (habitantes de Persia), *Sir.* 52; 55-56; 61.
- Perseo (rey de Macedonia), *Ib.* 65; *Af.* 111; *Mac.* XI, 1; 3-8; XII-XIII; XV-XVIII, 1-3; XIX; *Il.* 9; *Sir.* 44.
- Persia (país de Asia), *Af.* 132.
- Pérsico (golfo, en Asia), *P.* 9.
- perteenatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- Pesino (localidad de Frigia), *An.* 56.
- Petelia (ciudad de Italia), *An.* 29; 57.
- petelios (habitantes de Petelia), *An.* 57; 60.
- Petilio (embajador romano), *Mac.* XVIII, 1.
- píccenos (habitantes del Pice-

- no, en Italia), *Sa.* VI, 1; *Ga.* XI.
- Pigmalión (en mitología, rey de Tiro), *Af.* 1.
- Pilo (lugar de Grecia), *Af.* 112.
- Pinnes (hijo de Agrón), *Il.* 7-8.
- Pireo (puerto de Atenas), *Sir.* 22; *Mi.* 29-30; 34; 36-37; 40-41.
- Pirineos (montes de Europa), *Ib.* 1-2; 6-7; 17; 28; *An.* 4; *Il.* 4.
- piriseos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Pirro (rey de Epiro), *Sa.* VII, 3; VIII-IX, 1; X, 1-3; X, 5; XI, 1-2; XII, 1-2; *An.* 26; 58; *Il.* 7; *Sir.* 10.
- Pisidia (país de Asia Menor), *Sir.* 9; 12.
- pisidios (habitantes de Pisidia), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 75.
- Pisístrato (general de los de Cízico), *Mi.* 73.
- Pisón (véase L. Calpurnio Pisón Cesonino, cónsul en el 112).
- Pitane (ciudad de Misia cercana a Pérgamo), *Mi.* 52.
- Placentia (ciudad de Italia), *An.* 5; 7.
- Platea (ciudad de Beocia), *An.* 39.
- Platón (filósofo griego), *Sir.* 41.
- Plaucio, Gayo (pretor en Iberia en el 146 a. C.), *Ib.* 64.
- Pleminio (jefe de la guarnición romana en Locros Epizefrios), *An.* 55.
- Plestine (zona pantanosa de la Umbría, en Italia), *An.* 9; 11.
- Plotio Varo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Po (río de Europa), *Ib.* 39; *An.* 5; 7-8; 10; *Il.* 8.
- Polibio (historiador griego), *Af.* 132-133.
- Polifemo (en mitología, un ciclope), *Il.* 2.
- Polixénidas (oficial de Antíoco el Grande), *Sir.* 14; 17; 21-22; 24; 27.
- Pompeyo Aulo, Quinto (pretor en Iberia en el 143 a. C.), *Ib.* 66; 76-79; 83.
- Pompeyo, Gneo (hijo mayor de Pompeyo el Grande), *Ib.* 101.
- Pompeyo el Grande (político y general romano), *P.* 14; *Si.* VI, 2; *Il.* 12-13; 15; *Af.* 136; *Sir.* 49-51; 70; *Mi.* 68; 91; 94-100; 103-108; 112-117; 120-121.
- Pompeyópolis (nombre dado por Pompeyo a la ciudad de Solos en Cilicia), *Mi.* 115.
- Pomponio (tribuno de la plebe), *Sa.* II, 1.
- Pomponio (prefecto de caballería de Lúculo), *Mi.* 79.
- Poncio (general samnita), *Sa.* IV, 2-3; 5-6.
- pónticos (habitantes de la zona del Ponto), *Mi.* 92.
- Ponto (región de Asia Menor), *P.* 2; 3; *Si.* VI, 1; *Mi.* 9-10; 23; 48; 55; 58; 64; 68; (ciudades del —), 82; (reyes del —), 83; (oficiales del —), 87; (región del —), 88; 101; 107; 119; 121; (reino del —), *Mi.*

- 112; 114-115; (pueblos del —), 116; (regiones vecinas al —), 120.
- Ponto Euxino (véase Euxino).
- Popilio (embajador de los romanos), *Sir.* 66.
- Popilio (M. Popilio Lena, cónsul en el 350 a. C.), *Ga.* I, 2.
- Popilio Lena, Marco (pretor en Iberia en el 139 a. C.), *Ib.* 79.
- posenos (tribu de los yápodas), *Il.* 21.
- Postumio (Espurio, cónsul en el 321 a. C.), *Sa.* IV, 6; VII, 2.
- Príamo (en mitología, rey de Troya), *R.* I, 1; *Af.* 132.
- Procas (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Prometeo (en mitología, un titán), *Mi.* 103.
- Promona (ciudad de los liburnios, en Iliria), *Il.* 12; 25-27.
- Propóntide (mar de Asia), *P.* 2; *Mi.* 95.
- Prosérpina (en mitología, hija de Júpiter y Ceres), *Sa.* XII, 1; *Mi.* 75; (templo de —), *Sa.* XII, 2; *An.* 55.
- Protopaquio (fortaleza en Asia Menor), *Mi.* 19.
- Prusias (la de al pie de una montaña, ciudad de Asia Menor), *Mi.* 77.
- Prusias I (rey de Bitinia), *Sir.* 11; 23.
- Prusias II el Cazador (rey de Bitinia, hijo del anterior), *Mi.* 2-7.
- Publícola (un romano), *It.* V, 3.
- Publio (véase Galba, P. Sulpicio Galba Máximo), *Mac.* IV.
- Publio (véase Cornelio, Publio, familiar de Cornelio Léntulo), *Af.* 62.
- Publio (véase Publio Cornelio Escipión Africano), *Sir.* 30.
- Puertas Cilicias (lugar de Asia Menor), *Sir.* 54.
- Puertas Escitas (lugar de Escitia), *Mi.* 102.
- Púnico (caudillo lusitano), *Ib.* 56.
- Pupio Pisón, M. (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Queronea (lugar de Beocia), *Mi.* 29; 42; (batalla de —), 45.
- Quersoneso (Tracio), *Sir.* 1; 6; 21; 28-29; 37-38; 43; *Mi.* 13.
- Quersoneso del Ponto, *Mi.* 102.
- Quersoneso (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108.
- Quintio (general romano), *Ib.* 66-67.
- Quintio, Tito (Penno Crispino Capitolino, general romano), *Ga.* I, 1.
- Quíos (embajadores de —), *Mac.* III, 1; (isla de —), *Mac.* IV; *Sir.* 22; (una nave de —), *Mi.* 25; (los de —), *Mi.* 25; 46.
- quiotas (habitantes de Quíos), *Mi.* 46-48; 55.
- Rea Silvia (en mitología, madre de Rómulo y Remo), *R.* I, 2.
- Regilo (ciudad sabina, en Italia), *R.* XII.



- Regilo, L. Emilio (almirante de la flota romana), *Sir.* 26-27.
- reginos (habitantes de Regio), *Sa.* IX, 3.
- Regio (ciudad del sur de Italia), *Sa.* IX, 1-2; XII, 1; *An.* 44.
- Régulo (véase Atilio Régulo, M., jefe de la flota romana en África en el 256 a. C.).
- Remo (en mitología, fundador de Roma), *R.* I, 2; I A.
- Rennio (de Brindisi, ciudadano romano), *Mac.* XI, 7-8.
- Reso (en mitología, héroe tracio), *Mi.* 1.
- Reteo (ciudad de la Tróade), *Sir.* 23.
- retios (tribu del Danubio), *Il.* 6; 29.
- Retógenes (un numantino), *Ib.* 94.
- Rin (río de Europa), *P.* 3; *Ga.* I, 5; II; XVI.
- Ríndaco (río de Misia), *Mi.* 75.
- Ródano (río de Europa), *Ga.* XV.
- Rodas (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Sir.* 21; 27; 68; *Mi.* 19; 24; 26-27; 33; 46-47; 56.
- rodios (habitantes de la isla de Rodas), *Af.* 65; *Mac.* IV; VII-VIII; XI, 3; XVII; *Sir.* 12; 25; 28; 44; *Mi.* 22; 24-27; 33; 61-62.
- Rodoguna (hermana de Fraates, rey de los partos), *Sir.* 67-68.
- Ródope (tribus del —, monte de Tracia), *Mi.* 69.
- Roma (nación), *P.* 1; 12; 15; *R.* V; XII; *Sa.* I, 1-2; IV, 2; *Ga.* II; XIII; *Ib.* 2; 10; 12; 43; 45; 51-52; 56; 58; 62-63; 79; *An.* 10; 28; 32; 36; 38; 53; *Af.* 5; 51; 54; 56; 61; 64; 65; 67; 69; 135; *Nu.* II; *Mac.* III, 1; IV; VII; IX, 4; XI, 1; XVIII, 1-2; *Il.* 6-7; 15; 21-22; 28; 30; *Sir.* 12; 22; 38; 50; *Mi.* 3; 7; 30; 53; 57; 68; 97; 106; 114.
- Roma (ciudad), *P.* 7; *Il.* V, 5; IX; *Sa.* IV, 1; VI, 2; IX, 3; X, 1; 3; XI, 1; *Ga.* I, 1; 5; III; *Si.* II, 1-2; VI, 1; *Ib.* 7; 11; 23; 29; 38; 49; 50; 57; 60; 61; 64-65; 73-74; 76; 78; 80-81; 83-84; 101; *An.* 5; 8-9; 12; 16-17; 26; 28; 31; 35; 38; 43; 47; 56-57; *Af.* 6; 23; 28; 31; 32; 34-35; 48-50; 53; 56-57; 65; 69; 74; 75-77; 80; 89-91; 93; 99; 109; 112; 114; 133-134; 136; *Nu.* I; *Mac.* III, 2; VIII-IX, 3; XI, 1; 4; XII; XVII; *Il.* 7-9; 11; 13; 24; 27; 30; *Sir.* 2; 6; 12; 21; 23; 38; 43-44; 46; 50; *Mi.* 2; 4; 6; 16; 51; 52; 60; 63-65; 67; 68; 72; 77; 93; 95; 103; 116.
- romanos (habitantes de Roma), *passim.*
- Rómulo (en mitología, fundador de Roma), *R.* I, 2; II; V; *Af.* 112.

- Rómulo Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Rutilio (legado de Sila), *Mi.* 60.
- Rutilio Rufo (tribuno militar y analista romano), *Ib.* 88.
- rútulos (pueblo de Etruria), *R.* I, 1.
- sabinos (pueblo de Italia), *R.* V; XII; *Sa.* IV, 5; VI, 1; *Ga.* XI; *Af.* 58.
- saguntinos (habitantes de Sagunto), *Ib.* 7; 10-12; *An.* 2-3; *Af.* 6; 63.
- Sagunto (ciudad de Iberia), *Ib.* 12; 19; 75; *An.* 3.
- Salapia (ciudad de Yapigia, en Italia), *An.* 45.
- salapios (habitantes de Salapia), *An.* 50.
- salasos (tribu alpina), *Il.* 17-18.
- Salinátor, M. Livio (cónsul en el 207 a. C.), *An.* 52.
- salios (tribu germana), *Ga.* XII.
- Salona (ciudad de Dalmacia), *Il.* 11.
- samnitas (pueblo de Italia), *P.* 14; *Sa.* I, 1; IV, 1-2; 4; 5; VII, 3; X, 1; *Ib.* 83; *Af.* 58; *Mi.* 112.
- Samos (ciudad e isla de Jonia), *Mac.* IV; *Sir.* 24-25; *Mi.* 63.
- Samotracia (isla frente a la costa asiática), *Af.* 71; *Mac.* XVIII, 1; *Mi.* 63; (templo de —), *Mi.* 63.
- Sangario (río de Bitinia), *Mi.* 19.
- Sardes (capital de Lidia), *Sir.* 29.
- sármatas (habitantes de Sarmacia, en la Tracia europea), *Mi.* 15.
- Saro (río de Cilicia), *Sir.* 4.
- Sarpedonio (promontorio de Cilicia), *Sir.* 39.
- Saturnalia (fiestas en honor de Saturno), *Sa.* X, 5.
- saurómatas (igual a sármatas, véanse éstos), *Mi.* 57; 69.
- Savo (río de Panonia), *Il.* 22.
- Saxa (procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Sedetania (región de Iberia), *Ib.* 77.
- Segeda (ciudad de Iberia), *Ib.* 44.
- segedanos (habitantes de Segeda), *Ib.* 45.
- Segesta (ciudad de Panonia), *Il.* 23.
- segestanos (tribu panonia), *Il.* 10; 17; 22-23; 24.
- Selene (esposa de Antíoco Ciziceno y de Antíoco el Gripo), *Sir.* 69-70.
- Seleucia (sobre el mar, ciudad de Siria), *Sir.* 4; 63.
- Seleucia (fortaleza de Mesopotamia), *Mi.* 114.
- Seleucia (ciudad de Palestina, pasaje corrupto en Apiano), *Mi.* 117.
- Seleucias (junto al mar, y a orillas del Tigris, dos ciudades construidas por Seleuco Nicátor), *Sir.* 57-58.

- seléucidas (dinastía de reyes sirios), *Sir.* 48-50; 67; 70.
- Seleuco (Nicátor, sátrapa y rey de Babilonia), *Sir.* 1; 53-54; (rey), 55-67; 70.
- Seleuco II (Calinico, padre de Antíoco el Grande), *Sir.* 1; 66.
- Seleuco III (Cerauno, hijo de Seleuco Calinico), *Sir.* 66.
- Seleuco IV (hijo de Antíoco el Grande), *Sir.* 3; 14; 26; 33; 45; 66.
- Seleuco V (hijo de Demetrio Nicátor y Cleopatra), *Sir.* 68-69.
- Seleuco VI (Epífanes, hijo de Antíoco Gripto), *Sir.* 69.
- Sempronio, Gneo (jefe de embajada de prisioneros), *An.* 28.
- Sempronio Longo, Tiberio (cónsul en el 218 a. C.), *Ib.* 14; *An.* 6; 8.
- Sempronio, Publio (militar romano), *An.* 26.
- Sempronio Tuditano, G. (cónsul contra los yápodas), *Il.* 10.
- Sempronio Tuditano, Publio (cónsul en el 204 a. C.), *Ib.* 39.
- Sena (ciudad de Italia), *An.* 52.
- senones (tribu gala), *Sa.* VI, 1-2; *Ga.* XI.
- Serrano (prefecto de la flota, tal vez Sexto Atilio Serrano, cónsul en el 136 a. C.), *Af.* 114.
- Sertorio, Quinto (político de la facción de Cinna), *Ib.* 101; *Mi.* 68; 70; 76; 112.
- Serviliano (véase Fabio Máximo Serviliano).
- Servilio Cepión Q. (pretor en Iberia en el 140/139 a. C.), *Ib.* 70; 74-75.
- Servilio, Gneo (Gneo Servilio Gémino, cónsul en el 217 a. C.), *An.* 8; 10; 12; 16; 18; 19; 22-24.
- Servilio Isaúrico (cónsul contra los piratas), *Mi.* 93.
- Servio Tulio (rey de Roma), *R.* II.
- Sestos (ciudad del Helesponto), *Sir.* 21; 23; 36.
- Setovia (ciudad de Dalmacia), *Il.* 27.
- Sextilio (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 84-85.
- sibilinos (libros), *Mac.* II; *Sir.* 51.
- Sicilia (estrecho de —), *P.* 3; *Sa.* IX, 1.
- Sicilia (isla del Mediterráneo), *P.* 5; 8; 12; *Sa.* XI, 1-2; XII, 1; *An.* 50; 55; *Af.* 2-5; 57; *Si.* I-II, 2-3; III; *Ib.* 3-4; 17; 99; *An.* 2-3; 8; *Af.* 7-8; 13; 15; 17; 39; 62-63; 76-77; 80; 86-87; 110; 113; 133; 134; *Mac.* I; *Mi.* 59; 95; (pretor de —), *Mi.* 93.
- sicilianos (habitantes de Sicilia), *Sa.* XII, 1; *Si.* III-IV; *Af.* 8.
- Sículo (mar en torno a Sicilia), *P.* 5.

- sidetas (pueblo de Panfilia), *Af.* 123.
- Siete Sabios (de Grecia), *Mi.* 28.
- Sifax (rey de los númidas), *Ib.* 15-16; 29-30; 37; *Af.* 10-14; 17-18; 20; 22; 26-28; 32-33; 59-106; *Nu.* IV.
- sigambrios (tribu gala), *Ga.* I, 4.
- Sila, L. Cornelio (político y hombre de armas romano), *P.* 14; *Ib.* 101-102; *Nu.* IV-V; *Mi.* 22-23; 30-43; 45-51; 53-61; 63-68; 83; 92; 112.
- Silano, M. Junio (lugarteniente de Escipión en Iberia), *Ib.* 26; 28; 32.
- Silvio Latino (véase Latino Silvio).
- Sinodio (ciudad de Dalmacia), *Il.* 27.
- Sinope (ciudad de Paflagonia), *Mi.* 78; 83; 113; 120.
- sinopenses (habitantes de Sinope), *Mi.* 83.
- Sinorex (fortaleza en Asia Menor), *Mi.* 101.
- sintos (pueblo vecino de Macedonia), *Mi.* 55.
- Síntrico (padre de Fraates rey de los partos), *Mi.* 104.
- Sípilo (monte de Lidia), *Sir.* 30.
- Sira (apodo de Cleopatra hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Siracusa (ciudad de Sicilia), *Si.* II, 2; III-IV; *Af.* 14.
- Siria (país de Asia), *Mac.* IV; *Sir.* 2; 12; 22; 36; 45; 46; 48-49; 51-53; 57; 61; 65-66; 69-70; *Mi.* 9; 13; 33; 106-108; 118; (provincia de —), *Il.* 13; (interior), *Sir.* 50; (desde el Éufrates hasta el mar), *Mi.* 16; 105; (de en torno al Éufrates), *Mi.* 106; (gentes de —), *Mi.* 116; (interior hasta el Éufrates), *Mi.* 118.
- Siria Palestina (nombre dado a Siria a partir de Adriano), *P.* 2.
- sirios (habitantes de Siria), *P.* 2; *Sir.* 1; 45-48; 50; 66; 69; *Mi.* 92.
- Sirtes (aguas poco profundas entre Tunicia, Tripolitania y el territorio de Cirene), *P.* 1.
- Sisena, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Sobadaco (un escita), *Mi.* 79.
- Sócrates (filósofo griego), *Sir.* 41.
- Sócrates Cresto (hermano de Nicomedes Filópator), *Mi.* 10; 13; 57.
- Sofene (parte de Armenia Menor), *Mi.* 105.
- Sofonisba (esposa de Sifax), *Af.* 27-28.
- Sogdiana (región de Asia), *Sir.* 55.
- Sol (procesión del, entre los rodios), *Mac.* XI, 3.
- Solos (ciudad de Cilicia), *Mi.* 115.

- Sotira (ciudad de Partia), *Sir.* 57.
- Soter (sobrenombre de Demetrio el hijo de Seleuco), *Sir.* 47.
- Suba (lugarteniente de Masinissa), *Af.* 70.
- suevos (tribu germánica), *Ga.* XVIII.
- Sulpicio (véase Galba, Publio Sulpicio Galba Máximo).
- Sulpicio, Gayo (Pético, dictador romano), *Ga.* I, 1.
- Tacio (Tito, rey sabino), *R.* III-V; *It.* V, 5.
- Tais (véase Filócaris).
- Tajo (río de Iberia), *Ib.* 51; 57; 64; 71.
- Talábriga (ciudad de Iberia), *Ib.* 73.
- Talaura (ciudad del Ponto), *Mi.* 115.
- Tangino (capitán de bandidos), *Ib.* 77.
- Tántalo (lusitano sucesor de Viriato), *Ib.* 75.
- tapiros (pueblo de Asia), *Sir.* 55.
- Tapso (ciudad de Africa), *Af.* 94.
- tarentinos (habitantes de Tarento), *Sa.* VII, 1-2; VIII; X, 1; 4; XI, 2; *An.* 32; 34.
- Tarento (ciudad de Calabria, en Italia), *Sa.* VII, 1-2; VIII; *An.* 32-35; 49; (puerto de —), *An.* 34; *Sir.* 15.
- Tarquinio (Prisco, rey de Roma), *R.* II.
- Tartessos (ciudad y región del sur de Iberia), *Ib.* 2; 63.
- Taulante (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- taulantios (pueblo de Macedonia), *Il.* 2.
- taulantios (tribu iliria), *Il.* 16; 24.
- Taurasia (ciudad gala), *An.* 5.
- Taureas (un capuano), *An.* 37.
- tauriscos (tribu iliria), *Il.* 16.
- tauromenios (habitantes de Tauromenio, en Sicilia), *Si.* V.
- Tauro (monte de Asia), *Sir.* 29; *Mi.* 62; 106.
- tauros (aliados de Mitridates), *Mi.* 15; 69.
- Taxiles (general de Mitridates Eupátor), *Mi.* 70; 72.
- Teano (ciudad de Italia), *An.* 27.
- Tebano (apelativo del dios Hércules), *Ib.* 2.
- tebanos (habitantes de Tebas, en Grecia), *Sir.* 13.
- Tebas (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Sir.* 13; *Mi.* 30.
- tectosagas (pueblo gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Tegea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- telmiseos (habitantes de Telmisos, en Asia Menor), *Mi.* 24.
- Temiscira (ciudad del Ponto), *Mi.* 78.

- temiscirios (habitantes de Temiscira), *Mi.* 78.
- Tempe (valle de Tesalia), *Sir.* 16.
- tencterios (tribu germana), *Ga.* I, 4; XVIII.
- Teodosia (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108; 120.
- Teófilo (el paflagonio asesino a sueldo de los tralianos), *Mi.* 23.
- Teos (véase Antíoco Teos).
- Terencio Varrón (cuestor romano en Iberia en el 150 a. C.), *Ib.* 56.
- Terencio Varrón (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 17-19; 23; 26.
- Terencio Varrón, M. (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Tergesto (ciudad costera de Istria), *Il.* 18.
- Termancia (ciudad de Iberia), *Ib.* 76-77.
- termantinos (habitantes de Termancia), *Ib.* 77.
- Termeso (ciudad de Iberia), *Ib.* 99.
- Termo (tribuno militar), *Af.* 36; 44.
- Termo (otro, tribuno militar), *Sir.* 39.
- Termo (propretor de Flaco), *Mi.* 52.
- Termodonte (río del Ponto), *Mi.* 69; 78.
- Termópilas (paso entre Tesalia y la Fócide), *Sir.* 17; *Mi.* 41.
- Termópilas (batalla de las —), *Sir.* 38.
- Terpono (ciudad de Iliria), *Il.* 18.
- Terracina (ciudad de Italia), *Sa.* I, 1.
- Tesalia (región del norte de Grecia), *P.* 3; *Mac.* XI, 4; XVIII, 3; XIX; *Sir.* 2; 13; 16-17; 43; *Mi.* 30; 41; 51; 95.
- tesalios (habitantes de Tesalia), *Mac.* XI, 1; XII; *Sir.* 14.
- Tespis (los de —, en Beocia), *Mi.* 29.
- Tesprocia (parte de la costa del Epiro), *Il.* 1.
- Testimo (oficial dálmata), *Il.* 26-27.
- teutones (tribu germana), *Ga.* I, 4; XIII.
- Tiatira (llanura de Lidia), *Sir.* 30.
- Tíber (río de Italia), *R.* I, 2; I A; *An.* 56; *Sir.* 21.
- Tiberino (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- Tiberio (emperador romano), *Il.* 30.
- Tiberio Nerón (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Tiberio Pandusa (general romano), *Il.* 10.
- Tíbris (antiguo nombre del Tíber), *R.* I A.
- Tigilas (véase Bannón Tigilas).
- Tigranes (padre, rey de Armenia), *Sir.* 48-49; 69-70; *Mi.* 15;

- 67; 78; 82-85; 87-88; 104-107; 114; (imagen de —), 117.
- Tigranes (hijo del anterior), *Mi.* 104-105; 117.
- Tigranocerta (ciudad de Armenia), *Mi.* 67; 84-86.
- tigurinos (tribu gala), *Ga.* I, 3; XV.
- Timarco (sátrapa de Babilonia), *Sir.* 45; 47.
- Timarco (tirano de Mitilene), *Sir.* 65.
- Timoteo (médico de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 89.
- Tiquiunte (monte de las Termópilas), *Sir.* 17-18.
- Tirio (apelativo de Hércules), *Ib.* 2.
- Tiro (ciudad fenicia), *Af.* 1; 89; *Sir.* 8.
- Tirreno (mar, entre Italia e Iberia), *P.* 3; *Ib.* 1; (islas del —), *P.* 5.
- Tisca (país africano), *Af.* 68.
- Tiseo (ciudad de Macedonia), *Mi.* 35.
- Tisia (ciudad de Italia), *An.* 44.
- titos (tribu celtíbera), *Ib.* 44; 48; 50; 63; 66.
- Toante (jefe de la embajada etolia), *Sir.* 12.
- tolistobeos (pueblo gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Tolomeo I Soter (hijo de Lago, un epígono y rey de Egipto), *Si.* I; *Sir.* 50; 52-54; 56; 62.
- Tolomeo II (Filadelfo, hijo del anterior), *P.* 10; *Si.* I; *Sir.* 65.
- Tolomeo Cerauno (hijo de Tolomeo Soter), *Sir.* 62-63.
- Tolomeo IV (Filópator, rey de Egipto), *Mac.* III, 1; IV; *Sir.* 1-5; 38.
- Tolomeo V (Epifanes, hijo de Filópator), *Sir.* 5.
- Tolomeo VI (Filométor, rey de Egipto), *Mac.* XI, 4; *Sir.* 66-68.
- Tolomeo XI (Auletes, rey de Egipto), *Sir.* 51.
- Tolomeos (reinos de los —), *Mi.* 115.
- Tolunte (ciudad de Africa), *Af.* 18.
- Ton (ciudad de Africa), *Af.* 47.
- Tórax de Farsalia (el que enterró a Lisímaco), *Sir.* 64.
- Trace (heroína epónima de Tracia), *Mi.* 1.
- Tracia (país de Europa), *Mac.* IX, 5; XI, 1; *Il.* 1; *Sir.* 1; 3; 6; 14; 23; 28; 38; 43; 53; *Mi.* 1; 56; 95; 102.
- tracios (habitantes de Tracia), *P.* 3; *Nu.* III; *Mac.* IX, 5; *Sir.* 1; 6; 43; *Mi.* 1; 15; 57; (bitinios), *Mi.* 1; (del Ponto), *Mi.* 41.
- Trajano (emperador de Roma), *Ib.* 38.
- tralianos (habitantes de Tralles, en Lidia), *Sir.* 32; *Mi.* 48.
- Tralles (habitantes de —), *Mi.* 23.
- Traquea (Cilicia, zona costera de Cilicia), *Mi.* 92; (hombres de la —), *Mi.* 92; 96.

- Trebia (río de la Galia Cisalpina), *An.* 6.
- Triario (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 77; 88-89; 112; 120.
- Tribalo (en mitología, hijo de Panonio), *Il.* 2.
- tribalos (tribu iliria), *Il.* 2.
- Tríbola (ciudad de Iberia), *Ib.* 62-63.
- tricorios (tribu galo-helvéctica), *Ga.* I, 3.
- Trifón (sobrenombre de Diódoto esclavo de la casa real seleucida), *Sir.* 68.
- Trifón (eunuco de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108.
- «trincheras fenicias» (denominación de los límites del imperio cartaginés), *Af.* 32; 54; 59.
- trocmos (tribu gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Troya (ciudad de Asia Menor), *R.* I, 1; *Af.* 1; 132; *Sir.* 63; *Mi.* 1; 67; 102; (guerra de —), *Af.* 71; *Mi.* 53.
- Tulio (véase Anco Hostilio).
- Túnez (ciudad de Africa), *Si.* II, 3.
- turbuletes (pueblo de Iberia), *Ib.* 10.
- Turditania (región de Iberia), *Ib.* 16; 59; 61.
- turditanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 55.
- turios (habitantes de Turios colonia griega en Italia), *Sa.* VII, 1-2; *An.* 34; 49; 57.
- Turios (colonia griega en Italia), *An.* 35; 50.
- Turpilio (jefe de la guarnición romana en Vaga), *Nu.* III.
- Ulises (héroe griego), *Mi.* 53.
- Umbría (región de Italia), *An.* 9.
- usipetos (tribu germana), *Ga.* I, 4; XVIII.
- Útica (ciudad de Africa), *Si.* II, 3; *Af.* 13-14; 16-18; 30; 75; 77-78; 80; 94; 110; 113-114.
- uticenses (habitantes de Útica), *Af.* 25; 114; 135.
- vaccos (tribu celtíbera), *Ib.* 51; 55; 59; 80; 81.
- Vaga (senado de —, ciudad de África), *Nu.* III.
- Valeria (mujer romana), *It.* V, 3.
- Valerio (M. Valerio Corvo, héroe romano y cónsul en el 343 a. C.), *Ga.* X; *Sa.* I, 1-2.
- Valerio, Lucio (tribuno militar), *Sir.* 18.
- Vario, Marco (general de Sertorio), *Mi.* 68; 70; 76-77.
- Vatinio (lugarteniente de César en Iliria), *Il.* 13.
- Venus (monte de —, lugar de Iberia), *Ib.* 64; 66.
- Venus Elimea (templo de —), *Sir.* 66.
- Venusia (ciudad de Italia), *An.* 50.



- Vermina (hijo de Sifax), *Af.* 33; 59.
- Verso (jefe dálmata), *Il.* 25.
- Vespasiano (emperador de Roma), *Sir.* 50.
- Vesta (templo de —), *Ga.* VI; (estatua de —, en Caunio, Caria), *Mi.* 23.
- Vetilio, Gayo (pretor en Iberia en el 147 a. C.), *Ib.* 61-63.
- Veto (Gayo Antistio Veto), *Il.* 17.
- vetones (tribu de Iberia), *Ib.* 56; 58; 70.
- Veturia (mujer romana), *It.* V, 3.
- Veturio (T. Veturio Calvino, cónsul en el 321 a. C.), *Sa.* IV, 6.
- Veyes (ciudad de Italia), *It.* VIII, 1.
- Viriato (caudillo lusitano), *Ib.* 60-71; 73-76; (guerra de —), *Ib.* 63.
- Volas (guardia de corps de Augusto), *Il.* 20.
- Volcacio (Volcacio Tulo, cónsul con Augusto), *Il.* 28.
- volscos (pueblo de Italia), *It.* I; III-IV; V, 1; 3; 5; *Af.* 58.
- Volumnia (mujer romana), *It.* V, 3.
- Vulcano (en mitología, dios romano), *Ib.* 45.
- Yapigia (zona del sur de Italia), *An.* 15; 17; 33; 35-36; 45; 55.
- yapigios (habitantes de Yapigia), *An.* 49.
- yápodes (tribu iliria), *Il.* 10; 14; 16-19; 21-22.
- Yasos (ciudad de Caria), *Mi.* 63.
- yáziges (pueblos de la boca del Dnieper), *Mi.* 69.
- Yugurta (númida nieto de Masinissa), *Ib.* 89; *Nu.* I; III; IV-V.
- Zacinto (isla y ciudad en el Adriático), *Ib.* 7; *Mi.* 45.
- Zama (ciudad de África), *Af.* 36.
- Zeuxis (general de Antíoco), *Sir.* 33.
- Zenobio (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 46-48.
- Zoro (fundador de Cartago), *Af.* 1.

## ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN GENERAL ... ..	7
1. Vida y obra de Apiano ... ..	7
2. El texto de la <i>Historia Romana</i> ... ..	27
BIBLIOGRAFÍA ... ..	41
PRÓLOGO ... ..	43
I. — <i>De la realeza</i> (fragmentos) ... ..	55
II. — <i>Sobre Italia</i> (fragmentos) ... ..	63
III. — <i>La historia samnita</i> (fragmentos) ... ..	70
IV. — <i>La historia de la Galia</i> (fragmentos) ... ..	88
V. — <i>Sobre Sicilia y otras islas</i> (fragmentos) ...	100
VI. — <i>Sobre Iberia</i> ... ..	106
VII. — <i>La guerra de Anibal</i> ... ..	189
VIII. — <i>Sobre Africa</i> ... ..	237
Sobre Numidia (Apéndice del libro <i>Sobre Africa</i> [fragmentos]), 356.	
IX. — <i>Sobre Macedonia</i> (fragmentos) ... ..	359
X. — <i>Sobre Iliria</i> ... ..	382
XI. — <i>Sobre Siria</i> ... ..	407
XII. — <i>Sobre Mitridates</i> ... ..	476
ÍNDICE DE NOMBRES ... ..	599